



HONORABLE SENADO DE LA NACION

**REVOLUCION
Y CONTRARREVOLUCION
EN LA ARGENTINA**

La Bella Epoca

**REVOLUCION
Y CONTRARREVOLUCION
EN LA ARGENTINA**

Jorge Abelardo Ramos

La Bella Epoca

1904-1922

HONORABLE SENADO DE LA NACION

Presidente

Daniel Osvaldo Scioli

Presidente Provisional

José Juan Bautista Pampuro

Vicepresidente

Marcelo Eduardo López Arias

Vicepresidente primero

Mirian Belén Curletti

Vicepresidente segundo

Ricardo Gómez Díez

Secretario Parlamentario

Juan Héctor Estrada

Secretario Administrativo

Carlos Alberto Machiaroli

Prosecretario Parlamentario

Juan José Canals

Secretario Administrativo

Néstor Horacio Righetti

Prosecretario de Coordinación Operativa

Ricardo Nicanor Gutiérrez

Ramos, Jorge Abelardo
Revolución y Contrarevolución en la Argentina - 2ª ed. -Buenos Aires: Senado de la Nación, 2006-
v. 3, 910 p.; 24x17 cm.

ISBN 950-9660-30-2

1. Historia Política Argentina. 1. Título
CDD 320.982

Fecha de catalogación 14/08/2006

ISBN -10:950-9660-30-2

ISBN -13:978-950-9660-30-

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

H. Senado de la Nación
Secretaría Parlamentaria
Dirección de Publicaciones

Ejemplares de distribución gratuita. Prohibida su venta. (Resolución 7/05)

La Bella Epoca

1904-1922

INTRODUCCIÓN AL SIGLO

Un vocablo alarmante nace con el siglo XX. La palabra imperialismo no evoca a Roma ni a Bizancio. Ya no es una expresión geográfica, ni el símbolo del poder militar puro. Los metales de la aleación son más prosaicos, pero no menos temibles que los antiguos. Su sola enunciación irrita a los envejecidos liberales, que adivinan el fin de una época. Se oyen voces agoreras y fanfarrias marciales en el plácido mundo decimonónico. Desde los lejanos días de Sedán, Europa goza de un bienestar exquisito; como nunca seduce su cautivante cultura. Y sin embargo, se dibujan nubes sombrías en el horizonte.

Al exhalar su sana euforia ante la asamblea de la Liga Naval inglesa, el presidente de la Unión Sudafricana, Alfred Milner, exclama: *Soy un imperialista cien por cien*¹. Guillermo II adopta aires neronianos y mira ávidamente hacia China. Quiere imponer a Wagner en el mundo y conservar en casa la pólvora seca. Pretextando los desórdenes de los nacionalistas boxers en China, este siniestro monarca arenga a las tropas alemanas, al partir para el Lejano Oriente:

*No habrá perdón; tampoco quiero prisioneros. Disparad vuestras armas de modo que en mil años no ose un chino mirar extraviadamente a un alemán*².

La historia actual de China se explica a la luz de la política imperialista europea. Los dieciocho países signatarios de los tratados que desde 1842 impusieron a China la política de puertas abiertas con Europa, gozaron de los siguientes beneficios: autorización para comerciar con los 80 puertos del «tratado»; extraterritorialidad que libraba a sus súbditos de la jurisdicción de los jueces chinos y los colocaba bajo la de los tribunales consulares; 20 concesiones extranjeras en pleno suelo chino; autorización para mantener sus propias guarniciones militares en China; tarifa aduanera con carácter puramente fiscal, control sobre aduanas, puertos y gabelas; toda la banca en China era extranjera y las finanzas dirigidas por extranjeros, imponiendo en la concesión de empréstitos cláusulas de estafa que triplicaban las cargas y servicios. Por añadidura los fumaderos de opio pertenecían a extranjeros³.

Tropas alemanas, inglesas y francesas ocupan Pekín en una desenfrenada carrera. Según la expresión de Sun-Yat-Sen, China se transforma en una «hipocolonia», despedazada por las grandes potencias. A la Emperatriz viuda se la obliga a ejecutar a numerosos generales y funcionarios chinos que habían opuesto resistencia a los imperialistas extranjeros. En el paroxismo de su humillación, China es presionada para que eleve un monumento a un diplomático germano asesinado en los disturbios. El Kaiser exige que un príncipe chino se traslade a Berlín y se arrodille públicamente ante sus reales pies⁴.

La refinada Europa se disponía a demostrar que los horrores de la guerra del opio no eran el único fundamento de su gloria.

El reparto de las colonias

En el Nuevo Mundo, el sanguíneo imperio norteamericano exhibía análogo apetito. La guerra hispanoamericana era llamada por John Hay una «espléndida guerrita»⁵. Era un comienzo óptimo: si Cuba lograba una independencia puramente teórica de España, caía efectivamente bajo el control económico y militar de los Estados Unidos. Estos se apoderaban al mismo tiempo de la isla de Puerto Rico y poco después de las Filipinas y de Hawai. Teodoro Roosevelt parecía confirmar la observación irónica de Oscar Wilde al abandonar Estados Unidos: «La juventud de América es su más antigua tradición». Al elevarse al pináculo de su rugiente poderío, el coloso del Norte heredaba el espíritu de rapiña y la sangrienta sordidez del Viejo Mundo.

En 1903 los Estados Unidos se apoderan de la provincia norteaña de Colombia y crean la «independencia» de Panamá; al mismo tiempo ocupan militarmente la zona para construir el canal sin objeciones. La doctrina de la predestinación es puesta al servicio de la plutocracia puritana. Rockefeller formula su primer mandamiento: «Dios me ha dado mi dinero». George F. Baer, magnate del carbón, confirmaría sobriamente este principio:

Los derechos e intereses de los trabajadores no son arrancados por los agitadores obreros, sino concedidos por aquellos hombres cristianos a los que Dios, en su infinita sabiduría, ha confiado el control de la propiedad en este país⁶.

El hambre de nuevos territorios, mercados vírgenes y países débiles se universalizaba. La paranoia del Kaiser Guillermo se combinaba armónicamente, si cabe decirlo así, con la sed de dinero de la plutocracia yanqui. Los ingleses, menos espectaculares, pero veloces como un rayo en esta carrera, advertían el ascenso de los nuevos rivales. Africa suscitaba las ambiciones de todos los bandidos. Las «convulsiones internas» en Marruecos impulsan paternalmente a Francia a ocupar ese territorio. Ya cuenta con Argelia, y así extiende su influencia en todo el norte africano. Los ingleses se fastidian por la expansión francesa. Salisbury declara que

*un avance de Francia en Marruecos sería un casus belli y que si una partición debe hacerse, habrá buen apetito*⁷.

La corte de Berlín también manifiesta ansioso interés en un trozo de territorio africano. Por lo demás, el Kaiser ya cuenta con una flota. Alemania es una potencia marítima. La concurrencia de sus productos industriales baratos afecta el monopolio mundial de Inglaterra; en el Extremo Oriente, Japón surge como gran potencia. Como es natural, sus miradas se dirigen hacia el inmenso continente chino. El Imperio colonial de España se ha desvanecido. Apenas mantiene simbólicos fragmentos de Africa bajo sus pies y eso es todo cuanto resta del Imperio de Carlos V. La Rusia zarista, gigante y putrefacta, choca en Oriente con el Japón. La guerra concluirá rápidamente con la victoria nipona. El estallido de la primera Revolución Rusa de 1905 es su fruto más inquietante.

Las rivalidades imperialistas

Los recelos más siniestros frecuentan a las grandes potencias. Aquellas que han llegado tarde a la distribución del botín colonial, como Alemania, no ocultan su ambición. El canciller Bulow alza la voz:

*Los ingleses hablan de la Gran Inglaterra, los franceses de la Gran Francia; nosotros tenemos derecho a hablar también de una Gran Alemania*⁸.

Cada potencia encuentra su poeta de corte; los juglares del imperialismo hacen brillar su pedrería verbal. Peguy invoca la gloria de una latinidad católica; Kipling canta con voz senil:

Nuestra herencia es vasta y nuestro parto fecundo.

El sajonismo, el germanismo, el orgullo galo elevan sus himnos y profecías. En todos ellos piensa Mark Twain cuando escribe:

Yo os presento a la brava nación que se tiene por cristiana y que vuelve de sus raids de piratería en Kuiao Tcheu, en Manchuria, en el Africa del Sur y en Filipinas, enlodada, tiznada y sin honor, con el alma hinchada de bajezas, el bolsillo lleno de dinero mal adquirido, la boca desbordante de piadosas hipocresías. Dadle jabón y ropa blanca, pero escondedle el espejo⁹.

El capitalismo, había escrito Marx, llegó al mundo cubierto de sangre y lodo de la cabeza a los pies.

Ya en el período mercantilista cuando estaba en el poder su máximo Pontífice, Colbert, un agente le escribía al ministro de Luis XIV:

Si la multiplicación de las colonias puede dar la ocasión por derecho o por fraude de llevar nuestros tejidos a la Tierra firme de América, esto sería una gran ventaja.

Regine Pernoud comenta:

Más aún, cuando los Jesuitas denunciaron las prácticas de los traficantes en Canadá, donde cambiaban pieles contra aguardiente que comenzó a arruinar la salud de los indígenas, Colbert les prescribió imperiosamente mantenerse ‘en los límites de la actividad que los eclesiásticos tienen en el reino’. Los intereses del comercio dominaban toda otra preocupación¹⁰.

La declinación imperialista del capitalismo haría honor a su origen. La rivalidad anglo-francesa por el control del Sudán egipcio concluía con la victoria del Imperio británico. Los ingleses se proponían construir embalses «para aprovechar las aguas del Alto Nilo en las plantaciones algodonerías»¹¹. Simultáneamente Francia lograba controlar la gran isla de Madagascar, se apoderaba de importantes territorios en el África Occidental, se anexaba los oasis del sur de Argelia y penetraba en Marruecos. En 1910 formaba el África Ecuatorial Francesa, base esencial de su influencia en África. Apenas lograda su unidad nacional, Italia se lanzaba a las aventuras coloniales, intervenía en Somalía, en Tripolitania y Libia.

En este saqueo general que abraza a toda la canalla de la vieja Europa, se observan, sin embargo, signos de inquietud. El monopolio industrial británico, sostenido por sus antiguas adquisiciones coloniales y por su inmenso poder marítimo, comienza a decaer. Se eleva la estrella de la industria alemana, amparada por su reciente flota y por el moderno ejército del Kaiser. La industria francesa, tanto como la inglesa, ya no pueden prevalecer por las «leyes naturales del mercado», sino al amparo de su poder político y militar. Alemania en Europa, Estados Unidos en el Nuevo Mundo, Japón en Extremo Oriente, aparecen como aguiluchos rapaces y jóvenes. Con músculos tensos y dientes afilados, los nuevos imperios se industrializan con la última palabra de la técnica productiva. Revelan ser tan peligrosos por su poder competitivo en los mercados como por las armas que esgrimen. Al comenzar el siglo XX, la decadencia anglo-francesa, como potencias tutelares de Europa y del mundo, era evidente para ellas mismas, tanto como para sus rivales. Pero su agonía no sería breve.

De Hobson a Lenin

En 1902 el economista burgués-pacifista John Atkinson Hobson (1858-1940) publicaba en Nueva York y en Londres una obra titulada *El Imperialismo*. Rudolf Hilferding, uno de los más reputados teóricos de la Socialdemocracia austríaca, hacía conocer en 1910 su libro *El capital financiero*¹². A juicio de Lenin, y a pesar de ciertas reservas que formulaba con respecto a la teoría del dinero de este último y a cierta propensión hacia el oportunismo, ambas obras constituían los mejores testimonios de la literatura económica de la época sobre el imperialismo¹³. En su célebre obra sobre el mismo tema, Lenin individualizaría con un riguroso criterio científico «la última fase del capitalismo». Pues detrás de las soberbias profecías de los imperialistas, de sus paradas militares, de sus

expediciones punitivas y de sus rivalidades mezquinas, operaban inexorables leyes económicas ignoradas por las cancillerías europeas. Estaban lejos los buenos viejos tiempos en que Disraeli afirmaba desdeñosamente que *las colonias son ruedas de molino que llevamos atadas al cuello*¹⁴.

El reinado de la libre competencia había terminado. Las tendencias expansivas del capital monopolista brotan irresistiblemente allí donde el capitalismo ha alcanzado cierto grado de desenvolvimiento. Las ideas económicas de la burguesía europea se transforman sin disputas teóricas.

El vertiginoso desarrollo capitalista que se produce en los últimos treinta años del siglo XIX constituye el fundamento de estos cambios. Hacen su aparición el petróleo y la electricidad; la energía y los transportes, al sustituir el carbón y el vapor, experimentan profundos cambios. El ideal de la pequeña y mediana empresa industrial, propio de la era de la libre competencia, se ve conmovido por las nuevas innovaciones técnicas. El aluminio deja de ser un metal precioso, de un costo de siete libras esterlinas la onza, para convertirse en una materia prima barata apta para todos los usos. La importancia económica del acero se impone rápidamente.

*En Gran Bretaña, el centro de gravedad se desplaza de Manchester (algodón) hacia Birmingham (acero). Al mismo tiempo que Gran Bretaña pierde definitivamente su preponderancia industrial y su monopolio de producción, la revolución energética favorece ante todo a los Estados Unidos (abundancia de petróleo)*¹⁵

La nueva técnica es un poderoso propulsor en la concentración del capital industrial. Pero exige una inversión sin precedentes de capital fijo. La masa de capital necesario para construir las nuevas unidades industriales es de tal magnitud que vuelve imposible la competencia a la modesta empresa de ayer. Por añadidura, la creación de empresas de grandes dimensiones, con la necesaria movilización de enormes capitales, se constituye *en una barrera natural a la aparición de nuevos concurrentes*¹⁶.

La unidad nacional de Italia y Alemania, recientemente conquistada, intensifica el desarrollo del capitalismo. Pero la incorporación de estas dos naciones al mundo moderno no se opera reproduciendo la larga evolución histórica sufrida por sus rivales, desde el artesanado a la gran industria. Ingresan directamente a la gran industria en el más alto nivel técnico. Nuevas empresas gigantes, con una

vasta composición orgánica de capital, se incorporan en Alemania y en Italia a la disputa por el dominio del mundo. Aun países tan atrasados como la Rusia zarista desarrollan su industria aplicando directamente la fórmula de la empresa gigante; Japón, en el Extremo Oriente, guiado por su casta militar, abraza el mismo camino. De una manera cada vez más acusada, las grandes empresas tienden a agrupar en sus enormes fábricas a la mayor parte de la mano de obra industrial disponible. Si en la época de la libre concurrencia el taller manufacturero y la fábrica mediana habían presenciado la agonía del artesanado, la era de los monopolios y de los trusts que se inicia a fines del siglo XIX asistirá a la agonía de la pequeña empresa.

Nacida de la necesidad de reunir un capital fijo considerable para producir en las condiciones óptimas de rentabilidad, la concentración industrial, colocando medios importantes entre las manos de un número relativamente reducido de capitalistas, le permite conquistar un lugar cada vez mayor en el mercado y expulsar a numerosos fabricantes pequeños y medianos¹⁷.

Pero esa inaudita concentración de capitales en la producción industrial conducía irresistiblemente a una baja de los precios en el mercado mundial. Centuplicada la capacidad productiva de la industria capitalista en las condiciones de la revolución técnica, los propietarios de los medios de producción altamente concentrados advierten empíricamente que no tienen ante sí más que dos caminos: o la era de la libre concurrencia debía ser cerrada o la competencia interior de los nuevos gigantes industriales debía producir su propia ruina: ya desde 1874 la necesidad de «acuerdos» entre los industriales de una misma rama de producción o un mismo servicio público comienza a abrirse paso rápidamente. Estos «acuerdos» son el primer paso para la cartelización de la industria. Comienza la época de la fusión de las empresas, la constitución de carteles internacionales, la organización de los trusts.

Al peligrar la tasa de beneficio, los nuevos barones de la industria bosquejan todo un sistema de fórmulas aptas de autodefensa. Desde el «acuerdo de caballeros» hasta las «conferencias de precios», pasando por los «pools» hasta llegar a las formas más evolucionadas y, por así decir, más «puras» de concentración de capitales: el «cartel», que constituye de hecho una relación contractual a largo plazo entre grandes grupos industriales y el trust, que resume el carácter vertical y monopolista de la nueva etapa¹⁸.

La formación del capital financiero

Si la antigua influencia económica del capital comercial había sido sustituida por el poder creciente del capital industrial, en la edad de los monopolios el capital bancario domina los anteriores. De su fusión con el capital industrial nace la categoría económica más típica del imperialismo: el capital financiero¹⁹.

Un curioso documento ofrece un ejemplo del gigantesco poder alcanzado por los Bancos en su relación con la industria. En una carta enviada por el *Dresdner Bank* al Sindicato Alemán de Cemento el 19 de noviembre de 1900 se lee:

De acuerdo con la noticia publicada por su Compañía... tienen ustedes que admitir la posibilidad de que se adopten en la asamblea general decisiones... que probablemente ocasionarán en el campo de sus negocios cambios que no nos agraden... Con tal motivo, sentimos mucho vernos obligados a retirarles el crédito que les tenemos concedido; por consiguiente, les rogamos que no extiendan más giros a nuestro cargo y al mismo tiempo les requerimos amablemente para que nos reembolsen el saldo que nos adeudan, a más tardar a fines de este mes. No obstante, si en la asamblea general no se adoptaran decisiones de esa clase y se nos ofrecieran garantías a ese respecto para lo futuro, estamos muy bien dispuestos a entrar en negociaciones con Vds. para concederles un nuevo crédito.

A la exportación de mercancías en un mercado abierto de expansión constante, que distingue el período de la libre concurrencia, sucede la exportación de capitales en las condiciones de mercados cada vez más restringidos. La expresión «economía mundial» aparece bajo plena luz en el último tercio del siglo XIX. La universalización del capital, las comunicaciones y los transportes, así como la interdependencia de todas las zonas económicas del planeta, encontrarán su contrafigura en las más despiadadas luchas de los grupos imperialistas por la conquista de zonas de influencia. Los monopolios se constituyen en la base del sistema económico del capitalismo. «El capitalismo se ha transformado en imperialismo»²⁰. Si la producción se socializa, la apropiación individual tiende a concentrarse en el menor número de manos posible. En cuanto a las irónicas observaciones de los apologistas de la economía burguesa sobre el utopismo de Marx, la victoria de los monopolios fue equivalente a la derrota mortal de los economistas de cátedra²¹.

Al desenvolverse el proceso anteriormente descrito, la transición de la libre concurrencia al monopolio engendró un excedente de capitales disponibles en Europa Occidental. Según Hilferding,

la condición previa de la exportación de capital es la diferencia en la tasa de beneficio; la exportación de capitales es el medio para la compensación de las tasas nacionales de beneficio. El nivel del beneficio depende de la composición orgánica del capital, esto es, del nivel del desarrollo capitalista. Cuanto más avanzado sea éste, tanto más baja será la tasa general de beneficio. Pero se suman otras causas especiales a esta determinación general que importan poco aquí, ya que se trata de mercancías del mercado mundial cuyo precio está determinado por los métodos más desarrollados de producción. En cuanto a lo que concierne al tipo de interés, es mucho mayor en los países con escaso desarrollo capitalista y una organización bancaria y crediticia deficientes que en los países capitalistas desarrollados, teniendo en cuenta además que en el interés se contienen por lo general parte del salario obrero o de la ganancia del empresario. El elevado interés constituye un estímulo directo para la exportación de capital de préstamo. La ganancia del empresario está más alta porque la fuerza de trabajo es extraordinariamente barata y su menor calidad se compensa con un tiempo de trabajo extralargo²².

Impelido por una fuerza irresistible, el capital imperialista tiende a invertirse en el mundo colonial o semicolonial. La sollicitación o resistencia de los países atrasados a esta corriente de inversiones carece de toda importancia en la era imperialista. El mismo autor citado escribe:

los métodos violentos pertenecen a la esencia de la política colonial, que sin ellos perdería su sentido al igual que la existencia de un proletariado desposeído es una conditio sine qua non del capitalismo. Llevar a cabo una política colonial pudiendo suprimir sus métodos violentos es una ilusión no más digna de tomar en serio que la de suprimir el proletariado conservando el capitalismo²³.

A este respecto, si en la época de la libre concurrencia Inglaterra impone a viva fuerza el uso del opio en China o consuma en la Argentina la estafa de la Baring

Brothers, en la época de los monopolios el capital imperialista impondrá «el opio financiero», entrelazando con una red de empréstitos (donde el soborno o la corrupción a las oligarquías indígenas forman parte de los gastos generales) a las colonias y semicolonias.

Por lo demás, la exportación de capital está ligada generalmente a la exportación de mercancías; constituye, bajo cierto punto de vista, un ablandamiento del mundo no capitalista para la absorción de estas últimas o, en ciertos casos, una ampliación de la capacidad de consumo de los países atrasados.

Es muy corriente que entre las cláusulas del empréstito, escribe Lenín, se imponga la inversión de una parte del mismo en la compra de productos al país acreedor, particularmente armamentos, barcos, etc. Francia recurrió muy a menudo a este procedimiento en el transcurso de las últimas dos décadas (1890- 1910). La exportación de capitales pasa a ser un medio de estimular la exportación de mercancías²⁴.

Los estados rentistas

Las incalculables riquezas potenciales de Asia, Africa y América Latina son puestas en movimiento por esta corriente de inversión de capitales. Las viejas metrópolis del capital no logran consumir productivamente gran parte de su plusvalía. Sólo pueden encontrar la capitalización de esa plusvalía en una economía precapitalista. El predominio de los bancos, amalgamados con la industria altamente concentrada, confiere al comenzar el siglo XX un carácter predominantemente financiero a las relaciones económicas entre los países imperialistas y los países atrasados. Se producen fenómenos específicamente políticos en las transacciones financieras. La diplomacia y las flotas aparecen como instrumentos ofensivos y persuasivos de la banca internacional en sus relaciones con el mundo periférico. La teoría pequeño burguesa del empréstito se revela incompatible con la época. Si los imperios facilitan préstamos determinan taxativamente que ese capital dinero sólo puede ser invertido en las fábricas metropolitanas. Una relación cada vez más estrecha de dependencia política, económica y financiera se establece entre el país acreedor y el país deudor.

A comienzos del siglo el parasitismo más inaudito invade a Inglaterra, Francia, Bélgica, Alemania.

*Mientras la renta nacional británica solamente se ha duplicado en los años 1865-1898, los ingresos procedentes del extranjero han aumentado nueve veces en el mismo espacio de tiempo*²⁵.

Las inversiones inglesas en el extranjero se calculaban en 1900 en 2.500 millones de libras esterlinas: crecían más rápidamente que las inversiones en el interior²⁶. En 1905 Francia tenía invertidos en el extranjero 40.000 millones de francos. Alemania hacia la misma época había invertido 10.000 millones de marcos. Aparece así un tipo humano peculiar, el «recortador de cupones». Pero no se trata ya solamente de una casta parasitaria de rentistas. Naciones enteras aparecen como «estados rentistas». Una de ellas es Holanda, típico imperio comercial e improductivo. Aun países como Inglaterra y Francia, cuyo poder internacional se derivaba de una gran industria, asumen cada vez más los caracteres del parasitismo. Bélgica, Alemania y Suiza, debieran ser incluidos hacia esa época en esta última categoría. Schulze-Gaevernitz escribía lo siguiente:

*Inglaterra se está convirtiendo paulatinamente, de estado industrial en estado acreedor. A pesar del aumento absoluto de la producción y la exportación industriales, crece la importancia relativa para toda la economía nacional, de los ingresos procedentes de los intereses y de los dividendos, de las emisiones, de las comisiones y de la especulación*²⁷.

Estado rentístico y parasitismo económico eran una sola y misma cosa. El carácter social de este parasitismo explicará el conservatismo político de la clase media británica de la época victoriana en las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del actual. Del mismo modo, el pálido reformismo del proletariado inglés, vinculado de antiguo a los intereses de su burguesía, encuentra su explicación más profunda en esa gigantesca concentración de capitales que había hecho de Londres el banco del mundo y, al comenzar el presente siglo, el Estado rentista parásito por excelencia. El economista liberal burgués Hobson formulaba a principios de siglo una descripción descarnada de este proceso, indicando que a través del parasitismo económico, es que

el Estado dominante utiliza sus provincias, colonias y países dependientes para enriquecer a su clase dirigente y sobornar a las clases inferiores para mantenerlas tranquilas...

Ante la perspectiva de un reparto de China entre las grandes potencias imperialistas, Hobson diseñaba la perspectiva siguiente:

La mayor parte de la Europa Occidental podría adquirir entonces el aspecto y el carácter que tienen actualmente ciertas partes de esos países: el sur de Inglaterra, la Riviera y los lugares de Italia y Suiza más frecuentados por los turistas y que son residencia de gente rica, es decir, un puñado de ricos aristócratas que perciben dividendos y pensiones del lejano Oriente, con un grupo algo más considerable de empleados profesionales y de comerciantes, y un número mayor de sirvientes y de obreros ocupados en el transporte y en la industria dedicada a la terminación de artículos manufacturados. En cambio, las ramas principales de la industria desaparecerían, y los productos alimenticios de gran consumo y los artículos semimanufacturados corrientes afluirían como un tributo de Asia y Africa... He aquí qué posibilidades abren ante nosotros una alianza más vasta de los sectores occidentales, una federación europea de las grandes potencias: dicha federación, lejos de impulsar la civilización mundial podría implicar un peligro gigantesco de parasitismo occidental: formar un grupo de naciones industriales avanzadas cuyas clases superiores percibirían enormes tributos de Asia y Africa; esto les permitiría mantener a grandes masas domesticadas de empleados y criados, ocupados, no ya en la producción agrícola-industrial de artículos de gran consumo, sino en el servicio personal o en el trabajo industrial secundario, bajo el control de una nueva aristocracia financiera²⁸.

Y eso fue exactamente lo que ocurrió. La solidaridad interna de las clases sociales en los viejos imperios europeos (Holanda, Inglaterra, Francia, Bélgica) fundada en la expoliación de las colonias y semicolonias ha logrado resistir medio siglo de catástrofes económicas, guerras devastadoras y revoluciones. Asociada la clase media a la Plutocracia imperialista, corrompida la aristocracia obrera por las migajas de la orgía colonial y anestesiado el resto de su proletariado, ese puñado de países europeos constituyó el modelo ejemplar del Estado Rentista que Hobson a principios de este siglo veía como un peligro para la «civilización occidental».

A la vieja y alegre Inglaterra de las praderas verdes y los bardos ebrios, había sucedido una isla sórdida, que gozaba gravemente los frutos de la usura:

En Inglaterra se quita a la agricultura una parte cada día mayor de tierra, observaba Lenín, para dedicarla al deporte, a las diversiones de los ricachos... Sólo en las carreras de caballos y en la caza del zorro gasta anualmente 14 millones de libras esterlinas. El número de rentistas se acerca al millón²⁹.

Este parasitismo británico reviste cierta analogía con el parasitismo social y la política de derroche de la oligarquía ganadera argentina. Pero la burguesía victoriana, con sus ahorros invertidos en bienes raíces, se acorazaba en sus títulos contra las acechanzas del porvenir. Desconfiaba de los tumultos, de la guerra, de los especuladores; afectaba ignorar a las colonias. Se abroquelaba dentro de sí misma y recontaba sus libras mientras bebía su té de Ceylán junto a la enorme chimenea de ónix. John Galsworthy ha descrito magistralmente en sus novelas las cavilaciones de un rentista victoriano durante la guerra boer:

La idea de que las inversiones de Soames y sus trusts sólo podían ser afectadas a lo sumo por cosas tan descabelladas como una invalidación nacional o una exacción al capital, le inspiraba satisfacción. Si alguna fe tenía Soames era la depositada en lo que llamaba 'el sentido común inglés' o capacidad de tener cosas, de un modo u otro. Podía decir, como lo dijera su padre James, que no sabía adónde iba a parar todo aquello, pero él nunca había creído íntimamente que aquello pudiese ir a parar a alguna parte. Por lo que a él se refería, esto no sucedería jamás... y, después de todo, el nunca se separaría realmente de aquello sin recibir algo más o menos equivalente en cambio³⁰.

Las colonias «invierten capital» en las metrópolis

No podría inferirse que la transformación de la libre competencia en el régimen monopolista y su correlativa expansión de capitales debiera significar, aunque fuese parcialmente, la justificación histórica del imperialismo. Pues estos «excedentes de capitales», esta corriente inversora que fluía

incesantemente a fines del siglo XIX y principios del presente en búsqueda de tasas más productivas de beneficios no encerraba sino una porción ínfima de la contracorriente de capitales que los países atrasados habían derramado sobre los países avanzados desde hacía varios siglos. Mucho tiempo antes que apareciera en el mundo el imperialismo, las grandes naciones europeas se habían constituido en el factor esencial para detener el desenvolvimiento económico de los países atrasados. En el período decisivo de formación del modo de producción capitalista, que va desde el siglo XVI al siglo XVII – escribe Mandel –, la creación del mercado mundial reviste una importancia crucial... A lo largo de este periodo de génesis del capitalismo, dos formas de la plusvalía aparecen a cada paso. De una parte, ella es el resultado del sobretrabajo de los productores asalariados, empleados por los capitalistas; de otra parte, ella resulta de los valores robados, pillados, apropiados por la astucia, la fuerza o la violencia en los pueblos de ultramar, con los cuales el mundo occidental entra en contacto ³¹.

El saqueo ilimitado de la conquista española en América, cuyo torrente de oro apenas roza la estructura feudal de España y la empobrece antes de depositarse en las arcas de las naciones europeas industriales, el despojo de la India por los ingleses, de Indonesia por los holandeses y portugueses, del Congo por los belgas, permite a las potencias colonialistas acumular una masa fabulosa de capital amasado con «lodo y sangre». Esa corriente de capitales coloniales hacia las metrópolis habría sido decisivo para la acumulación del capital comercial y del capital dinero que desde 1500 hasta 1750 echa las bases de la revolución industrial burguesa. Se ha evaluado en más de 500 millones de pesos oro las exportaciones totales de oro y dinero de la América Latina entre 1503 y 1660³².

La banda de ladrones y asesinos que operaba en Indonesia bajo el nombre de Compañía de las Indias Orientales, arrebató 600 millones de florines oro en el período 1650 a 1780. En el siglo XVIII Francia atesora alrededor de 500.000 millones de libras francesas como provecho de la trata de negros; los esclavos de las Indias Occidentales británicas proporcionarán a la cultura del país de Shakespeare y de Shelley entre 200 y 300 millones de libras oro. Según un funcionario británico, entre 1750 y 1800 el saqueo inglés a la India reporta al imperio 150 millones de libras oro.

La suma total se eleva más de mil millones de libras esterlinas oro, o sea más que el capital de todas las empresas industriales movidas por fuerza a vapor que existía hacia 1800 en Europa entera,

dice Mandel³³.

La rapiña organizada por los europeos en los mundos exóticos ya había sido señalada por Marx. Así destruyó la imagen civilizadora delicadamente diseñada por los abogados y cortesanos del Viejo Mundo:

Las colonias brindaban a las nuevas manufacturas que brotaban por todas partes mercado para sus productos y una acumulación de capital intensificada gracias al régimen del monopolio. El botín conquistado fuera de Europa mediante el saqueo descarado, la esclavización y la matanza refluía a la metrópoli para convertirse aquí en capital³⁴.

Argentina, el sexto dominio británico

A principios de siglo, Gran Bretaña y Francia poseían el 70% de la capacidad de producción y trabajo calificado del continente europeo. Suministraban además el 62 % de las exportaciones mundiales y eran asimismo los principales importadores de materias primas y productos alimenticios. Justamente el 80% de las importaciones de Francia, el 76 % de las de Alemania y el 75 % de las de Inglaterra consistían en materias primas y productos alimenticios; mientras que por el contrario el 61%, 75 % y 80,5 % de sus exportaciones consistían en productos manufacturados. Europa se había convertido, a través de sus principales potencias, en el intermediario y comisionista obligado de todas las transacciones comerciales del planeta. En ella funcionaban los principales bancos, las grandes compañías de seguros, las empresas marítimas, en suma, los llamados «centros de decisión económica». Así pudo Europa fijar precios, estructurar fletes, fijar las primas de seguros, realizar operaciones bancarias y percibir las comisiones «que constituyen el precioso ingreso invisible³⁵».

Antes de la primera guerra imperialista en 1914, el mundo estaba repartido; esa guerra fue un intento de redistribución del planeta. El supremo negocio consistía en la emisión de empréstitos extranjeros³⁶. Desde 1891 a 1900 la emisión de valores industriales alemanes produjo un «beneficio» de más de diez millones de marcos. Si los ingleses tomaban la delantera, los franceses no se quedaban muy atrás, pues el parasitismo no era un vicio ex-

clusivo británico. «Los franceses son los usureros de Europa», dice Lysis, un escritor francés.

En un estado de estancamiento de la población, de la industria, del comercio y del transporte marítimo, el país puede enriquecerse a través de las operaciones usurarias³⁷.

En esa época se consideraba genéricamente que

la República francesa es una monarquía financiera...

La omnipotencia de la oligarquía financiera es absoluta, domina la prensa y el gobierno.

En los quince años que corren de 1884 a 1900, Inglaterra adquiere 3.700.000 millas cuadradas con una población de 57 millones de habitantes; Francia 3.600.000 millas cuadradas con 36,5 millones de habitantes; Alemania un millón de millas cuadradas con 14,7 millones de habitantes; Bélgica 900.000 millas cuadradas con treinta millones de habitantes; Portugal, 800.000 millas cuadradas con nueve millones de habitantes. En el período comprendido entre 1905 y 1913, Inglaterra invirtió en el exterior el 7% de su ingreso nacional. En 1910 las rentas de estos capitales significaban 200 millones de libras anuales, es decir, un décimo de la renta nacional»³⁸. El capital británico controlaba los ferrocarriles de Argentina, México, Brasil, China y Turquía, los nitratos chilenos, el estaño boliviano, las minas de cobre de Rodhesia, de oro y diamantes de Sudáfrica, los pozos petrolíferos del Cercano Oriente, el níquel y las plantaciones de caucho en Malasia e Indias Neerlandesas, el café y el té asiáticos y africanos.

Esta división mundial del trabajo realizada por la exportación de los capitales, centralizaba en Europa Occidental y en los Estados Unidos la producción de los productos manufacturados en Europa Oriental y en los grandes países de ultramar (Estados Unidos, Canadá, Argentina, Australia), la producción de artículos alimenticios de base y en el resto del mundo la producción de materias primas vegetales y minerales³⁹.

El Imperio Británico, que había condicionado gran parte de la historia económica y política de la Argentina del siglo XIX, extenderá su influencia a

lo largo del próximo medio siglo. No le faltaba razón a Crouzet para juzgar de este modo a la Argentina del primer decenio:

Argentina, 'el sexto dominio británico', es el ejemplo clásico de un Estado que disfruta de una independencia nominal pero que en realidad es la semicolonía de un país industrial: las fábricas de gas, los ferrocarriles, los tranvías, las grandes empresas frigoríficas, las fábricas de conservas, son de propiedad inglesa y son los barcos ingleses los que transportan a Europa –principalmente a Gran Bretaña– los productos agrícolas: trigo, carne, cuero que son exportados, y los que llevan a Argentina los productos manufacturados necesarios, ingleses en su mayor parte⁴⁰.

¿Había sido éste el proyecto de Alberdi? La sangre derramada en medio siglo de guerra civil ¿obtenía este premio? Parecía que a principios de siglo el «culto nacional del coraje» había sido sustituido por el culto nacional del dinero. La Argentina sonaba a «argentum» y la oligarquía ganadera lo hacía notar con orgullo.

Orígenes de la propiedad territorial

Al desaparecer el General Roca en 1904 de la escena política, la Argentina era una brillante factoría pampeana. El contorno básico de su estructura social estaba dibujado y perduraría durante décadas. La Grande Argentina de la generación del 80 se había convertido en una Pequeña Argentina. El entrelazamiento del imperialismo con la oligarquía nativa había engendrado una semicolonía agropecuaria y próspera; su íntima complementación con el sistema económico del Imperio Británico la había preservado de las tormentas que afrontan los países débiles que hacen la historia por sí mismos. Aquellos grandiosos proyectos de la época de Juárez Celman no se realizarían. No sería Federico List, el proteccionista, sino Adam Smith, el apóstol del libre comercio, el mentor teórico de la Argentina tributaria.

La base del equilibrio social y de la riqueza oligárquica se encontraba en la distribución de la propiedad rural. El Censo Nacional de 1914 indica que existían 2.858 propiedades de 5.000 a 10.000 hectáreas, 1.474 de 10.000 a 25.000 y 485 propiedades de más de 25.000 hectáreas. Entre estas últimas había algunas que pasaban las 100.000 hectáreas⁴¹.

Oddone, a fuer de «socialista liberal», considera en su libro a los militares como a la «cuarta tanda de terratenientes argentinos», lo que, fuera de constituir un error notable, tiende a ocultar la existencia de una clase antigua de terratenientes que desde la Revolución de Mayo jamás empuñó las armas para defender el país. La filiación política del autor explicaría esta curiosa transposición, pues nadie ignora que las donaciones de tierras a los oficiales y soldados de las campañas del Desierto pasaron totalmente a manos de las compañías acaparadoras, que las adquirieron a ínfimo costo. El mismo Oddone prueba directamente este aserto al detallar una lista de los 60 principales terratenientes de la Provincia de Buenos Aires. Son los apellidos clásicos de la oligarquía argentina: Alzaga Unzué, Anchorena, Luro, Pereyra Iraola, Pradere, Guerrero, Leloir, Santamarina, Duggan, Pereda, Duhau, Herrera Vegas, Zuberbühler, Martínez de Hoz, Estrugamou, Díaz Vélez, Casares, Cobo, Bunge, Pueyrredón, Ortiz Basualdo, Lastra, Alvear, etcétera.

Sólo en la Provincia de Buenos Aires (la región óptima de la pampa húmeda) 18 familias poseían más de 3.000.000 de hectáreas, situadas en las zonas próximas al ferrocarril y proyectadas en línea recta hacia los frigoríficos.

En su Mensaje de 1904, el general Roca informaba al Congreso que hasta el 31 de diciembre de 1903 el Estado había otorgado títulos de propiedad que abarcaban 32.447.045 hectáreas a particulares. Agregaba que retenía aún 89.355.807 hectáreas. Sin embargo,

casi todas las tierras concedidas estaban en la zona pampeana y mesopotámica, es decir dentro del gran arco de la carne y del cereal; las que aún conservaba bajo su dominio se encontraban en los territorios nacionales⁴².

En otras palabras, las tierras reservadas por el Estado en esa época carecían de valor venal, por su incomunicación y alejamiento de los grandes centros consumidores y de los puertos marítimos. El proceso de concentración de la tierra en pocas manos comenzó al día siguiente de la Revolución de Mayo. El comercio libre originó su valorización paulatina. La clase terrateniente se consolida particularmente con los enfiteutas de Rivadavia y con las grandes distribuciones de tierras de Rosas, que vendía campos fiscales para atender necesidades del Estado o recompensar a federales netos. Después de Caseros, todos los gobiernos entregaron a la voracidad terrateniente las mejores tierras del país. Avellaneda no pudo innovar, llevando a la práctica sus ideas de tierra barata para el productor

directo. La entrega de campos sureños a los oficiales y soldados harapientos de la guerra de fronteras se transfiguró en la adquisición a bajo precio por los acaparadores y compañías extranjeras del antiguo dominio tehuelche. Al comenzar el siglo el proceso estaba concluido.

De las antiguas mercedes reales otorgadas a los primeros pobladores del Río de la Plata en premio a la hazaña impar, nada ha quedado. Tampoco los nombres de aquellos oscuros soldados de la Conquista, corridos por el hambre a las tierras ignotas y honrados por el Rey como «fijodalgos de solar conocido», figuran entre los poseedores de tierra a principios del siglo XX en la provincia de Buenos Aires. Los ochenta pobladores de 1586 –los Garro, Lozano, Pino, Cáceres, González, Salazar, Cabrera, Lara, Villegas, Díaz, Lobo, Ibarra, Orduña, Benavídez, Arce– sumen en la oscuridad a su descendencia, marginalizada de los hombres «de posibles» que forman la clase propietaria. Esta se integrará con los inmigrantes gallegos, vascos, castellanos o portugueses del siglo XVIII, que por el comercio monopólico de la España en ruinas acceden a la propiedad de la tierra; y si los «infanzones tronados» de la Conquista, beneficiarios de las mercedes reales, desaparecen en las capas profundas del pueblo argentino, los inmigrantes sin espada constituirán hasta hoy la «clase principal» de las tierras y las vacas. Los primeros pobladores mezclaron su sangre con las hembras indígenas y así nació el criollo; los últimos, serán inmigrantes de familia blanca y exhibirán hasta su «limpieza de sangre» con el mismo orgullo con que los soldados del Rey señalaban a su progenie el mérito de la madre hija de cacique o de Inca, pues no había otros blasones en la Conquista⁴³.

La valorización de la tierra

El proceso de valorización de la tierra se acelera a partir del período llamado de la «organización nacional, con la aparición de los ferrocarriles y la llegada de la inmigración europea. Según un cálculo realizado por Oddone, el precio de una hectárea en 1836 fue de 42 centavos; en 1927, en la misma zona pampeana, llegaba a 1.840 pesos por hectárea. Esto significa que el valor de la tierra más fértil había aumentado un 438.000 %⁴⁴. Se comprende que semejante valorización debía erigirse en un obstáculo radical para la adquisición de tierra libre a las oleadas inmigratorias de la colonización que se derramaban por el Litoral. Sería la Argentina agraria, en su primera etapa, la tierra ideal de la colonización sistemática: no había «tierra virgen».

Los campos de la zona pampeana más rica quedaban en las manos rapaces de una oligarquía nativa o de empresas extranjeras, consagradas a la explotación ganadera, en otros casos, al arrendamiento puramente parasitario de tierras destinadas a la agricultura. Este sería el único rasgo «feudal», en el sentido marxista de la expresión, que tendría la economía agraria argentina, pues el monopolio de la tierra constituiría hasta hoy el tributo feudal que la sociedad paga al propietario territorial, bajo la forma de renta, para decirlo con las palabras de Marx.

En el sector de la producción puramente agrícola se instaló una compleja red de compañías colonizadoras que acapararon las tierras fértiles y que, ya sea compuestas por argentinos o extranjeros, establecían un régimen de arrendamiento o mediería al que debía subordinarse el colono cuando no estaba en condiciones de adquirir la tierra a los artificiosos precios fijados.

Cada una de esas empresas se cree en su país para lo que lo favorece, es argentina para lo que le conviene y explota a sus connacionales o correligionarios peor que si fueran bestias. Yo no digo que expulsen del país a semejantes empresas, pero sí que sus directores deben estar en presidio, y que sería mejor no dejarlas entrar en el país porque todo lo que tocan lo corrompen.

Tales eran las palabras de Bialet Massé, amigo de Roca y de Juárez Celman, en su célebre Informe sobre la situación de la clase obrera en el interior de la Argentina⁴⁵.

Como desde el punto de vista de la rentabilidad de la tierra la ganadería exigía una mayor extensión que la producción agrícola, fue en esta última donde el proceso de inserción de los inmigrantes colonizadores se verificó con mayor profundidad. Tanto la pequeña propiedad como el sistema de arriendos, de aparcerías o de medieros, se propagó rápidamente⁴⁶.

El parasitismo de la oligarquía ganadera argentina, su primitivismo, su ignorancia cerril, no reconoce límites. El «sistema por mediero», que impulsa la agricultura en el Litoral en su primera etapa, encuentra su origen en la ineptitud y holgazanería propias de los terratenientes. La necesidad de mejorar las haciendas, por el auge de la exportación al mercado británico, obliga a los estancieros a alfalfar sus campos. Pero esta tarea exige a su vez, para cambiar los pastos duros, preparar la tierra durante dos o tres años sembrando en ella maíz y trigo. La

aversión tradicional del ganadero a la agricultura (ni útiles de labranza se encuentran en las estancias de fin de siglo) sugiere a algunos la idea de «meter gringos» en el campo para sembrar cereales. Así se celebran contratos con colonos, cuya cláusula fundamental establece la obligación de éstos de dejar el campo alfalfado al terminar el convenio. De este modo todos los riesgos de la operación los asume el colono y el estanciero se desentiende de las complicaciones agrícolas, de la mano de obra asalariada, y del capital a invertir.

El nuevo sistema es adoptado por la casi totalidad de los ganaderos, y como existe escasez de 'gringos', empiezan las facilidades que se dan a los que quieren ir, suministrándoles animales de trabajo, abriéndoles crédito para la adquisición de implementos agrícolas; y como las condiciones son sumamente ventajosas, la afluencia de inmigrantes con el objeto de dedicarse a las faenas agrícolas aumenta de una manera vertiginosa». Otro autor, Tenenbaum, dice lo siguiente: «El estanciero que no quiere abandonar su tradicional hábito de vivir tranquilo, de llevar una vida de modorra, difícil de dejar, para no molestar mayormente en adquirir implementos y efectuar la siembra por cuenta propia, resuelve el problema buscando algún gringo, a quien da la tierra para que haga en ella su cosecha^{46 bis}.

Nació así la pequeña burguesía agraria, escalonada en diversos estratos, desde el chacarero pobre de la zona marginal hasta la burguesía agraria rica, que combinaba su condición de propietaria y arrendataria, y que sería la columna dorsal de la Federación Agraria Argentina, la cabeza política de la «pampa gringa». Dicho en otros términos, ya en la primera década del siglo la clase de los chacareros comenzaba a fundar su actividad productiva no sólo en su trabajo sino sobre todo en la explotación de trabajo ajeno: aparecía el proletariado agrícola. Este último llegará a constituir en los próximos cuarenta años la base de la producción agrícola argentina y al mismo tiempo la clase social más explotada y políticamente invisible del país. El reformismo agrario ulterior, que romantizará la «epopeya del chacarero», no percibirá en su ceguera que si la oligarquía tradicional acapara las mejores tierras y ejerce su infame monopolio, los hijos del país no tendrán siquiera el acceso a la condición de arrendatarios o propietarios de su predio. A la pequeña burguesía agraria ingresará tan sólo la inmigración europea que logrará dominar ese sector de la economía argentina.

Inmigración y «pampa gringa»

En efecto, entre 1857 y 1914 ingresan al país y se radican definitivamente en él 3.300.000 inmigrantes⁴⁷. De esta cifra, el 90 % se radica en la región pampeana y, a su vez, de este porcentaje tan sólo una cuarta parte en las zonas rurales. Vale decir, las tres cuartas partes de la inmigración europea se asientan en las grandes ciudades del litoral. Este hecho no sólo revestirá importancia económica: sus efectos políticos se verán luego. Tan sólo en el período comprendido entre 1901 y 1910 queda en el país un saldo inmigratorio de 1.120.000 nuevos habitantes⁴⁸. Hacia 1914, de acuerdo al Tercer Censo Nacional, la Argentina contaba con 7.885.000 habitantes de los cuales un 30.03 % eran extranjeros. Pero como la proporción de los inmigrantes varones en edad activa era superior a las categorías equivalentes de la población nativa, y por lo demás la inmigración extranjera fue un fenómeno esencialmente urbano, su presencia adquiere durante toda una época una gravitación decisiva.

La inmigración conmueve al conjunto de la sociedad argentina. En los primeros quince años del siglo XX la población extranjera constituía en la Capital Federal, Córdoba, Buenos Aires, Entre Ríos, Mendoza y La Pampa la mayoría de la población adulta (un 80 % de extranjeros en la capital y entre el 50 y 60 % en las restantes ciudades aludidas)⁴⁹. La industria y el comercio se encontraban asimismo en manos de extranjeros en una proporción de un 80 %. El escaso poder de arraigo político al país se manifestaba por el hecho de que en 1895 sólo un 0.2 por ciento de extranjeros estaban naturalizados; en 1914 esa magnitud había subido a 2,3 %⁵⁰.

Si la inmigración europea asumía prácticamente la dirección de la industria y el comercio embrionarios en las ciudades, en la zona cerealista los colonos se encontraban atrapados entre los polos de una doble extorsión: de un lado, el parasitismo terrateniente que les vedaba el acceso a la propiedad de la tierra bajo la norma de contratos leoninos y de arriendos equivalentes a un tributo; y por el otro, la subordinación del chacarero a los monopolios de la comercialización y exportación de los cereales. Es aquí donde el imperialismo europeo se manifiesta en sus formas más siniestras y retardatarias. A través de un complicado proceso que va desde el almacén de ramos generales, que frecuentemente practica la usura, al agente comprador del monopolio, la dictadura de los consignatarios y al movimiento de precios del cereal que se regula fuera del país, el chacarero permanece atrapado bajo esa misteriosa maquinaria impersonal. Los nombres visibles –Luis De Ridder, Luis Dreyfus, Bunge y Born– serán conocidos luego, pero su poder permanecerá casi invulnerable a lo largo de medio siglo.

Las divergencias interiores de los ganaderos

En el orden de la economía ganadera, la propiedad de la tierra y del ganado permanece en manos de las familias tradicionales, a las cuales han venido a añadirse compañías de capitales, anónimos predominantemente europeos.

Pero la comercialización también escapa a su control. Desde 1883 los intereses británicos promueven la importación de bovinos de razas finas (Shorthorn, Hereford, Aberdeen Angus) y en colaboración con los ganaderos tradicionales, en particular de la Provincia de Buenos Aires, se cumple un proceso de mestización y refinamiento del antiguo ganado guampudo de origen criollo. El período de congelado toca su fin. La carne enfriada mediante los procedimientos perfeccionados por Charles Tellier inaugura la época del frigorífico. Se crea así un monopolio de comercialización de la carne argentina formado por intereses anglo argentinos. Sin embargo, una inesperada rivalidad hará su ingreso en esta esfera con la creación de frigoríficos de capital norteamericano, que a partir de 1907 comienzan a penetrar en el mercado argentino de carnes. Aplicando en la Argentina los métodos modernos y altamente tecnificados practicados en Chicago, capitales norteamericanos disputan a la influencia angloargentina el control del mercado.

La crisis entre frigoríficos norteamericanos y frigoríficos ingleses en el país conduce a una conferencia de fletes en 1911 propiciada por el gobierno británico para dirimir «las esferas de influencia» de la carne argentina en el exterior. El acuerdo de ese año estipula un 41,37 % de cupos de exportación para el grupo norteamericano, un 40,15 % para el grupo inglés y un 18,50 % para el grupo argentino⁵¹.

La industria frigorífica en manos de los monopolios norteamericanos e ingleses, succionaba en el proceso de industrialización y comercialización la parte más suculenta de la exportación. Las cifras son persuasivas: en 1899 se exportaron cuartos vacunos por un equivalente de 28.000 cabezas; en 1905 alcanzaron casi a 500.000; en 1910- 1914 el promedio anual fue de 1.278.620 cabezas. Pero a las disputas entre los grupos angloyanquis debía añadirse una rivalidad menos visible, que permanecerá como una constante en la economía ganadera argentina.

Se trataba de una diferencia substancial entre dos grupos de intereses de la ganadería nacional. Uno de ellos, el más pequeño y más poderoso, estaba constituido por los invernadores, verdaderos parásitos de la ganadería, ganaderos simbólicos que en realidad eran y son comerciantes o intermediarios entre el ganadero criador y el frigorífico que adquiere el ganado a los invernadores.

El negocio del invernador –escribe Puiggrós– consiste en comprar al criador el novillito al precio más bajo, contar con la mayor extensión posible de campos de pastoreo y vender el animal preparado al frigorífico a precio de privilegio. La invernada no exige el cuidado del vacuno o del ovino en los servicios o las pariciones. Le basta con tener buenos pastos y un número mínimo de peones a cargo de la vigilancia. A medida que aumentan los animales en invierno, disminuye relativamente el personal necesario. De ahí que para bajar el costo se busque acrecentar las tierras para invernada sin otra limitación que el capital disponible para la compra de novillitos a los criadores. Por medio de contratistas a precio fijo la hectárea –que proporcionan su propia mano de obra– los campos se convierten en pastoreo de forrajera y los invernadores multiplican sus inversiones capitalistas⁵².

Los ganaderos criadores, vale decir los que no están vinculados al frigorífico sino que se ven obligados a aceptar como intermediarios a los invernadores, permanecían al margen del círculo dorado exclusivo. Como es lógico suponer, el invernador se asocia tan estrechamente al frigorífico que de hecho se constituye en su agente comprador, subordinado a su política general y sobornado por el capital extranjero. Es precisamente este reducido núcleo de invernadores el que compone el círculo dirigente de la Sociedad Rural Argentina, la cabeza política de la oligarquía bonaerense⁵³.

Dada la naturaleza extensiva de este tipo de actividad, el negocio de invernada propende al acaparamiento de tierras, sobre todo en la Provincia de Buenos Aires, escribe Puiggrós, por

grandes terratenientes y sociedades anónimas, muchas de ellas de capitales extranjeros⁵⁴.

El capital extranjero

Intimamente vinculados a los frigoríficos estaban los capitales británicos invertidos en los ferrocarriles, los grupos angloeuropeos de comercialización y

monopolización de los cereales, las empresas marítimas que transportaban la producción argentina a Europa, las compañías de seguros predominantemente inglesas que aseguraban y reaseguraban el transporte de dichos productos. A lo dicho debían agregarse los bancos británicos interesados en el otorgamiento de préstamos al Estado, a las provincias o a las municipalidades y que operaban de coordinadores de toda la actividad extranjera en estas ramas básicas de nuestra economía. Finalmente, para cerrar el cerco, cabe mencionar los capitales ingleses invertidos en los servicios públicos (gas, tranvías, teléfonos, subterráneos y compañías de energía eléctrica).

Bastará señalar, para medir en su radiante plenitud la influencia británica en la Argentina de comienzos de siglo, que sus inversiones en 1913 alcanzaban a 319,6 millones de libras esterlinas, o sea un equivalente a 1.555 millones de dólares. En el mismo año las inversiones de capital imperialista francés en nuestro país no sobrepasaban los 400 millones de dólares, incluyendo en estas cifras los valores en ferrocarriles y títulos del Estado.⁵⁵ En 1914, el 51 % de la deuda total del gobierno argentino tributaba servicios a empréstitos extranjeros. El economista alemán Schulze-Gaevernitz resumía la situación de nuestro país:

*América del Sur, sobre todo la Argentina, se halla en tal dependencia financiera con respecto a Londres, que casi se la debe calificar de colonia comercial inglesa*⁵⁶.

Por su parte, Lenin formulaba la siguiente observación:

*Los capitales invertidos por Inglaterra en la Argentina, de acuerdo con los datos que suministra en 1909 el cónsul austrohúngaro en Buenos Aires, ascendían a 8.750 millones de francos. No es difícil imaginarse los vínculos que se establecen entre el capital financiero –y su fiel «amiga», la diplomacia– de Inglaterra y la burguesía de la Argentina, con los círculos dirigentes de toda su vida económica y política*⁵⁷.

No podría haber la menor exageración en estos juicios europeos sobre el peculiar status de la Argentina de esa época. El imperialismo extranjero y la oligarquía terrateniente y exportadora habían llegado a constituir un sólido sistema que, en ciertos aspectos sustanciales, rige todavía.

Parasitismo oligárquico y fertilidad pampeana

La expansión agropecuaria a comienzos del siglo XX no obedecía tan sólo a las exigencias de los mercados consumidores europeos. Tampoco podría explicarse ese hecho exclusivamente a causa de la renovada corriente de capitales imperialistas que penetran en la sociedad argentina en las últimas décadas del siglo anterior y originan el prodigioso desarrollo económico conocido. Existe una causa primera, fundamento de todas las demás y que se ensambla con ellas para elevar a la Argentina al rango de productora mundial de alimentos. Esa causa primera se funda en la naturaleza del suelo. No es el trabajo social sino una peculiaridad de la naturaleza física de la llamada pampa húmeda la que determina a comienzos del siglo XX la exuberante rentabilidad de las praderas argentinas⁵⁸.

El régimen de lluvias en esta zona alcanza a unos 46 cm. en la parte occidental y unos 100 centímetros en la parte oriental. Si las precipitaciones máximas se producen durante el verano, las lluvias durante todo el año son las requeridas para una excelente pastura. Situada en la zona templada, la Argentina ofrecía las condiciones óptimas para la producción agraria de productos alimenticios. Considerada una de las mejores tierras ganaderas del mundo, las praderas del país, a principios de siglo prácticamente no requerían empleo de abono; los ganados podían pastar al aire libre gracias al clima benigno⁵⁹.

Ninguno de los centros productores importantes de la pampa está a más de 320 kilómetros del puerto de Buenos Aires. Esto contrasta considerablemente con la región cerealista del Medio Oeste en los Estados Unidos, que está a 1.600 kilómetros o más del puerto marítimo más próximo. El tendido de rieles en la pampa fue bastante barato por lo llano del terreno⁶⁰.

Favorecida por semejantes condiciones ecológicas, la clase terrateniente se convirtió en una de las plutocracias más ricas del mundo. Pero la parte substancial de su «capital fijo» estaba constituida por su monopolio de la tierra y sólo subsidiariamente por una inversión reproductiva. En efecto, en la economía ganadera,

el capital fijo reproducible incluye alambradas, molinos y bombas, viviendas, galpones, otras construcciones e instalaciones, maquinarias y vehículos⁶¹.

En otras palabras, el medio de producción (ganado) alimentado, por una energía natural (las pasturas) se reproducía indefinidamente a sí mismo y el trabajo social aportado para su vigilancia se reducía a un puñado de peones, retribuidos con salarios irrisorios y mantenidos en los galpones de la estancia bajo un régimen patriarcal. Medraba en este régimen una oligarquía ganadera «capitalista» pero parasitaria, indiferente a las innovaciones técnicas más allá de la sustitución de las pasturas naturales, que habían bastado para el ganado guampudo de los tiempos anteriores a la exportación, por los alfalfares exigidos en la era del «chilled».

Renta de la tierra y beneficio capitalista derivaban hacia una clase propietaria que, favorecida por la naturaleza y por el sistema mundial montado por el imperialismo, no reinvertía capital en la ampliación de su «capital fijo» para traducir la inversión en una productividad mayor. Por el contrario, volcaba sus gigantescos ingresos en gastos suntuarios, radicación de capital en el exterior, adquisición de bienes raíces o incesantes viajes a Europa escoltada por una comitiva asiática. El sistemático ausentismo de la clase estanciera subrayaba su parasitismo. Erígese de este modo una psicología y una conducta de «nobleza ganadera» análogas a las de la aristocracia virginiana o del terrateniente ruso de la era prerrevolucionaria⁶².

Su hastío elegante en el despilfarro, y su estudiada cultura alcohólica, su haraganería orgánica, su gusto por los caballos de raza y su indiferencia despreciativa por la política, lo mismo que su admiración por Inglaterra, estaban marcadas con aquel sello de esterilidad profunda que Tolstoi inmortalizó en sus tristes barones de provincia y en los héroes atildados y triviales de la sociedad mundana. En las confusas y artificiales novelas de Eduardo Mallea cruzan como fantasmas indigentes los plutócratas de la tierra que brillaron en los soberbios días del Centenario.

Oligarquía y renta diferencial

Las ventajas derivadas del *humus* pampeano, régimen de lluvias, escasa distancia de los lugares de producción a los puertos de embarque, producción extensiva y asociación estrecha con el mercado comprador («renta diferencial», según Marx), serán los factores motrices del crecimiento ininterrumpido de los índices agropecuarios y al mismo tiempo el secreto estructural de la crisis argentina. Oligarquía capitalista, mas no burguesa, esta clase, según hemos dicho, no transferirá la masa de capital adquirido por las ventajas de la renta diferencial y la reducida mano de obra empleada, para invertirla a las ramas básicas de la industria.

Las consecuencias sociales y políticas del monopolio de la tierra asociado al mercado mundial, serán incalculables:

Durante el período de auge el punto vulnerable de esta economía fue la bajísima absorción de mano de obra; la renta diferencial y el monopolio mercantil sobre las carnes imponían un ruralismo extensivo, o sea, hacer ‘producir’ a la tierra y no a los hombres. Un desplazamiento en el sentido contrario habría obligado a intensificar la tecnificación, desviando la masa de ingresos de la renta a la plusvalía industrial agrícola-ganadera. Ello, a su vez, habría suprimido el ausentismo como género de vida y la ética de consumo como actitud hacia la ganancia juntamente con el automatismo cíclico del ingreso. Contados peones bastaban para trabajar grandes áreas. Esta constante demográfica de la oligarquía, ya enunciada por Roxas y Patrón en la polémica con Ferré, reaparece en la añoranza de la Sociedad Rural, de los tiempos en que había ‘un argentino por cada cuatro vacas’. Como en los latifundios romanos, la alta lucratividad de la unidad económica está en relación inversa con la producción y productividad globales.

El desempleo crónico estimula una hipertrofia urbana parasitaria en que el lugar del proletariado ocioso pasa a ocuparlo con más decoro formal una clase media vinculada a la intermediación, a la burocracia pública y privada, y a otras actividades del ‘terciario’, a la que se anexa un proletariado marginal de industrias de exportación, servicios públicos y mercado interno de la plataforma semicolonial. En el polo opuesto, el desempleo abierto de los marginalizados urbanos, las provincias pobres y los rancheríos intersticiales de trabajadores temporarios⁶³.

Como resultado de este proceso surge una clase media agrícola de origen inmigratorio que, por su calidad de productora directa, aun expoliada por la oligarquía y los monopolios cerealistas, debe ejercer un papel tan importante en la producción agrícola que retiene parte de la plusvalía y consolida así su existencia social. Esta burguesía chacarera, lo mismo que su congénere en las áreas urbanas, nacida de las etapas de la comercialización e industrialización derivadas de todo el proceso, jugará un papel políticamente ambiguo a lo

largo de toda su existencia. No cuestionará la base misma del sistema agrario exportador. Pero enfrentará episódicamente a la oligarquía mediante la exigencia de una ‘democratización’ de la renta agraria. Esta dualidad la llevará a pactar con la clase dominante cada vez que se produzcan movimientos reivindicativos en los sectores desposeídos del sistema: tal será la actitud tradicional de las clases medias urbana y rural vinculadas a la exportación, hacia el proletariado industrial y los jornalizados del campo.

Influencia argentina en la agricultura europea

En los primeros años del siglo la oligarquía terrateniente llegaba al pináculo de su esplendor. La Argentina emerge como un competidor irresistible en el mercado mundial de los granos y las carnes. El poder competitivo de la producción argentina originará la depreciación de la producción europea y la reacción consiguiente. La arcaica estructura de la propiedad rural europea, que gozaba de la renta de la tierra en condiciones tan parasitarias como las que iría a disfrutar luego la oligarquía argentina, aunque sin contar con una naturaleza tan generosa, se vio obligada –dice Boglich– a

reemplazar sus viejos métodos por el empleo de las máquinas y uniformar en lo posible las pequeñas parcelas en grandes o medianas explotaciones. Muchas de las tierras poco fértiles fueron convertidas en campos de pastoreo y dedicadas principalmente a la cría de ovejas, lo que respondía también a la demanda de materias primas de las industrias laneras, entonces florecientes. Se entabló así una competencia permanente en los mercados consumidores entre los países agrícolas del viejo mundo y los nuevos continentes, competencia que dio por resultado la rápida penetración de la técnica mecánica en la agricultura⁶⁴.

La interdependencia de la economía mundial a la cual ingresaba triunfalmente la Argentina a comienzos del siglo XX se demostraba por el hecho de que la expansión capitalista agraria en los países templados del Nuevo Mundo originaba una revolución técnica en el agro europeo, del mismo modo que posteriormente las crisis económicas o bélicas de Europa suscitarían el desarrollo industrial de las semicolonias. El poder arrasador de la Argentina

agropecuaria en los mercados europeos se fundaba en el hecho de que las tierras eran vírgenes y de gran fertilidad; prácticamente no requerían abono y, en definitiva, el clima propicio no requería establos para los animales de labor, factores todos que gravitaban pesadamente en la economía agrícola de Europa⁶⁵. Estos fenómenos fueron observados por Engels:

Los barcos y transatlánticos y los ferrocarriles de América del Norte, del Sur y de la India, pusieron a territorios de índole particular, en condiciones de hacer la competencia en los mercados de cereales europeos. Por un lado existían las praderas norteamericanas, las pampas argentinas, estepas productivas predestinadas al cultivo por la propia naturaleza, tierra virgen, que ofrecía ricos ingresos durante largos años aun a cambio de un cultivo primitivo y sin abono... el arrendatario y el campesino europeos, con su vieja carga de renta, no podían resistir esa competencia de las tierras vírgenes⁶⁶.

La estructura de clases de la Argentina del 900 puede describirse aproximadamente en los siguientes términos: el grupo oligárquico dominante se integraba con los ganaderos privilegiados, asociados a los frigoríficos extranjeros. El capital europeo tenía en sus manos el poder financiero por medio de las sucursales bancarias radicadas en el país, que recogían para girar al exterior la crema de los servicios de la deuda exterior, compañías de seguros paralelas controlaban ese mercado específico; las flotas europeas aseguraban el transporte y cobraban los fletes. Las compañías de servicios públicos –ferrocarriles, gas, energía eléctrica, teléfonos, etc.– cubrían otro sector vital. La burguesía comercial anglo-argentina importaba los productos manufacturados del Viejo Mundo y obstaculizaba la creación de industrias nacionales. Aquellas industrias nativas nacidas en los tiempos de Avellaneda y Juárez Celman, cuando no caían en manos del mismo capital extranjero, eran toleradas por el sistema y consistían primordialmente en ramas industrializadoras de productos agropecuarios. Sus propietarios eran generalmente extranjeros, y se acogían ideológicamente al amparo del sistema vigente, al que no se proponían reformar. La Unión Industrial Argentina formaba una de las instituciones propias de las industrias «no artificiales» del régimen agrario y exportador. La producción agrícola era comercializada por los grandes consorcios imperialistas, enemigos tanto de las cooperativas agrarias como de la intervención nacional del Estado en tales asuntos. En síntesis, los

ganaderos invernadores, la burguesía comercial importadora, las empresas de capital imperialista y los bancos extranjeros formaban una rosca llamada «oligarquía», asistidos por una superestructura cultural que se ramificaba hacia la Universidad oligárquica, la Justicia de los tribunales adictos, y los grandes diarios librecambistas como «La Nación» y «La Prensa».

La estructura de clases

Pero las particularidades de la penetración imperialista en la Argentina, así como el carácter excepcional de su productividad agraria, habían dado lugar a una «oposición de clases» que se movía no obstante en los mismos cuadros del notable sistema y que, por lo demás, no se proponía cambiar sus fundamentos. En la semicolonía próspera del 900 existía la pequeña burguesía agraria de las chacras que disputaba con los terratenientes rentistas el canon del arrendamiento y el derecho a la propiedad de la tierra, del mismo modo que pugnaba por desasirse del yugo del monopolio cerealista. Pero el chacarero no aspiraba, ni podía aspirar a reestructurar el conjunto de la economía agraria dependiente, de la que formaba parte y en cuyo seno luchaba por instalarse mejor. Su hostilidad al peón criollo será tan famosa como su desconfianza hacia los grandes movimientos nacionales del siglo. Será revelador examinar en su momento su actitud hacia el peronismo. Los ganaderos, que vendían al mercado interno y que se veían relegados a precios inferiores a los obtenidos por sus opulentos colegas del gran Puerto, contemplarán con simpatía al radicalismo; pero toda su política consistirá en acompañar a regañadientes a los invernadores de la Sociedad Rural, que contaban con el apoyo anodador del sistema y de los diarios que «hacen la opinión». El incipiente proletariado urbano, predominantemente europeo, que seguirá a los socialistas o anarquistas, formará parte en sus capas superiores de una aristocracia del trabajo que de un modo u otro logrará beneficios sociales o salariales derivados de la plataforma capitalista instalada por el imperialismo en Buenos Aires y el Litoral. Eran los postergados del sistema pero formaban parte del sistema mismo.

Más allá de ganaderos, comerciantes rentistas, banqueros, gerentes ingleses, chacareros, obreros calificados de las empresas de servicios, empleados y burócratas del aparato administrativo de la factoría, flotaba el mundo impreciso de los marginalizados: las peonadas de estancia, los jornaleros criollos de las chacras, el «proletariado andrajoso» de provincias, con sus múltiples oficios y artesanías y los pequeños productores agrarios de cultivos no exportables que

integraban aún vastos sectores precapitalistas en disolución, disociados del sector litoraleño. Era la herencia silenciosa de la vieja sociedad criolla. Todavía falta medio siglo para que la industrialización la convierta en protagonista de la historia.

De este modo la Argentina ingresa al siglo XX envuelta en una brillante quimera: el *humus* pampeano será el secreto de su equilibrio social, del enriquecimiento sin límites de la oligarquía terrateniente y de la burguesía comercial compradora, al mismo tiempo que el fundamento de una superestructura jurídica y cultural que imprimirá un estilo a la República oligárquica. Sin embargo, este crecimiento al parecer espontáneo encerraba en su seno una contradicción que no podría ser resuelta hasta nuestros días. Hacia 1914 se detiene la expansión de la red ferroviaria, disminuye el ritmo de crecimiento de la producción del agro, del mismo modo que la oleada inmigratoria tiende a decrecer, mientras que aparecen síntomas inquietantes de un crecimiento vegetativo de la población arraigada que llegará a estar en contradicción directa con el estancamiento de la economía agropecuaria y de su poder generador de divisas. Nadie podía concebir en las primeras décadas que algún día las praderas más fértiles del mundo irían a sufrir de erosión, o que 28 millones de habitantes debían fundar su standard de vida en los mismos índices productivos que 8 millones y que, al mismo tiempo, la industrialización engendrada por las crisis mundiales ya no podría sostenerse con la corriente declinante de divisas similar a los tiempos del país agrario y de la factoría inglesa.

Tampoco en aquella feliz edad podía concebir nadie, salvo algún profeta solitario, la necesidad de imponer a la Argentina una resuelta política industrializadora. «La Humanidad sólo se plantea aquellos problemas que puede resolver». Al manifestarse los fenómenos característicos del desarrollo capitalista (relativa diversificación de clases sociales, alto índice de urbanización de la población, cierta actividad industrial, prodigioso comercio exterior, un aparato cultural imponente en comparación con el resto de América Latina) la relación granja-fábrica no parecía algo especialmente detestable. La superestructura intelectual, por su parte, contribuyó a que ese modelo de sociedad en progreso constante se convirtiera en el «ideal argentino». La ilusión de un camino semiautárquico o de una industria argentina reaparecerá luego, cíclicamente, como un arbitrio de circunstancias, que usará hasta la misma oligarquía, en su desconcierto, cuando la crisis rugiente del capitalismo europeo abra el abismo ante sus pies. Pero ninguna aprehensión frecuentaba el espíritu de la clase dominante en aquellos años pródigos. Era una década en que se gustaba «la dulzura de vivir». El futuro debía ser indudablemente espléndido y por lo demás Dios era criollo.

NOTAS

¹ ROBERT SCHNERB, *El siglo XIX (El apogeo de la expansión europea) (1815-1914)*, p. 577, Ed. Destino, Barcelona, 1960.

² A. RAMOS- OLIVEIRA, *Historia social y política de Alemania (1800- 1950)*, p. 90, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1952.

³ Cfr. MAURICE CROUZET, *La época contemporánea*, p. 16, Ed. Destino.

⁴ SCHNERB, *Ob. cit.* p. 9 1.

⁵ DEXTER PERKINS, *Historia de la doctrina Monroe*, p. 163. Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1964.

⁶ GISELHER WIRSING, *El continente sin limite*, p. 50, Ed. Afrodisio Aguado, Madrid, 1942.

⁷ MAURICE BAUMONT, *L'essor, Industriel et l'imperialisme colonial*, p. 359, Presses Universitaires de France, París 1949.

⁸ SCHNERB, *ob. cit.*, p. 578.

⁹ *Ibíd.*

¹⁰ V REGINE PERNOUD, *Histoire de la bourgeoisie en France*, p. 139, Tomo II, Ed. du Seuil, París, 1962.

¹¹ VALENTÍN VÁZQUEZ DE PRADA, *Historia económico mundial*, p. 300, Tomo II, Ed. Rialp, Madrid, 1964.

¹² RUDOLF HILFERDING, *El capital financiero*, Ed. Tecnos, Madrid, 1963.

¹³ V. I. LENIN, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, p. 205, Obras Completas, Tomo 22, Ed. Cartago, Buenos Aires 1960.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 270.

¹⁵ ERNEST MANDEL, *Traité d'économúe marxiste*, p. 8, T. II, Ed. Julliard, París, 1962.

¹⁶ FR. MACHLUP, *The political Economy of Monopoly*, en Mandel, p. 9, II.

¹⁷ MANDEL, *ob. cit.*, p. 14.

¹⁸ RICHARD LEWINSHON, *Trusts y carteles*, p. 21, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1948.

¹⁹ V. H. E. FRIEDLAENDER y J. OSER, *Historia económica de la Europa moderna*, p. 372, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1957.

²⁰ LENIN, ob. cit., p. 212.

²¹ *Ibíd.*, p. 210, Lenin observa: «La ciencia oficial intentó aniquilar mediante la conspiración del silencio la obra de Marx, el cual había demostrado, con un análisis teórico e histórico de capitalismo, que la libre competencia engendra la concentración de la producción, y que dicha concentración en cierto grado de su desarrollo conduce al monopolio. Ahora el monopolio es un hecho».

²² HILFERDING, ob. cit., p. 354.

²³ *Ibíd.*, p. 253.

²⁴ LENIN, ob. cit., p. 257. Añade Lenin: «*Los hechos hablan con claridad: el aumento de la exportación está precisamente relacionado con las fraudulentas maquinaciones del capital financiero, que no se preocupa por la moral burguesa y saca al buey dos cueros: primero, el beneficio del empresario, y segundo, un beneficio de ese mismo empréstito cuando se invierte en adquirir artículos de Krupp o material ferroviario del sindicato del acero, etc.*» (p 308). A su vez, Hilferding escribe: «*Serbia no recibe ningún empréstito de Austria, Alemania o Inglaterra más que si se compromete a comprar sus cañones o su material ferroviario a Skoda, Krupp o Schneider La lucha por la venta de mercancías se convierte en una lucha por las zonas de inversión del capital de préstamo entre los grupos bancarios nacionales*» (ob. cit., p. 364)

²⁵ GIFFEN, en Hilferding, ob. cit., p. 365.

²⁶ En Gran Bretaña, «*en vísperas de la primera Guerra mundial la inversión exterior anual ascendía aproximadamente a la mitad del ahorro nacional. La inversión exterior total ascendía a unos 20.000 millones de dólares, o sea la cuarta parte de la riqueza nacional. Producía la décima parte del ingreso nacional... Las grandes inversiones exteriores quizás retrasaron el desarrollo de ciertas actividades inferiores prometedoras*» FRIEDLAENDER Y OSER, ob. cit., p. 374.

²⁷ SCHULZE-GAEVERNITZ, en Lenin, ob. cit. p. 293.

²⁸ HOBSON, en Lenin, ob. cit., p. 295. Dice el autor canadiense Frederick Clairmoonte: «*En total, los inversionistas británicos ganaran, en el lapso de cuarenta años, unos 4.000 millones de libras esterlinas por conceptos de intereses y dividendos de sus inversiones en el exterior* («Liberalismo económico y subdesarrollo», p. 215. Ed. Tercer Mundo- Bogotá, 1963). A las extraordinarias inversiones en el exterior, correspondía un estancamiento correlativo de la industria británica. La siderurgia decaía lo mismo que la producción de carbón. «*Ese estancamiento relativo no podía explicarse por una insuficiencia del ahorro que en un 40 % se invertía en ultramar si no porque ese ahorro no se movilizaba para la reconstrucción y sustitución de equipos fabriles anticuados e insuficientes*»(p 216). «*Los recursos emigraban al exterior en lugar de aplicarse a la reconstrucción de las sucias y abandonadas ciudades de la Gran Bretaña, porque se estimaba que las inversiones extranjeras eran más productivas.*»

²⁹ LENIN, ob. cit., p. 297.

³⁰ JOHN GALSWORTHY, *Se alquila*, p. 145, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1960.

³¹ MANDEL, ob. cit., p. 30.

³² *Ibíd.*, p. 71.

³³ *Ibíd.*, p. 72.

³⁴ MARX, *El Capital*, p. 604, T. I. Ed. Cartago, Buenos Aires, 1956.

³⁵ CROUZET, Ob. cit. p. 14.

³⁶ No es inútil insistir en el hecho de que las «inversiones» de capital extranjero en los países atrasados ocultan casi invariablemente una operación de saqueo. En los tomos I y II de esta obra hemos examinado los métodos de penetración financiera y económica británica en nuestro país: Empréstito Baring, ferrocarriles, etc. Sir Arthur Salter afirma lo siguiente: «Sólo en el período inicial, que terminó poco después de 1870, los recursos para la inversión extranjera se obtuvieron del excedente de las exportaciones corrientes sobre las importaciones. En el período de 1870 a 1913 cuando el total de la inversión extranjera (inglesa. N. del A.), se elevó de cerca de mil millones a casi cuatro mil millones de libras esterlinas, el total de las nuevas inversiones que se hicieron sólo fue de aproximadamente el 40 % de los ingresos obtenidos por las anteriores inversiones en el mismo periodo». Cit. por PAUL BARAN, *La economía política del crecimiento*, p. 205, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1959, Baran comenta: «De ahí que el incremento de los activos occidentales en el mundo subdesarrollado se deba sólo en parte a exportaciones de capital en el sentido estricto del término; fundamentalmente, es el resultado de la reinversión en el exterior de parte del excedente económico que se obtuvo de esos lugares» (P. 206).

³⁷ LENIN, ob. cit., p. 245 y ss.

³⁸ VÁZQUEZ DE PRADA, ob. cit., p. 324.

³⁹ MANDEL, ob. cit., p. 102.

⁴⁰ CROUZET, ob. cit., p. 17. Por su parte, Henri Pirenne dirá en su *Historia Económica y social de la Edad Media*, p. 149, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1941: «Los ingleses a quienes se habían adelantado sus vecinos de los Países Bajos se contentaron con abastecerlos de materia prima. Fueron para ellos lo que la República Argentina y Australia son en nuestros días para la industria textil de Europa y América». Desde otro punto de vista, Lenin definía exactamente la situación de la Argentina a principios del siglo XIX: «La 'anexión' económica es plenamente 'realizable' sin la anexión Política y tiene lugar a menudo. En la literatura sobre el imperialismo encontraréis a cada paso informaciones tales como: la Argentina es en realidad una 'colonia mercantil' de Inglaterra. Portugal es en realidad un 'vasallo' de Inglaterra, etc. Y es verdad: la dependencia económica de los bancos ingleses, las deudas a Inglaterra, la adquisición de ferrocarriles locales por parte de Inglaterra, de las minas, tierras, etc., todo ello convierte a los países mencionados en 'anexiones' de Inglaterra en el sentido económico, sin violación de la independencia política de tales países»: *Obras Completas*, Tomo XXIII, p. 41.

⁴¹ JACINTO ODDONE, *La burguesía terrateniente Argentina*, p. 182, Ed. Populares Argentinas, Buenos Aires, 1956.

⁴² SERGIO BAGÚ, *Evolución histórica de la estratificación social en la Argentina*, p. 1, Departamento de Sociología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, septiembre de 1961.

⁴³ JOSÉ MARÍA ROSA, *Del Municipio indiano a la Provincia argentina*, p 25 y ss., Ed. Instituto die Estudios Políticos, Madrid, 1958.

⁴⁴ ODDONE, ob. cit., p. 173.

⁴⁵ JUAN BIALET MASSÉ, *Informe sobre el estado de las clases obreras en el Interior de la República*, p. 114, Tomo I, Imprenta y Casa Editora de Adolfo Gran, 1904.

⁴⁶ HORACIO C. E. GIBERTI, *Historia económica de la ganadería argentina*, p. 183, Ed. Hachette, Buenos Aires, 1961.

^{46bis)} *Ibíd.*

⁴⁷ Aldo Ferrer, *La economía Argentina*, p. 107, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1963.

⁴⁸ GINO GERMANI, *La asimilación de los inmigrantes en la Argentina y el fenómeno del regreso en la inmigración reciente*, p. 8, Instituto de Sociología, Publicación N° 4, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1964.

⁴⁹ *Ibíd.* p. 14.

⁵⁰ *Ibíd.* p. 32.

⁵¹ RODOLFO PUIGGRÓS, *Libre empresa o nacionalización de la carne*, p. 91, Ed. Argumentos, Buenos Aires, 1957.

⁵² *Ibíd.*, p. 22.

⁵³ Además de la ya mencionada obra de Puiggrós, en relación a la estructura interna de la clase ganadera pueden leerse con provecho las siguientes obras: Horacio V. Pereda, *La ganadería Argentina es una sola*, Buenos Aires, 1939; NEMESIO DE OLARIAGA, *El ruralismo argentino (Economía ganadera)*, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1943; JOSÉ V LICEAGA, *Las carnes en la economía Argentina*, Ed. Raigal, Buenos Aires, 1952.

⁵⁴ PUIGGRÓS, ob. cit.. p. 23. En 1942, el propio Poder Ejecutivo de la Provincia de Buenos Aires, admitía que 272 personas eran propietarias de la sexta parte de la provincia.

⁵⁵ Naciones Unidas, *Las inversiones extranjeras en América Latina*, p. 169, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, Nueva York 1955.

⁵⁶ LENIN, ob. cit., p. 277

⁵⁷ *Ibíd.*, p. 278.

⁵⁸ V. Tomo 1 de esta obra, p. 266 y 55

⁵⁹ CLARENCE FIELDEN Y GORDON G. DARKENWALD, *Geografía económica*, p. 170, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1944.

⁶⁰ PEDRO C M. TEICHERT, *Revolución económica e industrialización en América Latina*, p. 95, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1961. La Argentina producía trigos duros de excelente calidad, comparables o mejores que los de Estados Unidos. Con respecto a este último país, tenía otras ventajas, pues la zona triguera argentina está más próxima al mar que su congénere norteamericana. En el transporte combinado por tren y agua hasta Liverpool, la Argentina tenía a su favor un margen de 2,6 a 3,3 centavos dólar por hectolitro de trigo con respecto a Estados Unidos. Cfr. Jones y Darkenwald, *ob. cit.*, p. 355. En cuanto al maíz argentino «*el hecho de que la región productora de maíz esté tan próxima a la costa, permite que el agricultor argentino ponga el maíz en el mercado europeo, e incluso en el de las regiones del este de Estados Unidos a un precio inferior al del agricultor de la faja norteamericana del maíz*» (p. 364).

⁶¹ FERRER, *ob. cit.*, p. 117,

⁶² En una visita circunstancial a la Argentina, de regreso de sus largas residencias en Francia, el estanciero Saturnino Unzué fue visitado por algunos hombres de «Forja» para requerirle ayuda pecuniaria en la campaña contra la entrega de la República al imperialismo británico. Unzué contestó a Arturo Jauretche: «No me interesa este país».

⁶³ *Clase obrera y poder*, p. 14. Tesis política del Tercer Congreso del Partido Socialista de la Izquierda Nacional, realizado en Villa Allende, Córdoba, agosto de 1964. Ed. Izquierda Nacional, Buenos Aires 1964.

⁶⁴ JOSÉ BOGLICH, *La cuestión agraria*, p. 57. Ed. Claridad, Buenos Aires, 1937.

⁶⁵ *Ibíd.* p. 56.

⁶⁶ Engels, *cit.* por Boglich, en *ob. cit.*, p. 56.

LA FACTORÍA PAMPEANA

Aquel miércoles 12 de octubre de 1904 la Casa de Gobierno bullía de invitados y arribistas, comunes en tales actos. Diplomáticos abrumados de condecoraciones, con su mirada escéptica y su espadín, militares de gran uniforme, inquietos diputados, buscando nuevas combinaciones ante el cambio de Presidente, personajes palmeando espaldas, funcionarios celosos y damas empingorotadas. Rodeado de un puñado de amigos y con un velo melancólico en sus ojos saltones, el general Julio Argentino Roca entregaba las insignias del mando al doctor Manuel Quintana, con su perilla blanca, retobado y despreciativo, enfundado a presión en su célebre levita.

Roca, invadido por el sentimiento de su eclipse político, después de haber matado la candidatura de su viejo amigo Pellegrini, entregaba la Presidencia nada menos que a un mitrista. ¡Valiente victoria! El mandatario saliente pronunció algunas banales palabras de cortesía. Quintana contestó al ceñirse la banda presidencial:

Soldado como sois, transmitís el mando en este momento a un hombre civil. Si tenemos el mismo espíritu conservador no somos camaradas ni correligionarios y hemos nacido en dos ilustres ciudades argentinas más distanciadas entre sí que muchas capitales de Europa¹.

En esta respuesta desdeñosa, Quintana componía un autorretrato: se había sentido siempre más próximo a Londres que a Tucumán. Su alusión al común «espíritu conservador» no era menos transparente: comprendía perfectamente el íntimo significado de la declinación del roquismo y su incorporación al statu quo de la oligarquía triunfante. Al borde del sepulcro, el general Mitre, que se hallaba presente, no dejó escapar la ocasión de lanzar otra frase de efemérides. Con paso vacilante se acercó a Roca y le declaró gravemente:

Hace seis años le tomé el juramento. Ahora puedo decirle que lo ha cumplido.

Y esta vez tenía razón el infausto rimador. Con la bendición de Mitre, la traición a Pellegrini y el cultivo amoroso de su rica estancia «La Larga», el soldado del Desierto entraba suavemente al reino de las sombras². Desde hacía años, por lo demás, sus intereses privados lo habían integrado orgánicamente a la clase terrateniente de la provincia de Buenos Aires. Aquel joven militar que había hecho la guerra para unificar el país en el 80, era un anacronismo.

La Legislatura de la Provincia de Buenos Aires en 1881 había otorgado a Roca, como premio por la Campaña del Desierto, 20 leguas cuadradas de campo ubicadas en el partido de Guaminí, hoy de Daireaux, zona ocupada por los indios antes de la Campaña. A diferencia de los oficiales y soldados hambrientos de su Ejército, que malvendieron enseguida las donaciones, Roca se consagró a trabajar esos campos, donde formó la Estancia «La Larga», nombre tomado de una laguna vecina. Cubierta de pajonales, cañadones y totoras, la estancia se transformó con los años y las inversiones en un próspero establecimiento ganadero. El antiguo soldado del 80 se había convertido en un rico estanciero 25 años más tarde y ese hecho simbólico refleja a su modo el destino del roquismo. Todavía en 1883 la técnica ganadera empírica de Juan Manuel de Rosas servía para formar estancias. En una carta a su mayordomo, Roca le decía

Le adjunto esas instrucciones de Rosas, donde con excepción de algunas zonceras, encontrará consejos y advertencias muy buenos.

En cuanto a las felicitaciones, eran puras hipocresías de Mitre, como siempre. «La Nación», el día anterior, había escrito:

Hoy se recibe un nuevo presidente y el país no está de fiesta. Flota en los espíritus una sensación de incertidumbre, hay en los ánimos un malestar indefinido, que ahoga las expansiones populares y predispone a la indiferencia o al retraimiento. Siendo la transmisión del mando el acto de mayor trascendencia que pueda representarse en la escena política del país, no asistirá a él ningún partido ni fuerza de opinión. Asistirán solamente colas de partidos, con el contingente de los sempiternos allegados al éxito». La hoja mitrista

concluía deseando a Quintana que «se emancipe de las influencias que pueden perturbar su juicio e impresionar su criterio... Tales son los votos de aliento y de estímulo que el patriotismo conservador formula ante una presidencia poseída de buenas intenciones.

Esta recomendación de romper inmediatamente todo compromiso con Roca, no era necesaria. Quintana, al leer su primer mensaje al Congreso, había expuesto claramente su credo de civilista de raza:

Debemos perfeccionar las leyes de procedimientos a fin de proteger las estipulaciones de los contratos y los derechos consagrados por la legislación de fondo.

Vélez Sarsfield, el doctor Mandinga, no lo habría dicho mejor.

En materia de política económica y financiera se imponía reducir los impuestos, ahorrar en los gastos públicos y renunciar «a ciertos excesos del proteccionismo aduanero». El estrecho abogado del Puerto rompe, en su primer día, con la orientación proteccionista que había sido una norma desde la presidencia de Avellaneda en 1875 y que a pesar de su moderación, había permitido crear las industrias nacionales en el último cuarto de siglo de influencia roquista. Quintana añadía en su mensaje: «Tendremos que adoptar un plan de política económica, hacer el estudio de los tratados vigentes (...) corregir las tarifas aduaneras cuando convenga, otorgar franquicias a las industrias de otras naciones y aplicarlas sobre avalúos de verdad (...) moderar la protección de industrias precarias, si hemos de asegurar con ello la prosperidad de las industrias capitales; emplear según los casos la reciprocidad o las represalias, para que no nos impongan el valor de nuestros frutos los que necesitan la carne y el trigo de los campos argentinos⁴.

Un dandy en la presidencia

¿Habrá olvidado el lector los antecedentes biográficos del doctor Manuel Quintana? Abogado del Banco de Londres y América del Sur, se había permitido amenazar, treinta años antes, al ministro de Relaciones Exteriores de Avellaneda, don Bernardo de Irigoyen, con movilizar la escuadra inglesa en el Río de la Plata por un incidente bancario. Devoto admirador de Mitre y quisquilloso liberal

victoriano, elevaba el Código Civil y el derecho de propiedad por encima de la política, a la que condescendía con displicente fastidio. Quintana era un típico abogado de factoría. Su arrogancia sin límites traducía la incommovible seguridad que derivaba de su servilismo al Imperio.

Inglaterra lo proveía de las levitas que lo hicieron famoso y de la clientela que lo hizo rico,

dice Palacios⁵.

Erguido siempre, entallado en las levitas y fraques cortados para él por sus proveedores de París, las reputadas casas Doucet y Pool, el nuevo Presidente desprendía de toda su persona un frío desprecio por el pueblo innominado, por la pereza criolla, por los «desórdenes» que alarmaban a la metrópoli del capital. «No era, no fue nunca un hombre popular; entre él y la muchedumbre, sus mejores calidades intelectuales y morales, su elocuencia, su cultura, su espíritu de clase, su educación, su distinción de raza, crearon siempre un muro infranqueable⁶. «Presidente de lujo», lo llama sin ironía un apologista⁷.

Quintana sería el precursor del empaque leguleyo que haría carrera entre los «varones consulares» reclutados por la política oligárquica en los «bufetes» de alta rentabilidad. Tres días después de asumir la presidencia, la revista Caras y Caretas bromeaba a costa del hombre ilustre:

El doctor se levantó temprano y después de mirarse al espejo la huella del insomnio, pasó a hacerse una minuciosa toilette, como todos los días, y con más cuidado para tener el aspecto de dueño de la Casa Rosada. Y sin otra novedad, ceñido al talle el geométrico frac de líneas impecables, dirigióse a la sala donde ya le esperaba lo más quintaesenciado del quintanismo.

Un partidario espiritual exclamó al verle:

– Doctor, usted es el único mandatario argentino a quien no le sentará el bastón presidencial.

–¿Por qué?– interrogó el Júpiter con la frente nublada.

–Porque tengo entendido que es ordinario, de madera del país y con borlas de muy mal gusto⁸.

El formalismo jurídico no sólo había dotado a su oratoria de una sintaxis perfecta y de un efecto puramente exterior, sino que parecía haber contagiado el calculado ademán, su medida gesticulación y los primores casi femeninos de su guardarropa.

De bota o polaina en su visita a ‘Los Manantiales’ del señor Alvear, regresando de un viaje, sorprendido por el objetivo al bajar de un carruaje, con el ranglán de forro cuadriculado al brazo y el pequeño bastón en la diestra enguantada; de etiqueta en los actos oficiales; de levita por la calle, teniendo como único telón de fondo la tapia descolchada del viejo Parque de artillería; en cualquier forma que se nos presente, su figura tiene una distinción que no se debe sólo al traje de fina tela y buen corte, sino a un sello personal que supo imprimir a todo cuanto se ponía, desde la perla de magnífico Oriente de su plastrón hasta la horma de su botín, ajustado como un guante y flexible como una espada. Mirando y remirando esas viejas fotografías, la palabra ‘dandysmo’ le viene sola a los puntos de la pluma⁹.

Se comprende que este dandy que se vestía en París y se inspiraba en Londres, no pudiese disimular su aborrecimiento por los criollos: no ocultaba su orgullo por la hegemonía de la raza blanca.

Al mirar el retrato de Rivadavia –refiere Ibarguren– que colgaba en la pared de su despacho, «observo el tipo amulatado que resaltaba en las facciones de ese personaje histórico»¹⁰. Como mitrista lo seducía la política rivadaviana; pero le repelía el mulato, también como mitrista, lo que respondía a una lógica perfecta.

Ibarguren, de origen salteño y emparentado con los Urriburu de esa provincia, escribe:

Un diputado provinciano de aspecto mestizo se precipitó aparentando exagerada emoción, en actitud de abrazar al doctor Quintana y le palmeó la espalda; éste, chocado con esa irrespetuosa familiaridad, no pudo ocultar un gesto de fastidio.

Corresponde indicar que este insistente sonsonete del Dr. Ibarguren sobre los «mulatos» y «mestizos», reiterado en todo su libro, es muy esclarecedor si se recuerda que la «gente decente» de Salta era en su mayor parte «goda», o sea que estaba con el viejo orden absolutista español y como es natural, contra Martín

Güemes. Hablar de «mestizos» en Salta y en las provincias argentinas del Centro y del Norte es referirse a los argentinos más antiguos, lo que no es, inexacto si se considera que la «oligarquía blanca», salteña o bonaerense, pertenece a los inmigrantes españoles de fines del siglo XVIII o principios del siglo XIX, que no fundaron linaje con la espada sino vendiendo cebo o haciendo de merceros. Justamente en Salta, cuenta el General Paz en sus «Memorias», las que serían después de las guerras civiles las familias de la clase principal, habían sido en las campañas de la independencia palurdos soldados españoles. Tomados prisioneros por las fuerzas patriotas, fueron colocados para tareas domésticas en las casas de las familias salteñas.

Muy pocos años después, Paz casi no podía reconocerlos, pues habían prosperado de tal modo que eran cabezas de linaje; probablemente sus descendientes hablarían luego de «mestizos» y «mulatos» para referirse a los argentinos anónimos que habían resistido en el extremo Norte el empuje militar de los godos.

El general Roca se alejaba del poder y con ese acto concluía su historia. El otrora poderoso Partido Autonomista Nacional era una ruina informe. Dejaba de existir exactamente en el mismo momento en que el patriciado militar y civil del roquismo, creada la unidad del Estado, se integraba en la oligarquía y perdía ya su justificación histórica.

De Pellegrini al «Petiso Orejudo»

El crecimiento colosal de las fuerzas productivas del capitalismo en la arena del mundo había convertido a la Argentina del Litoral en una granja capitalista de alta productividad. El roquismo estaba agotado. Roca se convierte en un político profesional, en un virtuoso sin fines. Pellegrini, ahora adversario de Roca, denuncia en la Cámara la ausencia de libertad electoral. También el viejo industrialista estaba devorado por un sistema exportador que parecía la expresión suprema de la riqueza nacional. Las crisis mundiales pondrían a prueba ese sistema. Pero las crisis estaban lejos todavía. En una conferencia sobre «Los británicos en la Argentina», Pellegrini rendiría su homenaje a George Canning y a la Banca Baring Brothers. Esa firma, decía,

*se ha vinculado a nuestra vida financiera y económica
acompañándonos en la buena y en la mala fortuna, a quien he-*

mos olvidado alguna vez en las horas de prosperidad, pero a quienes hemos acudido siempre y no en vano en las horas difíciles, teniendo la Argentina para esa gran firma inglesa una deuda de gratitud que me complace en reconocer aquí». Añadía lo siguiente: «Estamos lejos de aquella época y de aquel modesto millón de libras que los azares de nuestra vida política desviaron de nuestro destino y en vez de emplearlo en construir puertos fue invertido en armar el Ejército que venció en Ituzaingó y que afianzó la independencia de la República Oriental del Uruguay... Por la fuerza de los hechos somos los aliados económicos de Inglaterra, alianza que suele ser más eficaz que la verdadera alianza política¹¹.

¡Qué lejana y brumosa parecía en esos días opulentos la historia de la Patria Vieja! Canning era nuestro héroe nacional y Artigas un espectro, el Congreso de la Florida un sueño perdido en los archivos y la República del Uruguay una Nación soberana. La Banca Baring resultaba ser una fiel amiga, la industria una utopía e Inglaterra una bondadosa divinidad liberal. El propio orador ya era una sombra de sí mismo en 1905. Al morir al año siguiente, Pellegrini dejaba a sus amigos un heredero en Buenos Aires: Roque Sáenz Peña. Con el triunfo de Quintana y la descomposición del Partido Autonomista Nacional, los sectores populares del viejo partido derivan hacia el radicalismo de Hipólito Yrigoyen, consagrado activamente a la conspiración. Los restos sobrevivientes del «pellegrinismo» y del «Juarismo» librarán una áspera lucha con el «aparato» roquista, fuerte todavía en las provincias y las Cámaras. Desde otro ángulo, los sectores más vacunos y oligárquicos del autonomismo bonaerense y porteño se agrupan alrededor de las figuras de Marcelino Ugarte en la Provincia y de Benito Villanueva en la Capital¹². Estos dos nombres bastan para indicar el hundimiento de los antiguos partidos – el virtual estado de disolución del mitrismo y del roquismo. Pequeño de estatura, con tacos altísimos y galera de felpa, agresivo y de una ingeniosa mordacidad, Marcelino Ugarte –el petiso orejudo de las hojas satíricas– era el amo de la Provincia. Con sus policías bravas y una indiscriminada política de corrupción, controlaba todas las elecciones. Bandido político y hombre de mundo, elegante y cínico, será el precursor de los políticos bonaerenses análogos a Fresco en la «década infame». Elige legisladores provinciales y diputados nacionales en salida de baño, con el pedicuro a sus pies.

Su sistema político consiste en delegar su autoridad en numerosos pequeños sátrapas, uno para cada partido o departamento.

Estos caudillos locales son en general diputados o senadores y cometen toda clase de tropelías¹³.

Se balea a los políticos opositores y se apalea a periodistas, se asaltan urnas; las coimas son moneda corriente en los dominios de Ugarte»

El doctor Benito Villanueva, por su parte, es su aliado en la Capital de la República. Es un mendocino aporteñado, de un sutil refinamiento. Vive en un palacio en la Avenida Quintana y Ayacucho; pesadas alfombras, pianos de cola, óleos y marcos dorados, damasquinados en las altas paredes. Interviene en múltiples negocios y empresas; el dinero circula generosamente por las manos de este sibarita, soltero galanteador y escéptico que preside las sesiones nocturnas del Senado de riguroso «smoking», de acuerdo a la costumbre inglesa, pues cena con ese adminículo.

Si nos remontamos a la época de Rivadavia, dirá una vez, habrá que recordar las voces autorizadas que reclamaron el voto calificado para evitar que el analfabetismo y la miseria plebeya' convirtieran el voto en el arma homicida de la República', como se dijo entonces¹⁴.

Encarga sus trajes en las sastrerías de Londres, frecuenta el Jockey Club, pasa todos los inviernos en Europa y gasta fortunas en comprar libretas de enrolamiento. Ugarte y Villanueva son los especímenes políticos del antiguo autonomismo de Buenos Aires cuando Roca abandona la escena.

Sangre obrera en Buenos Aires

Cuatro meses después de asumir el gobierno el doctor Quintana, estalla la revolución radical del 4 de febrero de 1905. La desaparición de Roca de la vida política y la introducción en ella de Hipólito Yrigoyen por la vía revolucionaria, constituyen dos hechos difícilmente dissociables. Al eclipsarse el jefe del más poderoso movimiento político que había regido a la república durante los últimos treinta años, se habían creado las condiciones para la revelación de un caudillo de características completamente diferentes. Ambos hechos nos permitirán

individualizar los nuevos sectores internos que afluirían por primera vez a la superficie de la sociedad argentina. El análisis de la composición social del radicalismo yrigoyenista será formulada al estudiarse el triunfo electoral de Yrigoyen en 1916. Pero la revolución de 1905 nos permitirá estudiar más bien la filiación histórica del yrigoyenismo como método de introducción a su significado general.

La presencia del doctor Quintana en la Casa de Gobierno estuvo lejos de constituir la garantía de orden prometida por el célebre abogado. En su breve período estallarían una serie convulsiva de intentonas revolucionarias y huelgas obreras. El 22 de noviembre de 1904 la policía lanzaba un brutal ataque contra un mitin organizado por varios miles de huelguistas en la ciudad de Rosario. Murió un obrero y muchos fueron heridos. Al asumir la defensa de la patronal y con el objeto de derrotar a la huelga, Quintana envió desde Buenos Aires marineros de la Armada Nacional para sustituir en su trabajo a los huelguistas, en lo que debía revelarse un precursor¹⁵.

El Partido Socialista organizó un mitin el día 27 para repudiar el atropello gubernamental. En dicho acto debían hablar oradores anarquistas de la FORA y socialistas de la UGT. Sin embargo, las autoridades desautorizaron la reunión. Los anarquistas declararon dos días de huelga general a la que se plegaron los socialistas y las organizaciones obreras que seguían ambas inspiraciones. El 1º y el 2 de diciembre la clase trabajadora de Buenos Aires y Rosario paralizó la vida comercial e industrial de ambas ciudades. «El Diario», bajo la espiritual conducción de Manuel Láinez (un delicioso conversador, *turfman* y *gourmet* de los más reputados) no podía dominar su indignación. Acusaba al Consejo Federal de la FORA de estar compuesto por empresarios de huelga sin ocupación conocida, autores de una estafa a dicha Federación por \$ 70.000¹⁶. Manuel Láinez sin duda conocía lo que era el trabajo honrado; jamás una organización obrera había encontrado en su camino a un defensor más desinteresado de sus fondos. Con su candor característico, los anarquistas respondieron publicando la lista de los miembros de su Consejo Federal con sus nombres, oficios y fábricas en que trabajaban. El desdeñoso plutócrata habrá sonreído en su tertulia del Jockey Club ante las pruebas que desmentían su difamación.

La revolución de 1905

La mano de hierro de Quintana era elogiada por la buena sociedad. Pero había elegido un empleo difícil. Una madrugada el doctor Quintana *dormía con*

*aquel sueño reparador que es fama le acompañó con caritativa asiduidad, durante toda su vida*¹⁷. Su plácido descanso fue interrumpido violentamente por un ruido de espuelas; alguien intentó penetrar a su dormitorio. Era el mayor José Félix Uriburu, jefe del 8° de Caballería, el regimiento escolta, que «venía a proteger al presidente y acompañarlo hasta la Casa de Gobierno»:

Excelencia, acaba de estallar la revolución.

Mientras comenzaba a vestirse, Quintana le dice al mayor Uriburu:

*–Bueno, Mayor, vamos a ponernos los pantalones*¹⁸.

¿Qué revolución era ésa? ¿Quién la dirigía? ¿Cuáles eran sus fines? ¿Quién era ese «tribuno mudo, apóstol sin doctrina, elocuente sin palabras, que congregaba voluntades sin los medios», según lo juzgaba sarcásticamente un hombre del «régimen»?¹⁹ Sobrino de Leandro Alem, antiguo alsinista, Comisario de Balvanera, funcionario del gobierno de Sarmiento, diputado nacional en el 80 por el partido de Roca, revolucionario del 90, pero antimitrista, adversario de Juárez Celman y de Roca aunque amigo personal de Pellegrini y de Roque Sáenz Peña, ya hacía treinta años que Hipólito Yrigoyen había iniciado su camino. Habíase enfrentado con su tío Leandro Alem por la irresistible propensión de Leandro a combatir a Roca aliándose con Mitre; y había terminado por disolver el comité de la Provincia de Buenos Aires de su partido antes que aliarse nuevamente con el mitrismo contra la segunda candidatura del general Roca. Es el verdadero fundador de la «intransigencia».

De allí nace, justamente, su ruptura con todos los amigos de su tío, entre ellos Lisandro de la Torre. Procede del alsinismo, según se ha dicho, bajo cuyas banderas se refugian las figuras del Partido Federal de Buenos Aires y que se unirá luego con los partidos provinciales en el Partido Autonomista Nacional: sus hombres dominarán la política argentina durante un cuarto de siglo. Yrigoyen se va alejando de ese movimiento lentamente a medida que se descompone en el poder, esto es, a medida que se fusiona con el mitrismo. Al mismo tiempo, el Autonomismo Nacional de Roca va perdiendo la adhesión popular para quedarse sólo con el aparato puro del poder.

Si convergen hacia la Unión Cívica Radical, después de la Revolución del 90, las tendencias más plebeyas de la sociedad argentina y también más criollas,

encontrarán análogamente en el radicalismo yrigoyenista su eje de reagrupamiento los argentinos nuevos. Los hijos de la primera generación inmigratoria buscan a través de Yrigoyen su acceso a la vida política y cultural de la República. El «régimen», a través de sus representantes más lúcidos, no desconoce el significado del movimiento acaudillado por Yrigoyen. No lo ignora, por ejemplo, el general Roca, quien aconsejará a su ministro de Guerra, el general Ricchieri, al abandonar su vida política, que se vincule con Yrigoyen, según cuenta en sus «Memorias» Ricardo Caballero²⁰. Pellegrini, el segundo de Roca, también lo sabe y mantiene con Yrigoyen una ininterrumpida amistad, lo mismo que Roque Sáenz Peña quien promulgará la ley electoral destinada a elevar a la Presidencia a Yrigoyen. Los orígenes del radicalismo son inequívocos, excepto para los historiadores radicales.

Inmigrantes y federales

El radicalismo procede del ala popular del autonomismo nacional de Roca y Pellegrini y de las nuevas corrientes inmigratorias que irán a fundirse en un nuevo tipo de argentino. En cuanto a su filiación histórica y social resulta de gran interés detenerse un momento en algunos de los participantes en la Revolución de 1905. Al estallar este movimiento, que se proponía como único programa la realización plena de la Constitución Nacional y el ejercicio real del voto para todos los argentinos (en otras palabras: un programa nacional democrático para esa época), el comandante Daniel Fernández, al sublevar al Regimiento 8º de línea en Córdoba, dirigió una arenga a sus soldados en la madrugada del 4 de febrero:

Soldados: vamos a realizar una cruzada trascendental para la argentinidad, próxima a morir, que es el reverso de Caseros y de Pavón²¹.

Los radicales de Córdoba que rodeaban a este oficial, pertenecían en su mayor parte a familias de antiguo arraigo en la provincia. Gran parte de ellas estaban vinculadas al federalismo de Córdoba o al Partido Ruso (Ireneo de Anquín, Pablo Celestino López, Leopoldo Ceballos, Pedro Pedemera, Román Avila, Carlos Lezcano, Sixto Ludueña, Mauro Quinteros y muchos otros). En la Junta Revolucionaria de Córdoba militaba Elpidio González, que luego sería jefe de Policía, ministro de Guerra y vicepresidente de la República de Yrigoyen²².

Hombre de aspecto sencillo, Elpidio González será el favorito de la difamación oligárquica desde 1916 a 1930. ¡Partiquín oscuro, recién llegado, segundón elevado de pronto al poder por el «Peludo». Así juzgarán los cajetillas porteños a Elpidio. Nada era más falso, pues la historia de su familia se entrelazaba con la historia de la patria. Ya hemos visto quién fue su abuelo. En cuanto a su padre, don Domingo González, actúa en la Revolución de 1863 contra el Gobernador Justiniano Posse, junto al coronel Simón Luengo, caudillo federal de Córdoba y aliado al Chacho Peñaloza. Cuando el Chacho, entra en Córdoba, designa mayor de la Plaza de la Ciudad a Don Domingo González. Vencido el Chacho, González huye a Rosario. En 1864 es ascendido a Capitán, asistiendo a la Guerra del Paraguay. Participa con el grado de coronel en la Revolución del 90 en oposición política al general Mitre, con el que ya había luchado en 1863. Domingo González reaparece nuevamente en la Revolución del 93 en Rosario, entre los que formaban parte de los atacantes del Departamento de Policía. Interviene igualmente en la conspiración del 4 de febrero de 1905 y en las sucesivas luchas partidarias hasta su muerte. Murió en 1915. A su hijo Elpidio los «frondistas» del decrepito conservadorismo de 1930 desdeñarían como a un ilustre desconocido «sin antecedentes». ²³ ¡Federales, provincianos, antimitristas y radicales!

Los revolucionarios de 1905 que se levantaron en Entre Ríos, a su vez, tenían similares orígenes. Los Laurencena, Morón, Navarro, el comandante Aguilar, los González del departamento de Colón (estos últimos descendientes del coronel don Benicio González, jefe de las caballerías gauchas de Ricardo López Jordán), Cándido Uranga, José María Vergara y muchos otros venían de un pasado jordanista:

El jordanismo que lo encarnó en Entre Ríos después de la total conversión del general Urquiza al centralismo porteño y que cuarenta años antes fuera vencido por todo el poder de la Nación, se había incorporado a las filas de la Unión Cívica Radical, con los sobrevivientes y con los descendientes de aquellos últimos gauchos de la epopeya entrerriana de 1870²⁴.

También participaron en la Revolución de 1905 don Juan de Dios Córdoba, «reliquia de las guerras civiles» y de las campañas contra los ranqueles, con sus amigos el sargento Bastida, de las tropas de Oribe, don Ciriaco Alfonso, hermano de Chanilao, el baqueano de los ranqueles. Chanilao era de apellido Arias por la madre y había nacido en Pampayasta. Se emparentaba por la rama materna con

la familia del brigadier Manuel López, casado con doña Santos Arias. De Entre Ríos también era don Alejandro Marín, que se hizo radical en su ancianidad para seguir «la línea de sus ideas», según sus palabras. Esto se explica si se considera que don Alejandro Marín había combatido en su adolescencia en la Vuelta de Obligado, militado en los ejércitos de Oribe y de Urquiza y atravesado el largo itinerario de la guerra civil desde Vences, Pago Largo, Arroyo Grande, India Muerta, Caseros, Cepeda hasta Pavón. Alejandro Marín se rehusó a pelear contra el Paraguay; se sublevó en Basualdo, acompañando desde entonces en sus levantamientos a Ricardo López Jordán. En su emigración sirvió a las órdenes del general Blanco Timoteo Aparicio. En Pavón, Alejandro Marín, el anciano radical de 1905, había sido ayudante de López Jordán. La esposa de Alejandro Marín, doña Dolores Giménez, asimismo pertenecía a una numerosa familia jordanista de la campaña de Paraná.

Los hombres de la patriada radical

En la Provincia de Santa Fe actuaron don Alfredo Brown Arnold y don Miguel Rivero y Hornos. «*El primero, hijo del coronel rosista Prudencio Brown Arnold, poderoso estanciero de los departamentos General López y San Lorenzo*». ²⁵ El segundo descendía de una familia entrerriana de tradición federal. Actuaron en el movimiento de Santa Fe, asimismo, Joaquín Maciel, «veterano de la batalla de Los Corrales y de Los Fortines, de oficio sastre; Enrique Larrazábal, propietario de La Imprenta Inglesa, de origen federal. Su padre, José Larrazábal, era un acaudalado tropero de los viejos corrales de Rosario y del saladero Terrazón de San Nicolás; había sido oficial de la división Santa Coloma. Asimismo militó don Fabriciano Martínez, hijo del Jefe de «La Cadena», club político de Córdoba fundado bajo el gobierno de don Marcos Juárez Celman.

Véanse los oficios y profesiones de algunos de los revolucionarios de 1905:

Juan Razolani, carpintero y payador de Alberdi, Isidro Martínez (El Caburoto), hombre de los ambientes de las secciones cuarta y novena de Rosario, respetado por sus hechos y sobre todo por su duelo con Regules, cuando éste, armado de revólver, hirió de tres balazos a Martínez, que en ese estado lo atropelló con el cuchillo, tajeándolo en la cara en vez de apuñalarlo; Luis Lazzari, farmacéutico de Alberdi; Feliciano Correa, dueño de una pequeña tropa

de carros con la que transportaba cargas de la Estación Sunchales; Isabel Muro, también propietaria de carros; Candelario Marín, carnicero en Alberdi; los capataces de estibadores Manuel Cames, José M. Gómez, Juan José Díaz... un tal Giménez, de Nogoyá, sobrenombrado El Salvaje, a quien yo había curado muchas veces de las heridas que recibiera en sus numerosos duelos criollos defendiendo su fe política; Natividad Pereyra (El Gato Pereyra), el más famoso cuchillero del barrio La Refinería; don Ramón Rivero, dueño de los hornos de ladrillos situados en la calle Tiro Federal²⁶.

Agréguese al grupo don Sinesio Rodríguez, famoso gaucho que había sostenido, ya muy viejo, con Ramón Ferreira un duelo criollo en el reñidero de gallos que éste poseía en Rosario. Para terminar, fueron revolucionarios asimismo Servando Gómez, nieto del general oriental del mismo nombre y apellido, y don Emilio Arias, con sus hijos y sobrinos: don Emilio «era un veterano de los ejércitos federales de los tiempos de Rosas; en 1905 frisaba en los 70 años, pero aún imponía su reciedumbre física, así como la leyenda de famosos hechos de armas y de duelos criollos, vinculados a su nombre²⁷.

Estancieros y artesanos, comerciantes y abogados, antiguos montoneros, compadritos, letrados y matreros, oficiales retirados del viejo ejército o jefes en actividad, funcionarios públicos y troperos, hombres de la sociedad vieja y de la sociedad nueva, marginales que añoraban la patriada y sobrevivían a una época, esos radicales de 1905 entre los que figuraban ya los apellidos italianos irían a ensanchar su base social diez años más tarde, al conquistar el poder por la vía electoral e integrarían en una nueva etapa al antiguo criollaje y a la Argentina inmigratoria. Esa fue la función asimiladora y nacionalizadora del viejo radicalismo.

Dos años antes, Yrigoyen había puesto en marcha la reorganización del radicalismo en todo el país. Conmemorando la revolución del Parque, el 26 de julio de 1903 se organiza un desfile radical que reúne cerca de cincuenta mil almas, El presidente Roca presencia la manifestación detrás de las persianas de la Casa de Gobierno. Era todo un símbolo. La reorganización perseguía el fin de facilitar la preparación del movimiento revolucionario que iría a estallar dos años más tarde.

Mientras se realizan los preparativos, el Gobernador Ugarte «ofrece las numerosas fuerzas policiales bien armadas de la Provincia con tal de abatir a Roca. Ese aporte podría imponer el éxito. Yrigoyen lo rechaza»²⁸. Roque Sáenz Peña, también atitirroquista y amigo de Carlos Pellegrini, distanciado este último del Presidente, se entrevista con Yrigoyen en el Club del Progreso para ofrecerle el concurso del

autonomismo pellegrinista y ponerse a sus órdenes. El caudillo responde: «No es posible reparar con los mismos factores que han conducido al país a la revolución necesaria. Ustedes son la razón de ser de nosotros»²⁹.

Una vez más, Yrigoyen se resiste a realizar pactos contra Roca. Concluida la presidencia del general, el caudillo lanza el movimiento revolucionario el 4 de febrero de 1905. Al estallar la revolución, que demuestra la destreza conspirativa de Yrigoyen y la decisión con que lo acompañan en todo el país miles de hombres armados, se advierte que el movimiento es más fuerte en las provincias que en la Capital. Como habrá de suceder siempre con los movimientos nacionales en la Argentina, la Capital cosmopolita, bajo la presión de cien años de ideología portuaria, se resiste a las revoluciones populares; sólo encabeza los motines antinacionales.

Se sublevan regimientos en Bahía Blanca y Campo de Mayo, en San Lorenzo, Santa Fe, Mendoza y Córdoba. En esta última provincia, los revolucionarios detienen al vicepresidente, doctor Figueroa Alcorta (antiguo juarista, enemigo de Roca y adversario de Quintana).

En medio de los graves acontecimientos, la situación militarmente indecisa sugiere al doctor del Viso, ministro revolucionario en Córdoba entablar una conferencia telegráfica entre su prisionero Figueroa Alcorta y el Presidente Quintana. Para evitar el derramamiento de sangre, Figueroa pide al Presidente el indulto de los sediciosos, la conservación de sus grados militares y la terminación de la lucha. Esta inesperada mediación del Vicepresidente irrita a Quintana, quien la rechaza en todos sus términos. Pero el incidente ha creado un abismo político entre los miembros de la fórmula. Quintana había ordenado

*que a cualquier oficial sublevado que se le encuentre con las armas en la mano se lo fusile de inmediato y en el lugar, bajo mi responsabilidad*³⁰.

A estos civilistas no les ha temblado jamás el pulso cuando se trata de fusilar, Quintana seguía la tradición de Mitre y se anticipaba al Almirante Rojas. Decreta el estado de sitio y convoca a las reservas de la Guardia Nacional. En Mendoza el movimiento se mantiene algunos días, dirigido por el doctor José Néstor Lencinas.

El gobierno logra dominar la revolución en la Capital; con dos cuerpos de ejército procedentes de la Capital y Río Cuarto sofoca el movimiento en Córdoba y Mendoza. Después de adoptar diversas disposiciones, Yrigoyen se presenta ante el Juzgado Federal declarando:

*Vengo a asumir todas las responsabilidades de la tentativa de Revolución del 4 de febrero, como jefe del movimiento*³¹.

Quintana dicta un decreto exonerándolo de sus cátedras «por razones de mejor servicio». Numerosos oficiales del ejército son encarcelados y pierden sus carreras. Otros emigran a Montevideo.

Los vencidos de Yrigoyen y Saravia

En la Banda Oriental moría en la guerra civil de 1904 el último caudillo armado. Aparicio Saravia desaparecía en la batalla de Masoller y el Puerto gigante subordinaba a la sociedad agraria precapitalista. Luis Alberto de Herrera, joven dirigente del Partido blanco, y característico gauchi-doctor de esa época de transición, ofrecía las llaves de su casa al vencido Hipólito Yrigoyen. Cuando el radicalismo es derrotado en 1905 y muchos radicales emigran a Montevideo perseguidos por el mitrista Quintana, viven exiliados en Buenos Aires desde el año anterior numerosos blancos de Saravia, perseguidos por el colorado Batlle y Ordóñez. A Concepción del Uruguay y a otras ciudades de la costa entrerriana, los blancos cruzaban nadando: echaban el caballo por delante y atravesaban el río agarrados de la cola. En Buenos Aires había un oriental por cada cuatro porteños.

El gran río mezclaba la sangre y las banderas, evocando la perdida comunidad artiguista. En los boliches, pulperías y ropavejeros del viejo Paseo de Julio, entre baratijas y ultramarinos, se vendían postales con el retrato de Aparicio Saravia, con su gran poncho blanco, montado en un pingo overo y llevando en la mano «una gran bandera uruguaya que barría el suelo»³². Los retratos de Aparicio adornaban las casas de inquilinato donde se refugiaban las familias de los vencidos.

*Ni qué decir que los blancos, por rebeldes, por vencidos y por exiliados, se ganaban todas las simpatías porteñas y todos éramos partidarios de Aparicio Saravia*³³.

Javier de Viana y Florencio Sánchez, soldados de Aparicio, aparecían en la vida literaria de Buenos Aires, con su criollismo y su aureola. Sánchez se volvía anarquista.

Sí en 1893 Yrigoyen había vendido su estancia de Las Flores en un millón de pesos para sufragar los gastos del movimiento y atender las necesidades de los presos o desterrados, en 1905 vende su estancia de La Loma, en San Luis, asimismo en un millón de pesos, para afrontar necesidades de sus «correligionarios», nombre que rápidamente se generaliza entre el radicalismo. La ausencia de poder transforma al nuevo movimiento en un «cuerpo místico» y al pequeño burgués en un moralista. La revolución ha sido vencida, pero el Partido, que Yrigoyen llama «movimiento», se ha propagado a toda la República.

Ya es un Partido Nacional templado en el infortunio ¡Abstención o Revolución! ¡La Causa contra el Régimen! Tales son las divisas; Yrigoyen rechaza los «programitas», como él llama a lo que considera expresiones mezquinas y sustitutivas de una necesidad fundamental imperiosa y preliminar: la «Reparación Nacional» o, en otras palabras, la puesta en vigencia de la democracia política. Ahí reside su fuerza. No lo creen así los socialistas de Juan B. Justo. Dos semanas después de la Revolución, La Vanguardia escribía lo siguiente:

El hecho es sorprendente. Tras un motín llevado a cabo por elementos pertenecientes a una fracción política que no encuentra ningún apoyo en la clase trabajadora, todo el encono del gobierno que debiera dirigirse a los que han puesto en peligro su estabilidad, se vuelca de pronto contra nosotros en intenciones amenazadoras³⁴.

El anticriollismo del Dr. Justo

Adoptando el lenguaje de la oligarquía quintanista, Juan B. Justo calificaba a un movimiento revolucionario que había conmovido a la República y lanzado a miles de hombres, civiles y militares, a la calle, de «motín». Su referencia al «apoyo en la clase trabajadora» ni merece comentarse. Con el fin de protestar por el estado de sitio y la represión a los sindicatos y al Partido Socialista, que desata simultáneamente Quintana, al tiempo que reprime la Revolución, el Comité Ejecutivo del Partido Socialista publica un manifiesto titulado «*La política criolla y el motín militar*». Con su estilo inimitable y su famoso desdén hacia los argentinos nativos, decía el documento:

En tanto que los Partidos pertenecientes a la clase dominante califican de violento nuestro derecho de huelga, reprimiéndolo ilegalmente y coartándolo con los procedimientos más arbitrarios, ellos practican, como lo prueban los recientes sucesos, para dirimir sus bajas rencillas, los más reprobables sistemas de violencia. En consecuencia, invitamos a la clase trabajadora a mantenerse alejada de estas rencillas partidistas provocadas por la desmedida sed de mando y de mezquinas ambiciones, y a negar su contingente moral y personal a la obra desmoralizadora que ellos realizan, fortificando y consolidando su organización gremial y política con el objeto de obtener su más próxima eliminación³⁵.

De este modo, los socialistas volvían las espaldas al reclamo popular y nacional por el derecho de sufragio. Oponían al mismo tiempo, en una antítesis imposible para un socialista, las reivindicaciones democráticas a las reivindicaciones gremiales, separando de este modo a la clase artesanal europea de Buenos Aires, de las aspiraciones democráticas de la inmensa mayoría del pueblo argentino. En tercer término rehusaba distinguir entre la oligarquía dominante y el radicalismo yrigoyenista; reunía a ambos en una fusión imposible bajo el altanero rótulo de «rencillas partidistas», como si Quintana y el radicalismo fuesen una sola y misma cosa. La única beneficiaria de una política semejante no podía ser sino la oligarquía. A este principio se mantuvieron firmemente adheridos, a lo largo de toda su historia, los discípulos del «Maestro» Juan B. Justo. A su vez, la Unión General de Trabajadores, influida por el raro puritanismo socialista, lanzó un manifiesto en el que afirmaba que

en la tentativa revolucionaria radical no habían tomado parte las agrupaciones gremiales y que la UGT nada tenía de común con los hombres que administran el país ni con los que aspiran a reemplazarlos, deplorando que el estado de sitio, decretado como consecuencia del movimiento faccioso, haya influido en el fracaso de las huelgas que venían sosteniendo algunos gremios, incluso la del Ferrocarril Sur, brutalmente sofocada³⁶.

Insatisfecho con la impecable represión del movimiento radical, Quintana dirigió su impotente cólera hacia los anarquistas. El poeta Alberto Ghirardo publicaba un semanario de literatura libertaria, titulado Martín Fierro, que luego

pasó a ser suplemento del diario La Protesta. «Cuando los ánimos estaban caldeados por las noticias de la insurrección rusa de enero de 1905, la intentona subversiva de Hipólito Yrigoyen del 4 de febrero dió margen a una furiosa persecución contra los anarquistas. Habiendo desacatado ‘La Protesta’ la orden de suspensión, fue allanada, los locales obreros fueron clausurados, la redacción del diario fue a parar a un barco de guerra, el ‘Maipú’; el administrador, Manuel Vásquez, con muchísimos otros, fue deportado³⁷.

Los radicales detenidos, civiles y militares, son juzgados y condenados a penas que llegan a ocho años de reclusión. El 2 de mayo los embarcan en el transporte «Patria» y los envían a Ushuaia. Desde la penitenciaría son trasladados hasta la dársena, a pie y encadenados.

Sólo a los locos puede ocurrírseles creer en una revolución que está contra los intereses y las aspiraciones de las fuerzas conservadoras del país,

declaraba el gerente de una gran empresa, al día siguiente del movimiento.³⁹ La revista Caras y Caretas escribía: «En lugar de los Regimientos tales y cuales, el gobierno debió mandar para sofocar el movimiento a un congreso de alienistas dotados de regular número de mangueras, chalecos de fuerza y demás aparatos de amansar locos. Una ducha fría y adiós revolución».⁴⁰ El diario La Prensa y el diario La Nación, como es natural, condenaban el movimiento. El Partido Autonomista de Pellegrini y Sáenz Peña guardó un deliberado silencio, pues compartía, según hemos visto, algunas de las aspiraciones radicales.

Y éste es todo el balance del gobierno de Quintana, que duró 17 meses. Firmó un puñado de medidas administrativas de puro trámite, cerró un ejercicio con superávit, proyectó la construcción del Puerto de Mar del Plata y promulgó una docena de leyes. En cuanto a la política interna, intervino la Provincia de Tucumán, sofocó la revolución de 1905 y reprimió sangrientamente al movimiento obrero. Hecho de interés, en su primer mensaje al Congreso declaraba que el programa mínimo del Partido Socialista era a su juicio aceptable y que

podría ser adoptado por los poderes públicos en todo aquello que no afecte a la Constitución, siempre que se reconozca la preeminencia del Estado y mientras se detenga ante la propiedad, la familia, y la herencia, que son instituciones fundamentales y permanentes de la sociedad moderna⁴¹.

Realizó en su vida y en su muerte el ideal del mitrista perfecto, del abogado británico y del aristócrata abrasado de odio. En efecto, cuando el clamor nacional exigía una amnistía para los revolucionarios de 1905, rehusó tenazmente concederla. Con senil obstinación el Presidente negábase a aceptar cualquier posibilidad en tal sentido. Al morir Quintana en 1906, «La Nación», con su inveterada pasión por la necrofilia, enterró al mandatario con todos los honores. Fue el gran año de la agorería mitrista. Los graves escribas se frotaron las manos ante la siniestra cosecha: en 1906 fallecieron el General Mitre, el doctor Quintana, Carlos Pellegrini y el doctor Bernardo de Irigoyen. Dirigido por Emilio Mitre, hijo del General y autor de la Ley de Ferrocarriles, el diario «La Nación» ofrendó los capullos más tiernos de su jardín fúnebre: «Pocas veces el ideal de la República ha tenido un campeón más decidido que este demócrata cuya fisonomía moral evoca, por algunos de sus rasgos esenciales, el perfil ciceroniano. ¿Qué ha sido el doctor Quintana, sino un orador sonoro y abundante, un jurisconsulto sabio y experto, un cónsul severo, desinteresado y diligente, un mandatario esclavo de las leyes y empeñoso por la paz interna?»⁴²

Sesenta días más tarde, el nuevo Presidente, José Figueroa Alcorta, promulgó una ley votada a iniciativa de Pellegrini, otorgando la amnistía a los revolucionarios. En el debate parlamentario Pellegrini dijo:

¿Quién perdona a quién? ¿Es el victimario a la víctima o la víctima al victimario? ¿Es el que usurpa los derechos del pueblo o es el pueblo que se levanta en su defensa? ¿Quién nos perdonará a nosotros?»⁴³

Asumía el poder un antiguo juarista, federal de Córdoba y, al mismo tiempo, un definido adversario de Roca.

Miseria y derroche

La exaltación del Centenario y la revitalización de una mitología nacional fundada en la prosperidad oligárquica, no podía persuadir a ese mundo oscuro y desangrado, sin prosapia ni pecunia, que vivía de su trabajo. Trabajadores criollos y obreros extranjeros, en el campo o en la ciudad, no participaban del éxtasis oficial. Las estadísticas mentirosas que traducían la riqueza nacional en guarismos

«per cápita», persuadían menos aún. En sus Recuerdos de un Militante Socialista, un hombre tan moderado como Enrique Dickman escribe:

Caía ya la noche. El crepúsculo gris y melancólico de la tarde invernal envolvía a la urbe inmensa. La niebla y la fina garúa daban un aspecto fantástico a los focos eléctricos que se iban encendiendo a lo largo de la Avenida de Mayo y las calles adyacentes. Por Florida, retornaba del Bosque de Palermo el corso de los privilegiados de la Fortuna y de la Belleza. Espléndidas carrozas arrastradas por briosos troncos desfilaban lentamente por la clásica arteria del lujo y de la elegancia. Bellas niñas contemplaban ávidas los oros y pedrerías de los insolentes y provocadores escaparates de las joyerías; damas ataviadas y mozalbetes perfumados y afeminados y cocheros lacayos de brillantes libreas, daban un aspecto de carácter provocativo a aquel desfile... De pronto, como un torrente irrumpió por Florida la muchedumbre harapienta y famélica de los sin pan y sin trabajo. ¡El contraste de ambos desfiles no es para describirlo! El choque fue brutal, gritos, protestas, sustos, llantos y locas carreras de huida alternaban con el ruido de vidrios rotos. Un joven panadero, desocupado, anarquista, pálido, desencajado y armado de una pala de maestro de horno, estaba a punto de descargar un golpe tremendo sobre la cabeza de una bella niña, azorada, acurrucada, indefensa, en el fondo de su elegante carroza. Fue José Ingenieros, estudiante de Medicina en aquel entonces, quien la salvó del mal trance⁴⁴.

Primores estilísticos a un lado, Dickman refleja fielmente los claroscuros del Centenario.

Pero no fue ni un socialista, ni un anarquista, ni un radical quien describió y analizó de modo punzante la realidad social de la clase trabajadora de la época. Fue un roquista, amigo del General y del Ministro del Interior de su segunda presidencia, el doctor Joaquín V. González, quien escribió la obra más completa y científica que se ha redactado hasta hoy sobre la explotación capitalista en la Argentina. Era un médico, maestro y abogado llamado Juan Biale Massé⁴⁵.

El ministro González le encomendó a este hombre notable un estudio exhaustivo de la cuestión social en el país. Los tres tomos en que Biale Massé resumió su estudio fueron editados en edición oficial y no se han vuelto a publicar. Constituyen una rareza bibliográfica.

Uno de los errores más trascendentales en que han incurrido los hombres de gobierno de la República Argentina –escribía Biale Massé– ha sido preocuparse exclusivamente de atraer el capital extranjero, rodeado de toda especie de franquicias, privilegios y garantías y de traer inmigración ultramarina, sin fijarse sino en el número y no en su calidad, su raza, su aptitud y adaptación, menospreciando al capital criollo y al trabajador nativo que es insuperable en el medio». Y añadía: «Todos se han preocupado de preparar el terreno para recibir al inmigrante extranjero; nadie se ha preocupado de la colonia criolla, de la industria criolla ni de ver que aquí se tenían elementos incomparables, y sólo después de ver que los patrones extranjeros preferían al obrero criollo, que los extranjeros más similares y fuertes no eran capaces de cortar caña en Tucumán, de arrancar un metro de mineral al Famatina, de estibar un buque en Colastiné, de horquillar en las trilladoras en la región del trigo y de que si el extranjero siembra esas regiones portentosas de cereal, será después de haber fracasado dos o tres veces, cuando el labrador cordobés y santiagueño se han colocado a su lado y le han enseñado a pasar el surco; sólo ahora nos apercebimos de que él es capaz, con su enorme potencialidad de explotar este suelo...»⁴⁶.

Los salarios en el norte

Biale Massé rastrea históricamente las condiciones de vida y de técnica anteriores a la era del ferrocarril en las llamadas «provincias pobres»:

En La Rioja y Catamarca, familias que se llenaban de sorpresa cuando se les decía que entre los montes de su estancia se hallaban ruinas de canales de mampostería hidráulica, estribos de alcantarilla y paredes de represa; acá un olivo vetusto y de puros chupones falto de la poda por medio siglo, allá un grupo de plantas degeneradas de café caracolillo; en unas partes el mir vuelto al estado silvestre; en otras, higueras retoñadas sobre troncos de edad

desconocida; y todo junto demostrando que había habido allí un sistema de riego y fertilizadores de una agricultura que nada tenía que envidiar a las vegas de Valencia y Granada; implantada por los jesuitas, explotada por los segundones de las familias más nobles de la península⁴⁷.

A principios de siglo un peón para todo trabajo ganaba en Chilecito 1 peso nacional y la comida. No había en la ciudad de La Rioja ricos a quienes reprochar esta situación. Apenas una docena de familias excedían un nivel de vida cómodo. Los «ricos en esa provincia eran los profesores del colegio Nacional o las Escuelas Normales o los empleados del Correo y del Telégrafo. Los propios empleados del gobierno provincial gozaban de tan bajos sueldos que podían equipararse a una especie de proletariado burocrático. El comercio estaba controlado por inmigrantes árabes, salvo doce o catorce casas de minoristas de propiedad de hijos del país. La explotación de frutas, naranjales o higueras apenas daba para vivir. Se carecía de capitales y de créditos para hacer un dique. Biolet Massé rechaza la imputación de embriaguez que caía como un estigma sobre el trabajador criollo del interior:

No hay persona que después de recorrer los barrios obreros de Londres, de París y otras ciudades, no note que el obrero argentino se embriaga mucho menos que el obrero europeo, aun en ciertas localidades que tendré que señalar en este Informe⁴⁸.

En Buenos Aires, el artesanado y proletariado extranjero, por el contrario, consumía productos alcohólicos en escala colosal. Este hecho parecía justificar la campaña anti-alcohólica del Partido Socialista; pero las estadísticas del doctor Angel Giménez, paladín de los abstemios de la Casa del Pueblo, probarán que a medida que la clase trabajadora se «argentinizaba», disminuye el porcentaje de alcoholismo y el número de internados por esa causa en establecimientos psiquiátricos. Este fenómeno se observa particularmente a partir de 1930. Escribe Latzina:

Las industrias manuales todas están aquí muy ampliamente representadas, pudiendo decirse otro tanto del comercio, que es excesivo y que florece sobre todo en sus formas bolicheras. Su rabia puede uno ahogarla en 6.000 almacenes cafés y tabernas de todo género. Las bebidas, cuando son buenas, son muy caras y cuando son malas, no son baratas. Todas las bebidas europeas se falsifican

*aquí, pero sobre todo el vino. La falsificación de aquéllas engendra aquí unos productos que son verdaderos brebajes infernales, algo así como aguarrás aromatizado con una solución de antisárnico*⁴⁹.

«El reglamento soy yo»

El régimen fiscal del impuesto era revelador: un paquete de cigarrillos del pobre valía 7 centavos y pagaba 3, o sea el 42.8%. Un paquete de cigarrillos consumido por la clase media valía 15 centavos y pagaba 5, o sea el 33%. Un paquete de cigarrillos de lujo, a su vez, que costaba 33 centavos, pagaba 7 centavos, o sea el 30,3% de su valor. Finalmente, el paquete de cigarrillos de 40 centavos pagaba 10 centavos, o sea el 25% de su valor. La carne pagaba en los mercados, mataderos etc., un impuesto igual. En otras palabras, el kilo de carne del pobre, la peor, hueso y desecho de tendones, ternillas, etc., tributaba lo mismo que la pulpa limpia y elegida para el rico. Por lo demás, la propiedad territorial urbana pagaba en algunas provincias menos de la décima parte de lo que le correspondía; el usurero vivía exento de impuestos. Provincia por provincia, ciudad por ciudad y aldea por aldea, Biale Massé recogió e inventarió un inmenso material de investigación.

En Corrientes por ejemplo, los albañiles tenían un salario de 80 centavos a un peso por día. Los oficiales, de 1,50 a 1,65. Los carpinteros, de 2 a 2,5 y de 3 a 3,50; las cocineras de 8 a 20 pesos por mes en casa de familia; los confiteros de 40 a 80 mensuales. Los dependientes de negocio, de 20 a 120 pesos mensuales, los herreros de 45 a 70 pesos mensuales; los hojalateros de 20 a 35 pesos mensuales, los jornaleros de 80 centavos a 1,50 por día. Los maquinistas y guincheros del muelle, 70 pesos mensuales. A su vez, los molineros de yerba, 1 centavo por kilo. Los mozos de café ganaban a principios de siglo de 25 a 30 pesos; los panaderos, categoría de oficial, 70 mensuales; como ayudante o peón 30 pesos mensuales. Los plateros, de 3 a 10 pesos por día; los pintores, 8 pesos por día.

Después de inspeccionar el ferrocarril en Mendoza, Biale Massé conversa con el administrador:

El señor administrador es un manchesteriano puro; cree que el gobierno no tiene porqué meterse en la cuestión trabajo de una

empresa comercial, aunque cree que en caso de huelga debe prestar la fuerza pública, y las consecuencias de orden público que entran en la cuestión obrera no le llaman la atención; cree también que las huelgas son un mero producto de agitadores interesados en promoverlas y vivir del obrero; sin ellos las cosas marcharían como sobre rieles.. Preguntándole si había algún reglamento base para determinar el monto de las indemnizaciones en los accidentes de trabajo, sobre todo en los casos de inhabilidad o pérdida de un miembro me contestó: El reglamento soy yo⁵⁰.

Al comentar el proyecto de Código de Trabajo del Ministro González, escribe Biale Massé en el propio informe elevado al Ministro:

Esa ley no puede ser eficaz en toda su eficacia sin la ley agraria que dé la tierra gratis al indio y al criollo barata y cómoda al inmigrante, sin la ley que modere y corrija la distribución de los impuestos no hay que hacerse ilusiones⁵¹.

En su informe, Biale Massé planteaba al Ministro la necesidad de promulgar una ley del trabajo para abolir el vale y la proveeduría y establecer una jornada racional, lo mismo que un descanso dominical. El trabajo infantil en las provincias interiores era una verdadera plaga social. «El niño argentino no puede ni debe trabajar en aquellos climas antes de los quince años ni la mujer en ningún trabajo nocturno sin que degenera el individuo y la raza». Los jornales en Santiago del Estero eran del orden de los 2 pesos con veinticinco centavos, 3,25 y 2,50. En el sur de Córdoba se les pagaba en las estancias a los peones fijos de todo el año de 25 a 30 pesos mensuales, 1.250 gramos de carne y un kilo de maíz por día. De acuerdo a la opinión de Biale Massé, el mestizo de quéchua nacido en las faldas de las sierras de Córdoba, La Rioja, Catamarca y Tucumán hasta el límite del norte de la República, «envuelto en la dura cáscara del algarrobo es, sin duda, un obrero industrial de primer orden».

El apogeo de la F.O.R.A.

Al margen de este informe descriptivo y explosivo sobre el pueblo trabajador del interior, editado por el Gobierno del General Roca en 1904, la clase obrera –

en el sector urbano «civilizado» por el imperialismo— se defendía enérgicamente de la oligarquía parásita, tanto como de la «industria protegida». Según fuese la central obrera, socialista o anarquista, las reivindicaciones y los movimientos abarcaban todo género de temas.

En 1903 se realizó un Congreso de la Unión General de Trabajadores (socialistas) que adoptó varias resoluciones, algunas de ellas de índole principista. En materia de legislación obrera, el Congreso recomendaba a la clase trabajadora que

*independientemente de la lucha gremial los obreros se preocupen de la lucha política y conquisten leyes protectoras del trabajo, dando sus votos a los partidos que tienen en su programa plataformas concretas en pro de la legislación obrera*⁵².

El mismo Congreso se oponía a la Ley de conversión sancionada en 1899, pues constituía «*un beneficio ilícito para la clase capitalista*»: ambas resoluciones indicaban bien a las claras la inspiración de la Casa del Pueblo. Asimismo, «el Congreso declara oponerse a toda imposición patronal a la clase que sufre, y por consiguiente el afeite obligatorio del bigote es denigrante»⁵³.

Esta declaración era reclamada por los cocheros de las casas particulares y los mozos de algunos hoteles a los cuales la patronal respectiva les exigía la supresión del viril adorno. Del mismo modo, dicho Congreso recomendaba a las sociedades adheridas la mayor propaganda contra el alcoholismo

*recomendándoles también quieran incluir un artículo en sus estatutos por el cual se expulse a los obreros que no se corrijan del hábito del alcohol*⁵⁴.

Detrás de esta última resolución se adivinaban las buenas costumbres del virtuoso doctor Justo.

Pero era la Federación Obrera Regional Argentina, dirigida por los anarquistas, la que agrupaba mayor número de trabajadores. Si de la UGT influida por el oportunismo y la estrechez socialdemócrata se pasaba a la FORA, hacía su aparición el utopismo libertario. No obstante, aunque en ambas organizaciones proliferaban los sindicatos de oficio con capas privilegiadas de trabajadores, sin duda era en la FORA donde se agrupaban los obreros más explotados y combativos.

Al estallar la Revolución de 1905 los anarquistas formulan una declaración:

*La FORA debe abstenerse de intervenir hasta tanto no pueda realizar por su cuenta la revolución*⁵⁵.

Sin embargo las delegaciones de San Fernando, la Federación local de Junín y Obreros Unidos de Santa Fe piden que se haga constar su voto en contra, pues opinan que la FORA debe aprovechar las revoluciones políticas para sus fines progresistas en el orden «económico y social»⁵⁶.

Los socialistas vivían obsesionados por el alcoholismo. El doctor Justo, al condenar el consumo del vino –poco común en Inglaterra de donde importaba su cuaquerismo– sugería el empleo de la cerveza. Era una bebida más sana. Por su parte, los anarquistas alimentaban de continuo otra obsesión: el antimilitarismo. El Congreso de la FORA se adhiere al Congreso antimilitarista que se realizaba en esos días en Europa en los siguientes términos:

*Considerando que el militarismo es el azote de la clase trabajadora y el defensor del capital, y causa por supuesto de todo fracaso de las huelgas, las sociedades presentes hacen moción para que del seno de este Congreso surja una comisión que se ponga en comunicación y forme un acuerdo con todas las Ligas antimilitaristas del mundo para provocar un desbande general de las filas del militarismo de todo el orbe en beneficio de la clase trabajadora... y al mismo tiempo procurar todos los medios posibles a aquellos soldados que quieran desertar de las filas del militarismo y recomendarlos a las Ligas antimilitaristas, federaciones obreras de resistencia de todos los países y que esa comisión para llevar a cabo esa propaganda, se sirva de 'El manual del Soldado' redactado por la Bolsa de Trabajo de París*⁵⁷.

El espectáculo del Congreso de la FORA era indescriptible: en el Teatro Verdi de la Boca se apiñaba una multitud ardiente y colorida, compuesta de delegados obreros con la gorra calada hasta las orejas, pañuelos negros y corbatas voladoras, anarquistas «específicos» al margen de los sindicatos, intelectuales pálidos trajeados de negro, y bullangueras militantes españolas envueltas en batas rojas. Todos gritaban al unísono, de manera ensordecedora, vítores y argumentos por igual, imprecaciones contra los «autoritarios» y todo género de «muertas». Un gran cartel escrito con tiza cruzaba el escenario: «Anarchico é il pensiero e verso

l'anarchia s'incamina l'istoria». Desde el paraíso, cuando algún orador aludía a los socialistas, se desencadenaba una tormenta. Un grito agudo dominaba con intermitencias el vocerío:

¡Viva la anarquía! ¡Abajo el materialismo histórico!

En la reunión se resolvió crear un fondo llamado «fondo del soldado» con el objeto de

facilitar la fuga a los desertores y también para socorrer a todo aquel que sea víctima dentro de su regimiento por causa de la propaganda antimilitarista. Se llevará a cabo igualmente la redacción de dos folletos en forma de novela, con postales llamativas y texto que combata el militarismo y demuestre a los soldados su papel de autómatas y el rol que desempeñan contra la clase trabajadora⁵⁸.

La edad heroica del anarquismo

El exasperado carácter de las resoluciones era típico del heroísmo sin límites de los anarquistas en el naciente movimiento obrero argentino. Se fundaba no sólo en la tradición de las grandes luchas de clase europeas de las que muchos de sus miembros procedían sino en la desintegración del taller artesanal arcaizante y su lenta e inexorable sustitución por las fábricas modernas introducidas por el desarrollo capitalista. El mismo Congreso señalaba «que las huelgas son escuela de rebeldía y recomienda que las parciales se hagan lo más revolucionarias que sea posible para que sirvan de educación revolucionaria».⁵⁹ En fin, el Congreso reconocía

que los carros y el tráfico en general son un elemento necesario para los futuros movimientos reivindicadores y por lo tanto recomienda a la clase trabajadora que propague a los obreros que forman en dichos gremios los principios de la asociación.

En todo el país aparecen periódicos socialistas y anarquistas. En Tandil se publica un periódico anarquista titulado *El Trabajo*; en Junín aparece *El Obrero*,

en San Nicolás, *Aurora Social*. Federico Gutiérrez, empleado de la policía, en el ejercicio de sus funciones conoce a muchos anarquistas presos y se convierte al inflamable credo. Comienza a escribir bajo seudónimo en la prensa anarquista después de la Ley de Residencia. En julio de 1907 es descubierta su identidad y exonerado de la policía. Publicó el semanario *¡Hierro!*; entre 1906 y 1907 escribió la revista quincenal *Labor*, y en 1908 el semanario *La Mentira*, órgano de La Patria, La Religión y el Estado.⁶⁰ El diario *La Protesta* tuvo una larga vida. También se publicaba el semanario *Rumbos Nuevos* y *La Antorcha*. En Bahía Blanca se editaba el periódico individualista *L'Agittatore* y el semanario *Hoja del Pueblo* en 1908. En Paraná se difundía el periódico *Ráfaga*. En esos años comienzan a escribir en la prensa anarquista Rodolfo González Pacheco y Teodoro Antillí. La estrella literaria del movimiento era el poeta Alberto Ghirardo.

Los payadores anarquistas eran frecuentes y de la más variada inspiración. Martín Castro publicaba su libro de payadas *La Guitarra Roja*. Con la desintegración del mundo de las orillas, los viejos carreros criollos que sabían *Martín Fierro* de memoria o los hombres de a caballo que huían de la jornalización de la estancia moderna, derivaban hacia el radicalismo o se hacían anarquistas. En ese instante, en la payada anarquista, se combinan los segregados de la vieja sociedad criolla a punto de desaparecer y los marginados de la nueva sociedad capitalista que les exige su cuota de plusvalía y la prisión del salario. El Demos no rugía aún. El individualismo altivo y lírico del matrero solloza de coraje en las cajas de las guitarras libertarias. La intensa melancolía por un pasado irrevocable se combina en las coplas anarquistas con la borrosa visión de un hermoso futuro. El campo ya los expulsaba y la ciudad aún no los admitía.

El alambrado ganaba posiciones vertiginosamente año tras año. La pampa sin límites se dividía. Las nuevas condiciones técnicas para la exportación exigían una delimitación física de la tierra y no solamente el testimonio jurídico en el Registro de la Propiedad. En 1876 llegaban 5.000 toneladas de alambre a la Argentina. En 1904, 56.000 toneladas. A partir de 1905, comiéndose a importar no solamente alambre liso sino alambre de púas: la sordidez propietaria contra ganados y hombres se evidencia en este tipo de alambrado. El latifundio cierra caminos, aísla poblaciones enteras, obliga a hacer inmensos rodeos para llegar al fin de un viaje. Un estanciero llamado Uribelarrea «recibe más maldiciones que saludos en el pueblo», dice un vecino, pues no permite el paso por sus campos. «Su alambrado aparece a menudo hecho pedazos porque los transeúntes, en circunstancias desesperadas, pasan porque necesitan pasar»⁶¹.

La Sociedad Rural Argentina, ante las protestas, defiende el alambre de púas, pues «es el medio más seguro y económico de mantener los cercos en buen

estado, pues acostumbra a los ganados a respetarlos quitándoseles el hábito de restregarse contra ellos»⁶². En *Las Víboras*, drama de Rodolfo González Pacheco, un paisano cantor de «espíritu libertario», Ireneo, rehúsa quedarse en la estancia donde trabaja, pues el patrón va a alambrear para impedir que cualquiera atravesara su campo. «¡Alambraos a mí!... ¡y que no cante!, ¡'ta lindo eso!, ¡Ah, pero gracias a Dios mi tropilla de alazanes puede ponerme cien leguas pampa adentro en una noche!, ¡me voy del pago!, ¡con mi guitarra y mis versos! ...»⁶³. Y al concluir el drama anarquista el paisano canta:

*Alazanes, prendas mías
que no les dentren calambres,
ni se encrespen sus pelambres,
frente al pago que se ensancha,
que yo voy abriendo cancha:
meta fierro a los alambres.*

Don Evangelisto, viejo gaucho domado, que se queda, comenta:

–Sí, muchacho, sí, ¡los alambres son las rejas de la pampa!⁶⁴

En el rápido crepúsculo que cae sobre la pampa, desde el matrero rebelde hasta el anarquista payador de principios de siglo, un relato de Eduardo Wernicke resume el drama de dos edades. Al Sur de la Provincia de Buenos Aires, un feroz alambrador vasco mata a un criollo que se rehusaba a pasar por la tranquera a legua y media; quería cruzar el campo alambrado argumentando lo siguiente: «Yo soy criollo de estos campos y no hay derecho a cerrar el camino que conozco desde los tiempos de Catriel. Abran el cerco que quiero pasar con mi tropilla»⁶⁵.

La pampa se alambra, los paisanos rebeldes «matrereaban» con los nuevos himnos rojos o se sumergían en las patriadas de las revoluciones radicales. En Buenos Aires, la fusión del viejo orden con las nacionalidades extrañas, de la que brotaban los «argentinos nuevos», era dolorosa. Si los peones se hacían carreros, o los artesanos de provincia cambalacheaban en oficios nuevos de la urbe, por ella vagaban antiguos soldados del Desierto, inválidos envejecidos y harapientos que ya no sostenían los ideales nacionales atribuidos por Juan Agustín García al criollaje: ¿«fe en la grandeza futura del país»? ¿«pundonor criollo»? ¿«culto nacional del coraje»? Quizás conservaban uno solo de los principios observados por el sociólogo: el «desprecio a la ley». Todavía sobrevivirá algún oficial del viejo Ejército mirado con curiosidad por los oficiales nuevecitos del Colegio militar. En

un banquete un militar observa a un colega que otros llaman «coronel», pero que posee un aire poco castrense, tal cual se entendía esto por esos días, Lo interroga:

–Pero, ¿de qué arma es usted? Y el otro: –¿Arma? ¿ Yo? ¿De la que raye! ¡Hasta las boleadoras no pare de contar!⁶⁶

En la factoría pampeana sobran los duros soldados del Desierto y los paisanos ariscos.

Inmigración y cultura nacional

La inmigración, por su parte, entraba lenta y firmemente al país. El Comendador Cittadini comentaba en 1906 la importancia de la inmigración italiana en la Argentina. Los italianos de nacimiento ya llegaban a un millón, y los italianos de origen eran por lo menos otro tanto.

La agricultura está toda en manos de nuestros conciudadanos – decía–, la capital, Buenos Aires, en un millón de habitantes, tiene trescientos mil italianos. Allí tenemos tres bancos, uno de ellos poderosísimo, con numerosas y florecientes sucursales en las provincias. Ocupamos uno de los primeros puestos en la grande industria y en la pequeña somos superiores a todas las demás colectividades extranjeras juntas... En estos siete lustros pasados la Argentina ha hecho progresos admirables Yo, que he seguido año por año el desarrollo continuo aunque retardado por los dramas sangrientos de la política y la acción torposa de los malos gobiernos puedo afirmar con patriótico sentimiento de orgullo que la obra de los italianos entra como factor primo e inapreciable en la presente envidiable fortuna de aquel privilegiado país.. Allí están, por lo menos en Buenos Aires, Rosario, La Plata, Santa Fe, Paraná, Tucumán, Bahía Blanca, y otras ciudades, asociaciones florecientes con magníficos edificios propios que son palacios. Muchas de ellas tienen en los estatutos la obligación de sostener escuelas italianas y las han sostenido hasta ahora con recursos propios, animados por un alto sentimiento de nacionalidad⁶⁷.

El Comendador reflejaba el espíritu de «colectividad» conceptualizada como «colonia»; su arrogancia era justificada. El poder económico de la colectividad italiana en aquella época es un índice sugestivo acerca del nivel de vida y la situación social de las grandes corrientes inmigratorias que desmiente la literatura épica de ciertos idealizadores. El Comendador Cittadini concluía afirmando que el gobierno italiano debía apoyar la actividad de los italianos en la Argentina,

si al gobierno le interesa aquella nueva Italia libre que ha nacido y se hace grande por su propia virtud allende el océano.

El choque entre las dos culturas, en cierto sentido entre dos países, el criollo y el europeo, que se injertaba en el antiguo tronco nativo, debía tener incalculables consecuencias culturales e históricas. Amadeo Jacques, el notable profesor europeo y maestro de argentinos, ya había advertido:

No imitemos a Europa en sus desaciertos mismos, y aun cuando acierta. Cuidemos de que las circunstancias en medio de las cuales nosotros vivimos son diferentes y requieren distintas medidas⁶⁸.

Jacques aconsejaba para nuestro país la profundización de la historia y la geografía nacionales, lo mismo que la historia y la geografía de América latina. Sostenía que la enseñanza *de la historia de España debe ser aquí el centro y como el eje de la historia moderna.*

Esta observación de Jacques era de extrema agudeza. ¡Un francés debía enseñar nacionalismo a la clerecía intelectual vernácula! Pues, en efecto, es a través de España que Europa entró a América y es sólo a través de la historia española que podemos entender la historia de Europa, en lo que ésta tiene de conflictivo y próximo a nosotros. Pues si España era imperial, también es cierto que era un Imperio atrasado que hasta nuestros días no ha logrado realizar las tareas democráticas más elementales. Este atraso histórico de España era, en cierto sentido, análogo a nuestro atraso semicolonial.

En 1891 el Ministro de Justicia e Instrucción Pública decía:

Tan violenta ha sido la avenida inmigratoria que podría llegar a absorber nuestros elementos étnicos. Están sufriendo una

*alteración profunda todos los elementos nacionales; lenguas, instituciones, prácticas, gustos e ideas tradicionales*⁶⁹.

No se trataba solamente de las escuelas italianas. Ricardo Rojas aludía a los peligros de una Babilonia cultural que, unida a la presencia del capital extranjero, podía disolver la capacidad de resistencia argentina. Señalaba a las

*escuelas dependientes de congregaciones internacionales y cuyo personal docente suele ser en su mayoría formado por extranjeros, como ocurre en El Salvador, el San José, el Lasalle, el Lacordaire, el Sacre Coeur, etc.; escuelas dependientes de colonias extranjeras con maestros también en su mayoría extranjeros y algunas de ellas subvencionadas por parlamentos o monarcas de Europa, como las alemanas e italianas; escuelas sectarias como las protestantes del Señor Morris, extranjero, o las de propagación de la fe católica, fundadas para promover guerra a las otras con fanatismos exóticos en la vida cívica del país y añadía que también debían ser incluidas en este género las –escuelas judías dependientes de sinagoga o sindicatos europeos, como las denunciadas en Buenos Aires y Entre Ríos*⁷⁰.

Juan B. Justo y las «Razas inferiores»

Pero ese cosmopolitismo cultural que cortaba en redondo la tradición histórica de la Argentina, como se verá más luego en los textos de historia escolar, y en la creación de una superestructura espiritual subordinada al imperialismo, tema que examinaremos más adelante, llenaba de regocijo a los socialistas. Veían en el puerto babélico la garantía de una civilización nueva, capaz de ahogar a la barbarie nativa.

El progreso económico nos ha incorporado de lleno al mercado universal, escribía Justo, del que somos una simple provincia. Esa división internacional del trabajo exige que hagamos inteligentemente nuestra propia gerencia, si queremos conservar nuestra

autonomía... En la misma colonia del Cabo, país de negros cuya población blanca está dividida por cuestión de raza, la política es un modelo al lado de la nuestra: en las elecciones de marzo del corriente año triunfó allí el partido progresista, cuyo programa es la libre introducción de los productos alimenticios, la educación obligatoria, el impuesto sobre el alcohol, la restricción de la venta de licores a los nativos, el desarrollo ferrocarrilero y un voto anual u otro para la defensa marítima del Imperio británico⁷¹.

¡Debíamos ser Colonia del Cabo! ¡Colonia del Cabo era antialcohólica! ¡Los blancos civilizados tenían negros abstemios a su servicio! Y si por lo demás esa colonia envidiable, «verdadero modelo» político en comparación con los desórdenes argentinos, votaba una suma para la defensa marítima del Imperio británico, como decía Justo, con un puñado de dinero se eximía de tener un ejército, fuente de toda corrupción y de todo parasitismo. Véase en ese juicio al Doctor Justo retratado de los pies a la cabeza.

Si la Colonia del Cabo despertaba su admiración (no por ser un país de negros, sino porque eran negros gobernados por blancos) la política argentina le repugnaba. Su «teoría científica de la historia» era tan poco científica como marxista; en cuanto a este último aspecto, debemos admitir que Justo no fue tampoco un demagogo del marxismo. Lo rechazaba lisa y llanamente. Pero de modo curioso, sus ideas de cómo evaluar el proceso histórico serían precursoras de la moderna «sociología» tallada en el modelo norteamericano y propagada por estadígrafos abstractos del género de Gino Germani o por «marxistas» cipayos de categoría inferior que impotentes para comprender la realidad argentina, viven de rodillas ante la divinidad pitagórica. He aquí cómo Justo explicaba su concepción:

Yo diría que el coeficiente del progreso histórico, en su carácter complejo de progreso económico y político, material e intelectual, es el mejoramiento mensurable de la situación de la clase trabajadora. Digo mensurable para excluir de la cuenta las glorias de la Patria, las satisfacciones del honor nacional, el orgullo de ser gobernados por héroes, la esperanza de un porvenir mejor, otros ítems que suelen pesar demasiado en la apreciación de la marcha de los negocios públicos, porque tienen el inconveniente de no ser mensurables. No hay que contar sino los cambios que registra la estadística y pueden ser representados en diagramas⁷².

Agregaba que estos cambios son el aumento de los consumos, el alza de los salarios reales, la disminución de la criminalidad, el desarrollo societario con fines de socorros mutuos, de cooperación, etc. Naturalmente que en la Argentina de la primera década del siglo, la escolaridad, la cooperación, el consumo, el régimen de salarios, formaban parte del sector socialmente más desarrollado de la Argentina, vale decir de aquellos grupos humanos vinculados primordialmente a las dos o tres ciudades más importantes del país. Era la plataforma semicolonial, «clasista» y civilizada que dirimía sus propios problemas al margen de la situación de la mayoría del pueblo argentino. Justo señalaba severamente:

*A la realización de todo esto no concurre el parásito que malgasta el producto del trabajo ajeno, ni el 'lumpenproletariat', proletariado de andrajos, que constituye actualmente el grueso de la masa electoral argentina*⁷³.

El vocablo alemán «*lumpenproletariat*» constituía el único descubrimiento de Justo en el frondoso bosque de Marx. Sin embargo, era un vocablo descalificador, esencial para su política y la de sus descendientes ideológicos de izquierda y derecha. Volvería a ser empleado en 1916 con el triunfo de Yrigoyen. En 1945 sus epígonos rumiarían su parálisis con la misma palabra.

Su más próximo discípulo, el ácido doctor Nicolás Repetto, establecía un nexo lógico entre los bárbaros obreros argentinos que acompañaban a Yrigoyen y la indiferencia que los cultivados artesanos socialistas experimentaban hacia la política nacional:

*Los socialistas extranjeros no naturalizados, mostraban, en general, poco interés por las cuestiones electorales argentinas; les interesaba más comentar las incidencias y resultados de las grandes luchas comiciales que se desarrollaban en el respectivo país*⁷⁴.

¡Evidentísimo! Como era previsible, los resultados de las elecciones de 1904 no correspondieron a

la intensa propaganda realizada por el Partido. Sobre un total de 19.967 votos emitidos en las 9 circunscripciones convocadas, el Partido Socialista sólo había obtenido 1.254 votos,

escribe Repetto. La irritación de nuestros puritanos no pudo ser disimulada. Ya antes que Justo y que Repetto, Montesquieu había señalado la dificultad de establecer instituciones libres en climas cálidos y muelles que hacen perezosos y viles a los pueblos. *La Vanguardia* reflejó esta decepción:

El resultado no puede ser más mezquino y a él contribuyeron dos factores. Primero, la depravación política de los obreros argentinos y su inconsciencia espantosa acerca del valor del voto; segundo, la inconsciente repugnancia de los trabajadores extranjeros para adquirir la ciudadanía. A aquellos es fácil comprometerles el voto pagándoles o enviándolos⁷⁵.

Figuroa Alcorta: el fin del roquismo

La posteridad no podrá desconocer las sutiles dotes políticas de José Figuroa Alcorta, sucesor de Quintana. Es suficiente señalar que en su larga carrera política, iniciada en Córdoba como partidario de los hermanos Juárez Celman, ocupó como titular los tres poderes del Estado: fue Presidente de la Nación, Presidente de la Cámara de Diputados y Presidente de la Suprema Corte de Justicia. Había sido también Ministro de Gobierno del caudillo Marcos Juárez y Gobernador de Córdoba por el Partido Autonomista Nacional. Arrastraba, por su origen, como queda dicho, esos ribetes federales y provincianos que más detestaba Quintana y los mitristas; pero su resistencia a entregarse a las maquinaciones de Roca, que dominaba las provincias y parte del Congreso, lo alejaron rápidamente del general.

Desde la federalización de la ciudad de Buenos Aires en 1880, el sistema político del país había funcionado alrededor de dos ejes únicos: el Partido Autonomista Nacional, que reunía bajo sus banderas las fuerzas de las provincias interiores, y el autonomismo de la Provincia de Buenos Aires, cuyo jefe era Pellegrini. La jefatura del movimiento la ejerció durante un cuarto de siglo el General Roca. Su adversario natural e histórico era el mitrismo, llamado algunas veces Unión Cívica y otras Partido Republicano. Su fuerza tradicional estaba en la Capital Federal, parte de Buenos Aires y Corrientes. Pero este sistema bipolar de fuerzas había saltado en pedazos. Cuando Figuroa Alcorta sube a la Presidencia la crisis de los viejos partidos es irremediable. El autonomismo nacional o roquismo perduraba en un cierto número de provincias; pero sus lazos interiores se habían

debilitado. El Partido Autonomista o pellegrinista contaba con cierta influencia en la Capital Federal y en la Provincia de Buenos Aires, lo mismo que el Republicano o mitrista, muy porteño y bonaerense y cuya jefatura había recaído a la muerte de Don Bartolo en su hijo mayor, el Ing. Emilio Mitre.

Sin embargo, el verdadero poder en la Provincia de Buenos Aires estaba en las manos de Marcelino Ugarte, «el petiso orejudo», caudillo conservador culto, cínico e inescrupuloso que reunía en su puño a fragmentos dispersos del antiguo autonomismo e intentaba extender su influencia fuera de Buenos Aires. El Partido Socialista contaba con un solo diputado, el doctor Alfredo Palacios (elegido en 1904 por los garibaldinos y mitristas de la Boca) y no gravitaba ni política ni ideológicamente en el país. El Senado estaba controlado por el roquismo, y la Cámara de Diputados de la Nación tenía sus fuerzas más o menos balanceadas entre los distintos grupos tradicionales. Al margen de estos agrupamientos, constituían en la Capital «centros de opinión» los amigos de don Bernardo de Irigoyen o los amigos del senador Benito Villanueva, personaje pintoresco de la época, de muy humilde origen mendocino y que se había transformado por sus habilidades sociales en magnate de las finanzas, habilísimo intrigante de la alta política y galante protector del sexo opuesto.

La definitiva putrefacción del aparato político del roquismo no significaba en modo alguno que el poder formal de las Cámaras o de los gobiernos de provincias hubiese escapado de las manos del Conquistador del Desierto. Roca, por ejemplo, amo absoluto de la Provincia de Córdoba, manejaba tan discrecionalmente su partido en esta provincia que la Junta de Gobierno local del PAN no hacía otra cosa que homologar sus decisiones, tanto que sus adversarios no vacilaron en llamarla 'Junta del Amén'»⁷⁶. Pero el antiguo y macizo edificio estaba carcomido por una sutil erosión. Los gobernadores salientes pasaban, según una inveterada tradición, al Senado Nacional, y al concluir el período gubernamental su reemplazante, volvían a la gobernación de la provincia, para retomar a su banca senatorial una y otra vez y así indefinidamente. Tal era el sistema que se practicaba desde hacía varios decenios en la Provincia de Buenos Aires, en Entre Ríos, en Santiago del Estero, en San Luis, en Córdoba, en Corrientes en Mendoza, en Jujuy. En esta última provincia, Domingo T. Pérez, de influencia decisiva en ella, había sido senador por Jujuy casi treinta años; falleció antes de terminar su período. En tales condiciones nadie ignoraba que el nuevo Presidente, deseaba desmontar de una vez la maquinaria electoral de Roca. El ministro de Relaciones Exteriores de Figueroa, el doctor Estanislao Zeballos, escribía en una carta privada a Sáenz Peña: «Roca ha perdido su formalidad. Se cree dueño de la República Argentina»⁷⁷.

Figuroa Alcorta se vio obligado al principio a apoyarse en los mitristas y en los pellegrinistas. Pero eran una fuerza insuficiente. Los mitristas apoyaban a Figuroa por su distanciamiento con Roca y porque buscaban una nueva vía de acceso al poder después de la muerte de Quintana. Los pellegrinistas, a su vez, desaparecido su jefe en ese año, ponían todas sus fuerzas en la candidatura de Roque Sáenz Peña, ministro argentino en Roma. Figuroa declaraba en su mensaje al Congreso su decisión de hacer realidad «el imperio de la verdad institucional», lo que implicaba hablar de comicios libres. Diversos conflictos políticos en algunas provincias permitieron extender el poder del Presidente sobre Corrientes, San Juan y Santa Fe. Al mismo tiempo, los mitristas retiraron su colaboración a Figuroa Alcorta debilitando parcialmente su estabilidad. El alejamiento de los mitristas y la influencia del roquismo en el Congreso precipitaron una crisis.

Se clausura el Congreso Nacional

Las bancadas opositoras decidieron reducir la independencia del Presidente negándole la sanción de las leyes de recursos y gastos para el año 1908. Desde el punto de vista legal, aproximándose el fin del año 1907, el Presidente no estaría en condiciones de gastar un peso para atender las obligaciones del gobierno. El Senado había resuelto no reunirse. La presión sobre Figuroa Alcorta se acentuaba cada día. Marcelino Ugarte, que acariciaba la ambición de conquistar la próxima presidencia, ante la resistencia de Figuroa Alcorta de unirlo candidato oficial, pasó a la oposición, junto con los mitristas y los roquistas. Entonces el Presidente asestó un golpe definitivo al viejo aparato. Clausuró las sesiones del Congreso y puso en vigor el presupuesto del año anterior. La medida de Figuroa Alcorta pareció un verdadero golpe de Estado; el cuerpo de bomberos ocupó, junto con la policía de la Capital, el edificio del Congreso y prohibió el ingreso a los diputados y senadores. El diario El Nacional de la tarde, titula ese día: «GOLPE DE ESTADO».

Un grupo de curiosos se ha agolpado ante las puertas del Congreso.

En eso llega la voluminosa figura del diputado don Pedro Cernadas. Desciende de una victoria descubierta la que queda balanceándose al abandonarla el pesado caudillo de Balvanera. El corrillo de la acera opuesta inicia una rechifla divertida. A la

burla oficial se asocia la pifia del pueblo. Al aproximarse Don Pedro a la puerta de hierro, cerrada, un bombero a través de los barrotes de la reja griega, lo informa con voz grave:

– No se puede dentrar, señor diputado. Está clausurado el Congreso por orden superior La noticia produce en Don Pedro «viva sorpresa», pero como amigo del gobierno no dice nada; sólo atina a darse vuelta para enfrentar a quienes se entretienen gritando «golpeá que te van a abrir...

– Canallas... – es lo único que se le oye decir mientras se tambalea otra vez el coche al apoyar Don Pedro sus ciento diez kilos de peso.

– Vamos a la Casa Rosada, che.

Iba a informarse personalmente.

Que se clausurara un Comicio no le hubiera asombrado, cuando él había clausurado tantos de puro guapo. Pero el Congreso cerrado por la fuerza pública, no lo había visto nunca en su larga y agitada vida política⁷⁹.

Los corrillos de transeúntes comentan favorablemente la clausura; de ellos parten bromas crueles hacia los «representantes del pueblo» que protestan por la medida.

Al pretender entrar al Congreso, el pueblo silbó a los diputados y a Emilio Mitre⁸⁰.

Roque Sáenz Peña felicita desde La Haya al Presidente Figueroa Alcorta:

Eso era indispensable y aun lo hubiera preferido más radical como génesis de una nueva existencia... para desarraigar una opresión de treinta años era necesario un Caseros. Lo hemos tenido sin sangre⁸¹.

Iniciada esta política, Figueroa Alcorta la siguió hasta el fin. Para dominar a los gobernadores roquistas envió siete intervenciones federales. Ramón Cárcano le escribía a Sáenz Peña: «Córdoba es todavía roquista». Ante la amenaza de una intervención federal, el roquismo de Córdoba se lanza a una

campaña de proclamas y ataques a Figueroa Alcorta, alguna de cuyas expresiones eran las siguientes: «Abajo el vice en ejercicio! ¡Abajo el Cromwell de cartón! ¡Viva el cazador de vírgenes! ¡Viva el asaltante de imprentas! ¡Viva el héroe del 4 de febrero! ¡Abajo el asesino de los obreros! ¡La muerte de las instituciones! ¡Es un baldón para el cordobés concurrir a recibir al invasor federal!»⁸²

La intervención fue decretada. Córdoba cayó en manos de Figueroa Alcorta. Destruía así el poder político del roquismo en su último reducto. Parecía una venganza juarista, pues en efecto los juaristas, más reputados – Sáenz Peña y Cárcano parecían ser los beneficiados de la extirpación política del roquismo. Pero no era así. En realidad todos iban a dejar la escena a un desconocido, Hipólito Yrigoyen.

La Candidatura de Sáenz Peña

En tales circunstancias, la candidatura de Roque Sáenz Peña a la presidencia se abrió paso irresistiblemente en los medios adictos al Presidente Figueroa Alcorta. Ambos habían pertenecido al Partido Autonomista Nacional; ambos eran antirroquistas; juntos habían militado con los amigos de Pellegrini y de Juárez Celman; tanto uno como el otro tenían antecedentes federales, uno por la vía del alsinismo, otro por la vía del juarismo. Y sus amigos comunes habían sufrido la discriminación de Roca. Este último, a su vez, estaba dispuesto a cualquier cosa antes de permitir el triunfo de Roque Sáenz Peña, a quien había soplado la candidatura presidencial en 1892, reemplazándolo por su anciano padre. Veía en Sáenz Peña un peligro político serio y una justificada aversión personal. De este modo, Roca, Marcelino Ugarte y Emilio Mitre hicieron un frente común contra Sáenz Peña. Pero todo era inútil ya.

Los bastiones provinciales del roquismo y el cuartel general bonaerense de Ugarte habían sido derribados por las intervenciones federales y los «vuelcos» de los gobernadores. Figueroa Alcorta tenía en sus manos el dispositivo electoral de toda la República. Para cubrir las apariencias que exigían los «principios», se constituyeron en todo el país comités por la candidatura de Roque Sáenz Peña, residente en ese momento en Europa. El radicalismo de Yrigoyen estaba en la abstención: Sáenz Peña carecía de adversarios en un comicio canónico.

Bajo el patrocinio del diario La Nación y de las raleadas huestes del partido mitrista, se presentó la candidatura presidencial del doctor Guillermo Udaondo,

antiguo gobernador de la provincia de Buenos Aires, candidatura que fue retirada antes de las elecciones por la imposibilidad total de triunfar y la impopularidad de los mitristas en las provincias⁸³.

Antes de esta decisión se había constituido en Buenos Aires un Comité de la Industria, el Comercio y la Producción Nacional, auspiciando la candidatura de Udaondo, formado por más de cinco mil ciudadanos. Era una candidatura muerta antes de nacer.

El candidato mitrista no suscitaba ardor ni a sus propios partidarios. La desmayada manifestación que agitó su candidatura evidencia que aun en la Capital, única plaza fuerte del mitrismo, carecía de toda resonancia.

Caía una llovizna tibia e intermitente que no hacía necesario el paraguas. El cortejo se había formado, a la caída de la tarde, en una plaza de la ciudad, dirigiéndose por calles sombrías, precedido por agentes de policía a caballo y con uniformes blancos. El candidato de rostro plácido, encarnado, sonriente, y con lentes marchaba a la cabeza, en medio de su estado mayor; a cuya cabeza iba el señor Beazley, antiguo prefecto de policía, cuya expresión era de hombre de pasiones frías, de suave obstinado; seguían burgueses elegantes, con la solapa cubierta de lazos y que se secaban la frente, pues hacía un calor tórrido... Cada sección representaba su banda de música y ¡qué música! Como las secciones iban unas muy cerca de otras, resultaba aquello un estruendo espantoso de turbamultas, consecutivas y desencadenadas. Jefes de grito exclaman a cada paso: '¡Viva la candidatura Udaondo' !! sonriendo vagamente, y la sección responde sin entusiasmo: '¡Viva!'... ¿Qué les importaba a aquellos descargadores genoveses, a los lecheros vascos, a los desmontadores piamonteses, a los herreros catalanes y hasta a los leñadores del Chaco, los nombres que les indicaban que vitoreasen?.. Las personas que veían pasar el cortejo por las calles –donde no se veía una sola mujer– no parecían más entusiasmados que las que figuraban en él⁸⁴.

Conversaciones de Figueroa Alcorta e Yrigoyen

La política conspirativa de Yrigoyen va rindiendo lentamente sus frutos, al tiempo que se descompone el arcaico sistema del partido dominante. El

Presidente desea conversar con Yrigoyen, con el fin de persuadir al gran persuasivo de abandonar sus trabajos revolucionarios, levantar la abstención y concurrir a los comicios. Yrigoyen exige garantías y ante todo, la intervención a todas las provincias:

Yo insisto, dice, en que usted debiera ejercitar los medios conducentes para obligar a los gobiernos de las provincias a ajustar estrictamente sus procedimientos en el orden político y administrativo, a los dictados de las leyes generales que los rigen.

A eso contestó habilidosamente Figueroa Alcorta:

sin compartir al menos en su generalidad los cargos que usted formula contra las autoridades de las provincias, le observo que el régimen federal de la Constitución es elementalmente contrario a la tutela presidencial sobre los estados provinciales que resultaría del ejercicio de las medidas conminatorias que usted propicia. Si yo hiciera eso, ustedes, que deben lealtad y consecuencia a sus orígenes federo-autonomistas serían los primeros en atacarme y con razón⁸⁵.

Cabe observar lo notable de esa puntualización de Figueroa Alcorta sobre los orígenes del radicalismo de Yrigoyen, que abonan la tesis que venimos sosteniendo.

La historiografía política facciosa dominada en las últimas décadas por una historia radical «para uso del delfín» no ha sacado las necesarias conclusiones acerca de los vínculos entre los procedimientos electorales de la historia nacional y las vicisitudes de esa historia.

Un largo camino se había recorrido desde el golpe de estado de la burguesía portuaria que elige presidente a Rivadavia, de la militarización de la política durante la guerra civil, de la imposición de la candidatura de Mitre sin adversarios por la milicia bonaerense en 1862. Y luego, de la lucha armada por el atrio entre mitristas y alsinistas en Buenos Aires, donde las elecciones se dirimían por los políticos y cuchilleros, disputándose la urna en las iglesias, cuando no por la coacción de los jefes militares que incluían en la Orden del Día la divisa electoral obligatoria.

Fraude electoral, lucha por el atrio, venalidad e inmigración

Después de 1880, cuando las provincias del Interior imponen a Roca, se crean los «gobiernos de opinión». Burguesía provinciana y ejército, expresados a través del Partido Autonomista Nacional, van engendrando un «régimen» que no encuentra más oposición que el mitrismo porteño y luego del 90, en el naciente radicalismo. Estos fenómenos son contemporáneos con la aparición de varios millones de inmigrantes y de argentinos nuevos, que introducen un factor incierto en la política y la economía del país. Nadie podía adivinar cuál iba a ser el destino de esa mayoría extranjera virtual que dominaba demográficamente la Argentina hacia principios de siglo.

Si se considera que los tres millones de inmigrantes que se quedaron no eran sino el saldo de los que volvieron a sus países de origen (entre 1905 y 1910 ingresaron 1.200.000 trabajadores, de los que sólo arraigaron 800.000)⁸⁶, resulta muy claro concluir que el manejo de la política argentina podía quedar en manos de la población extranjera recientemente radicada en el suelo nacional. La «nacionalización automática» reclamada en tiempos de Sarmiento por un núcleo de extranjeros o formas de naturalización forzada destinadas a dejar en minoría a las masas populares argentinas nativas, podían desfigurar el porvenir nacional y situar al país en el campo de peligrosas influencias internacionales. Si esto era una realidad indiscutible a principios de siglo, y si en esa época las elecciones y las revoluciones contra ellas se hacían «entre argentinos», sin duda el agonizante régimen roquista extraía de esa circunstancia objetivas e inmejorables razones para justificar su perpetuación. Pero esos motivos comienzan a desaparecer con el desenvolvimiento nacional del radicalismo de Yrigoyen. Su histórica justificación residía precisamente en que es a través del radicalismo que se produce la asimilación de los hijos y los nietos de los primeros inmigrantes de las grandes corrientes extranjeras arraigadas al país. Estas corrientes son vinculadas por Yrigoyen a las tendencias históricas ya aludidas de su movimiento. En el período de transición, según decía Pellegrini, el paso del fraude a la venalidad constituía un progreso. El voto comprado significaba que había que «tratar» al votante y que, en cierto modo, ya no se podía prescindir de él. También es cierto que con la venalidad electoral la depravación política del sistema aparece a plena luz.

El ascenso de las nuevas clases sociales representadas por el radicalismo coincidía con la decadencia de la maquinaria electoral oligárquica.

El Partido Autonomista Nacional empezaba a perder su fisonomía criolla; caudillos del tipo de don Cayetano Ganghi, nacido

*en Nápoles, actuaban en los comités, sustituyendo a los característicos y bravíos jefes de parroquias y llevando el utilitarismo a la política. Con ellos se conoció aquí la compra venta de puestos, de pequeñas concesiones y de libretas cívicas*⁸⁷.

Don Cayetano Ganghi era un personaje verdaderamente pintoresco y florido producido por la era del voto venal. Vivía frente a la Plaza de Flores, en un barrio de burguesía y pequeña burguesía acomodada, en una gran finca. Hablaba un castellano cocoliche, pero vestía como un dandy:

Su perla fina en la corbata, sus bigotes a lo Kaiser –el modelo de la época– su chaleco con filete blanco, sus guantes color patito

revelaban a un radiante arribista en los altos círculos de la política nacional. Aunque se le suponía analfabeto, gozaba de un poder electoral inmenso. Tenía la reputación de ser el mayor acaparador de libretas cívicas. El día de los comicios las enviaba con sujetos de su confianza para votar por el candidato que él indicara, sin que los dueños reales de ellas concurrieran al comicio.

*Roca es un poroto a mi lado– escribía Ganghi a Sáenz Peña. Tengo dos mil quinientas libretas*⁸⁸.

Abusando de su dudoso castellano el caudillo Ganghi tutea a los más grandes políticos y personajes de la vida oficial y dispensa favores desde el Almacén Socino, en Paraná y Corrientes, donde establece su cuartel general.

–Che, mañana tengo que comer con Benite –refiriéndose al doctor Benito Villanueva. A un postulante le responde:

–Hoy te arreglo la cosa cuando almuerce con Pepe... «Pepe» es el Presidente de la Nación, doctor José Figueroa Alcorta.

Al ser presentado por primera vez a Carlos Pellegrini, éste lo mira con cierta desconfianza. Advertido el caudillo de la reticencia de Pellegrini, abre una valija que traía consigo repleta de libretas cívicas. Y le dice: –Io sono o non sono, dottore, il gaudillo pósetivo?⁸⁹

La Argentina en 1910

Comicios puramente simbólicos otorgan la victoria a Roque Sáenz Peña y a Victorino de la Plaza, después de una breve campaña en la que Sáenz Peña no recorrió ninguna provincia del interior, sino que se limitó a enunciar en un mitin de la Plaza del Retiro su programa. Expresaba en él sus temores de que

si la inmigración continúa con aquel vértigo, el elemento nativo va a quedar en minoría: tratemos de que no quede en inferioridad, acordemos medidas, vigilemos y auscultemos la intensidad del espíritu argentino.

Y agregaba:

No prodiguemos la ciudadanía si el ciudadano que la aspira no nos aporta un ciudadano de verdad⁹⁰.

Agregaba que la educación pública y el servicio militar obligatorio eran las armas principales para asimilar el aluvión humano que llegaba al país. No se declaraba proteccionista,

pero protegerá a las industrias existentes y fomentará las que puedan desenvolverse; esta política y la estabilidad monetaria contribuirán también al abaratamiento de la vida. Es contrario a los trusts como a todo monopolio.

Adopta las ideas del ministro Ramos Mejía, que ya lo había sido de Roca y Figueroa Alcorta, de llevar adelante una política colonizadora de las tierras fiscales, valorizándolas con ferrocarriles y obras de irrigación de propiedad del Estado.⁹¹

Los mitristas lo habían acusado con una frase: «Ministro de Juárez y candidato oficial». La expresión obtenía un efecto inverso al que buscaban sus propagadores. La Unión Cívica Radical de Yrigoyen, por su parte, reunió su convención nacional en la Capital Federal y solicitó a Figueroa Alcorta la reforma inmediata de la ley electoral y un nuevo padrón confeccionado sobre la base del enrolamiento militar. El presidente contestó como un leguleyo: teniendo en cuenta la inminencia de las

elecciones no era posible acceder a esa solicitud. El radicalismo decretó entonces la abstención electoral. El padre de la ley electoral llegaba al poder como hijo de unos comicios sin adversarios.

La República contaba con 6.392.000 habitantes, de los cuales 2.300.000 eran extranjeros: mientras que en la Capital Federal se calculaba una población de 1.380.680 habitantes, en el interior, sólo Córdoba y Rosario excedían de 100.000 habitantes cada una. Hacia 1910 las líneas ferroviarias en explotación llegaban a 27.138 kilómetros. De ellos, 22.298 pertenecían a empresas privadas. Se encontraban en construcción 9.258 kilómetros; los particulares (ingleses) controlaban 4.829 kilómetros. Figueroa Alcorta encontró en Ezequiel Ramos Mejía a un ministro singular y competente. Gracias a su gestión se promulgó el 28 de agosto de 1908 la Ley de Fomento de los Territorios Nacionales que concebía la construcción de toda una red de ferrocarriles y la realización de obras de regularización de los ríos de embalse y regadío, así como el mejoramiento de los puertos.⁹² Este plan estaba destinado a desarrollar el Sur argentino, de tradicional predominio inglés. Contó, como era natural, con la oposición del Ferrocarril Pacífico.

Los primeros 100 kilómetros, de San Antonio Oeste a Bariloche, fueron inaugurados por Figueroa Alcorta en marzo de 1910. Ramos Mejía relataría en sus memorias la trágica ironía de las felicitaciones que habría de recibir años más tarde por haber tendido una línea ferroviaria hasta la región de los lagos, facilitando el turismo de lujo. Pero Ramos Mejía no se proponía constituir en Bariloche un centro de esquiadores suizos o alemanes, sino erigir una ciudad industrial sobre las márgenes del Río Limay, con un sistema de fábricas para industrializar los productos del Sur, una Universidad y edificios públicos destinados a fundar la capital de una gran provincia industrial sureña.

La División de Minas, Geología e Hidrología dependiente del Ministerio de Agricultura envió equipo de perforación al remoto puerto de Comodoro Rivadavia, que carecía de agua potable. El 13 de diciembre de 1907, al pasar los 535 metros de perforación, aparecieron burbujas de gas y se sintió olor a petróleo.⁹³ Se había descubierto una napa importante de ese mineral; al día siguiente, un particular se presentaba ante la autoridad minera solicitando la concesión de una importante extensión de terreno para catear. Pero ese mismo día se daba a conocer un decreto del Poder Ejecutivo con la firma de José Figueroa Alcorta y el Ministro de Agricultura, Pedro Ezcurra,

Por el que se prohibía la denuncia de pertenencias mineras y la concesión de permisos de cateo en un radio de cinco leguas a todo rumbo contando desde el centro de la población⁹⁴.

El Estado establecía una reserva fiscal de unas doscientas mil hectáreas, amparando con este decreto notable la soberanía nacional en la espera del petróleo. Muy poco tiempo después, la producción de petróleo, a pesar de los escasos elementos técnicos de que se disponía, reemplazaba en la zona circunvecina al carbón inglés importado. Hacia 1910 se cultivaban más de 19 millones de hectáreas. Se producía más de 5 millones de toneladas de trigo, más de 4 millones de toneladas de maíz, 1 millón de toneladas de lino. El país cuenta con 29 millones de vacunos, 67 millones de ovejas, 7.500.000 caballos. Según el Censo Industrial de 1908-1909, había 31.966 talleres y establecimientos manufactureros y fabriles de toda clase. En ellos trabajaban 327.893 obreros. En Buenos Aires, se concentraba entonces el 35% de las industrias del país, con 118.315 obreros y con el 45% de la producción anual. La industria argentina había desplazado en la esfera de los alimentos, bebidas y vestidos a la antigua producción importada⁹⁵. Asimismo, los cultivos industriales protegidos desde los tiempos de Avellaneda evidenciaban gran prosperidad: se producían ese año 379.699.708 litros de vino en 3.409 bodegas.

El año 1908 marca el índice más alto en la gravitación de la agricultura, pues el valor de las exportaciones alcanza al 62% del total. A partir de ese entonces las cosas vuelven a modificarse en favor de la ganadería porque la entrada decidida de los Estados Unidos en el concierto industrial de las naciones y su aumento demográfico extraordinario le obliga a suspender los envíos de carne congelada a Inglaterra que ahora necesitan para su propio consumo interno. Por eso mismo surge la necesidad de activar la industria pecuaria en otros países, primordialmente en la Argentina, donde los años 1907 y 1910 marcan el establecimiento de los nacientes frigoríficos⁹⁶.

La primera semana trágica

Sin embargo el crecimiento espontáneo de la factoría agraria vinculada al mercado mundial y dominada por el Imperio Británico, autora de tantos prodigios, que ha transformado desde la raíz a la República en treinta años comienza a detenerse. El ingeniero Alejandro Bunge observa que

*después de 1908 la Argentina es un país estático desde el punto de vista de su organización económica*⁹⁷.

Cuando la factoría termina de formarse nace el mito bobo de la pampa madre.

Algunos años antes, el general Roca intentaba infructuosamente imponer en el Congreso la Ley Nacional aprobando un Código de Trabajo preparado por el Ministro González. La Unión Industrial Argentina exponía, como lo hará a lo largo de toda su sórdida existencia, las objeciones al proyecto. Sostenían los industriales que el Código constituía

*la legislación más avanzada del mundo (más que la propia Australia) y que su implantación de improviso colocaría a la industria argentina en condición de inferioridad con respecto a los competidores extranjeros, aumentando en todo sentido los costos de producción y habría quedado eliminada toda posibilidad de competencia*⁹⁸.

En esta oportunidad, los industriales anticiparon su inquietud. El proyecto de Roca fue rechazado en el Parlamento. Se unieron contra la ley muchos roquistas, los mitristas, los socialistas, los industriales y los terratenientes.

En el otro polo social, en los siniestros conventillos de Buenos Aires, vivían 138.000 personas hacinadas en condiciones infamantes. Nada podían decirles las estadísticas «per cápita» que describían oficialmente las bendiciones del divino humus a ese «proletariado andrajoso», desdeñado por Juan B. Justo, e ignorado olímpicamente por Figueroa Alcorta. Pero el lastimoso cinismo de la prensa oligárquica que se disponía a festejar la grandeza nacional con los actos del Centenario encontraría su adecuada respuesta en el movimiento obrero.

El 1º de mayo de 1909 la FORA conmemora el día de los Trabajadores con su acostumbrada manifestación en la Plaza Lorea. Mientras se desarrolla el acto, el escuadrón de la policía a caballo, «los cosacos», descarga sus armas sobre la multitud. Quedan tendidos 8 muertos y 105 heridos. Salvo uno que otro asistente que dispara su revólver, la multitud recibe enfurecida e impotente la metralla policial.

Al día siguiente el diario El Correo Español titulaba su edición del siguiente modo: «Buenos Aires está de duelo». Todos los sindicatos obreros, anarquistas o socialistas, condenan la masacre. Se resuelve convocar a reuniones en todos los organismos para resolver la declaración de la huelga general. La FORA lanza una proclama:

Trabajadores, otra vez la horda de asesinos instituidos en guardianes del orden burgués ha cumplido su misión: ¡la sangre de nuestros hermanos de nuevo ha sido derramada!... incapaces de crear la vida se afirman sobre el mundo de la muerte, acechando en la celada traidora la vida nueva que nosotros gestamos en nuestro esfuerzo doloroso y tenaz para conquistar la libertad... nuestros enemigos eternamente sólo contestarán a cada acto de nuestra labor emancipadora con la hecatombe de la Comuna de París, con las horcas de Chicago, con las infamias de Monjuich, con la matanza de los nuestros, en 'la gran patria argentina'⁹⁹.

Un verdadero clamor de indignación se levanta en la clase trabajadora contra el salvajismo sin límites de la policía. Su austero jefe era el coronel Ramón Falcón. Con un aire arrogante de matamoros, hacía de la defensa de la propiedad un culto religioso. A su vez, el presidente Figueroa Alcorta, abandonando por un momento sus intriguillas políticas contra Roca y seguramente después de haber cenado con el napolitano Ganghi, acopiador de libretas de enrolamiento, le envió al coronel Falcón sus felicitaciones

sin reservas, pues todas las versiones que hasta él habían llegado le demostraban que la conducta de la policía había sido tan correcta como indispensable, siendo, aunque doloroso, impuesto por las circunstancias, y ordenándole que con igual entereza continuara ejerciendo su autoridad para reprimir las complicaciones que se procurase producir en el asunto¹⁰⁰.

La policía ocupó con vigilantes armados de máuser los locales obreros, socialistas y anarquistas para impedir la celebración de toda clase de reuniones. En la tarde del 4 de mayo todos los sindicatos y organizaciones del país se plegaban a la huelga general y paralizaban la República. La Intendencia Municipal pudo poner en movimiento algunos carros guiados por bomberos armados

Las empresas de tranvías hicieron circular algunos coches llevando en cada plataforma un soldado del ejército armado de máuser, y con la bayoneta calada. Esta custodia no siempre resultó eficaz, pues muchos conscriptos abandonaban el servicio desertando; y otros no intervinieron en los incidentes entre el pueblo y los

conductores de tranvías. Sin embargo, algunos soldados hicieron fuego desde las plataformas de los tranvías matando a varios transeúntes¹⁰¹.

El socialismo cipayo y la represión

El mismo día martes se procedió al sepelio de los obreros asesinados el 1º de mayo. Buenos Aires era una ciudad desierta, fría y sitiada. Más de 100.000 trabajadores acompañaban el cortejo. El furgón fúnebre con los cadáveres de los obreros salió de la Morgue por el portón de la calle Viamonte

acompañados por doscientos hombres del escuadrón de seguridad armados de carabinas, sable y revólver.

De pronto, emprendió una rápida y sorpresiva carrera, dejando atrás a la muchedumbre, en un nuevo acto de provocación policial. Horas después, al regresar la columna del cementerio, fue nuevamente atacada; se levantaron barricadas y se libraron combates. Durante una semana la sangre obrera corrió por Buenos Aires de manera ininterrumpida.

Finalmente, ante una promesa del gobierno de reabrir los locales obreros y liberar a los presos, se discute el levantamiento de la huelga. En medio de la indescriptible tragedia que revelaba bien a las claras la infamia de la plutocracia ensoberbecida, la prensa oligárquica, opositora al gobierno, venal, antinacional y antiobrera desde su origen, coincidía esta vez con Figueroa Alcorta en señalar al movimiento obrero como la expresión de una «conspiración de extranjeros contra la tranquilidad del país». Ese nacionalismo de shorthorns podía ser perfectamente refutado. El Partido Socialista encomendó al doctor Justo la redacción de un documento. Y Justo pudo regodearse nuevamente en los siguientes términos:

El gobierno responsable de la masacre obrera del 1º de mayo, proclama con fruición que casi todas las víctimas eran extranjeras.

Hijo del predominio político de las provincias de tierra adentro, la obra sanguinaria de sus jenízaros le parece excelente

*procedimiento de argentinización. Quiere nivelar al proletariado de Buenos Aires con el de las zonas del país donde es más abyecto y servil, quiere que el nivel mental de los trabajadores de la Capital no exceda al de los inconscientes parias que trae del interior y arma para su nefasta obra de exterminio*¹⁰².

De este modo, al condenar al gobierno de Figueroa Alcorta, Justo injuriaba simultáneamente al «proletariado en andrajos» del interior, o sea a los criollos del proletariado rural o de la Argentina agraria. Le resultaba imposible al infatuado socialista europeizante atacar a la oligarquía sin denigrar al mismo tiempo a los argentinos del país interior. En la misma infortunada frase se advierte que Justo asimila al trabajador provinciano de las provincias pobres con los vigilantes también provincianos que disparaban contra los obreros de la Capital, entre los que había no pocos argentinos y criollos de «tierra adentro». Semejante amalgama era digna del racista blanco, que se decía «socialista».

En tal conmoción, la Bolsa de Comercio, la Cámara de Cereales y otras entidades del mismo género hacen una tentativa para organizar una manifestación de simpatía al Jefe de Policía.

*La carne del frigorífico La Negra es transportada en carros de la municipalidad dedicados a la recolección de basuras, rigurosamente escoltados por fuertes contingentes del Escuadrón de Seguridad. Numerosos barcos de ultramar hállanse detenidos en la rada... Las compañías teatrales extranjeras que debían debutar en el curso de la semana se ven imposibilitadas de cumplir su programa por no poder descargar sus equipajes*¹⁰³.

Esto último era deplorable: la aristocracia vacuna no podía usar sus abonos. Los víveres escasean en la ciudad: aumentan en un 20% su precio. Estalla una bomba en la calle Cangallo entre Medrano y Almagro. Se prohíbe a los pasajeros de los tranvías viajar con bultos. Los estallidos de las bombas son atribuidos a provocadores de la policía. Figueroa Alcorta concluye por alarmarse: hace intervenir como mediador al senador Benito Villanueva, quien llega a un acuerdo con los sindicatos y se levanta el movimiento¹⁰⁴. Varios meses después de la masacre el país vive todavía agobiado por las escenas de la semana roja. En el mes de julio, el movimiento obrero se conmueve nuevamente por los acontecimientos de España.

La putrefacta monarquía española, dándose ínfulas de gran potencia, intenta dominar una vez más al pueblo marroquí. Batallones de soldados, enviados a reprimir la rebelión nacional del Rif, rehúsan embarcarse.

En Madrid las mujeres impiden el embarco de sus hermanos, compañeros, hijos y novios. En San Sebastián, residencia veraniega de la real familia, tres compañías de soldados sublévanse en el momento que se pretende embarcarlos. El rey, comúnmente aclamado en esa ciudad, es insultado y silbado por las mujeres¹⁰⁵.

El movimiento obrero en Barcelona se lanza a la calle protestando contra la guerra; desde el castillo de Monjuich, decenas de piezas de artillería ametrallan los barrios obreros. Los tribunales militares dictan sentencias y varios trabajadores son fusilados. Asimismo es ejecutado Francisco Ferrer, fundador de la Escuela Moderna, un pedagogo libertario. La FORA lanza una huelga general como protesta por los acontecimientos de España.

El 14 de noviembre de 1909, un anarquista de 18 años llamado Simón Radovitzky, recientemente llegado de Rusia, en la esquina de las avenidas Quintana y Callao, arroja una bomba contra el carruaje que conduce al Jefe de Policía de la Capital. El Coronel Ramón Falcón y su secretario Alberto Lartigau mueren instantáneamente. Era la respuesta de los anarquistas a la masacre de mayo. Radovitzky es detenido inmediatamente y el gobierno implanta el estado de sitio en todo el territorio del país durante dos meses. Se detiene y deporta a centenares de militantes obreros de todas las tendencias políticas; clausura los locales obreros, suprime la prensa revolucionaria o empastela indiferentemente los talleres gráficos donde ella se imprime. Se recuerda en esos días que el Jefe de Policía ajusticiado había propiciado una medida, con la aprobación del Procurador General de la Nación, para «impedir la libre circulación por el Correo de toda publicación libertaria o que incitase al desorden». Asimismo se recordaba que Figueroa Alcorta había alentado al Coronel Falcón a «reforzar la acción empleando medios más enérgicos».

Poseída de una sordidez criminal, la oligarquía vacuna, ahita y disoluta, ya no estaba en condiciones de comprender la sociedad en que vivía. Aliada al imperialismo extranjero, había engendrado a un adversario que afectaba ignorar. La gran consumidora de riqueza pretendía aplicar un cauterio de hierro al rojo al proletariado nacido del propio crecimiento económico. Tan cobarde como péfida, su terror le hacía perder la cabeza: sudaba de miedo y de cólera en los palacios que los arquitectos franceses terminaban de construir en el Barrio Norte.

El obstinado Hipólito Yrigoyen

Mientras Figueroa Alcorta asestaba rudos golpes a la hegemonía roquista, prohijaba con arte sibilino, digno de Roca, la candidatura presidencial de su amigo Roque Sáenz Peña. Había aprobado, para tranquilizar los espíritus, la amnistía a los radicales revolucionarios de 1905, rechazada por Quintana. Había celebrado una entrevista secreta con Hipólito Yrigoyen para dialogar sobre el mismo tema. Tampoco vaciló el Presidente en celebrar otra reunión con el caudillo radical para discutir la posibilidad de comicios libres. No se había comprometido a nada; pero alentaba las esperanzas del radicalismo, tranquilizaba la atmósfera y seguía al mismo tiempo su propio camino. Si Figueroa Alcorta ardía en deseos de escapar a la mano tutelar de Roca, no estaba dispuesto a abrir el camino al despotismo democrático de esas masas inquietantes que parecían seguir a Yrigoyen. Este último proseguía su tarea con una calma oriental. Su poder de adivinación asombraría a sus amigos; en realidad no adivinada nada: estaba mejor informado y veía más lejos. A un correligionario que, eufórico de esperanza, auguraba el triunfo del radicalismo en 1910, Yrigoyen le respondió incidentalmente:

—En las próximas elecciones, no. Pero dentro de seis años somos gobierno.

Había discernido claramente que Figueroa Alcorta iba a imponer, con el apoyo del aparato oficial arrebatado al roquismo, la candidatura de Sáenz Peña. Pero Sáenz Peña era su amigo, como Yrigoyen lo había sido asimismo de Pellegrini. El jefe del radicalismo percibía lo que Sáenz Peña iría a comprender muy pronto. La presencia de nuevas clases sociales, la asimilación cada vez más profunda de los hijos y nietos de la inmigración, el desarrollo económico que excluía del poder político y de la renta agraria a un inmenso sector del pueblo argentino, iban a imponer por sí mismos una solución electoral. Si Figueroa Alcorta había ejecutado un acto hasta cierto punto revolucionario, al intervenir las provincias, cerrar el Congreso y desmontar el aparato roquista, Sáenz Peña iría a ejecutar en su breve presidencia un acto no menos renovador. La ley electoral proporcionaría el mecanismo incruento para el acceso de nuevas clases al poder político. Todos los participantes partían de un presupuesto común: esa transformación política no iría a alterar la estructura básica de la Argentina agraria y exportadora sino a moderar los excesos oligárquicos sin suprimir la oligarquía.

La lucha contra el roquismo, la represión del movimiento obrero y el obsequio de la presidencia a Roque Sáenz Peña absorben todo el período de Figueroa Alcorta. Yrigoyen, con una infinita paciencia multiplica sus adictos y vuelve célebres en el país sus dotes persuasivas de encantador. Rehace con calma los hilos destruidos por el fracaso de la revolución de 1905. Ayuda a los oficiales que han perdido su carrera y a sus familias de su propio peculio. Habla infatigablemente uno a uno, con los hombres de mayor arrastre en cada uno de los pueblos de la Provincia de Buenos Aires, su gran baluarte. Y a través de discretos mensajeros que llevan maravillados a los más lejanos confines de la República el verbo de la Reparación, despierta nuevas simpatías.

El moralismo pequeño burgués de las nuevas clases medias encuentra su arquetipo en este hombre singular que rechaza los halagos, las dignidades y los ministerios ofrecidos por los personajes del «Régimen». Yrigoyen sólo exige comicios libres y aplicación de la Constitución Nacional. En la República plutocrática, es la encarnación del desinterés; en el brillo paganizante de la bella época, practica una vida austera, sin lujos ni ostentación. Ante los viejos criollos, Yrigoyen personifica las antiguas virtudes; para los hijos de la inmigración, es un propietario formado en la escuela del trabajo, exento de la arrogancia patricia. Sin embargo, al despojar a su prosa de la arborescencia estilística, se descubre en ella un político de pensamiento específico. La intransigencia y la abstención electoral, que Figueroa Alcorta, en su primera entrevista con Yrigoyen, califica de «lirismo», es el recurso más práctico que le resta fuera de la revolución armada para enfrentar al régimen y movilizar a su movimiento. No es un acto lírico, es una política realista. Esto lo ignorarán siempre sus adversarios del régimen oligárquico y sus enemigos de la «izquierda». No ofrece «programitas»: ofrece un programa que para su época es un programa revolucionario: se trata del derecho a votar y a ser elegido en un país donde un puñado de «notables» había terminado por imponer su voluntad exclusiva.

Figueroa Alcorta, después de Quintana, había intentado seducir a algunos radicales, fatigados de una larga lucha sin resultado. Si Quintana había atraído a Rodríguez Larreta y a Torino ofreciéndoles dos ministerios, Figueroa Alcorta llama a posiciones de gobierno a Lobos, Iriondo, Santillán, Correa, Saldías, Mujica y Demaría. Pero estas deserciones no conmueven a Yrigoyen. La abstención electoral, o sea la renuncia a toda posibilidad de prebendas gubernamentales o parlamentarias, era una escuela política que permitía la selección de los más duros. Cuando la derrota de la revolución de 1905 origina nuevas deserciones, la más resonante es la del doctor Pedro Molina, dirigente radical de Córdoba. Se produce un intercambio de cartas entre Hipólito Yrigoyen y el doctor Molina cuyos términos resultan muy sugestivos.

Comienza la disidencia «antipersonalista»

En el año 1909, el doctor Leopoldo Melo inicia una disidencia contra la posición abstencionista y revolucionaria a la que califica «de errónea obstinación». Nace en el seno del radicalismo la palabra «personalismo», dirigida contra Yrigoyen y que retoma la hostilidad de Lisandro de la Torre, de fines de siglo, contra la influencia ejercida por el caudillo en el movimiento desde la muerte de Alem.

En julio de ese mismo año el doctor Pedro Molina presenta su renuncia como afiliado al radicalismo.¹⁰⁶ La razón inmediata que la motivaba era la publicación en el segundo número del diario «La República», órgano oficial del yrigoyenismo, de un artículo que condenaba el librecambio y defendía una política de protección industrial. Esto constituía para el doctor Molina la prueba terminante del fracaso del radicalismo: fracaso como movimiento revolucionario y fracaso como movimiento doctrinario:

La única tabla de salvación en el gran naufragio de instituciones y hombres que presenta en este momento la República, decía, es, como lo he afirmado muchas veces, el liberalismo leal y sinceramente practicado¹⁰⁷.

Añadía el doctor Molina: «Cuyo y Tucumán, según «La República»

necesitan protección para sus productos porque carecen de todo otro recurso; el capital empleado es de mayor importancia para que se exponga a un fracaso después de haber incorporado a la riqueza nacional un magnífico elemento de progreso. Se podrá objetar que el derecho no depende de estos elementos de números de progreso, de necesidad, y que en todo caso, si dependiera de ellos, el respeto de los intereses morales y materiales de seis millones de consumidores, debería privar sobre el de los fabricantes de vino y azúcar, desde que los seres racionales no han sido creados para alimentar industrias, sino al revés... afirmar la institución del proteccionismo económico es negar implícitamente la entidad del derecho¹⁰⁸.

Es preciso aclarar que el doctor Molina procedía de las filas del mitrismo; en este período de desintegración de los viejos partidos así como numerosos roquistas

se desplazaban hacia el yrigoyenismo, mientras que los sectores oligárquicos de ese movimiento formaban parte de los nuevos partidos conservadores, también algunos elementos mitristas, aunque minoritarios, como el doctor Pedro Molina en Córdoba y Honorio Pueyrredón en Buenos Aires, ingresaban al radicalismo.

Yrigoyen contestó la carta-renuncia del doctor Molina con una pieza característica de su pluma que dio lugar a las irónicas observaciones del doctor Molina y de todas las personas de gusto literario formado que, por rara casualidad, pertenecían a los partidos oligárquicos. Los plurales yrigoyenianos enriquecían por centenares la carta, pletórica de apóstrofes, admoniciones y profecías.

*Los sucesos dirán o el porvenir decidirá, escribía Yrigoyen, pero al menos no debo ocultar que los signos de la época y las señales del tiempo me hacen prever siniestras sonoridades de catástrofes... todo se ha conculcado y subvertido respirando relajación y desconcierto; todo sentimiento de respeto, de bien y de justicia ha sido profanado... es un proceso que lleva entre sus entrañas el germen productor de todas las perversiones...*¹⁰⁹

En contraste con este espectáculo estaba el radicalismo:

*con el lema de la Unión Cívica Radical perdurará una pirámide de proyecciones tan luminosas y de perspectivas tan vastas como su propia idealización levantada por las más caras consagraciones del espíritu y el alma de la frente y el pecho de la personificación humana y sobre la cúspide la razón, la justicia y el derecho, como antorcha permanente de la civilización argentina*¹¹⁰.

Ya en una carta anterior al doctor Molina, Yrigoyen había escrito:

*Por eso la República se ha alzado en armas y lo hará tantas veces como se lo marquen sus sagrados derechos y sus augustos fueros*¹¹¹.

El caudillo alude al pretexto empleado por el doctor Molina para renunciar al radicalismo, o sea su adhesión al librecambismo económico. Desdeña ese argumento. Los problemas que enfrenta la República son de tal naturaleza, que no podría siquiera concebirse que el librecambio o el proteccionismo sean las razones

decisivas para engendrar un movimiento multitudinario. A todos aquellos que como el doctor Molina pretendían limitar con estipulaciones más o menos programáticas el carácter nacional y popular del movimiento que encabezaba, Yrigoyen, con un instinto certero, los desechaba, pues veía allí el peligro de divergencias interiores susceptibles de afectar la unidad de una corriente política tan compleja. Se negaba a discutir sobre el proteccionismo o el librecambismo; pero declaraba categóricamente que la República «se levantaría en armas tantas veces como fuera necesario»; en esa actitud puede observarse la dualidad yrigoyenista, pero también el contenido nacionalista democrático de su movimiento, tantas veces cuestionado por liberales y pseudo-marxistas de todos los matices.

El doctor Molina replicó a su vez. Decía burlonamente en su carta que

ni el más perspicaz ingenio podría descubrir el hilo conductor del motivo a que obedecen, ni el ordenamiento y las coordinaciones de un plan preconcebido. Se diría que se ha extraviado usted en las frondosidades de un dilettantismo literario exuberante.

Y añadía:

Somos individualistas y socialistas, federalistas y unitarios, liberales y conservadores, creyentes y descreídos, religiosos y ateos. ¿Qué vínculo nos une, entonces? En la actualidad no tenemos más que éste: el odio a la camarilla gobernante; todos nuestros discursos lo respiran¹¹².

Acertaba en este aspecto el doctor Molina. Las distintas clases, profesiones y grupos de la Argentina precapitalista sobreviviente, de las nuevas clases medias urbanas y rurales, de los ganaderos excluidos del grupo privilegiado, de la pequeña burguesía industrial y universitaria, de los criollos católicos y de los chacareros garibaldinos, todo ese mundo social que el radicalismo agrupaba en sus filas, tenía efectivamente un solo objeto, como generalmente lo tienen los movimientos nacionales de clases diferentes: el odio a la clase dominante que en este caso era la oligarquía adueñada del poder. El doctor Molina decía que «tampoco podrá usted con tal concurso hacer partido ni hacer patria sino afirmar con ello su unicato». La palabra «unicato» inventada contra Juárez Celman por los mitristas, se volvía ahora contra Yrigoyen, lanzada por un mitrista de sus propias filas.

Política y estilo

Concluida la polémica, el doctor Molina se retiró de la vida pública para dedicarse a sus tareas rurales de estanciero.¹¹³ Años más tarde, después del triunfo radical, mientras era Presidente de la República Hipólito Yrigoyen, el periodista Joaquín de Vedia entrevistó al doctor Molina en Córdoba. Al interrogarle sobre la opinión que le merecían los resultados de la reforma electoral del Presidente Sáenz Peña, el doctor Molina, que «hablaba con una extraordinaria fluidez, como un orador y cuidaba su frase con cierto íntimo deleite estético, dijo a De Vedia:

—¡Ah, señor!, ¿qué opinión quiere usted que tenga?, la más triste, la más deprimida de las opiniones. Al poner en actividad esta democracia nuestra, la ley ha revelado que el estado moral y mental del pueblo argentino es un estado de bancarrota. Por doquiera reinan la injusticia, la ignorancia, la más encanallada depravación del espíritu cívico. Este parece un pueblo que usa de la libertad para buscar al tirano que ha de ahogarla. Es el más atroz, el más desconsolador de los fracasos... he aquí a lo que hemos venido a parar: a la menguada preponderancia del factor gauchurbano, truhán, soez, cínico, ignorante, sin ninguno de los prejuicios legítimos de nuestros gauchos romancescos y legendarios, sin ninguno de los atributos naturales de educación y refinamiento del instinto del hombre de la ciudad. ¿Qué opinión ha de ser la mía, señor?.

Después de la entrevista De Vedia resumía la impresión que había dejado en su espíritu la personalidad del doctor Molina:

Era un radical de cuño europeo, con tendencias al radicalismo socialista¹¹⁴.

Liberal de la escuela mitrista, antipopular como la oligarquía, que afectó atacar en sus tiempos, «socialista» a fuer de librecambista. Tales eran los adversarios de Yrigoyen y todos ellos aparecían marcados por el mismo estilo. Las viejas corrientes de la historia argentina rebrotaban en los nuevos movimientos populares. Los rasgos de sus adversarios permitían, por oposición, definir al indefinible Yrigoyen. Por lo demás, su estilo literario no era extraño a la época.

Gálvez ha analizado este tema. Era en parte una *herencia de Krause, filósofo que había leído con interés Yrigoyen y de los kraussistas españoles que «empleaban los plurales abstractos que habían aprendido de sus maestros»*.¹¹⁵

Gracián, asimismo leído por Yrigoyen, dejó su sello en el estilo del caudillo. «Que el héroe practique incomprendibilidades de caudal», es una frase de Gracián. Escribe Gálvez:

*Una vez, ante un interlocutor muy culto que se burlaba conmigo de la literatura de Yrigoyen, le solté, entre frases suyas, aquella de Gracián y después que él se rió con ganas del macaneo yrigoyenescos le dije: acaba usted de reírse nada menos que de Baltasar Gracián, una de las cumbres de la literatura y el pensamiento español.*¹¹⁶

Lugones, por lo demás, expresión suprema del culteranismo literario que adquirió a fines de siglo y del que fue esclavo hasta su muerte, también estaba atiborrado de expresiones yrigoyenistas. El gongorismo lugoniano, que vuelve irritante la lectura de sus obras, incluye palabras como «pordelanteando», «oprobiaban», detallando melancolías», «albriciaba idilios», «adioseaba separaciones», y otras por el estilo.¹¹⁷

Roca brinda su apoyo a Yrigoyen

En setiembre de 1909 Yrigoyen reunió a un grupo de sus amigos políticos en el Hotel España de Buenos Aires. Entre ellos se encontraba el doctor Ricardo Caballero, Ricardo Núñez, Rodolfo Sívori y Antonio Herrera, a los que invitó a concurrir a un acto público del radicalismo en Bahía Blanca.

Unas horas antes de tomar el tren para nuestro destino, escribe Caballero, el doctor Yrigoyen reunió a los antes nombrados... para decirnos que en Bahía Blanca el Capitán Pedro N. Zeballos pondría a dos de nosotros en contacto con el general Richieri, jefe militar de la región. Supimos después el origen de tan inesperada entrevista hábilmente encubierta por el acto político al que debía-

mos asistir. El general Richieri había recibido del general Roca al ausentarse a Europa clausurando su vida política, la indicación de que se entendiera con el doctor Yrigoyen, que en su concepto era la gran figura que se perfilaba en el país, capaz y digna de dirigir sus destinos. El doctor Yrigoyen nos previno que al entrevistarnos con el general Richieri, debíamos explicarle los propósitos de la Unión Cívica Radical en el orden político y social... Que para la consecución de tan noble objetivo, la Unión Cívica Radical recurriría a la acción revolucionaria cuando se convenciera de la imposibilidad de alcanzarlo por los caminos de la legalidad¹¹⁸.

La entrevista entre Richieri y los radicales se realizó en una casa particular de amigos comunes. El General Richieri envió un mensaje de adhesión a Yrigoyen, que Caballero reproduce con palabras casi textuales:

Que estaba al tanto de la forma en que desarrollaba su acción pública la Unión Cívica Radical bajo la eminente dirección del doctor Yrigoyen; que prosiguiéndola con la misma clarividencia, abrigaba la convicción de que llegaría por la paz a la conquista de las reformas legales destinadas a asegurar la libre manifestación de la soberanía popular... Manifiesten al doctor Yrigoyen que estaré a su lado para tan noble empresa en cualquier circunstancia en que se pretenda perturbar su acción; que desde este momento me considero soldado de la revolución, si ella fuera decretada, o de la acción pacífica si ésta fuera la orientación definitiva de la Unión Cívica Radical¹¹⁹.

Uno de los interrogantes más frecuentes de la historiografía política argentina es el de conocer las razones por las cuales los «conservadores» – Figueroa Alcorta, Sáenz Peña y De la Plaza– facilitaron con su acción el acceso al poder del radicalismo. Para comprenderlo se impone relacionar, como lo ha hecho esta obra en su Tomo 1, a los orígenes alsinistas y roquistas o juaristas de los participantes con el proceso que conduce a 1916. Lo más notable del asunto consiste en que fueron los amigos del detestado Juárez Celman, abrumados posteriormente por las invectivas radicales, quienes promovieron la candidatura de Sáenz Peña, lucharon por la sanción de la Ley electoral y garantizaron el triunfo de Yrigoyen.

¿De dónde salieron los «modernistas» que prestigiaron la candidatura a la presidencia de Roque Sáenz Peña? Eran juaristas en libertad¹²⁰.

El propio Figueroa Alcorta debía su carrera política a los Juárez Celman y a Roca; aunque las relaciones con este último entran más tarde en crisis, cuando Figueroa era gobernador de Córdoba mantenía estrechos vínculos con el General. En una carta que le envía a Roca el 16 de noviembre de 1897, en la que lo invita a inaugurar el monumento a Vélez Sarsfield, Figueroa Alcorta evidencia su «antiporteñismo»

Las fiestas no serán gran cosa, porque sin plata no se puede hacer nada; ni merece más tampoco un viejo porteño, con tonada cordobesa, que es lo que, en definitiva, ha sido el doctor Vélez¹²¹.

Con su habitual sagacidad, Yrigoyen realizaba conversaciones con Figueroa Alcorta para condicionar su concurrencia a los comicios y abandonar la revolución, y simultáneamente adoptaba reaseguros militares, obteniendo tan importante concurso como el de Richieri (jefe de la División de Bahía Blanca), dispuesto Yrigoyen a tomar las armas si las negociaciones con el gobierno fracasaban.

La condición obrera

Aquella Ley de Residencia proyectada en 1899 por Miguel Cané, dechado de cultura literaria y un verdadero exquisito, constituía un arma permanente sobre los hombres más resueltos del movimiento obrero, en su mayor parte extranjeros. En el ambiente de los sindicatos surgió la idea de realizar una gran campaña por la derogación de dicha ley. Después de la agresión homicida en el acto de la FORA el 1° de mayo de 1909, que desencadenó el asesinato del Coronel Falcón, ese proyecto se abrió paso rápidamente. Se consideró que los grandes festejos preparados por el gobierno para conmemorar el Primer Centenario de la Revolución de Mayo debían presenciar la derogación de esa ley para que «la libertad se conmemore con la conquista de más libertad»¹²³

La Confederación Obrera Regional Argentina, reunida en consejo de delegados resuelve la declaración de la Huelga General. Si los poderes públicos

no accedían a adoptar esta medida, los trabajadores harían efectiva la huelga general «como único medio que tienen a su alcance para conseguir tan alto propósito de más libertad.»

Un historiador nacionalista, y en tal carácter insospechable de parcialidad hacia el movimiento obrero, escribe:

El país de la abundancia de que se hacían lenguas los dueños de la situación, donde sólo bastaba extender la mano para hallar sustento, conoció la vergüenza del trabajo de las mujeres y los niños menores con salarios inferiores a \$ 1 cuando el pan costaba treinta centavos el kilo... conoció el hacinamiento de los conventillos, institución típicamente porteña y generalizada que era la vivienda corriente de la población obrera, con una pieza a lo sumo para cada familia cuando no para dos, conoció la plaga de la mendicidad por hambre y los sin trabajo y sin hogar durmiendo en los umbrales y alimentándose con los residuos de los tachos de basura¹²⁴.

Al describir la vida argentina en el Centenario, el escritor español Rafael Barrett decía lo siguiente:

Los hombres, desalojados por las vacas y las ovejas y paralizados por el aislamiento, no consiguen organizar y poner de pie su derecho a la vida. Era inevitable el desarrollo de una aristocracia de terratenientes, de corredores y de políticos, concentrada en Buenos Aires, núcleo luminoso del cometa cuyo cuerpo sin masa flota entre los Andes y el Atlántico. Se ha dicho que Rusia es un país de mendigos y de príncipes. Sería tosca exageración afirmar algo semejante de la República Argentina. Pero comparad la marcha del salario con la de la renta... los dos tercios de las explotaciones agrícolas están en arriendo, por lo general sin contrato que asegure a los arrendatarios el goce de las mejoras que producen y la tranquilidad de un hogar estable. Expuestos a ser inopinadamente despedidos, no se arriesgan a salir de lo provisorio. No habitan; acampan... raro es el peón fijo que obtiene cuarenta pesos al mes. Durante una corta temporada los que cosechan el trigo logran cuatro o cinco pesos al día. Bregan sol a sol, salvo la media hora que emplean en deglutir una bazofia repulsiva y cara. Sitio hay en

que ni del agua disfrutan, por ser salobre. Se les ha visto volverse a pie a Buenos Aires. En Australia, un esquilador de ovejas duerme en su cama. En la Argentina, gana la mitad y duerme en el suelo... No insistiré en los abusos de ciertos ingenios y de obrajes y yerbatales próximos a la frontera. Allí se estafa al trabajador de acuerdo con las autoridades, se le tortura y se le caza a tiros cuando intenta huir¹²⁵.

En Buenos Aires, miles de obreras vivían con salarios de hambre. Las costureras de blanco, las chalequeras, pantaloneras y oficios afines trabajaban de doce a dieciséis horas diarias exclusivamente para sobrevivir. Muchas aprendizas ganaban cincuenta centavos por día. El kilo de pan costaba 30 centavos, la papa 15 centavos, los porotos 25 centavos, un repollo 30 centavos.

La fruta es inaccesible. Los precios de la carne y de la leche se han elevado tanto que hace poco la dirección de Asistencia Pública aconsejaba instalar puestos para venta de carne de caballo, de mula y de burro¹²⁶.

La Justicia actúa en una dependencia servil hacia la usura y la propiedad privada. El Código de Vélez Sarsfield es la religión nacional. Un juez de Buenos Aires ha condenado a cuatro años de cárcel a un hombre que había robado un dedal y con seis años a otro que se había apropiado de un pantalón. En la ciudad de La Plata se condena a dos años de prisión mayor a alguien que ha robado dos gallinas. La tarifa del voto venal oscila entre 15 y 20 pesos; los difuntos también votan, aunque no cobran. El personal de las reparticiones oficiales es arreado a las urnas el día del comicio. Según los datos de Del Mazo, en 1907 sobre 1.200.000 habitantes en la Capital, votaron 3.583 ciudadanos¹²⁷.

Cómo se festeja una revolución

Era el ideal patricio de la factoría. Las sombras no podían afeardar el radiante cuadro. La república oligárquica se disponía a arrojar la casa por la ventana: Figueroa Alcorta invitaba a visitar la Argentina a la Infanta de Borbón, tía de

Alfonso XIII. Y así se precipitó gozosamente sobre el país una nube de personajes, embajadores y príncipes, rastacueros de Europa, escritores alquilados, ilustres o semiilustres, tanto daba, gerentes, capitalistas y truhanes de marca, condecorados o por condecorar. Venían de los cuatro rincones del Viejo Mundo a visitar el soberbio emporio triguero del Plata: curioso público para conmemorar el centenario de una Revolución. La Central Obrera sindicalista advertía:

*La huelga general estallará en la víspera del 25 de mayo como un mentís a cuantas libertades quieren celebrarse y exhibirse ante el mundo civilizado*¹²⁸.

Como era previsible, el gobierno de Figueroa Alcorta rehusó derogar la Ley de Residencia. Por el contrario, adoptó antes del 25 de Mayo drásticas medidas de represión. El día 13 de mayo, el personal de redacción de los diarios La Protesta, La Batalla, y el semanario La Acción Socialista, era enviado a la cárcel acompañado de más de un centenar de militantes obreros. Las ediciones respectivas de dichos periódicos eran secuestradas.

Al día siguiente salían a la calle las bandas blancas del patriotismo indignado. ¿De dónde procedían?

La sociedad oligárquica devoraba en paz perfecta los frutos de la pampa. Había vuelto las espaldas a la política, que despreciaba tanto como el trabajo: era su única herencia del hidalgo español, pues no había recogido en su tradición el oficio de la guerra. Gastaba alegremente; viajaba a París con su numerosa prole y sus innumerables institutrices francesas o inglesas, sus nodrizas y mucamos. Veraneaba en Mar del Plata, con su rambla de madera, o se visitaba recíprocamente en invierno, para mantener al día las murmuraciones. Copiaba las modas, las ideas, las tonterías y los vicios de Europa. En esa deliciosa existencia el hastío reinaba soberano. Sus hijos eran por lo común perdularios a los que nada interesaba, salvo los caballos, las reyertas y las mujerzuelas de extramuros. «Indios bien» o «patoteros» constituían la nueva generación de la clase estéril, que agotaba su aburrimiento en la calle Florida, entre Cangallo y Bartolomé Mitre:

*La vereda de la Confitería del Aguila era el punto de reunión de los que el vulgo había denominado risueñamente 'La Indiada' mozos de familia, muy inclinados a la farándula y al golpe de puño*¹²⁹.

Indios «bien» y patoteros

Mataban el tiempo husmeando por los peringundines de mala fama, escuchaban tangos a escondidas o provocaban a las mujeres que paseaban por la calle Florida. El «Petit Salón» de Esmeralda, entre Corrientes y Cuyo, era escenario habitual de sus hazañas: le arrojaban pan a los músicos, o se golpeaban con los vigilantes de casco con punta que venían a restablecer el orden. Los pelandrunes comentaban luego, orgullosos, sus peleas homéricas, empinando el codo con alguna bebida fuerte. Uno de ellos pagó cara sus provocaciones. Juan Carlos Argerich perdió la vida en una batahola de los bosques de Palermo. Un calavera de la época recuerda:

El pesar que produjo su muerte fue muy hondo en las filas de los muchachos que no usaban gomina¹³⁰.

Las «barras» o «patotas» se movían también en los cafés cantantes: «El Gato Negro» en la calle Esmeralda; o se desplazaban hacia la periferia, en el célebre Hansen de Palermo, donde cambiaban golpes y puñaladas con los compadritos del bajo fondo. Su ocupación favorita, sin embargo, eran los prostíbulos clandestinos y los bailes con corte. Para distraerse, y después de alguna francachela, lanzaban lechones vivos por las calles céntricas; los pelandrunes, embriagados y en dudosa compañía, perseguían jubilosamente al despavorido animal. Estas gracias los preparaban sin embargo para responsabilidades más serias.

Pues al conmemorarse el Centenario de la Revolución de Mayo, hasta los pelandrunes advirtieron que la lluvia de oro que se desparramaba sobre el país, no regaba a todos los que vivían en él. Descubrieron los patoteros que existía, además de la Confitería del Aguila, de los mucamos gallegos, de las prostitutas francesas y de las estancias paternas, un desagradable mundo de harapientos que quería vivir. Surgían del abismo social; y vivían lejos de las parroquias céntricas. Muchos de ellos eran extranjeros, algunos arrojaban bombas de dinamita; casi todos hablaban de repartir las riquezas. Esto último ya era demasiado y los calaveras decidieron defender la patria de aquellos intrusos que deslucían la maravillosa fiesta. Así fue cómo los hijos de la oligarquía abandonaron los bares para encontrar la primera ocupación de su existencia. Uno de ellos, que sabe de qué habla, escribe:

Al conmemorarse el Centenario, se recurre a los ‘indios bien’ para evitar la acción de los extremistas, quienes pretendían hacer fracasar los festejos patrios que iban a realizarse. Se averiguó en forma sigilosa dónde se hallaban las madrigueras de esos extremistas y fueron justamente «las patotas», tan equivocadamente vilipendiadas por los reporteros, las que hicieron abortar los atentados preconcebidos. En una imprenta, en Retiro, los recibieron a balazos. La policía no tuvo necesidad de actuar y las autoridades quedaron reconocidas por la actitud decidida y valiente de esos jóvenes¹³¹.

A los encuentros entre compadritos de suburbio y los indios del centro, entre los bajos y altos fondos de la sociedad porteña del novecientos, se refiere Celedonio Flores en su tango «Corrientes y Esmeralda»:

*Amainaron guapos junto a tus ochavas
cuando un cajetilla los calzó de ‘cross’.
y te dieron lustre las patotas bravas
allá por el año novecientos dos...¹³²*

Azorados por su repentina importancia, y junto a caballeros respetables, los «Indios bien», que habían hecho guantes en la quinta de Carlos Delcasse o en los rings con Jorge Newbery, se reunieron en la Sociedad Sportiva bajo la presidencia del Barón De Marchi, calle San Martín entre Lavalle y Tucumán. En el agosto recinto nació el nacionalismo patotero. Esa noche las patotas no fueron a las casas de lenocinio sino a asaltar imprentas obreras y locales sindicales. La policía cuidó paternalmente a las patotas. Sin perder un minuto, el Senado, en su sesión nocturna, aprobaba la Ley del Estado de Sitio. Los distinguidos ciudadanos, en autos y carruajes especialmente reunidos por las turbas «patrióticas», salían a su faena.

Para dar cuenta de los diarios y locales obreros formóse una muchedumbre de gente adinerada, diputados, empleados de gobierno, sirvientes, policías y militares. La encabezaban el barón De Marchi, el doctor Aubone, el capitán Lara,

los diputados Carlos Carlés, Juan Balestra, Pedro Luro, el comisario Reynoso y el estudiante Alfonso Criado. Los primeros pasos fueron dirigidos hacia «La Protesta», en la calle Libertad 837. Una vez frente al diario anarquista la multitud frenéticamente exaltada, destrozó las puertas con los machetes de los vigilantes y, segura de que no hallaría resistencia, atacó las inermes máquinas de imprenta, los muebles, la máquinas de escribir, los libros, etc. Luego prendióles fuego. Las llamas implacables eran saludadas alegremente por los incendiarios que agitaban galeras, bastones, sobretodos, en infernal gritería de vivas a la Patria y mueras al anarquismo¹³³.

El «Nacionalismo clasista» de la oligarquía

Las fuerzas policiales observaban risueñamente y con manifiesta simpatía las depredaciones. Numerosas damas se complacían en el espectáculo. El diario La Batalla, órgano anarquista vespertino, corrió la misma suerte. La canalla oligárquica, ebria de triunfo, atacó el diario La Vanguardia, en la calle Defensa 888 y destruyó por completo sus instalaciones. Relata el militante sindicalista Marotta:

Ninguna consideración mereció a los manifestantes la campaña contraria a la huelga por el órgano socialista. Sin discriminación asaltó sus oficinas, destruyó sus muebles, linotipos, máquinas de escribir, de imprimir y concluyó llevándose la biblioteca. A una increpación del doctor Juan B. Justo al comisario Reynoso que presenciaba la escena para que contuviera a la dorada turba incendiaria, entre risueño y alegre éste contestaba: ‘Los muchachos están entusiasmados¹³⁴.

La directa responsabilidad policial en estos actos de barbarie puede inferirse por el hecho de que el Jefe de Policía, coronel Dellepiane, ofreció pagar con fondos de la repartición los destrozos causados al diario socialista. En un manifiesto lanzado por el Partido Socialista se leía: «El local de nuestro diario La Vanguardia, que respetuoso del tradicionalismo sincero de muchos ciudadanos había combatido el propósito de perturbar las fiestas con agitaciones extemporáneas, era asaltado por turbas salidas de los clubs y garitos elegantes, de los colegios de frailes y de la comisaría de investigaciones, esa tenebrosa repartición titulada por sarcasmo de

Orden Social». ¹³⁵ Podrá observarse que el Partido Socialista había rechazado «perturbar las fiestas con agitaciones extemporáneas», y declaraba respetar el «tradicionalismo sincero» de los argentinos. Justo veía la Revolución de Mayo como un extranjero respetuoso.

Del mismo modo fueron atacados un antiguo local obrero de México 2070, sede de la Confederación Obrera Regional Argentina, la Asociación Obrera de Socorros Mutuos, la administración del periódico Acción Socialista, el Sindicato de Panaderos situado en México y Sarandí. Al agredir el Sindicato de Panaderos, sin embargo, algún obrero refugiado en el fondo del local contestó a balazos los disparos de los agresores.

El doctor Aubone, frente a esta nueva prueba de resistencia en tono desafiante exclamó: '¡Háganse ver, cobardes! ¡Viva la burguesía! ¡Mueran los enemigos de la patria! ¹³⁶.

Pero esto no detuvo a los patoteros. Con la amable colaboración de los bomberos y de las hachas de esa repartición el nacionalismo oligárquico destrozó el Sindicato de Panaderos, lo mismo que el de los ebanistas y escultores.

Otra columna de manifestantes de la misma ralea se lanzó al barrio judío de la circunscripción 9ª. En la esquina de la calle Lavalle y Andes (actual José Evaristo Urriburu) destruyeron y saquearon un almacén. Asimismo fue incendiada la librería del editor de obras revolucionarias Bautista Fueyo, situada en el Paseo de Julio (actual Leandro Alem, frente a la estación Retiro). Fueyo se defendió, aún herido, y mientras las llamas consumían la librería, su compañera y sus pequeños hijos pasaron la noche a la intemperie. Las hordas de patoteros se replegaron hacia el Barrio Norte para brindar «por la Patria».

De este modo nacía el nacionalismo oligárquico, la identificación de la Patria con la estancia, de la propiedad con el honor, de la policía con la educación cívica. La delincuencia política de los altos fondos de la oligarquía habría de rebrotar organizadamente en 1919 con la fundación de la Liga Patriótica Argentina, en la Semana Trágica. En esos mismos días turbulentos de 1910, el ilustre cirujano, profesor José Arce, tomaba exámenes en la Facultad de Medicina, perturbada también por los acontecimientos. Al pasar lista para llamar a los alumnos inscriptos a dar examen

el doctor Arce decía: Mainini, Pedrone, Gianini, Zicarelli, etc.... y a medida que pronunciaba tales apellidos de innegable ex-

*tracción itálica parecía ir montando en cólera. Llegó un instante en que estalló: -Caramba, éste es un país de gringos de mierda! ¡Dónde va a ir a parar la Argentina con tantos inis y ones!*¹³⁷.

A este odio antigringo y antiobrero, se reducía todo el nacionalismo de la oligarquía. Cabe observar que en esa larga lista de nombres de origen inmigratorio, que provocaban las iras del profesorado conservador y pseudo patricio, se estaba manifestando la llegada de una clase social nueva a las aulas universitarias: el triunfo yrigoyenista de 1916, así como la Reforma Universitaria de 1918 encontraría en ella su base política. Sin embargo, el odio hacia el extranjero del patotero enguantado era un antigringuismo de contenido social, que no se manifestaba hacia los gerentes ingleses del Ferrocarril, introductores del box, del cricket, del golf y de los turfmen. No era un prejuicio nacional, era un odio de clase. Los tilingos se sentían amos del obrero italiano y lacayos del gerente inglés.

*Los inmigrantes son 'gringos' y 'gallegos', acreedores a motes viles y a la mofa sempiterna; mientras un capricho de la casualidad no los saque de pobres, estos desgraciados que proporcionan bloques de oro a cambio de un pedazo de pan, no son sino 'hijos de la gran puta'. En 1890, los 'muchachos de los cantones se solazaban en fusilar metecos distraídos. Mataron así a muchos trabajadores que cruzaban las calles, albañiles en los andamios, etc. Llamaban a tan chistosa operación 'cagar gringos'. La dorada juventud que se alineaba por las tardes en ambas veredas de la calle Florida para atender al pudor de las señoras indefensas, acudía por las noches a las casas de prostitución para destrozar el mobiliario y azotar a las mujeres. Uno de estos 'indios' y digo indio puesto que se denominaron a sí propios 'la indiada', mató de un tiro de revólver a un niño lustrabotas porque no le hacía brillar bastante los botines. ¿Impunidad? ¡Claro es! Impunidad y aplausos sinceros, de añadidura hubo para los 'indios' estudiosos que en mayo, durante su grotesca cruzada contra la clase obrera, atropellaron e incendiaron hogares pobres. Estragos son de la codicia disolvente, que nos hacen dudar de la cohesión misma de los poseedores frente a un peligro serio, y del mínimo de solidaridad que se requiere en el caso de un conflicto exterior. No obstante sus dreadnoughts lucrativos, la Argentina no es temible. Los jóvenes ricos de Nueva York iban voluntarios a Cuba. Al solo anuncio de la Guerra con Chile los de Buenos Aires escaparon a Montevideo*¹³⁸.

El régimen era, dentro de todo, fiel a sí mismo. Si había degollado millares de gauchos para abrir la Argentina al mercado mundial, si a los jefes militares de la Revolución de 1905 Quintana ordenaba «fusilarlos en el sitio», si a los radicales del opulento ganadero y socio del Jockey Club, Hipólito Yrigoyen, se los engrillaba en los pies y se los remitía a Ushuaia, ¿qué cabía esperar a los obreros anarquistas y socialistas que, para colmo, eran extranjeros?

Entre los aullidos bestiales de las bandas oligárquicas concluía su mandato Figueroa Alcorta. La oligarquía festejaba bajo el resplandor de los incendios el Centenario de la gloriosa Revolución de Mayo.

Notas

¹ CARLOS IBARGUREN, *La historia que he vivido*, p. 204 Ed. Peuser, Buenos Aires. 1955.

² Pueden consultarse interesantes detalles sobre el poblamiento y criterios económicos de Roca en el estudio de José Arce, «*Origen de La Larga*», con apéndice documental, Publicaciones del Museo Roca Ministerio de Educación y Justicia, Buenos Aires. 1964.

³ La Nación, 12 de octubre de 1904. p. 5.

⁴ CARLOS ALBERTO PUEYRRREDÓN, Presidencia del Dr. Manuel Quintana, p 83, *Historia Argentina Contemporánea*, Academia Nacional de la Historia, Tomo II, Buenos Aires, 1964. En su edición del 13 de octubre, La Nación aprobaba las ideas económicas del nuevo Presidente: «*Profesa su política económica como basándola en la revisión de la desatentada legislación de favoritismo fiscal que tan profundamente ha perturbado la vida económica de la Nación comprometiendo el comercio exterior afectando las grandes y vitales industrias que buscan la expansión de sus productos, encareciendo el consumo y la existencia con gravámenes de complacencia proteccionista*».

⁵ ERNESTO PALACIO, HISTORIA DE LA ARGENTINA, P., 309, TOMO II, ED. PEÑA LILLO, BUENOS AIRES. 1956.

⁶ JOAQUÍN DE VEDIA, *Como los vi yo*, p. 207. Ed. M. Gleizer, Buenos Aires. 1954.

⁷ Pueyrredón, *ob. cit.*, p. 98.

⁸ PILAR DE LUSARRETA, *Cinco dandys porteños*, p. 20 Ed, Kraft, Buenos Aires. 1943.

⁹ *Ibid.*, p. 20. Dice esta primorosa autora: «*Y aunque amaba el poder no por estéril sensualismo sino para realizar desde el gobierno su ideal democrático, nunca alternó con tahúres y compadritos, con carreros y changadores, para conquistarlos... El Doctor Quintana recibía desde París, remesas para sustituir o completar las prendas de su guardarropa M. Leroux, establecido en la chaussée d'Antin N° 8, tenía allí un gran retrato de don Manuel, que atestiguaba a la vez el aprecio que éste hacía de sus tijeras y la gratitud y el orgullo del sastre por su generoso cliente. El guardarropa del doctor Quintana era copioso. Sus chalecos se guardaban en enormes baúles-mundos y su valet llevaba la cuenta, nada sencilla, de las levitas y los pantalones. Tuvo una casa lujosa y selecta, una biblioteca escogida, amor a las bellas artes, las ediciones preciosas y los muebles sólidos... Cuando su peluquero iba a recortarle la barba y la cabellera blancas, se ponía al cuello una toalla negra para apreciar mejor lo impecable del corte sobre la oscuridad del fondo*» (p. 36).

¹⁰ IBARGUREN. *ob. cit.*, p. 207.

¹¹ La Nación, 29 de julio de 1905.

¹² MIGUEL ANGEL CÁRCANO, SÁENZ PEÑA (LA REVOLUCIÓN POR LOS CÓMICOS), P. 119, BUENOS AIRES. 1963.

¹³ MANUEL GÁLVEZ, *Vida de Hipólito Yrigoyen*, p. 195, Ed. Tor, Buenos Aires. 1951.

¹⁴ RAMÓN COLUMBA, *El Congreso que yo he visto*, p. 10, Tomo 1, 2ª ed. Ed. Columba, Buenos Aires. 1952.

¹⁵ JACINTO ODDONE, *Gremialismo proletario argentino* p. 137, Ed. La Vanguardia, Buenos Aires, 1949.

¹⁶ DIEGO ABAD DE SANTILLÁN, *La F.O.R.A., ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*, p. 133, Ed. Nervio, Buenos Aires. 1933.

¹⁷ LUSARRETA, *ob. cit.*, p. 36.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 37.

¹⁹ GABRIEL DEL MAZO, *El radicalismo, ensayo sobre su historia y doctrina*, p. 96, Ed. Raigal, Buenos Aires. 1951.

²⁰ RICARDO CABALLERO, *Yrigoyen. La conspiración civil y militar del 4 de febrero de 1905*, p. 146. En relación con el tema, véase «Roca» de MARIANO DE VEDIA, Ed. Descours y Cabaut, Buenos Aires. 1928.

²¹ *Ibíd.*, p. 39.

²² Su abuelo, Don Calixto María González, había sido diputado por San Luis en 1825, junto a Dalmacio Vélez Sarsfield; era un federal acérrimo»; en 1829 fue ministro en San Luis. Firmó un Tratado con el General Bustos gobernador de Córdoba, en el que se establecía que estaba dispuesto «a sostener el sistema federal contra los esfuerzos de la facción unitaria». Calixto María González ejerció el periodismo publicando varios diarios: «El Clamor Cordobés», en 1831; «La Mujer del Clamor Cordobés», a fines de ese mismo año; «El hijo mayor del clamor cordobés», en el mismo año «El abuelo del hijo mayor del clamor cordobés» a fines del mismo año de 1831. Gobernador interino en enero de 1832, luego nuevamente ministro, en 1833 representante; presidente de la Legislatura en 1834 y 1835; miembro de la Comisión para estudiar los antecedentes del asesinato de Quiroga; ministro de López gobernador delegado hasta 1838: es Representante en 1844: ocupa la presidencia de la Legislatura. Desaparece de la vida política con la caída de Rosas. Luego de Caseros jura en Córdoba la Constitución del 53 y en 1854 es elegido diputado nacional suplente por San Luis. Fallece en 1857 en la ciudad de Córdoba, en la más absoluta pobreza.

²³ ARTURO TORRES, *Elpidio González*, biografía de una conducta, p. 9 y 55, Ed. Raigal, Buenos Aires. 1951.

²⁴ CABALLERO, *ob. cit.*, p. 45.

²⁵ *Ibíd.*, p. 76.

²⁶ *Ibíd.*, p. 90.

²⁷ *Ibíd.*, p. 89.

²⁸ DEL MAZO, *ob. cit.*, p. 97.

²⁹ *Ibíd.*

³⁰ *Ibíd.* 101.

³¹ *Ibíd.* 102.

³² BERNARDO GONZÁLEZ ARRILI, *Calle Corrientes*, p. 109, Ed. Kraft, Buenos Aires. 1952.

³³ *Ibíd.*

³⁴ NICOLÁS REPETTO, *Mi paso por la política. De Roca a Yrigoyen*, p. 76, Ed. Santiago Rueda, Buenos Aires. 1956.

³⁵ *Ibíd.*, P. 77.

³⁶ ODDONE, *ob. cit.*, p. 155.

³⁷ DIEGO ABAD DE SANTILLÁN, *El movimiento anarquista en la Argentina (Desde sus comienzos hasta 1910)*, página 103, Ed. Argonauta, Buenos Aires. 1930.

³⁸ FÉLIX LUNA, *Yrigoyen, el templario de la libertad*, p. 159, Ed. Raigal, Buenos Aires, 1954.

³⁹ *Ibíd.*, p. 162.

⁴⁰ *Ibíd.*

⁴¹ *Pueyrredón, ob. cit.*, p. 83.

⁴² *Ibíd.*, p. 98.

⁴³ DEL MAZO, *ob. cit.*, p. 104.

⁴⁴ ENRIQUE DICKMANN, *Recuerdos de un militante socialista*, p. 74, Ed. La Vanguardia, Buenos Aires. 1949.

⁴⁵ Nacido en España, llegó en 1873 al país, donde ejerció cátedra en diversas provincias del interior. Casó en la Argentina con doña Zulema Laprida, nieta del que fuera Presidente del Congreso de Tucumán al declararse la Independencia Argentina. Profesor Universitario en Córdoba, colaboró con el ingeniero Casaffousth en la construcción del dique San Roque de esa provincia. La reacción aldeana lanzó una campaña difamatoria contra Biolet Massé, Casaffousth y Juárez Celman lo que llevó al Ingeniero Casaffousth a la cárcel durante un año. Como todo el mundo sabe, el dique San Roque sigue en pie, desmintiendo así durante tres cuartos de siglo la acusación de incompetencia lanzada por la reacción antijuarista, clerical y masónica.

⁴⁶ Añadía este autor: «*Cierto que adolece de defectos y tiene vicios arraigados; pero no es su obra ni es responsable de ello. No se tiene en cuenta que durante ochenta años se le ha pedido sangre para la guerra por la independencia, sangre para guerras extranjeras, sangre para guerras civiles y a fe que ha sido pródigo en darla, y no sólo dio su sangre sino que le quitaron cuanto tenía. La*

tropillita de vacas, la majada y el recado le era arrebatada por la montonera y él mismo era llevado para empuñar la lanza cuando no era degollado a la menor resistencia. La previsión del porvenir: ¿acaso podía tenerla? Al día siguiente de casarse era llevado a las armas y tres días después se batía en La Tablada u Oncativo, en San Roque, en Caseros o en Pavón; hoy, llevado por el gobierno regular mañana por el «montonero».

⁴⁷ Nuestro autor carecía de toda diplomacia: «—Me encontraba un día en un puesto de la hermosa finca del señor Grandoli, vicegobernador de Santa Fe, en San Gerónimo. La mujer del colono, cultivador de más de cien cuadras, nos mostró unas batatas de primer orden obtenidas por ella en el terreno; tenía una tomatara espléndida en un cajón y cerca del rancho había un hermoso durazno.

Hablábamos de las costumbres agrícolas del interior. De pronto me pregunta el señor Grandoli:

— ¿Conoce usted ser más ocioso que el serrano cordobés?

— *Cómo no, señor; el colono santafesino y especialmente éstos de su casa de usted. Vea estas gentes compran batata tomates y duraznos en el Rosario teniendo cómo obtener y con poco trabajo algo mejor y por nada, y aún así produce la tierra y por centenares de millones y enriquece al colono, como será de rica». Ni los vicegobernadores escapaban a la leyenda anticriolla que recorría el Litoral argentino de esa época.*

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 7, Tomo I.

⁴⁹ FRANCISCO LATZINA, *La Argentina considerada en sus aspectos físico, social y económico*, p. 130, Tomo T. Ed. Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, Buenos Aires. 1903.

⁵⁰ Bialet Massé, *ob. cit.*, p. 386, Tomo III.

⁵¹ *Ibíd.*, p. 469, Tomo II.

⁵² JACINTO ODDONE, *Historia del socialismo argentino*, p. 125, Tomo II, Ed. La Vanguardia, Buenos Aires. 1934.

⁵³ *Ibíd.*, p. 127.

⁵⁴ *Ibíd.*, p. 127.

⁵⁵ SANTILLÁN, *La F.O.R.A.*, p. 121.

⁵⁶ *Ibíd.*

⁵⁷ *Ibíd.*

⁵⁸ *Ibíd.*

⁵⁹ *Ibíd.*, p. 122.

⁶⁰ SANTILIÁN, *El movimiento anarquista en la Argentina*, p 115.

⁶¹ NOEL H. SBARRA, *HISTORIA DEL ALAMBRADO EN LA ARGENTINA*, p. 95, ED. EUDEBA, BUENOS AIRES. 1964.

⁶² *Ibíd.*, p. 97. La avaricia ciega y el atraso cerril de los estancieros determina que aún en nuestros días «*las rayaduras y lastimaduras de los cueros en los alambres de púas ocasiona pérdidas del orden de los 1.000 millones de pesos por año*» *ob. cit.*, p. 97.

⁶³ *Ibíd.*. p. 108

⁶⁴ *Ibíd.*, P. 107.

⁶⁵ *Ibíd.*

⁶⁶ *Cabo de Cuarto, Burbujas marcianas*, p. 6. Ed. Establecimientos de Tipos-Gráficos, Buenos Aires. 1927.

⁶⁷ COMENDADOR CITTADINI, *Entrevista*, p. 13, *Revista de Derecho, Historia y Letras*, dirigida por Estanislao S. Zeballos, Tomo XXIV, Año IX, Buenos Aires. 1906.

⁶⁸ Ricardo Rojas, *La restauración nacionalista*, p. 312, Ed. Ministerio de Instrucción Pública, Buenos Aires, 1909.

⁶⁹ *Ibíd.*, p. 322.

⁷⁰ *Ibíd.*, p. 337.

⁷¹ JUAN B. JUSTO, *La realización del socialismo*, p. 176. Ed. La Vanguardia, Buenos Aires. 1947.

⁷² *Ibíd.*, p. 172.

⁷³ *Ibíd.*, P. 172.

⁷⁴ REPETTO, *ob. cit.*, p. 86.

⁷⁵ *Ibíd.*, p. 93.

⁷⁶ CARLOS R. MELO, *Presidencia de José Figueroa Alcorta*, p. 104, Tomo II, *Historia Argentina Contemporánea*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires. 1964.

⁷⁷ CÁRCANO, *ob. cit.*, p. 142.

⁷⁸ COLUMBA., *ob. cit.*, p. 22.

⁷⁹ *Ibíd.*, p. 24.

⁸⁰ CÁRCANO, *ob. cit.*, p. 146.

⁸¹ *Ibíd.*, p. 146.

⁸² *Ibíd.*, p. 147.

⁸³ *Ibíd.*

⁸⁴ JULES HURET, *Del Plata a la Cordillera de los Andes*, p. 554, Ed. Eugene Fasquelle, París, 1910.

⁸⁵ RAMÓN J. CÁRCANO, *Mis primeros 80 años*, p. 277, Ed. Viau, Buenos Aires. 1945. En este libro se relatan por lo menudo las intimidades y antecedentes de la Ley Sáenz Peña. Reviste especial interés una extensa carta de Figueroa Alcorta, dirigida en 1926 a Ramón J. Cárcano, donde refiere sus entrevistas con Yrigoyen.

⁸⁶ Ricardo M. Ortiz, *Historia económica de la Argentina*, p. 165, Tomo II, Ed. Raigal, Buenos Aires. 1955.

⁸⁷ CABALLERO, *ob. cit.*, p. 154.

⁸⁸ MIGUEL ANGEL CÁRCANO, *ob. cit.*, p. 188.

⁸⁹ COLUMBA, *ob. cit.*, p. 61.

⁹⁰ MELO, *ob. cit.*, p. 127.

⁹¹ CÁRCANO, *ob. cit.*, p. 157.

⁹² Cfr. EZEQUIEL RAMOS MEXÍA, *Mis Memorias (1853 -1935)*, Ed. La Facultad, Buenos Aires.

⁹³ ARTURO FRONDISI, *Petróleo y política*, p. 45, Ed. Raigal, Buenos Aires. 1954.

⁹⁴ MELO, *ob. cit* P. 123.

⁹⁵ ADOLFO DORFMAN, *Historia de la industria argentina*, p. 185, Buenos Aires. 1942.

⁹⁶ *Ibíd.*, p. 194.

⁹⁷ *Ibíd.*

⁹⁸ SEBASTIÁN MAROTTA, *El movimiento, sindical argentino*, p. 28, Tomo II, Ed. Lazio, Buenos Aires. 1960.

⁹⁹ *Ibíd.*, p. 29.

¹⁰⁰ DICKMANN, *ob. cit.* p. 171.

¹⁰¹ *Ibíd.*, p. 173.

¹⁰² MAROTTA, *ob. cit.*, P. 33

¹⁰³ ODDONE, *ob. cit.*, p. 221.

¹⁰⁴ MAROTTA, *ob. cit.*, p. 34.

¹⁰⁵ *Ibíd.*

¹⁰⁶ HIPÓLITO YRIGROYEN, *Pueblo y Gobierno, La Reparación fundamental*, p. 114, Volumen I, *Reparación Intransigencia*, Ed. Raigal, Buenos Aires. 1953.

¹⁰⁷ *Ibíd.*

¹⁰⁸ *Ibíd.*, p. 122.

¹⁰⁹ *Ibíd.*, p. 123

¹¹⁰ *Ibíd.*, p. 111.

¹¹¹ *Ibíd.*, p. 133.

¹¹² *Ibíd.*

¹¹³ LUNA *ob. cit.* P. 179.

¹¹⁴ DE VEDIA, *ob. cit.*, p. 217.

¹¹⁵ GÁLVEZ, *ob. cit.*, p. 132.

¹¹⁶ *Ibíd.*, p. 133.

¹¹⁷ *Ibíd.*

¹¹⁸ CABALLERO, *ob. cit.*, p. 147.

¹¹⁹ *Ibíd.*

¹²⁰ RICARDO SÁENZ HAYES, *Ramón J. Cárcano*, p. 210. Ed. Academia Argentina de Letras, Buenos Aires. 1960

¹²¹ JOSÉ ARCE, ROCA, p. 284, Tomo II (Apéndice documental)

¹²² MAROTTA, *ob. cit.*, p. 70, Tomo II.

¹²³ *Ibíd.*

¹²⁴ PALACIO, *ob. cit.*, p. 324, Tomo II.

¹²⁵ Rafael Barret, *Obras Completas*, p. 168, Tomo 1, Ed. Americalee, Buenos Aires. 1954.

¹²⁶ *Ibíd.*, p. 168, Tomo II. Desde Asunción del Paraguay, donde residía, Barret describía la literatura y el periodismo de la Argentina: «*Los literatos oscilan de una glacial erudición a un preciosismo importado. La prensa, cuyos méritos se evalúan por lo que pesa el papel de cada número, es un largo índice informativo y comercial, despojado de toda significación elevada, de toda valentía, de toda graciosa sutileza. Es una prensa castrada y gorda como aquellos a quienes sirve; una prensa que se viste del talento extranjero y que trata las hondas cuestiones nacionales con la hipocresía o el mutismo de las conciencias compradas. Ante la ley del 28 de junio, que da el supremo puntapié a la Constitución Argentina y a las libertades conquistadas en cuatro siglos, entre ellas las de pensamiento y la de imprenta ¿qué ha hecho la famosa prensa bonaerense? Oponer el impudor de la meretriz o la inercia del cadáver. ¿Qué importa? Por el momento las cifras de la exportación y de los depósitos bancarios no bajan. Es lo principal.*».

¹²⁷ DEL MAZO, *ob. cit.*, p. 103

¹²⁸ MAROTTA, *ob. cit.*, p. 71.

¹²⁹ CÉSAR VIALE, *Estampas de mi tiempo*, p. 33, Ed. Julio Suárez, Buenos Aires. 1945.

¹³⁰ *Ibíd.*, p. 160.

¹³¹ FELIPE AMADEO LASTRA, *Recuerdos del 900*, p. 30, Ed. Huemul, Buenos Aires. 1965.

¹³² V. CELEDONIO FLORES, *Cuando pasa el organito*, p. 33, Ed. Freeland. Buenos Aires. 1965.

¹³³ MAROTTA, *ob. cit.*, p. 73.

¹³⁴ *Ibíd.*

¹³⁵ *Ibíd.*

¹³⁶ *Ibíd.*

¹³⁷ JUAN E. CARULLA, *Al filo del medio siglo*, p. 90, Ed. Llanura, Paraná, 1951.

¹³⁸ BARRET, *ob. cit.*, p. 117. El escritor anarquista observaba con mirada cáustica desde Asunción la iniquidad oligárquica: «*Unos cuantos niños ricos remitieron a 'La Nación' ropas viejas para los niños pobres, con esta posdata: 'Las que no crea conveniente dar señor director úselas para limpiar máquinas'.. En el fondo del valle florido los falsos poderosos comen y se divierten. Allá arriba, en las ásperas gargantas batidas por la nieve y fecundadas por el cielo se forma poco a poco el fatal alud de la justicia.*». La prosa es de época, pero su verdad histórica es muy moderna.

LA BELLA ÉPOCA

En 1910 Europa es la clave de la bóveda. Síntesis armoniosa de poder y civilización, a su cabeza se encuentra Inglaterra. Si bien constituye «una República mercantil internacional que funciona bajo la égida británica», en realidad su hegemonía se realiza «en provecho de todos los blancos»¹.

Las monedas son estables. Hombres y capitales, ideas y productos circulan libremente en el mundo internacionalizado por el desarrollo capitalista triunfante. El pasaporte es una molestia desconocida². Los viejos Imperios han exportado sus crisis internas al mundo colonial. Se reservan para sí el goce de la democracia griega, de las disputas teóricas, del ejercicio de las artes o de la investigación científica desinteresada. Ese rebosante universo, lleno de confianza, tenía un centro: París. Su mito brillaba más que nunca. Era la capital del buen gusto y de las malas costumbres, de los bohemios y los príncipes, de los emigrados andrajosos y de los rentistas cosmopolitas. Resonaban todavía los ecos de los escándalos financieros de la década anterior cuando París se convertía ya en el símbolo de un mundo próspero y refinado. La burguesía francesa, cuya avidez y perfidia no tenían paralelos, aparecía embellecida por la prosperidad y el bienestar. El sexo débil reina en la literatura y en la política. *La mujer es el símbolo y el objeto de esta existencia radiante. Todo se relaciona con ella, con su gloria y su conquista*³. Es la época de la Bella Otero, de Liane de Pougy y de Emilienne d'Alençon. En los salones literarios ejercen su imperio las amazonas de la poesía –Anna de Noailles, Lucie Dellarue – Mardrus y Renée Vivien–. Antes de convertirse en escritora, Colette se inicia escandalosamente en el mundo de los music-halls. En los reservados elegantes, seductoras Egerias de los ministros participan fructuosamente de los asuntos de Estado. Las aventuras en globo apasionan a la multitud y a los audaces deportistas. El automóvil despierta la admiración de las gentes pacíficas. El «estilo moderno» evoca las artes de la jardinería: sobre los sombreros de las señoras se acumulan flores y frutas, plumas y pájaros enteros; y esta feracidad estilística se propaga, exuberante, al mobiliario

y a las costumbres decorativas. Estallan motines contra los cubistas. Maurice Barrés deslumbra como el escritor de la tradición y del nacionalismo aristocrático. «La tierra y los muertos, es decir la patria», es su doctrina. Su herencia es recogida por el positivista Charles Maurras en 1910, proyectándola a la acción política y al utopismo reaccionario de la restauración monárquica. La influencia maurrasiana cubrirá varias décadas en la historia de las ideas de Francia para reflorcer pálidamente en suelo argentino en los cenáculos nacionalistas de las vísperas del treinta.

Una botella de Pommery valía un luis en Maxim's. Aquella vida trepidante no terminaba nunca... Todo el mundo parecía dichoso en una ciudad donde el vino costaba unos centavos el litro y un auténtico banquete de bodas 1 franco con 95 comprendidos los licores... aquel mundo vivía bajo el signo de la facilidad y de un dinero con valor permanente que permitía ahorrar para los hijos y para una vejez tranquila. Como garantía de ese dinero la gente adquiría títulos 'de rendimiento': de la deuda rusa, por ejemplo pues Rusia era entonces el país del porvenir.. eran codiciados los valores brasileños, españoles y de Suez...⁴

El afiche se volvía un arte para exquisitos y asombraba a los transeúntes con extrañas formas: Toulouse Lautrec, Steinlen, Chéret.

En la Inglaterra puritana perdíase la fe en Spencer y Darwin: se leía con devoción a Oscar Wilde, el réprobo. A la paz victoriana sucedía el placer eduardiano. El alegre monarca cruzaba la Mancha con frecuencia, de negligente incógnito, para rendir la altivez británica a las plantas de las bailarinas de la Opera. Por estas y otras razones, la «Entente» franco-inglesa parecía inmovible. En la nueva generación, Bernard Shaw, Arnold Bennett y el fabuloso John Galsworthy sometían a la burguesía victoriana, replegada sobre sus sagradas rentas, a un examen sarcástico⁵.

Para digerir la plusvalía colonial y los roast beef argentinos, los ingleses jugaban al tennis, al golf, al cricket, al foot- ball, a la caza con galgos. Junto a sus productos industriales, exportaban estos hábitos a los cipayos de la periferia, cuya admiración por el genio británico no conocía límites. Hacia 1910 los versos voraces de Kipling, por lo inoportunos, parecían vetustas reliquias.

Proletariado burgués en las naciones imperialistas

La clase obrera británica mejoraba constantemente sus condiciones de vida, lo mismo que su organización gremial y política. Tales ventajas la llevaban a establecer una alianza con la burguesía imperialista.

La capa superior suministra la masa de los miembros de las cooperativas y de los sindicatos, de las sociedades deportivas y de las numerosas sectas religiosas. El derecho de sufragio se halla adaptado al nivel de dicha categoría; sigue siendo en Inglaterra lo bastante limitado para excluir a la capa inferior proletaria propiamente dicha⁶.

Treinta años antes, en una carta a Kautsky, Engels daba su opinión:

Me pregunta usted qué piensan los obreros ingleses acerca de la política colonial. Lo mismo que piensan de la política en general. Aquí no hay un Partido Obrero, no hay más que radicales, conservadores y liberales, y los obreros se aprovechan con ellos, con la mayor tranquilidad del mundo, del monopolio colonial de Inglaterra y de su monopolio del mercado mundial⁷.

Antes de la guerra de 1914 se advertían los signos del conservadorismo político del proletariado europeo.

Las capas más influyentes de la masa proletaria, dice Tarlé, los obreros de las especialidades, estrechamente vinculados a la producción de armas, a la construcción de naves de guerra, etcétera, fueron los primeros en exteriorizar la tendencia a abandonar las consignas de la lucha revolucionaria contra el militarismo y sus adversarios le reprochaban frecuente y acerbamente, acusándolos de traicionar los principios revolucionarios en nombre de ventajas económicas inmediatas y personales, como la conservación del empleo y el aumento de los salarios⁸.

Este fenómeno no era específico de la sociedad británica; se manifestaba asimismo en Alemania, en Francia y en otras potencias imperialistas de Europa. A pesar de que en Francia el dirigente socialista Jean Jaurés luchaba tenazmente contra la política colonial del imperio francés y su actitud provocativa y belicista,

en este terreno sólo encontraba un apoyo flojo y poco amistoso, habiendo resultado impotente para oponer un obstáculo eficaz, aunque fuera el más mínimo a Delcassé o a Clemenceau⁹.

Del mismo modo, la socialdemocracia alemana había hecho su nido en la prosperidad general y en él reposaba. Basta considerar que el Partido Socialista alemán contaba con 90 diarios y 62 imprentas. La prensa socialista diaria tenía 1.353.212 suscriptores. La revista teórica *Neue Zeit* contaba con 10.500 lectores fijos. La *Igualdad*, publicación de las agrupaciones femeninas socialistas, 102.000 ejemplares. El periódico humorístico del socialismo alemán, 371.000 ejemplares. El capital de la Socialdemocracia alemana en edificios, máquinas, solares mobiliarios, etcétera, ascendía a 21.514.546 marcos. El personal burocrático empleado en las organizaciones socialistas se componía de 267 redactores, 89 jefes de oficina, 273 funcionarios, 140 empleados administrativos especiales, 85 funcionarios encargados de la publicidad, 2.640 técnicos y 7.589 repartidores de periódicos con sueldo. La socialdemocracia financiaba una Escuela Socialista en la que enseñaba Historia de la Economía y Economía Nacional, Rudolf Hilferding; Materialismo Histórico y Teorías sociales, Pannecoek; Historia de los Partidos Políticos, Franz Mehring; otros profesores eran Rosa Luxemburgo y Cunow.¹⁰ En seis años, el partido invirtió en la escuela socialista 288.575 marcos. El número de alumnos estaba limitado a treinta. Pero el gigante alemán iría a demostrar una fragilidad semejante a la del Laborismo británico.

Si el movimiento obrero se adaptaba sin esfuerzo al status imperialista de la metrópoli, la «inteligencia» sufría el mismo proceso. Aun aquellos intelectuales de «avanzada», característicos de Inglaterra, no escapaban a la regla.

El poder de largo alcance de la Gran Bretaña, escribe Bertrand Russell, se desplegaba en la guerra afgana, en la guerra zulú y en la primera guerra boer. Me enseñaron a desaprobador todo aquello y fui educado en el credo del Pequeño Inglés (liberal antiimperialista. [N. del A.]. Pero este credo nunca fue completamente sincero. El más pequeño de los Pequeños Ingleses se alegraba de las proezas

de Inglaterra. El poder y el dominio de la aristocracia y los terratenientes era incomparable¹¹.

Russell traza algunas vívidas semblanzas del ambiente laborista y fabiano de principios de siglo y el mortal conformismo del «socialismo» inglés. De H. G. Wells, aquel obeso e insoportable filisteo, dice que inventó la frase «*una guerra que pondría fin a la guerra*»¹²; de Beatriz Webb, que con su marido Sydney sería ennoblecida por la Corona y aplaudirían más tarde los Procesos de Moscú desde la Cámara de los Lores, escribe:

Era profundamente religiosa, si bien no pertenecía a ninguna confesión reconocida, a pesar de que, como socialista, prefiriese a la iglesia anglicana, por ser una «institución del Estado». De otra laborista, que también era noble, Lady Warwick, dice: «Lady Warwick era una activa partidaria del Partido Laborista, y en su parque había un lago rodeado por monumentales ranas de porcelana verde que le había regalado Eduardo VII. Era un poco difícil ajustarse, en la conversación, a esos dos aspectos de su personalidad.

Con razón Lenin, emigrado en Londres, no quería dar crédito a sus ojos. George Orwell va más a lo hondo de la cuestión todavía:

Todos los partidos de la izquierda en los países altamente industrializados son, en el fondo, pura afectación, pues se proponen luchar contra algo que en realidad no desean destruir. Tienen fines internacionalistas y al mismo tiempo luchan por la conservación de un nivel de vida incompatible con esos fines. Vivimos todos explotando a los ‘coolíes’ asiáticos, y los que entre nosotros ‘son iluminados’ dicen que hay que liberar a los ‘coolíes, pero nuestro nivel de vida y, por consiguiente, nuestra cualidad de hombres ‘iluminados’, exigen una explotación continua¹².

La política de los diversos gobiernos imperialistas estaba determinada hacia 1910 por las exigencias cada vez más imperiosas del capital financiero para conquistar nuevas fuentes de materias primas, mercados de venta y dominio político directo. Un semillero de contradicciones brotaba de la naturaleza del propio capital

financiero. Los bancos adquirirían enorme poder sobre la industria y la vida económica en general. Sus directores se convertían en un Superestado que guiaba de modo invisible a los gabinetes y a sus jefes más notorios. La Bolsa de París dominaba la política del gobierno francés, del mismo modo que Krupp estaba detrás de los arrestos paranoicos de Guillermo II. A los amos del capital se les aparecía claramente la verdad de que la lucha económica por sí misma no podía determinar la victoria en esta área. El Kaiser declaraba que «el porvenir de Alemania está en el mar»; esto equivalía a señalar que la flota alemana debería librar una batalla feroz contra el Almirantazgo británico, si las mercaderías alemanas debían reemplazar a los productos de Inglaterra en su antiguo monopolio mundial. La interrelación entre la política y la economía, entre el capital financiero y los ejércitos, entre el armamentismo declarado de unos y otros se volvía cada vez más evidente. Pero estos problemas eran sumamente confusos y corrían por cuenta de los especialistas. En esa era de bienestar y descuido, de arte y molicie, de conservatismo y socialismo, la opulenta Europa se precipitaba frívolamente hacia sus trágicas vísperas.

El nirvana de 1910

La oligarquía terrateniente, hacia la época del Centenario, aspiraba a «belganizar» la sociedad argentina. Trotsky había creado esta expresión, como una forma de indicar la «comercialización total» de la vida de un pueblo.»

Trotsky vio en los belgas al arquetipo de un pueblo totalmente comercializado; de un pueblo digno, laborioso, estable, sin duda, pero que había renunciado a todas las visiones, sueños e ideales nacionales. De un pueblo cuya ambición universal había llegado a ser la riqueza y comodidad individuales. En tal sentido ese pueblo ha renunciado... tiene una excesiva conciencia de su propia impotencia para decidir su destino. Aun sus espíritus más audaces y enérgicos suelen optar por la comodidad y la seguridad personal a toda costa... Simplemente, se han belganizado¹³.

Esta noble aspiración de los terratenientes no podría realizarse jamás. Pero todos los testimonios de los visitantes extranjeros atraídos por la jarana

de 1910, señalan el deslumbramiento que les producía la opulencia insolente de la Buenos Aires oligárquica. George Clemenceau, con su mirada certera e implacable, donde se combinaban el apenas disimulado desdén por el «pays de meteques», con el asombro genuino ante ese diluvio de oro, observaba:

La arquitectura italiana reina en Buenos Aires. No se ven más que astrágalos y florones entre crueles artesonados de líneas torcidas, excepción hecha, bien entendido, de las coquetas quintas y de los imponentes palacios que designan a la atención pública las moradas de la 'aristocracia'. El edificio más suntuoso es, sin contradicción, el de la opulenta «Prensa».

Aludiendo irónicamente al propietario de ese órgano periodístico, añade Clemenceau:

El señor Paz, que ha ganado bien el descanso de que goza en Europa, se ha reservado naturalmente un derecho de alta supremacía; un fantástico palacio que ha hecho construir en el más hermoso barrio de Buenos Aires, parece anunciar proyectos de regreso. Pero, en este caso, no puedo por menos de compadecerle, porque necesitará por lo menos la corte de Luis XIV o la de Jerjes, para llenar su fastuoso domicilio. El palacio profesional de La Prensa en la Avenida de Mayo, aunque de dimensiones más pequeñas, no es por eso menos suntuoso¹⁴.

El fabuloso enriquecimiento de un puñado de diarios que defendían los intereses y la ideología de la oligarquía terrateniente ha sido uno de los fenómenos más característicos de la historia nacional. Modeladores de la opinión pública en el orden de la política, estos gigantes de la prensa han desplazado, en las semicolonias, por su terrorismo ideológico y psicológico, a las tropas imperialistas que desempeñan un papel análogo en las colonias directas.

En el caso de La Prensa, a las observaciones de Clemenceau podrían añadirse las de un periodista norteamericano, George Kent, que años después decía lo siguiente:

La casa de La Prensa es un edificio serio y sólido de seis pisos, de granito y estuco, con porteros de librea en las altas

puertas de hierro ... Las prensas costaron tres millones de dólares ... En cierta ocasión un representante del Vaticano que visitaba La Prensa observó: 'Me parece demasiado lujo para un periódico'. Don José respondió sonriente: '¿Y qué, no es San Pedro de Roma una iglesia bastante lujosa?'.

Dicho periodista, refiriéndose a las frecuentes visitas europeas que Ezequiel Paz, propietario del diario, realizaba, añadía:

Estos viajes a Europa y la prodigalidad con que don Ezequiel Paz gasta su dinero son famosos en la Argentina. A menudo tomaba la mitad de la mejor cubierta de un transatlántico de lujo, hacía decorar y amoblar de nuevo todas las piezas y llevaba a Europa gran número de personas de su familia. Llevaba en el barco a su cocinero y también aves de corral y una vaca para tener siempre leche fresca. Al llegar a Francia, hacía matar la vaca y casi siempre daba la carne a la tripulación. En el viaje de regreso llevaba otra vaca. Al llegar a Buenos Aires, la hacía matar también y daba la carne a los tripulantes¹⁵.

El torpe viajero, con sus maneras de nuevo nabab, hacía las delicias de los europeos, que lo desplumaban sin remordimientos y se burlaban por lo bajo de sus vacas lecheras. Para aprender a manejar los cubiertos compraban platería de marca, y para sus hijas, si llegaba la ocasión, algún conde legítimo no muy averiado. Con justicia los llamaban «rastaquouere».

Una elegante dama, también propietaria de vacas, le confiaba a Clemenceau, consternada, que las exigencias de la vida social en Buenos Aires eran mucho mayores que en París:

Seis vestidos me bastan para la estación de París; me hacen falta doce en Buenos Aires¹⁶.

De Tocqueville a Clemenceau

Un siglo antes Alexis de Tocqueville, un aristócrata francés, examinaba críticamente la sociedad burguesa norteamericana; en el siglo XX, el burgués

Clemenceau hacía lo propio con la sociedad oligárquica de la Argentina. Ambos coincidían en observar el frenesí público por el dinero. Pero si en la América del Norte la tendencia consistiría en usarlo para producir, en la Argentina se lo destinaba al consumo suntuario. El derroche era aristocrático; la propensión al ahorro y la inversión era burgués. Las analogías son, en este caso, superficiales. Tocqueville señalaba con asombro que en Estados Unidos de 1830, la clase dirigente y la población erigían una nueva sociedad en un suelo donde no tenían raíces, ni pasado histórico, ni tradición, y sin embargo, el patriotismo de los norteamericanos era «irritable». El aristócrata atribuía este sentimiento nacional a que

cada uno, en su esfera, toma parte activa en el gobierno de la sociedad. El hombre del pueblo, en los Estados Unidos, ha comprendido la influencia que ejerce la prosperidad general sobre su dicha^{16 bis}.

En otras palabras, desde sus orígenes, los norteamericanos participaron en la construcción de una sociedad capitalista y de un mercado interior. Pero la prosperidad en la Argentina de la bella época se vinculaba estrechamente al mercado exterior; la aristocracia rural se divorciaba a sí misma de todos los intereses que no fueran los del Puerto. Adoptaba así un «cosmopolitismo» que sólo atenuaba para reprimir a los «extranjeros» descontentos. Si muy a su pesar Alexis de Tocqueville observaba la salud insolente del pueblo norteamericano, aún ironizando sobre sus escasos modales, debía admitir que se trataba de una sociedad dinámica en crecimiento, orgullosa de sí misma y con una confianza ilimitada en su porvenir. El rudo Clemenceau, poco inclinado a la filosofía de la historia y a los refinamientos aristocráticos, ironizaba a su vez ante los ricos señores rurales de la Argentina, que dominaban el cuadro de una sociedad agraria, tan dependiente como estéril, y que marchaba a la decadencia antes de haber alcanzado la grandeza. También el príncipe Luis de Orleans Bragance quedó hechizado por la alta sociedad porteña. Sin embargo, bajo sus observaciones se percibe la invariable sonrisa del europeo ante los testimonios múltiples de un lujo excesivo.

*Invariablemente colocadas delante de los palcos, las bonitas niñas porteñas, las diosas, las sacerdotisas del dios, rodean la sala como una guirnalda clara. Sus toilettes representan fortunas y se pretende que nunca, durante los tres meses que dura la temporada, una mujer se atrevería a vestir el mismo vestido más de una vez, Sus joyas valen millones*¹⁷.

Pero este príncipe, contra lo que podría suponerse, no solamente examinaba los salones.

En esta lucha decisiva por la hegemonía comercial del Plata, los ingleses, como siempre, llegan primero. Siguiendo el sistema aplicado por ellos con éxito en todas partes del mundo, no buscan poblar. Su dominio son los negocios. Por algunas individualidades poderosas imponen su tutela al comercio argentino, por sus capitales acaparan todas las empresas realmente provechosas. Son suyos los principales bancos de Buenos Aires, ferrocarriles, los docks del puerto, los grandes saladeros, las compañías frigoríficas. Han puesto su dominio sobre Bahía Blanca, el gran puerto del Sur... carne, lana, azúcar, trigo, pieles, madera todo pasa por sus manos. Tratan a la Argentina como colonia. Evitan mezclarse a los 'nativos', desdeñosos de la fastuosa vida mundana de la Capital. Ellos han instalado sus deportes en Hurlingham, a una hora de la ciudad. Muchos de ellos viven en alegres cottages, rodeados de jardines. Como siempre han intentado reconstruir alrededor de ellos la imagen de la patria ausente... Su flota acapara la más grande parte de la exportación del país¹⁸.

Las fiestas del Centenario brindaron a la aristocracia ganadera la oportunidad de un despliegue orgiástico. Se trataba de agobiar a los extranjeros que visitaban la capital del Plata con la grandeza argentina. Los políticos y los visitantes, los poetas y los estancieros, los diplomáticos y los especuladores se festejaron a sí mismos en nombre de la olvidada Revolución. Un escritor español queda petrificado de estupor ante el lujo asiático del Jockey Club.

Su primer entusiasmo, lo que encendió en él el deseo de vivir bien, siempre en una atmósfera como aquella de buen tono, fue en el departamento de baños. A más de unas cuantas habitaciones individuales, con sus bañeras espléndidas y toda clase de refinamientos, vio la sala de duchas, en las que no faltaba ni una clase de aparatos, por extravagante que fuese; los gabinetes para el baño ruso y la estufa para el turco; la sala de masajes... pero lo que más llamó su atención fue la piscina de natación, una especie de patio amplísimo, cubierto de cristales y cuyo

suelo todo era un estanque con una temperatura eterna de 22 grados ... Había una peluquería, pedicuro, manicura ... el gimnasio y la sala de esgrima eran dos piezas espléndidas, y siguiendo a la derecha se llegaba a los comedores de la casa.

Y añadía maravillado:

Un salón imperio, un gabinete Luis XV y un comedor para banquetes eran estancias palaciegas, que acaso resultasen excesivas para un club... El criado que nos acompañaba abrió una puerta de madera riquísima, con cienes y picaportes dorados. Los muros eran de madera finísima, de telas costosas, que en sus entrepaños lucían unos adornos del más puro gusto pompeyano. En la gran biblioteca y sala de lectura donde en su gran mesa central se encontraban los principales periódicos del mundo tomaron un café especial como se tomaba en pocos sitios del mundo. Comieron espléndidamente; el comedor estaba lleno de socios, gente toda que llevaba la buena vida retratada en el rostro, alcohólicos algunos de ellos, pero alcohólicos de vinos caros, derrochadores de millones; hombres tristes otros, con una tristeza elegante y de buen tono¹⁹

El asombro del español estaba justificado. El Jockey Club era el templo oligárquico. Un templo exclusivo para sacerdotisos, donde no entraban mujeres, a la manera del club británico y donde la inmovilidad de la vida seudo patricia encontraba su más perfecta manifestación.

Anchorena o el sapo de oro

La estadía anual en Europa era un rito obligado de la mejor sociedad, exigencia inexcusable dictada por el buen tono. El snob y el arribista escondido bajo la displicencia exterior de cada hijo de la oligarquía sentían la necesidad impostergable de convivir entre gentes verdaderamente civilizadas. Los frutos de esta sociedad estéril no podían ser más deplorables. En su diario íntimo recuerda Ramón J. Cárcano su estadía en París:

*Tomás Anchorena me trajo hoy en su lujoso carruaje desde 'L'Etoile' hasta un hotel en la Rue de la Paix. En este trayecto de quince minutos me habló de vacas, toros, sus viajes y compras en Inglaterra; de automóviles, del Durhan y del Lincoln; de los criadores nuevos en la Argentina; del nuevo modelo de cigarros habanos que se fuman en Londres...*²⁰

Este Tomás de Anchorena, para colmo y quizás de puro hastío, era diputado nacional en los meses que no vivía en Francia o entre sus vacas y toros. Naturalmente era diputado por la Provincia de Buenos Aires, lo mismo que su hermano Joaquín de Anchorena. Descendían ambos de aquel Tomás de Anchorena, primo de Rosas, que llamaba «cuicos» en su correspondencia privada a los diputados de tez morena del Interior en el Congreso de Tucumán⁴ y de aquel otro famoso Nicolás de Anchorena, que se colgó al poncho de Urquiza después de Caseros traicionando a su primo para salvar sus bienes. Paradigma supremo del parasitismo, según Pastor Obligado jamás había pisado ninguna de sus muchas estancias²².

En la misma carta a Rosas, Tomás Manuel de Anchorena, comentando la proposición de Belgrano de coronar algún descendiente de los Incas para garantizar mejor la unidad política de las Provincias Unidas, decía que el proyecto monárquico de Belgrano no había sido rechazado por preconizar un gobierno monárquico *«sino porque poníamos la mira en un monarca de la casta de los chocolates, cuya persona, si existía, probablemente tendríamos que sacarla borracha y cubierta de andrajos de alguna chichería...»* Los Anchorena no querían un criollo sino un europeo «limpio de sangre», aunque fuera hemofílico.

En cuanto a su descendiente,

el diputado doctor Tomás de Anchorena, todo de gris, su gale-rita 'budinera', su elegante levita, sus guantes haciendo juego y su monumental cigarro habano era un símbolo aristocrático de la época... entra en el Congreso por la puerta de Rivadavia a las tardes de sesión, frente a los ordenanzas que saludan, ceremoniosamente, la vistosa silueta del diputado Tomás de Anchorena, quien responde con amabilidad exquisita, pero por señas. No puede hablar, pues su boca es chica para mantener entre sus labios un cigarro habano de fantástico grosor Con ese ariete humeante camina avanzando con

su cuerpo erguido y como embutido en su ajustado levitón que es fácil punto de referencia, los domingos en el 'paddock' de Palermo o al cruzar, por las mañanas, la calle Florida en dirección al Jockey Club. El diputado Tomás de Anchorena habla con frecuencia en la Cámara, pero siempre lo hace brevemente. Uno o dos párrafos cuanto más. Panchito Uriburu lo llama 'Parrafito' y el apodo hace camino²³.

La labor parlamentaria de Tomasito consiste en aplaudir alegremente los discursos de su hermano Joaquín, acompañándolos de exclamaciones jubilosas: «¡Muy bien, Muy bien!».

Otro dato revelador de su ilimitada admiración por su hermano: Tomasito repite, moviendo los labios ostensiblemente aunque en voz baja, palabra por palabra, las que va emitiendo Joaquín mientras habla²⁴.

Es en este ejemplar perfecto del cretino simbólico que la oligarquía reconoce a uno de los suyos y por el cual se define la clase y la época.

El objeto de la admiración de «Tomasito» era su hermano Joaquín, Presidente de la Asociación del Trabajo, entidad antiobrera que empleaba crumiros para romper huelgas; en 1945 desfilará por la Avenida Callao en la 'Marcha de la Constitución y de la Libertad' el 19 de septiembre, junto a los prohombres de la Unión Democrática y rodeado de la chusma izquierdista que tanto despreciaba, pero que, en esa ocasión, como en otras, se ponía a su servicio.

La familia Anchorena es la expresión misma de la clase estanciera y vale la pena reproducir aquí el juicio que le merece al historiador nacionalista Julio Irazusta el más célebre miembro del clan. Según este autor, Tomás Manuel de Anchorena perteneció

a una de las familias más genuinamente nacionales, hasta el punto de volverse su nombre en un siglo, sinónimo de esa riqueza de que el país llegó en cierto momento a preciarse más que de nada... Entre los prohombres del movimiento revolucionario los principales eran, o funcionarios públicos, o jefes de milicia, o representantes de intereses ajenos, o abogados sin pleitos. Los menos, en ínfima minoría, tenían intereses propios. Entre ellos, don Tomás represen-

taba, como miembro de su familia, los más cuantiosos intereses particulares que gravitaron en los dirigentes de la revolución.

Este Anchorena tan acaudalado estudió en la Universidad de Charcas, en el Altiplano, centro de las nuevas ideas revolucionarias procedentes de Europa.

Y aunque en los claustros la modificación de los programas no hubiese sido muy grande, la curiosidad de profesores y alumnos por las novedades que en materia de ideas había despertado la revolución francesa era irresistible, y no había prohibiciones oficiales que pudieran con ella. Nuestro personaje quedó inmune a estas solicitudes espirituales. De la misma ciudad donde Moreno leyó a Rousseau y lo admiró hasta luego hacerse su traductor, Anchorena volvió tan tradicionalista como los españoles chapados a la antigua, con verdadero odio hacia el maestro de anarquistas autor del ‘Contrato Social’. Privilegiado de la sociedad en que vivía, a diferencia de la mayoría de los de su clase, en Europa y América no era de los sofistas que razonaban en contra de sus propios intereses sin tener la consecvente abnegación de renunciarlos.

De las palabras del apologista emerge el cerril Anchorena como un godo genuino. El retrato es inmejorable; lo curioso es que glorifique al ganadero bonaerense, el ganadero entrerriano Irazusta, pues la clase de los Anchorena relegó siempre a los colegas de Urquiza, primero con el cierre de los ríos y contemporáneamente, con los frigoríficos extranjeros Esto sí que se llama «razonar contra los propios intereses».

Santiago Rusiñol, el escritor catalán, recorre en tren la pampa sembrada.

Un viejo de 60 o 70 años, flaco y barbudo, colorado por el sol que cae sobre esta tierra, desde el Chaco a la Patagonia, se queja diciéndonos:

– Yo le garantizo que el gaucho criollo se va perdiendo, puede decirse que ya no existe. Yo he sido gaucho de éstos, aunque me vea usted vestido con esta ropa que ahora nos envían de las gringuerías anónimas. Yo he nacido en uno de esos ranchos de ese Martín Fierro que va usted leyendo. De niño, hace muchos años, he llevado poncho

*y chiripá, he sido baqueano, he boleado caballos. Mi pago era la llanura, en esta pampa que era nuestra ... Ahora, ahora –sigue diciendo– ¡qué pucha! ... ha venido el gringo y la remueve hasta las entrañas. El gringo, como viene de lejos, como no ha aprendido a cantar, como no ha podido querer aquí, como no ha tenido aquí hijos que se los hayan tomado para llevárselos al Chaco, como aunque la riega con lágrimas, los ojos siempre los tienen mirando a su pueblo, no más quiere exprimirla y mandarse a mudar en cuanto pueda*²⁶.

Las fusilerías del 90 eran borrosas; de los revolucionarios de 1905 ya no se ocupaba la gran prensa; la población trabajadora de los conventillos y los suburbios constituía un mundo excéntrico y sombrío. Era de mal gusto hablar de esos temas. Ya no se usaban los chambergos rifleros. Los caballos frisonos o los trotadores de raza árabe empezaban a ser reemplazados por el automóvil eléctrico, con su techo de terciopelo y flecos de seda, que guiaba un «chauffeur» imponente, de grandes bigotes, guantes de cuero hasta el codo, antiparras de piloto de globo y largo saco brillante. Algunos estancieros se modernizaban. Manuel Cobo gasta en un año un millón de pesos para adquirir sementales en Inglaterra. Aparecen los animales de «pedigree»: se pagan fortunas por ellos en la Exposición Rural. «Diamond Jubilee», caballo célebre del Príncipe de Gales, es comprado por Ingacio Correas

*el hipódromo de Palermo relega al suburbio la clásica carrera cuadrera y el cuidado del parejero. La afición del gaucho se convierte en deporte de los ricos señores a la manera de Ascot y Longchamps*²⁷.

La oligarquía relincha de placer

Los juicios son unánimes, sea cual sea la nacionalidad del viajero:

En ninguna parte del mundo recibe uno una impresión tan fuerte de riqueza abundante y de extravagancia», comenta un norteamericano. Y agregaba: «El hombre de letras de Boston que se lamentaba

de que Londres no era lugar a propósito para vivir porque la gente no hablaba más que de sports y de política, habría sido menos dichoso en Buenos Aires, porque allí, cuando la gente no habla de sports, habla de negocios. La política se deja para los politicastros; las estancias, con su ganado y sus cosechas, y el hipódromo, con sus apuestas, se hallan siempre en la cabeza y en la boca de la gente más rica, cuyo carácter van formando... Todos los viajeros se sorprenden de la predominancia de los intereses materiales y de los conceptos materiales de todas las cosas²⁸.

La apertura colosal de los mercados europeos, con la valorización de la tierra, el refinamiento del ganado y la expansión irresistible de la agricultura, inunda de oro a la oligarquía. Se implanta una regla de altos consumos improductivos, de puro sentido suntuario. El estanciero, nuevo rico, no sabe qué hacer con su dinero. Alambra con exceso sus campos, luego de haberse resistido a hacerlo por razones técnicas; pero ahora fanfarronea: busca prestigio²⁹. En el casco de las estancias se construyen verdaderos palacetes, totalmente inútiles desde el punto de vista de la producción, que halagan el orgullo del propietario de vacas. La oligarquía argentina era capitalista, pero no burguesa; constituía una sociedad exclusiva, pero no era una aristocracia; a ésta la vinculaba su parasitismo, aunque no el refinamiento ni la cultura; y carecía del dinamismo económico burgués que exige la reinversión del capital.

Jules Huret, un francés perspicaz que visita la Argentina en la época del Centenario, comprende rápidamente la verdadera composición de la llamada aristocracia argentina:

Entre todos ellos constituyen una verdadera oligarquía, núcleo de la ciudad criolla y no existe diferencia entre el aire de orgullo que adopta un estanciero para decirnos que su abuelo plantó los árboles de su estancia, hace medio siglo, y la altivez tranquila de un descendiente de los Cruzados que os explica que su escudo figuró en la batalla de Bouvines, a la sombra del estandarte de Felipe Augusto o de Juan Sin Tierra... Esas viejas familias criollas que no formaban más que una ínfima minoría fueron desbordadas paulatinamente por la ola creciente de los extranjeros que aportaban, con su ardor y su sed de riqueza, la mano de obra, génesis de la prosperidad. Convertidos en argentinos al cabo de una genera-

ción, enriquecidos por el contrabando, el comercio de pieles y lanas o la especulación sobre las tierras, esos vascos e italianos penetraban por medio de casamientos, en la sociedad criolla, dueña del país. Y se puede decir que en la actualidad, el elemento dominante, en cuanto al número, en la sociedad de Buenos Aires, se compone de los hijos y los nietos de aquellos extranjeros enriquecidos por la especulación y la valorización de las tierras: italianos, vascos, españoles, alemanes, irlandeses o franceses que llegaron a la Argentina hace sesenta años³⁰.

Las cifras del despilfarro

Hay que gastar. Se difunde la palabra «figuración». Las grandes familias viajan todos los años a Europa. Son caravanas: viajan los abuelos y los padres, los numerosos hijos, acompañados por sus institutrices bilingües, pues la oligarquía ya educa a sus vástagos con una lengua materna que no proviene de la madre, sino de la institutriz extranjera. Con ese método pedagógico se educan los Victoria Ocampo y los Jorge Luis Borges. Se discute en el hogar si se llevará una vaca o una nodriza. Como las vacas también se marea en el vapor, generalmente llevan una ama de cría³¹.

En las interesantes memorias de su infancia, la escritora María Rosa Oliver describe con imperceptible ironía el ambiente de su propia familia a principios de siglo. Por la rama materna, argentinos antiguos, existía una propensión a tener de comensales a personajes sin pecunia o parientes pobres, que servían de bufones. No se recibía en la gran casa familiar a gente de clases sociales inferiores, salvo ciertas fiestas patrias o fechas especiales. Entre las gentes que no tenían entrada a estas residencias, figuraban los militares, excepto alguno que había sido Presidente de la República. La oligarquía excluía de sus salones a políticos, jefes militares, intelectuales, comerciantes o industriales. En una de las fechas elegidas para invitar a gente socialmente inferior, concurrió a comer un senador riojano. Todos sus dichos eran festejados discretamente. El más famoso se produjo al preguntarle la señora de la casa si la hija del senador había nacido en Buenos Aires. «Sí, nació aquí, pero fue engendrada en La Rioja», contestó el riojano. Una rama familiar era de estancieros; la otra, de abogados de bancos ingleses. Viajaban a Europa 18 personas de la familia, incluidas 3 institutrices (francesa, inglesa y alemana).

En algunos casos, la comitiva es tan numerosa, que encuentra hasta dificultades de alojamiento en Europa:

En todas partes se negaban a alojarnos, dice una dama argentina a Jules Huret... Eramos 19 personas, por lo que necesitábamos 30 habitaciones por lo menos. Hay que amueblar el hotel particular, luego se acaba por tomar cariño al mobiliario elegido, por lo que yo me he traído uno completo de París en cinco ocasiones distintas. Hasta traje la última vez cinco criados. Por lo que llegamos a reunir unas 24 personas. Comprenderá usted, eso complica y dificulta los viajes³¹.

El despilfarro alcanza notas de verdadera demencia. Sobre un valor de \$480 millones de pesos oro de las exportaciones argentinas en 1912, los gastos de la oligarquía sólo en viajes al exterior alcanza a \$44 millones de pesos oro. En otras palabras, casi un 10% del trabajo total exportado por todo el país³³.

Así puede comprenderse que en el seno de esta sociedad harta y feliz, hinchada como un sapo de oro, fuera ardorosamente aclamado el brindis que el Ministro de Francia pronunció en un banquete del Jockey Club:

Sí, vuestros ferrocarriles son ingleses; sí, vuestros toros son Durham; sí, las gorras de vuestros soldados y vuestros cañones son alemanes, pero vuestra alma es latina y vuestra inteligencia es francesa³⁴.

Un alma prestada, nada menos que por Lutecia, era cuanto podía desear la ociosa clientela del Jockey. En cuanto a la inteligencia francesa de los estancieros, no haremos ninguna observación; los vinos espirituosos hacían su obra y el congestionado Ministro estaba a sus anchas.

Si recibían fastuosamente a los extranjeros distinguidos en la capital cosmopolita, las damas y los caballeros porteños preferían agasajar a sus amistades en París. La ida y retorno a Europa solamente se alteraba en las trágicas horas en que el peso se devaluaba.

La crisis económica del 90, apresurando el retorno al país de los argentinos que se solazaban en Europa particularmente en París y Londres...³⁵

desaparecería rápidamente. Tan sólo la guerra de 1914 fue dolorosa para la oligarquía francófila, por las molestias y dificultades propias de esos acontecimientos desagradables. La guerra mundial arruinó, de hecho, cuatro temporadas completas en el París eterno.

Después de 1918, las periódicas crisis ganaderas y la caída del maldito peso argentino provocarían nuevas inquietudes. Pero en el Centenario las vacas hacían lo suyo y se derrochaba sin tasa. En sus estadias porteñas la oligarquía reproducía los gustos, las costumbres y los muebles que había admirado en el Viejo Mundo. El viaje por Europa le había enseñado mucho. Su confort en Buenos Aires exige consolas, sillería, cortinados, vajilla, platería. Numerosas residencias de la época son comparables con los palacios de Francia de fines del siglo XIX. Hacía pocos años Juan Salvador Boucau ni conmovía a sus congéneres cuando compraba en Londres el caballo Ormonde en 30.000 libras esterlinas contantes y sonantes. Era un verdadero hombre de turf. Afortunadamente su ejemplo fue imitado. El mejoramiento de la raza caballar figurará entre las mejores virtudes de los propietarios de vacas.

Los poetas cortesanos

Al Centenario oligárquico rindieron su tributo sonoro los poetas cortesanos. El divino Rubén, en sus días de juvenil esperanza, había cantado a las glorias del general Morazán, unificador de Centroamérica. Enfermo y agotado, cultivaba amargamente la benevolencia de los Mitre. El más grande poeta de América Española comía de la mano del órgano portuario; a esa evidencia debía rendirse. Había compuesto años antes su Oda a Mitre; ya estaba doblegado el poeta que un día arrojara su desprecio a la cara de Teodoro Roosevelt. Los poemas de encargo no eran su fuerte. Sólo así había podido escribir Darío que Mitre se había ido de este mundo «con las banderas por delante y las bendiciones detrás».³⁶

Las fiestas del Centenario exigieron al desdichado Rubén cantar una vez más casi sin voz y como un autómatas, a la pampa ubérrima. La ciudad de mercaderes transformaba al artista en dócil cantor:

*Hay en la Tierra una Argentina!
He aquí la región del Dorado,
He aquí el paraíso terrestre,*

*He aquí la ventura esperada,
He aquí el vellocino de oro,
He aquí Canaán, la preñada
La Atlántida resucitada
He aquí los campos del toro
y del becerro simbólico;
he aquí el existir que en sueños
miraron los melancólicos
los clamorosos los dolientes
poetas y visionarios
que en sus Olimpos o calvarios
amaron a todas las gentes³⁷*

Y en seguida se adelantó Lugones con sus «Odas Seculares». Fundió su plomo lírico en mil quinientos versos aquel orgulloso hijo de Córdoba que había escrito en Buenos Aires el periódico anarquista «La Montaña». Amigo luego de Roca y Ugarte, se había adaptado a la sociedad oligárquica. En 1910 era su poeta oficial. Escribió un folleto en favor de la candidatura del mitrista Quintana; pero era un hombre desinteresado. Su tortura nació de la posición crítica que todo intelectual independiente vive en un país derrotado. Se consideraba un «emigrado interior». Su humillación lo llevó hacia el final de su vida a un estado de demencia reaccionaria que era la inversión formal de su anarquismo juvenil. Si esa era una sociedad liberal, él la aborrecía y la condenaba. Pero esa república oligárquica lo toleró en tanto Lugones aceptaba sus mitos fundamentales. La Nación lo tuvo a rienda corta y lo hundió en una existencia mediocre. «Mi país me avalúa en 570 pesos mensuales», dice a un amigo.³⁸ En 1910 su verbo culterano canta «a los ganados y las mieses»:

*Allá la vaca fértil como el campo
su sustancia elabora
en el músculo, en la ubre y en la pella,
con una grave plenitud geórgica.
Si anda, parece que en su marcha pende,
el talego del rico, si reposa,
su aspecto familiar de cofre toasco
es la seguridad del pobre. La honda*

*paz de los campos en su ser vegeta;
dice su inmediatez la casa próspera;
y cuando en formidable ansia de asalto
siembra el amor su entraña calurosa,
con resistente conmoción de yunque
cimenta la riqueza creadora.³⁹*

*«Y mediando un cantero de hortalizas
en que al son de seis tarros la colona,
con su nidada de útiles gringuitos
disputa un duraznero a la langosta
la nueva tierra arada que ese año,
en un esfuerzo más el lote colma,
parece hinchar con su preñez morena
aquel seno de madre valerosa.*

.....

*Aunque es ese buen mozo inglés cerrado,
asaz gallardamente se acriolla.
Y dicen que festeja a la entenada
del patrón, con reserva ruborosa.
Lo cierto es que en su media lengua trajo
artes y ciencias que el paisano ignora.
El transformó los bárbaros corrales,
las torpes hierras, las feroces domas,
y aseguró en las chacras invernizas
que al pronto parecieron anacrónicas,
forraje fresco a los costosos padres
que entienden sus maneras y su idioma.*

Los ingleses civilizando la pampa, las vacas pródigas asegurando la prosperidad y «la seguridad del pobre», se unían a los «útiles gringuitos»: tal era el pretexto para tejer una corona lírica a la oligarquía somnolienta, que sentaba al poeta en la punta de la mesa, junto a los saleros.

En las orillas mal definidas de la ciudad suntuosa un poeta tísico no canta a las mieses. Evaristo Carriego, nieto de un político federal de Entre Ríos, es el cantor de un Buenos Aires desconocido en los fastos del Centenario. En sus

versos imperfectos asoma el rostro lívido de una fabriquera y un malandrín, el patio con malvones de un conventillo infernal, perros y borrachos, la enfermedad y la muerte:

*Sobre el rostro adusto tiene el guitarrero
viejas cicatrices de cárdeno brillo
en el pecho un hosco rencor pendenciero
y en los negros ojos la luz del cuchillo.
Y muestra, insolente, pues se va exaltando,
su bestial cinismo de alma atravesada:
¡Palermo le ha oído quejarse, cantando
celos que preceden a la puñalada!⁴⁰*

Más al centro, en los peringundines o en las casas malas, el Cachafaz hacía cuarenta y cinco figuras con una danza perversa nacida en el año ochenta, allá por los Corrales Viejos.⁴¹ ¡Música de lenocinio y compadritos! Los salones permanecían cerrados para el tango. Pero como ocurría siempre, la gran cultura francesa descubrió su encanto en París. Al regresar los muchachos calaveras a Buenos Aires, introdujeron el tango entre la «gente decente». ¡París dixit! De este modo singular, y para enseñar a las niñas de alto coturno el misterio de sus pasos, ingresó burlonamente el Pibe Cachafaz a los palacios de la oligarquía.⁴²

Roque Sáenz Peña en el poder

Los últimos días del gobierno de Figueroa Alcorta son inquietantes: la ciudad hierva de rumores acerca de una inminente revolución radical. El barco en que viaja el Presidente electo se acerca a Buenos Aires. Sáenz Peña está alarmado. Sin embargo, el radicalismo no está preparando ninguna revolución. Su caudillo, retomando viejos ardides, cambia de domicilio, celebra misteriosas conferencias, finge conspirar. Acompañado de su amigo Ramos Mejía, el nuevo Presidente arriba en su nave de guerra, con los cañones dispuestos. Un batallón de caballería lo escolta hasta su domicilio, como en una ciudad sitiada. Con el empleo de tales artes, Yrigoyen arruina el recibimiento triunfal a Sáenz Peña y lleva definitivamente a su espíritu la convicción que ya comparten los hombres más claros del círculo gobernante.

El primer paso de Sáenz Peña es promover una reunión con Yrigoyen. Por intermedio del diputado Manuel Paz, Ramón Cárcano sugiere la necesidad de aproximar el Presidente electo a Yrigoyen, caudillo del radicalismo. El diputado Paz es amigo íntimo de ambos personajes. Para aceptar, Yrigoyen exige un secreto absoluto. Las entrevistas se realizan en el piso bajo de la casa particular del invitante, en la calle Viamonte entre Paseo de Julio y 25 de Mayo. Al intentar retirarse el doctor Paz de la sala, Sáenz Peña le detiene.

–Usted, que es el iniciador de este grato encuentro, también debe hallarse presente. Será testigo y juez y también secretario de actas.

Conversan familiarmente.

–He aceptado –dice Sáenz Peña– la iniciativa de nuestro común amigo, el doctor Paz de conversar con el jefe del partido radical, mi viejo amigo personal, con agrado y esperanza. No necesito expresar que vengo a presidir el gobierno de mi país, únicamente para servirlo. Mi primer deber es asegurar el ejercicio libre y honesto de todos los derechos prometidos por la Constitución, y el orden indispensable y sagrado para garantizar el trabajo y prosperidad de la República. Emplearé todos los medios legítimos a mi alcance, cumpliendo deberes y ejercitando facultades que reputo inalienables.

–El Partido Radical –responde Yrigoyen– recurre a la revolución porque encuentra cerrado el camino del comicio. Nosotros sostenemos la Constitución y por eso somos revolucionarios.

–La Constitución –interrumpe el presidente– no se sostiene sembrando la anarquía, sino mejorando las malas costumbres de gobiernos y pueblos y creando la conciencia del deber.

–Si el gobierno nos da las garantías, concurriremos a las urnas⁴³.

Sáenz Peña rechaza el pedido de Yrigoyen de intervenir todas las provincias, pero acepta la adopción del padrón militar para aplicarse en las futuras elecciones. La conversación ha durado dos horas. Sáenz Peña se compromete a adoptar la reforma de la ley electoral como tarea fundamental de su gobierno. Yrigoyen, a su vez, asume el compromiso de que realizados estos hechos, el partido radical saldrá de su abstención y concurrirá a los comicios. La iniciativa de firmar un acta

del acuerdo celebrado por ambos no prospera, puesto que ni Sáenz Peña puede firmar un compromiso sobre leyes que solamente puede aprobar el Congreso, ni Yrigoyen suscribir un compromiso a espaldas de su Partido y sus fuerzas dirigentes. Se conviene en un «pacto de caballeros»⁴⁴.

En la segunda entrevista, Sáenz Peña ofrece a Yrigoyen dos ministerios en su gabinete; el caudillo radical los rechaza: solamente pide garantías para votar libremente en las urnas. Luego, en una conversación privada del Presidente con el diputado Paz, Sáenz Peña le expresa con asombro que a su juicio se trata de un gran error de Hipólito.

«Los radicales podrían tomar el gobierno por asalto –le dice–, un golpe de mano que siempre han intentado, pero es muy difícil en comicios libres. El Partido Autonomista Nacional, que es una tradición y fuerza histórica, domina sin discrepancias en todo el país...»⁴⁵. Era Yrigoyen quien estaba en lo cierto.

Aún en medio de los mayores desfallecimientos, Yrigoyen mantiene en su partido el espíritu revolucionario, especialmente en los centros militares. La plaza pública, el partido popular y el voto secreto, aparecen con Sáenz Peña, siendo el Presidente el primer sorprendido de sus resultados»⁴⁶.

El viejo Partido Autonomista Nacional se había atrofiado en sus sectores de derecha, transformándose en Partido Conservador, y sus corrientes populares, fusionadas con la nueva pequeña burguesía descendiente de la inmigración, transformábanse en la gran mayoría electoral del país, nucleadas alrededor de las banderas del radicalismo. La historia no se había interrumpido. Proseguía su curso en un plano más alto.

No debía ignorarlo Sáenz Peña, que procedía de una vieja familia federal de Buenos Aires. Se recordará que había militado en su juventud en el Partido alsinista, donde conoció a Yrigoyen, a Pellegrini y a Leandro Alem. Roque era la promesa más elocuente del autonomismo cuando se abrió paso su candidatura en 1892; pero Roca le arrebató el triunfo dentro de su partido, levantando el nombre del propio padre del joven candidato, Don Luis Sáenz Peña. Muerto Pellegrini, Sáenz Peña fue el personaje de mayor influencia entre los sobrevivientes del viejo Partido Nacional, los llamados «modernistas», que pretendían una renovación del autonomismo contra Roca y su gastada hegemonía. Sin embargo, la historia venía a demostrar que aquellas corrientes estaban agotadas. Figueroa Alcorta y Sáenz Peña se constituyeron en los eslabones de transición hacia una época que prescindiría de ellos.

Los juaristas hacen la Ley Sáenz Peña

Las clases dominantes, a través de sus políticos más agudos –Figuroa, Sáenz Peña, De la Plaza– cedieron para no provocar un choque frontal: con el viejo régimen y el yrigoyenismo se enfrentaban dos clases; era peligroso para los jefes de ambas buscar un choque decisivo capaz de desatar fuerzas incontenibles. En la prosperidad de la factoría no luchaban los Borbones y la Montaña.

Históricamente, no era un fenómeno nuevo. Los terratenientes militares de Prusia evitaron una revolución burguesa, haciéndola ellos desde el poder. Por la vía de una evolución gradual, a la inglesa o a la alemana, los «modernistas» del régimen disolvieron la amenaza revolucionaria y, en cierto modo, integraron a los revolucionarios al sistema. No fueron los «conservadores» que hoy conocemos quienes desbrozaron el camino al radicalismo: fueron los pellegrinistas, enemigos del «petiso orejudo» bonaerense, y los juaristas de Córdoba, que conservaron arraigo popular hasta mucho después, los que prepararon la Ley Sáenz Peña.

Con el alma temblando de horror, los historiadores radicales podrían añadir esta página inesperada a la historia rosa del yrigoyenismo.

El Presidente Figuroa Alcorta había pedido a su Ministro Ramos Mejía, amigo personal de Sáenz Peña, que se desempeñaba como diplomático en Roma, le ofreciera en nombre de sus amigos políticos la candidatura a Presidente. Ramos Mejía escribió al candidato oficial:

Es necesario concluir de una vez con estas convulsiones y revoluciones que perturban el normal desarrollo del país, y la única solución que yo veo es que haya elecciones de verdad, para lo cual es indispensable la sanción de una ley que garantice a todos la libertad del sufragio y seguramente en el caso de ser presidente, tú elegirás para ministro del Interior al doctor Indalecio Gómez, nuestro ministro en Berlín⁴⁷.

La alteración sustancial que sufría la vieja sociedad criolla con la incorporación definitiva al país de tres millones de inmigrantes e hijos de inmigrantes, creaba nuevos puntos de partida para la política argentina. Solamente Yrigoyen y el radicalismo estaban en condiciones de canalizar los nuevos sectores. La famosa Ley electoral que lleva su nombre obedeció a la sutil percepción de Sáenz Peña de los peligros que podía correr el país en caso de que las grandes masas descendientes de la inmigración no se encontraran representadas en la estructura

política del Estado. En un telegrama al Gobernador de Córdoba, Don Félix T. Garzón, Sáenz Peña dirá: «Una década más y los argentinos vamos a ser minoría, y ¿qué asimilación ha de esperarse si los de adentro se sienten tan extranjeros como los de afuera y desdeñan como aquéllos el ejercicio de la soberanía?»⁴⁸ Aprobando las ideas del Presidente, Cárcano le escribe a Sáenz Peña:

*El programa presidencial de devolver al país la libertad de sufragio, lanzado en el seno de gobiernos opresores es un pensamiento revolucionario*⁴⁹.

El criterio que inspirará la ley electoral es el de incorporar a las nuevas clases medias nacidas de la inmigración y del desenvolvimiento económico de las provincias a la representación política. Había que concluir con las amenazas revolucionarias del radicalismo, amansarlo a Yrigoyen e institucionalizar los derechos políticos de la mayoría del país con el reaseguro de los «tres poderes». Sáenz Peña estaba persuadido de que el triunfo del radicalismo implicaba una transmisión de poderes de una clase social a otra. Pero también le resultaba evidente que la estructura económica y social de la república agraria, ganadera y exportadora no iba a ser alterada por la presencia del radicalismo en la Casa de Gobierno.

La razón era muy simple. La pequeña burguesía radical y el propio Yrigoyen encontraban su base social de sustentación en esa misma estructura agraria. No aspiraba a sustituirla sino a introducirle reformas democráticas.

El Presidente que se disponía a crear los instrumentos jurídicos para el ejercicio de la soberanía popular tenía a su vez rasgos muy particulares. Instaló su residencia en la Casa de Gobierno y procedió a refaccionar, decorar y amueblar convenientemente su interior vistiendo a su numerosa servidumbre con librea a la francesa: calzón corto, zapatos con hebillas de plata y cordones negros.⁵⁰

Buenos Aires no recordaba haber presenciado nunca bailes y recepciones tan suntuosas como las ofrecidas por Sáenz Peña para los visitantes distinguidos. Acusado de faltar a los principios de la «sobriedad republicana», se respondía en las esferas oficiales que a pesar de ser Sáenz Peña un hombre de vida modesta, pretendía infundir al primer magistrado el boato requerido por la majestad de su cargo.

Este decorativismo no impedía que Sáenz Peña demostrara su energía.

En el curso de 1911 envía al Congreso tres proyectos. El primero proponía el enrolamiento general de ciudadanos y la confección de un nuevo padrón electoral,

esto es el padrón militar, de acuerdo al pedido de Yrigoyen. El segundo proyecto de ley entregaba

*al Poder Judicial Federal, independiente de influencias partidarias, la confección del padrón, la designación de los funcionarios que debían preparar, organizar y realizar las elecciones*⁵¹.

En cuanto al tercer proyecto, tendía a modificar de modo completo el régimen electoral vigente hasta ese momento. Se planteaba en dicho proyecto la lista incompleta, con la representación automática de la minoría y el voto obligatorio y secreto⁵².

Esos tres proyectos implicaban una transformación revolucionaria del régimen electoral argentino hasta ese entonces vigente. Por lo demás el Presidente era partidario de la lista completa, vale decir de que el partido triunfante en una elección acumulase todas las representaciones. Pero cedió ante las recomendaciones de Yrigoyen y propuso la lista incompleta, pues abrigaba la convicción de que el Partido Autonomista Nacional, pese a todo, era el partido mayoritario del país⁵³. Concebía al radicalismo de Yrigoyen como una minoría a la que la evolución del país obligaba a otorgarle representación. Es fácil imaginar su sorpresa cuando las primeras elecciones provinciales en Santa Fe, de 1912, dieron el triunfo al radicalismo.

Fue su Ministro del Interior el salteño Indalecio Gómez, quien defendió los proyectos ante una Cámara perpleja. El doctor Gómez había nacido en Salta, estudiado en Chuquisaca, vivido en Berlín. Era un católico liberal que en su momento se opuso a las reformas laicas del roquismo. Defendió las leyes proyectadas por Sáenz Peña con la elocuencia de los hombres del antiguo régimen que habían logrado hacer del Parlamento argentino, antes de la llegada de socialistas y radicales, como observó Jean Jaurés, «un lugar de gentes bien educadas que no gustan contradecirse». Se recordará a este propósito, con irónico orgullo, los pulcros modales parlamentarios de Don Bernardo de Irigoyen, que en el colmo de su irritación ante los argumentos de un adversario ocasional, le había lanzado en la Cámara su rotunda disidencia: «El Señor Senador me ha de permitir que no comparta con igual calor sus opiniones».⁵⁴ Era su «máximun» polémico.

Notable era por esta circunstancia la posición que asumían en ese momento el doctor Gómez y su amigo Sáenz Peña: no ignoraban que sus proyectos iban a modificar de arriba a abajo la composición de las Cámaras, de los gobiernos

provinciales y quizá del gobierno nacional, de las costumbres, del lenguaje, del estilo y, quién sabe, hasta de los intereses.

Vio los nuevos tiempos que llegaban, la creciente riqueza creando otro estado de cultura que se extendía a nuevas capas. Las universidades y las escuelas lanzaban cuantiosas emisiones de jóvenes capaces. Por todas partes se percibía la tradición de recién llegados, que buscaron su nivel social y político, exigiendo un ensanche de la minoría gobernante. Desde ese momento la revolución era inevitable, por la ley o la violencia. Se tendió el puente y por allí pasó el pueblo con la fuerza de las cosas fatales⁵⁵.

Indalecio Gómez describe en las Cámaras el espectáculo electoral del país. Algunos diputados se sienten afectados por los vivos colores con que el ministro alude a las prácticas viciosas de los comicios. El diputado por Córdoba, Gaspar Ferrer, replica: «No puede hablar de descomposición política el gobierno que se ha constituido no hace aún un año con esos mismos elementos»⁵⁶.

La oligarquía contra Sáenz Peña

El diario «La Prensa» inicia una campaña feroz contra Sáenz Peña y su ministro del interior: el afamado «Mamut» del periodismo comercial combate la reforma electoral y juzga el discurso ministerial en los siguientes términos «Fue inferior a todos los oradores por sus verdades, retóricas y sofismas»⁵⁷.

Ante la Cámara, Indalecio Gómez repetía con su voz suave:

Movidos los partidos en esa forma hemos tenido los comicios sangrientos, en los tiempos en que el pueblo todavía tenía interés para ir a los comicios. El horror al comicio sangriento en las ciudades hizo que se renunciara a él; pero tuvimos la escaramuza de la víspera, cerca de los atrios o en los alrededores de las ciudades para que no concurrieran los adversarios a votar. Estos modos resultaron también brutales: la conciencia pública los repudió, y entonces vinieron las maniobras fraudulentas en los comicios; luego estas mismas fueron sustituidas por la venalidad. Después, estos

mismos sistemas repudiados y condenados, fueron apartándose, y ha quedado, en cambio, algo peor que todo esto: ha quedado 'el actual estado de cosas'⁵⁸.

Algunos diputados interpelan al ministro por haber éste empleado el vocablo «mefítico» y «putrefacto» para designar el ambiente político. El doctor Gómez responde con perfecta urbanidad:

Puse, es cierto, la palabra putrefacto, Si en el momento de decirlo hubiera podido suprimirla, lo habría hecho... Cuando la encontré en la prueba taquigráfica creí que correspondía a mi cultura y urbanidad suprimirla. Y si por esa sola palabra algún oído en la Cámara se ha sentido ofendido, pido que me disculpe. Más me cuesta, señores, a mí haber usado tal palabra que pedir excusas por haber hecho uso de ella (¡Muy bien! ¡Muy bien!, aplausos)⁵⁹.

Estos modales caballerescos en el viejo Congreso estaban de acuerdo con el refinamiento auditivo de los parlamentarios elegidos por la máquina del fraude. De la charca putrefacta del dolo electoral no querían oír ni hablar; preferían borrarla de la versión taquigráfica más bien que del comicio.

Un diputado saenzpeñista, el señor Estrada, le hace un flaco servicio a la tesis del ministro interpelado: al atacar el sistema de circunscripción defendido por los parlamentarios conservadores dice lo siguiente:

Por el sistema de la circunscripción, en una elección de concejales, un vendedor de preservativos y de remedios contra enfermedades ocultas, había derrotado a Domingo Faustino Sarmiento en la parroquia de San Nicolás... ¡A Sarmiento, que había preservado al país de la barbarie y le había inyectado la quinta esencia de su genio! (¡Muy bien! ¡Muy bien!)⁶⁰.

La discusión se prolonga:

Se discute cada palabra del proyecto: si el cuarto oscuro debe o no tener luz, cómo funciona la puerta, si en la Libreta Cívica hay lugar para escribir la palabra VOTO y si la mesa del comicio es una

«mesa receptora» o una «mesa constituida»; si deben o no votar los analfabetos⁶¹.

La lucha en el Senado es más breve y concluye como en Diputados con una sanción por amplia mayoría. La reforma electoral de Sáenz Peña arruina a Ganghi y sus colegas. En 1912, al advertir que un candidato a diputado por la Capital custodiaba en su oficina una caja de hierro donde guardaba numerosas libretas cívicas le dice proféticamente:

–Mirá, ché, hico la libretas no te sirven para nada, boscate la popolaredá por cualquiere medie que podás⁶².

Si Yrigoyen triunfaría en los comicios libres, veinte años después se abriría la época de la década infame con el comicio delincuente.

Medio siglo más tarde habrá disposiciones. proscriptivas para las mayorías argentinas, sin respaldo de ley alguna⁶³.

Junto a los Ganghis que ya no podrían comercializar libretas cívicas subsistían los caudillos parroquiales del viejo estilo que representaban en la Cámara los elementos plebeyos de la máquina roquista. Entre ellos, don Pedro Cernadas, con su galera cuadrada y botas de montar bajo los pantalones, sus ciento diez kilos de peso («excluido el revólver que abulta su cadera, del lado derecho»).⁶⁴ Don Pedro es caudillo de Balvanera y diputado nacional. De él fluyen camas de hospital, empleos de cartero o vigilante, libertades condicionales o «pensiones a las bisnietas del trompa de órdenes de un capitán de la Guerra del Paraguay». ⁶⁵ Ultimo eslabón del viejo régimen, don Pedro Cernadas es, asimismo, el primero de la nueva época de los caudillos urbanos que harán su oficio en la política criolla de prestación personal.

Las elecciones de 1912

La puesta en práctica de la Ley Sáenz Peña produjo su primera conmoción y asombró a todo el país. Intervenida la Provincia de Santa Fe por el Gobierno Nacional, será de hecho un representante personal de Sáenz Peña quien vigile el funcionamiento de los comicios. Debía elegirse en esa Provincia, en consecuencia, a un nuevo Gobernador. Por primera vez Hipólito Yrigoyen sale al frente de

enormes multitudes; viaja a Santa Fe a hacerse cargo de la dirección de la campaña electoral. La fórmula radical de Santa Fe estaba integrada por los doctores Manuel Menchaca y Ricardo Caballero.

Aparecían como rivales del radicalismo los partidos de la llamada Coalición, representativos del antiguo régimen y en particular, la llamada Liga del Sur, a cuya cabeza se encontraba el doctor Lisandro de la Torre, antiguo admirador de Leandro Alem y enemigo mortal de Yrigoyen y de Roca.

La Liga del Sur encontraba su base de sustentación en la ciudad de Rosario; sostenida por la burguesía comercial rosarina, extendía su influencia por los departamentos políticos del sur de la provincia, poblados de chacareros de reciente origen inmigratorio. La tesis central de la Liga del Sur era postular la división de la provincia santafesina en dos, buscando en la ciudad de Rosario la capital de la nueva provincia. Social y políticamente representaba el conjunto de intereses de la pampa gringa que había encontrado un enorme desarrollo en el sur de la provincia. Su hostilidad política hacia el Norte se fundaba en el carácter ganadero y criollo de esa región y en la renovada oposición entre el «atraso criollo» y la «civilización europea».

Los diarios de la época en la provincia y los grandes diarios de la Capital Federal, incapaces siempre de percibir la realidad profunda del sentir popular, estuvieron al servicio de la Liga del Sur y de la Coalición. Según el sentir de la prensa grande, el radicalismo no tenía perspectivas de éxito; no podía concebirse, afirmaban los sesudos editorialistas, que un partido político que había permanecido casi veinte años en la abstención y después del 4 de febrero de 1905 perdiera casi todos sus jefes, fuera capaz de disputar con éxito la victoria a las grandes figuras políticas en el Norte de la Provincia, y menos en el Sur a la plutocracia rosarina, a los fuertes comerciantes de la campaña, a los colonos italianos y a sus hijos enrolados en masa en la Liga del Sur, que les prometía dividir la provincia, dejando el atraso criollo más allá del río Salado, mientras el progresista y civilizado Sur sería gobernado por ellos⁶⁶.

Ante la inminencia de las elecciones, la Liga del Sur abrió oficinas no partidarias en la ciudad de Rosario y en algunos departamentos del Sur de la Provincia. Se proponía nacionalizar extranjeros de cualquier origen y ampliar su base electoral. «Se dio el caso visible de un grupo de hindúes que accidentalmente había quedado

en el Puerto de Rosario, a cuyos componentes se les obtuvo carta de ciudadanía. Este grupo desfiló algunas veces, con su característica indumentaria en las manifestaciones de la Liga del Sur»⁶⁷.

¡E' viva Garibaldi!

Pintorescos incidentes se produjeron con motivo de estas elecciones en Santa Fe. La notoria composición extranjera de los desfiles que organizaba la Liga del Sur, antecesora del Partido Demócrata Progresista, indujo a algunos jóvenes radicales, que presenciaban dichas manifestaciones, a poner de relieve el carácter no argentino de los participantes. Un joven radical, sentado en el hueco de una ventana alta del Banco de la Nación, en pleno centro de Rosario, al desfilar la cabeza de la manifestación de Lisandro de la Torre gritó con potente voz, imitando el acento italiano: «¡E' viva Garibaldi! ¡E' viva Italia!».⁶⁸ La reacción fue instantánea: la inmensa columna se detuvo y coreó durante algunos minutos, con gran emoción ese grito que interpretó como lanzado por un connacional. Fueron inútiles los esfuerzos de los dirigentes de la Liga del Sur para intentar seguir adelante con el desfile. Durante unos largos instantes sus partidarios extranjeros siguieron conmovidos por ese grito que despertaba su patriotismo italiano.

La fórmula Menchaca-Caballero, obtuvo 25.000 sufragios y 34 electores. La Coalición recibió 20.000 votos y la Liga del Sur 17.500. En la Capital Federal los radicales obtienen la mayoría y los socialistas la minoría. Los resultados sorprenden a los hombres del régimen. El voto venal había seguido funcionando, pero sin resultado. En los comités conservadores, inmediatamente después de la elección, se ve a Tomás de Anchorena preguntar uno por uno a los votantes:

–*Votaste bien, m' hijito?*

–*Sí, doctor –era la respuesta obligada.*

–*Bueno, tomá diez pesos...* ⁶⁹.

El pobrerió aceptaba los diez pesos de los conservadores y votaba por los radicales.

Es una traición, una canallesca deslealtad...le oigo decir al diputado doctor Pedro Luro, rojo de ira y gangoso como siempre

por culpa de su abultado apéndice nasal. Es la inconsecuencia de los ciudadanos que paladearon los vinos y manjares conservadores... y el postre lo tomaron con los adversarios. Hay en esto un doble encanto: burlar a los viejos burladores y complacer a la novia del corazón: Hipólito Yrigoyen⁷⁰.

Fue en vano. El vino y las empanadas ya no daban resultados en el cuarto oscuro. La resuelta decisión de Roque Sáenz Peña de abrir el camino al radicalismo, aplicando la nueva ley electoral, despertaba un inocultable encono en la prensa oligárquica porteña. El 5 de mayo escribía «La Nación»:

Si el Partido Radical fuera una fuerza política efectiva, si su acción eficiente se hubiera transparentado, si estuvieran a la vista sus medios de acción y su capital electoral resultaría todavía excesiva la actitud adoptada frente al gobierno... y ni aun ése es el caso de los radicales. Permanecen en la abstención desde hace largos años. No pesan en forma alguna en la solución de los diferentes problemas que interesan al país. Por eso se ha dicho que más que una política, han adoptado un temperamento. Y hoy ofrecen abandonarlo, pero a muy alto precio.

En Córdoba, en Salta y en Tucumán, triunfan los amigos de Sáenz Peña: Ramón Cárcano, Robustiano Patrón Costas, el doctor Ernesto Padilla, estos dos últimos vinculados a las grandes empresas azucareras. El triunfo de Cárcano en Córdoba es una manifestación de la fuerza tradicional del partido juarista en esa provincia, iniciador del movimiento liberal que dio grandes progresos económicos a la Provincia. La campaña de Cárcano tampoco fue muy fácil de conducir:

La pastoral del vicario Clara censurando veinte años antes mis ideas jurídicas y sociales, se lee y comenta con términos ofensivos en todos los atrios; reaparecen las calumnias y atrocidades del 90 y me inventan otras nuevas; en la estación Laspiur me disparan un revólver a pocos metros; en la ventana de la habitación donde vivo, en casa del doctor Rueda, se descubre una bomba con fuerte carga de dinamita; en 'Ana María' una noche hacen fuego sobre el coche que yo mismo dirijo; en Bell Ville disparan sobre una manifestación pública que yo encabezo, hiriendo a varios amigos; en

Arroyito descarrilan el tren que me conduce; recibo numerosos anónimos amenazándome de muerte y muchos vienen de Buenos Aires... La campaña política se convierte en una explosión de odios y difamación personales. A todos los actos se les imprime la mayor agresividad. Se procura interesar o intimidar a la gente⁷¹.

A diferencia de otras provincias, parte de los elementos criollos sigue al viejo partido juarista mientras que los sectores inmigratorios nuevos del sur de la provincia de Córdoba acompañan al radicalismo, aunque se revelan incapaces de triunfar en este comicio. En Salta, el viejo aparato oligárquico inventa todo género de argucias técnicas para imponer a Patrón Costas. Las aprensiones iniciales de Yrigoyen resultan justificadas con el triunfo del señor feudal, que es al mismo tiempo un poderoso industrial. En declaraciones que formula a «La Prensa», Patrón Costas dibuja sin proponérselo un ajustado retrato psicológico de sí mismo:

El voto público permite su calificación, pues los empleados siguen las tendencias del patrón, los colonos la del profesional, y así sucesivamente; y de este modo tiene en la elección el afincado y el intelectual una representación que es de hecho proporcional al valor de sus intereses y a la importancia de sus conocimientos y cultura⁷².

De todos modos el triunfo del radicalismo en el país demostraba que aparecía en escena un gran partido nacional. Como un ejemplo del poder absorbente del radicalismo hacia las viejas tendencias nacionales del Interior, cabe indicar que el famoso Padre Brochero, el cura gaucho de Córdoba, amigo personal y adicto político de Juárez Celman desde los viejos tiempos, expresa su simpatía en la campaña por el radicalismo, poco antes de morir enfermo de lepra. También de origen juarista había sido el gran caudillo de Mendoza, don José Néstor Lencinas, a su vez amigo personal del ingeniero Emilio Civit, roquista, cuyas fuerzas se volcarían en apoyo de Lencinas, despertando la indignación de la prensa oligárquica.⁷³

Dardo Olgún escribe:

Comparando los resultados de las elecciones de 1913 y 1916, se advertía el vuelco de la masa de los concentrados civitistas hacia el radicalismo.

Se trata de otro testimonio importante sobre las conexiones entre roquismo y radicalismo. Civit, el antiguo ministro del general Roca y dirigente roquista de Mendoza, llamaba a los amigos de Lencinas «mis radicales», risueñamente. Agrega el mismo autor:

A medida que pasa el tiempo y se ven los acontecimientos en perspectiva, se torna más clara la decisión de Roca al abandonar la vida pública, de dejar como sucesor de su política al Partido Radical. También se hace visible la colaboración circunstancial que el radicalismo prestó al roquismo en diversas oportunidades. Esta es una afirmación que sin duda se aclarará cuando se abran los archivos de los protagonistas de los hechos, y se estudien estas cosas a fondo. Mientras tanto, algunos acontecimientos nos afianzan en esa opinión: recuérdese que en 1880 Yrigoyen era diputado roquista; que en 1892 se le acusó de sabotear la revolución contra el roquismo; su decisión de oponerse a la política de las paralelas en 1898 y la disolución del comité radical de la provincia de Buenos Aires, que facilitó el triunfo de Roca y su segunda presidencia; que el estallido de la revolución del año 1905 se dilató hasta que Roca dejara la presidencia y asumiera el poder Quintana; que al ausentarse a Europa y abandonar la política, Roca aconsejó a sus parciales, entre otros al general Richieri, su ex ministro de guerra, que apoyara al radicalismo.

Y si «La Nación» pretendía desmentir a los hechos mismos, negando influencia al radicalismo en el país, con motivo de las elecciones reveladoras de 1912, un incisivo diputado incorporado a la Cámara por esos comicios, negaría al radicalismo toda influencia en la sanción de la reforma electoral, así como señalaría involuntariamente las diferencias esenciales entre Alem e Yrigoyen. Lisandro de la Torre, jefe de la Liga del Sur, dirá lo siguiente:

El partido Radical podrá hacerse la ilusión, exaltado ayer por sus oradores, de creer que la rehabilitación del sufragio se debe a la presión de sus amenazas y de su abstención. Es un error incomprendible. La abstención del partido Radical, que lo había conducido a no pesar absolutamente en la vida del país, es posterior a la muerte del doctor Alem, que no la proclamó jamás^{7A}.

De la Torre añadía:

Puedo afirmar con conocimiento de causa que el fracaso del 4 de febrero había hecho imposible la repetición de tentativas análogas, de ese camino sin salida vino a sacar al partido Radical la actitud del señor Presidente de la República, actitud complaciente en exceso, no siempre justificada ni explicable, pero que ni la Honorable Cámara ni el país han de admitir que se atribuya a sugerencias del temor⁷⁵

El futuro conductor demócrata progresista mostraba así un aspecto desconocido de su concepción «democrática». Al poner en duda la legitimidad y conveniencia de la Ley Sáenz Peña, atribuyéndola a las «complacencias» del Presidente para con el radicalismo, se alineaba con la crítica conservadora a la ley. Lo escuchaba en silencio con sus largas piernas cruzadas en la flamante banca, el diputado yrigoyenista Marcelo de Alvear. Recién llegaba de París y era, desde unos pocos días antes, Presidente del Jockey Club.

El grito de Alcorta

En 1912, en el pueblo santafesino de Alcorta, daba comienzo un movimiento de sindicalización agraria que tendría importancia decisiva en el campo argentino.

«El Grito de Alcorta», que se extendió rápidamente por toda la provincia de Santa Fe, Córdoba, Buenos Aires, Entre Ríos y La Pampa, debe insertarse legítimamente, en el proceso de ascenso de esas nuevas clases sociales que políticamente encarnará el radicalismo de Yrigoyen y que culturalmente se expresarán en la Reforma Universitaria de 1918.

Toda la estructura de la economía agrícola argentina había sido fundada por la necesidad expansiva del capital británico; sus dos instrumentos fueron la red ferroviaria del Litoral y la importación de mano de obra europea para la producción agrícola capitalista. Pero el capital ferroviario británico no sólo subordinó el conjunto del país a la exportación de granos y carnes, sino que, subsidiariamente, se convirtió en un especulador de tierras. Tan sólo el Ferrocarril Central Argentino era propietario de 160 leguas de tierra que le obsequiara la presidencia de Mitre en 1863; hacía el papel de explotador de colonias con arrendatarios, fraccionaba

y vendía terrenos.⁷⁶ El distinto criterio tarifario del ferrocarril con respecto al ganado y a la agricultura lo indican los siguientes fletes:

En el transporte desde General Lavalle, Ferrocarril Pacífico, el trigo pagaba 24,57% sobre el valor del producto transportado; el lino 16%, la avena el 32% y los novillos el 6,2%⁷⁷.

Los fletes marítimos, en manos del capital extranjero, constituían una nueva forma de exacción a los productores agrarios. Ya con motivo de la guerra anglo-boer los fletes marítimos

subieron repentinamente lesionando los intereses de los exportadores y desvalorizando los cereales argentinos... se trataba de que dicha guerra fuera costeadada por otros países⁷⁸.

En la bella época, los agricultores de la llamada «pampa gringa» habían seguido las oscilaciones de una exportación siempre en ascenso y se habían beneficiado parcialmente de ella.

Si bien habían llegado ya a ser dueños de sus útiles de trabajo, de sus animales de labor, de sus viviendas, etcétera, subsistía aún una traba para su ulterior desenvolvimiento. Esta traba consistía en el 'contrato' de formas feudalistas que lo sujetaba a la omnipotencia del terrateniente⁷⁹.

El desarrollo de la economía agrícola había engendrado la formación de un grupo social integrado, de un lado, por la pequeña burguesía comercial de los pueblos agrarios y los agricultores; y del otro, los agentes comerciales del monopolio exportador, las empresas de colonización, la clase terrateniente. El enfrentamiento de ambos sectores no podía demorarse. La crisis agraria de 1911, con la pérdida de la cosecha, precipitó el estallido. Ese es el origen del llamado Grito de Alcorta, que si ha engendrado una literatura agrarista de contornos épicos, sobrevalorando su carácter «revolucionario», sin duda constituyó la primera manifestación colectiva que puso en evidencia la constitución de una clase media agraria en la «pampa gringa».

A los saldos favorables del intercambio del país, sucedió en 1911 un saldo desfavorable que alcanzaba a la cifra de 62.702.734 pesos oro. Si la exportación de maíz llegaba en 1910 a la cantidad de 60.260.804 pesos oro, al año siguiente se reduciría a 2.766.597 pesos oro. Era evidente que a pesar de la óptima cosecha de 1912 los agricultores se verían impedidos de pagar las deudas atrasadas derivadas de la pérdida de la cosecha anterior. En enero de 1912 el maíz se cotizaba en plaza a \$11,35; en julio, había descendido a \$4,65. Estas cifras permiten tener una idea del grado de irritación que reinaba en toda la zona agrícola. En junio de 1912 en el pueblo de Alcorta, se constituyó la primera sociedad de lucha de los agricultores. Levantó las dos consignas fundamentales del movimiento: contrato libre y rebaja de los arrendamientos.

La lucha se prolongó desde 1912 hasta 1919, bajo la conducción de los hermanos Netri (dos sacerdotes y un abogado) y de un puñado de agricultores de origen socialista y anarquista, entre ellos el comerciante Bujarrabal y los agricultores Capdevila y Bulzani.⁸⁰

En pocos años el movimiento agrario obtuvo importantes conquistas. Lo favoreció la conclusión de la guerra y la expansión agrícola que sucede al armisticio. Todos los precios de los cereales vuelven a subir: el lino se cotiza a \$39 moneda nacional los cien kilos en agosto de 1919; el trigo llega a \$26,20 los cien kilos en mayo de 1920 y el maíz a \$11 los cien kilos en la misma fecha.⁸¹ Con esta ola de prosperidad, grandes sectores de agricultores que pagaban su arrendamiento en especie se transforman en arrendatarios que pagan su canon en dinero; otros adquieren la tierra que trabajan. El desarrollo capitalista típico de la economía agraria argentina se manifiesta con caracteres netos en este período.

Boglich formula la siguiente observación:

No debe creerse, por lo que antecede, que todos nuestros campesinos se han transformado en arrendatarios en dinero o en propietarios, ni que nuestra agricultura haya alcanzado un desarrollo capitalista completo y absoluto. Ni en la Argentina ni en ningún otro país del mundo es uniforme el desarrollo del campesinado hacia las formas capitalistas de producción, en razón de que la sociedad burguesa no ha abolido la propiedad feudal de la tierra, como ya lo hemos señalado en el capítulo anterior sino que la ha trasmutado en propiedad privada capitalista, lo cual le permite apropiarse del valor del supertrabajo del pequeño campesino sin necesidad de convertirlo en proletario puro. Pero sí podemos afirmar, sin temor de ser desmentidos, que en la Argentina se ha formado

*durante el período de la pasada guerra europea, y en el período de postguerra, hasta el año 1929, un campesino de tipo capitalista en su 70%, de arrendatarios acomodados y propietarios*⁸².

Fruto de este movimiento es la constitución de la Federación Agraria Argentina. Dirigida por los sectores más acomodados de agricultores de la «pampa gringa», defenderá desde entonces sus intereses específicos, marginando tajantemente y con un cerrado criterio de clase, a los jornaleros agrícolas, que constituyen la mano de obra decisiva de la economía agraria argentina. La pregonada «reforma agraria» que será luego bandera común de ciertos «radicales», demócratas progresistas y stalinistas, contemplará exclusivamente a la pequeña burguesía propietaria o arrendataria, ignorando al proletariado de la tierra.

La situación económica en vísperas de 1914

El profesor Pierre de Maroussem juzgaba en los siguientes términos a la Argentina de la bella época:

*Si Quesnay, el jefe de los fisiócratas, hubiese podido apartar el velo del porvenir, habría ciertamente mostrado a sus discípulos la realización más completa de sus doctrinas en la actual República Argentina. Pero la admiración de Quesnay hubiera sido contrabalanceada por un desengaño bastante vivo. Esta economía nacional, compuesta de estancieros superiores, es incompleta, si cabe decirlo. Ella se asienta sin duda sobre la más admirable base. Su coronamiento monetario es de los más sólidos: la relación de oro a la circulación fiduciaria es superior a la del Banco de Inglaterra. Pero en el intervalo ¡qué abismo abierto! Las lanas, las pieles, el trigo, la carne, el maíz, el lino, abandonan los estuarios y los puertos en cargamentos formidables. Los carbones, las máquinas, los artículos más diversos, aun los de alimentación, vuelven transformados dejando al extranjero los más evidentes beneficios. Bien más, este comercio de va y viene está en manos de extranjeros: ingleses, franceses, alemanes, yankees, italianos, españoles. Estamos en presencia de una provincia económica, de un fragmento de economías más fuertes... Esto no es la Nación independiente*⁸³.

El acierto de la observación estaba fuera de duda. Pero si la República fisiocrática de los propietarios rurales, como la soñaba Monsieur de Quesnay en tiempos de Luis XV, rebosaba de prosperidad en la Argentina del siglo XX, hacían su aparición nuevas clases sociales, gérmenes de un inquietante porvenir. Aparecían industrias y proletarios, pequeños talleres y artesanos y hasta grandes manufacturas. Los fisiócratas franceses llamaban a estas clases, en oposición al carácter productivo de las actividades rurales «clases estériles». Los fisiócratas argentinos, que poco se preocupaban de las doctrinas económicas, las juzgaban «industrias artificiales» y se oponían con todas sus fuerzas a su desarrollo y arraigo. Bajo la protección de las disposiciones aduaneras, sin embargo vigentes desde 1875, el desenvolvimiento de la industria argentina había proseguido firmemente.

En 1908 el país contaba con 32.000 establecimientos industriales, en los que trabajaban 329.500 obreros. El capital invertido llegaba a los \$727.590.000. Al comparar estas cifras con las de 1895, se advierte un aumento de más de 10.000 establecimientos, o sea alrededor de un 50%. De los 180.000 obreros de fines de siglo se pasaba al doble de dicha cifra. El capital invertido, por su parte, crecía en un 50%. Su rasgo distintivo era la predominancia de la industria artesanal, con un promedio por unidad industrial de 5 obreros y 2 HP de fuerza motriz. Este crecimiento industrial se vinculaba íntimamente a una labor complementaria de la actividad de los frigoríficos, molinos harineros, ferrocarriles y necesidades mecánicas del campo⁸⁴.

Poco antes de comenzar la primera guerra imperialista el número de establecimientos industriales había aumentado a 48.800 empresas, o sea un 50% de aumento con relación a 1908. Había 80.000 obreros más en la producción que cinco años antes. La fuerza motriz empleada en las fábricas y talleres se había triplicado. Aunque toda la economía del país giraba alrededor de su comercio exterior, la aparición de estas actividades parecía augurar futuros cambios. Los productos alimenticios marchaban a la cabeza en la producción industrial de la época. Sin embargo, el crecimiento industrial, a pesar de su relativa importancia, era inferior a la expansión del mercado interno, como lo demuestra el desarrollo de las importaciones en el mismo período, que pasaron de los \$95 millones de pesos oro en 1895 a los \$500 millones de pesos oro en 1913.

Los cultivos industriales eran incipientes. No se aprovechaba la lana, ni se explotaban las canteras nacionales. El combustible se importaba casi en su totalidad. Pero como la industria consumía un 75% de materias primas de origen nacional, estaba claro su carácter de transformadora inmediata de la producción agrícola-ganadera, o en otros términos, su naturaleza embrionaria: *las industrias manufactureras se hallan en dependencia absoluta respecto a las otras ramas*

de la economía nacional, dice Dorfman.⁸⁵ Por lo demás, Buenos Aires concentraba el 35% de la capacidad industrial de todo el país, reproduciendo en nuevos términos económicos la tradición absorbente de la región portuaria. La importancia del capital extranjero en la industria era perceptible ya en esa época, lo mismo que el grado de concentración financiera de las principales ramas de la industria, en particular aquellas vinculadas a la producción agropecuaria, como la industria de alimentación, o los servicios, como la energía eléctrica.⁸⁶ Un ejemplo característico de la orientación económica predominante lo ofrece el balance de pagos de 1912: por importaciones, \$384 millones pesos oro; por servicio de la deuda pública: 43 millones; por intereses y dividendos de los ferrocarriles: 49 millones; por intereses y dividendos de los restantes capitales extranjeros: 54 millones; por ahorros remitidos a sus países de origen por los inmigrantes: 43 millones. Ese año se exporta por valor de \$480 millones de pesos oro; queda un pasivo de \$228 millones⁸⁷.

La política ferroviaria inglesa cumplía ya todos sus planes. Además de enlazar el centro y el litoral en su malla, ligándola al Puerto de Buenos Aires y consolidando así la estructura exportadora del país, absorbía sin inversión de capital a las líneas estatales. En vísperas de la guerra mundial se detiene la expansión de las líneas ferroviarias. El conjunto de la economía exportadora queda esencialmente subordinada a Gran Bretaña. Los honrados caballeros residentes en los directorios londinenses de los ferrocarriles, emplean su tiempo en «aguar» los capitales en la Argentina, para ocultar sus ganancias. Los ferrocarriles ingleses comienzan a arrojar «pérdidas». Sólo el Ferrocarril Central Córdoba, desde 1908 hasta 1914, aumenta misteriosamente su capital en \$43 millones de pesos⁸⁸.

Los fisiócratas vivían en el mejor de los mundos posibles.

La pérdida de la tradición histórica argentina

El país exportador dibujaba una nueva sociedad banal y presuntuosa. Se perdía rápidamente la tradición de la guerra de fronteras y de los poetas que la cantaron. El Teniente Coronel Prado vagaba por las redacciones porteñas. Antiguo soldado rebosante de anécdotas pintorescas, Roberto Payró lo instará a que escriba sus recuerdos. Así habrán de nacer los dos libros capitales de la literatura del Desierto. Los oficiales arruinados dejaban familias que mendigaban pensiones: Gregorio de Laferrere trazará el cuadro, entre risas y lágrimas, en «Las de Barranco». Los héroes de Fray Mocho desaparecían

para siempre o ingresaban a una sociedad estable, sórdida y segura. Eduardo Wilde, antes de morir, escribía desde Europa epigramas melancólicos. La generación literaria que nacía no le daba importancia a la prosa de Mansilla. Suponía, como lo harán los semicultos posteriores, que Mansilla estaba aquejado de «galicismos» y que el soldado audaz de los Ranqueles no había sido más que un amable vividor.

A medida que la exportación crecía y la Argentina se europeizaba, el interés por los escritores nacionales decaía. Cuando Lugones vende en pocas semanas un par de centenares de ejemplares de «Los crepúsculos del Jardín», o de «La Guerra Gaucha», el asombro es general. La clase pudiente encargaba sus trajes a medida en Europa; la escasa literatura que consumía también venía a medida. La pequeña burguesía aún no constituía un mercado para el escritor argentino. En 1905 la publicación de «Stella», la novela de César Duayen, causa sensación. Favorecida por un artículo encomiástico publicado en «La Nación», apareció a los pocos días en la vidriera de la librería de los hermanos Moen, en la calle Florida, un cartelito que decía:

Agotada la primera edición de 1.000 ejemplares». En cambio, «por regla general, los diez ejemplares del poeta novel no tentaban a un solo comprador. Se aseguraba que hubo casos en que en la soledad propicia del sótano tuvieron cría⁸⁹.

El escritor Santiago Rusiñol visitaba el país y no ocultaba su asombro ante el estado de las letras:

No hemos visto ningún país de todos los que conocemos, en que los artistas y los poetas alejen más el espíritu de su tierra natal. Por cada escritor que vaya vestido con las tradiciones de la pampa hay cientos que viven con Verlaine, con Baudelaire, con el señor Pelletan, con D'Annunzio, con los decadentes, y sueñan desde su rancho con el Maxim's o con el Ratmort; por cada pintor que pinte el Paraná, hay veinte que pintan el Sena y las vivas aguas de su río las destiñen con aguas muertas; y por cada autor dramático que arranque la vida de su pueblo, cincuenta la arrancan de otros dramas y se ven Guignoles y se ven Ibsens, enfriando el fuego de la tierra; como Verbenas y Revoltosas contrarrimando las danzas tristes de estas llanuras desoladas⁹⁰.

La sociedad argentina, gorda y aldeana, ignoraba a sus artistas. Muchos de ellos emigraban a Europa, y observaban amargamente a la patria convertida en factoría. Florencio Sánchez triunfaba en el teatro tan sólo para morir poco después, cuando el hambre había hecho su obra. La oligarquía transformaba a los poetas en funcionarios públicos o en periodistas alquilados y sometidos. Los grandes talentos de provincia morían olvidados o capitulaban en Buenos Aires, bajo la férula de «La Nación».

Los cambios sísmicos del país, operados por la introducción de tres millones de extranjeros en edad adulta y la conversión económica hacia un gran puerto exportador e importador, rompían los vínculos que unían a la antigua sociedad criolla con la historia de la guerra civil y la Conquista del Desierto. Al poblarse el Litoral urbano y el Litoral rural con extranjeros desvinculados de esas luchas, se quiebra así la continuidad de la tradición oral, donde se resumen los azares comunes que constituyen la memoria histórica colectiva de un pueblo. Los hijos y nietos de los inmigrantes, definitivamente arraigados ya al suelo argentino, sólo podrán aprender en las escuelas y en los institutos de enseñanza la historia supuesta narrada por los vencedores de Pavón y que no podrían rectificar ni Roca ni Yrigoyen en la tiranía de los textos oficiales.

De este modo, gran parte de la Argentina Nueva de 1910 se incorporaba a la vida nacional aprendiendo el pasado argentino en la versión falsificada por Mitre y sus secuaces. La hegemonía positivista educará a los argentinos nuevos en el desprecio hacia el criollo. La antítesis monstruosa de «civilización» o «barbarie» echará hondas raíces. Flotará desde entonces como una certidumbre la sospecha hacia las provincias y la evidencia del papel formativo de Buenos Aires y su Puerto. El desdén europeo hacia los caudillos y las masas será parte de la ideología oficial. Reinará el mito lucrativo del capital extranjero y su papel modernizante.

La nomenclatura de las calles, la erección de monumentos, las efemérides escolares, serán equivalentes a la reiteración sistemática de la gran prensa venal sobre una historia mitificada. La introducción de los textos adulterados en los tres estadios de la enseñanza, llevarán a las provincias la fórmula única, impuesta por la Capital. Así podrá elevarse una estatua al Coronel Manuel Dorrego, fusilado por la conspiración unitaria, en las calles Viamonte y Suipacha, de la Capital Federal. Nadie podrá asombrarse cuando se lea la inscripción que aún perdura:

Combatió al caudillismo separatista y anárquico; salvó a Buenos Aires, de los embates de la anarquía; legislador, publicista, gobernador legal de Buenos Aires, encargado del Poder Ejecutivo

nacional; paz con el Brasil; fundador de la nacionalidad uruguay⁹¹.

David Peña, el joven amigo de la ancianidad de Alberdi, aquel que se atrevía en 1903 a reivindicar a Juan Facundo Quiroga en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, gran orador y escritor, criollo de otros tiempos, es un fracasado. Muere pobre y sin resonancia. Igual destino sigue Ingenieros. Ugarte vive exiliado. Lugones sobrevive amansado, aunque relámpagos de furor le estremecen durante muchos años. De José Hernández no se acuerda nadie. Impera en la crítica Paul Groussac, que se burla de Ricardo Rojas cuando éste publica su «Historia de la Literatura Argentina». El francés implacable y estéril señala que ese «mamotreto» encerraba la historia de algo inexistente⁹².

Descubrimiento y falsificación de «Martín Fierro»

Al fin, en 1913, Lugones pronuncia algunas conferencias en el Teatro Odeón. Deslumbró al público del Centenario con un inaudito descubrimiento: los argentinos contaban con un poema épico. El lector culto de la época lo ignoraba hasta ese día. Lo sabía, en cambio, el pueblo anónimo de las campañas, que llevaba esos versos en su boca desde hacía décadas. Si el Martín Fierro hacía de este modo su ingreso a la historia literaria, era segregado, por voluntad de su introductor, de la historia argentina misma, en cuyo seno había brotado el poema. Pues Lugones, en las conferencias ya citadas, que reúne luego en su libro *El Payador*, establecía categóricamente que Hernández había sido un involuntario agente de la Gracia y que el poema genial no reconocía autor cierto. Esto último contribuía a su helenismo maniático para argüir analogías homéricas con el bardo gaucho. Lugones declaraba que

en ninguna obra es más perceptible el fenómeno de la creación inconsciente... El ignoró siempre su importancia y no tuvo genio sino en aquella ocasión. Sus escritos anteriores y sucesivos, son páginas sensatas e incoloras de fábulas baladíes, o artículos de economía rural. El poema compone toda su vida; y fuera de él no queda sino el hombre enteramente común con las ideas medianas de su época: aquel criollo de cabeza serena y fuerte, de barba abierta

*sobre el tórax formidable, de andar básculo y de estar despacio con el peso de su vasto corpachón*⁹³.

Con lo que el descubridor del poema genial es al mismo tiempo el sepulturero del poeta. Lugones será el precursor con este juicio de todos los mandarines de la crítica erudita posterior: Borges y Martínez Estrada denigrarán a José Hernández a partir de Lugones. Lugones corona así su juicio sobre Hernández:

Hay que ver sus respuestas a los críticos de lance que comentaron el poema. Ignora tanto como ellos la trascendencia de su obra. Pídeles disculpas, el infeliz, para su deficiente literatura. Y fuera cosa de sublevarse con toda el alma ante aquella miseria si la misma ignorancia del autor no justificara la extrema inopia de sus protectores... Y el pobre hombre, amilanado sin duda con su propio genio, que éste no es carga de flores, sino tronco potísimo de Hércules laborioso, dejábase prologar así, todavía agradecido, y que le colgaran sus editores indoctos tamaño fárrago... Sólo por un momento, la conciencia profunda de su genio se le impone, magüer ellos los sabios, y entonces, humilde, hace decir con sus editores: 'El señor Hernández persiste en no hacer alteraciones a su trabajo'.

Esto último, que es decisivo, destruye de un revés toda la conmiseración afectada de Lugones. Pues el poeta rehusaba los consejos de los cultos y «persistía» en dejar su poema tal cual lo había escrito. Como lo hacía con palabras sencillas, fruto de su invencible confianza en su obra, no puede entenderlo Lugones, henchido de retórica huguesa. Después demostrará Carlos Alberto Leumann en *El poeta creador* (Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1945), con la reproducción fotográfica de los manuscritos del «Martín Fierro», la consciente y escrupulosa elaboración del poema, el taller secreto y desgarrador del artista, pleno de tachaduras, reelaboraciones y sustituciones. «Payador» quizás; artista, sin ninguna duda. No todos los payadores tocan la guitarra; muchos usan la pluma sin el genio de aquel soldado federal. Lugones es un ejemplo.

La exigencia política e histórica de esta disociación entre autor y poema es transparente. Martínez Estrada argumentará que Hernández fue un político inconsecuente; Lugones, que fue un poeta inconsciente. Borges se limitará a considerar que toda la bulla que se ha hecho alrededor del Martín Fierro puede reducirse

*al caso individual de un cuchillero de 1870*⁹⁴.

Estas tres autoridades (las tres admiradoras de Mitre) rehusaron desentrañar el poema con la clave biográfica de su autor. El soldado federal que «cantó opinando», como los bardos antiguos, que luchó en Cepeda y en Pavón, que defendió al Chacho, que fue adversario de Rosas y de Mitre, que se levantó contra la Guerra del Paraguay, que fue amigo y camarada del General López Jordán, que fue discípulo de Alberdi y partidario de Roca, reúne en su vida errabunda y en su canto genial toda la historia argentina. Había que destruir de una vez por todas y para siempre, el romance soñado por el soldado al día siguiente de la batalla. Estaba de moda «la pereza criolla» y la «epopeya gringa». El mérito de Lugones consistió en imponer con su autoridad la presencia del poema en las letras nacionales. El sistema oligárquico aceptó esta imposición, que por lo demás venía corroborada por Unamuno y Menéndez y Pelayo y la transformó en pasto de filólogos matando por segunda vez a su héroe.

Verdad oral y fábula escrita

Esta destrucción de la continuidad histórica que haría de José Hernández y de su poema un fenómeno puramente literario, obedecía a causas profundas. A diferencia de las viejas sociedades europeas que siglo tras siglo se han desenvuelto con una población agraria estable, la sociedad argentina sufre un enorme injerto a partir de 1880.

La vieja población campesina ha sido destruida o desarraigada y la nueva economía comercializada, en transición constante, provoca permanentes desplazamientos en la nueva población. Nos encontramos en presencia de una brusca sustitución de una sociedad por otra. Se corta la continuidad social y además el tránsito de la sociedad patriarcal a la sociedad comercialista coincidente con el aluvión inmigratorio, provoca bruscos desplazamientos que alteran el asiento de las familias y su misma constitución,

escribe Jauretche⁹⁵.

Este mismo autor señala otra manifestación de la ruptura con el pasado: las alteraciones de la toponimia. Sarmiento cambió el nombre

antiguo del pueblo de Fraile Muerto por Bell Ville, en homenaje a un vecino extranjero. Junín en la provincia de Buenos Aires, se llamaba Federación; Lincoln era Chañar, territorio de ranqueles. En las escuelas primarias de esta última localidad, a principios de siglo, ya los niños se enteraban de que en Estados Unidos había indios sioux, apalaches y comanches; pero nada sabían, porque los textos de la escuela del viejo pueblo Chañar en que estudiaban no los mencionan, de los indios ranqueles y de las aventuras del Desierto.

Es cierto también que ni el zorro, ni el ñandú, ni la mulita o el peludo, entraban en nuestra zoología escolar...pero conocía la descripción exacta del ornitorrinco que es una especie relictica de Australia. También nos enseñaban lo que significa relictica (ob. cit, p. 32).

Todo el Litoral y parte de Córdoba y La Pampa son poblados por inmigrantes. El resto del país experimenta en menor grado las ondas del trasplante. Pero en toda la República el nomadismo del peón criollo, la naturaleza de sus uniones irregulares, la ausencia de trabajo en las provincias pobres y la migración interior provocan una alteración en la continuidad de la tradición oral. Marc Bloch ha señalado que en la sociedad agraria tradicional europea la tradición histórica se trasmite por generaciones alternas.

Durante la jornada de trabajo los padres se ausentan al campo y el niño queda al cuidado del abuelo, quien trasmite a su nieto los consejos, tradiciones, fábulas y recuerdos de su país, que a su vez ha recibido de su abuelo. La memoria histórica colectiva abarca aquí en dos relatos ciento veinte o ciento cincuenta años. En la formación histórica argentina, las generaciones descendientes de la primera inmigración carecen de abuelo. O los abuelos han quedado en la patria de origen, o si han acompañado a los suyos a la Pampa transmitirán en todo caso a sus nietos la tradición, los juicios y los prejuicios de su país natal. Se quiebra así toda posibilidad para las generaciones posteriores a 1880 de percibir las líneas fundamentales del proceso histórico argentino, puesto que los vástagos de esas corrientes inmigratorias sucesivas, al carecer de tradición oral, solamente podrán entender la historia en los textos escritos de las escuelas dominadas por la oligarquía. Estos elementos superestructurales tendrán una gigantesca importancia en la política argentina del siglo XX y en la impostura histórica que rige todavía.

La ruptura de Ugarte con el partido socialista

El 21 de julio de 1913 Manuel Ugarte dirigía una carta al director de La Vanguardia, Enrique Dickmann, protestando por la aparición de un suelto en el diario socialista con motivo del aniversario de Colombia. El suelto de La Vanguardia decía lo siguiente:

Como en todas las repúblicas sudamericanas, este país estuvo mucho tiempo convulsionado por las guerras civiles. Panamá contribuirá probablemente a su progreso, entrando de lleno en el concierto de las naciones prósperas y civilizadas⁹⁷.

Observaba Ugarte en su carta que ese suelto

escarnecía el dolor del pueblo que, víctima del imperialismo yanqui, ha perdido, en las circunstancias que todos conocen, una de sus más importantes provincias y que resultaría 'civilizado' por los malos ciudadanos que sirvieron de instrumento para la mutilación del territorio nacional.

La respuesta de La Vanguardia fue característica. Decía el articulista porteño, que había elaborado sus juicios sobre la base del censo oficial de aquel país de 1912. ¡El cretinismo estadístico no es nuevo entre nosotros!

Algunos datos tomados de ese documento oficial demuestran el estado de atraso y barbarie de este país debido en gran parte a las ineptas y rapaces oligarquías que lo han gobernado y gobiernan como sucede aún en la mayoría de las repúblicas latinoamericanas.» Y añadía: «No es exhibiendo el espantajo del imperialismo yanqui como se van a redimir de la tiranía interna y de la posible presión exterior los pueblos latinoamericanos. Estamos obligados a expresar nuestro punto de vista sobre el socialismo y el panamericanismo, para no ir a remolque de una pretendida confraternidad latinoamericana que nosotros consideramos insustancial e inconducente tal como la plantea el ciudadano Ugarte... Mucho y muy bueno tenemos que aprender del gran pueblo norteamericano. Y lo único que podemos oponer al dominio y expansión del capita-

*lismo yanqui es el despertar de la conciencia histórica del proletariado latinoamericano, su organización en partido de clase*⁹⁸.

Juan B. Justo, por su parte, refiriéndose a la bandera argentina, adoptaba una posición internacionalista:

*Prefiero la roja porque no me hipnotiza la azul y blanca y presagia una humanidad libre, inteligente, sin bandera... De cualquier color, la bandera no sirve sino para sugerir y arrastrar inconscientes*⁹⁹.

En el mismo debate Ugarte exponía una tesis socialista reformista propia de un país semicolonial atrasado. Dickmann y Justo, por su parte, sostenían una tesis «internacionalista» igualmente reformista, que se adaptaba perfectamente a las exigencias del imperialismo británico y de la división internacional del trabajo. En definitiva, Ugarte fue expulsado del Partido Socialista.

Los Ferrocarriles del Estado y J. B. Justo

Ese mismo año resultaban electos los siguientes diputados: Mario Bravo, Nicolás Repetto y el senador Enrique Del Valle Iberlucea. El diputado Vicente Gallo señalaba en la Cámara, al discutirse los diplomas

*que la mayoría obtenida por los socialistas no estaba constituida por elementos exclusivamente socialistas, concurriendo a determinados elementos antagónicos de otras procedencias, para detener el triunfo del Partido Radical*¹⁰⁰.

El habitual fenómeno porteño del desplazamiento de votos conservadores hacia el Partido Socialista para enfrentar a Yrigoyen, comienza a manifestarse a partir de la vigencia de la Ley Sáenz Peña. La presencia de los socialistas en las Cámaras permitirá al país presenciar una exposición completa de su doctrina y de su práctica política. La animadversión que distinguió siempre al doctor Justo contra las provincias del interior se ponía de manifiesto cada vez que trataba algún proyecto concebido para mejorar sus condiciones económicas o sociales. Al discutirse la

aprobación de medidas legislativas para combatir el paludismo en las llamadas provincias pobres, Justo sostiene lo siguiente:

Indudablemente el paludismo es una plaga muy grande para las provincias más azotadas y los pueblos que lo sufren son dignos de toda consideración; pero se trata de territorios que gozan de autonomía política, de estados federales que envían –cada uno de ellos– dos senadores a la Cámara de Senadores de la Nación, en esas condiciones me pregunto, Señor Presidente, ¿qué equidad ni qué urgencia hay en que el Congreso de la Nación destine dineros públicos nacionales a sanear tierras de propiedad particular todas ellas, que van a ser enormemente valorizadas por esos trabajos de saneamiento, y que van a ser arrendadas a más alto precio una vez saneadas...? Creo que podrían muy bien esos estados autónomos federales, que tienen una capacidad política tan completa, organizar el servicio de saneamiento por las autoridades provinciales con recursos provinciales¹⁰¹.

Justo añadía, en abono de su tesis, que los gastos proyectados son «impuestos sobre los consumos indispensables» y sostenía la necesidad de mejorar la vivienda de las ciudades como una tarea más urgente que la de liquidar el paludismo en el interior. En materia ferroviaria, Justo poseía una claridad no menos meridiana.

Me felicito de saber que hay argentinos a la cabeza de empresas ferroviarias de capital extranjero, y que actualmente funcionarios del Estado Argentino son solicitados para pasar al servicio de compañías extranjeras. Me complace enormemente saber que algunos de mis compatriotas son capaces también de administrar ferrocarriles con eficacia. Atribuyo el deplorable resultado de los ferrocarriles nacionales a otra causa mucho más general y más estable, a la política. Es indudable que toda la administración pública ha estado tan corrompida, tan torcida en todos sus móviles, tan desviada de todos sus resortes por los bajos manejos electorales, que la administración pública ferroviaria ha tenido forzosamente que resentirse¹⁰².

Oponiéndose a la construcción de un ferrocarril de fomento que debería atravesar la región de Jáchal afirmaba que la «receptoría general de rentas

en aquel lugar» arroja un «producto insignificante». Si se tratara de una zona rica y próspera en cambio,

es seguro que la emprendedora compañía Ferrocarril del Pacífico, que extiende sus ramales en todas direcciones, estaría ya proyectando su prolongación a Jáchal. Si no lo hace, es porque, fuera de toda duda, se trata de una línea improductiva; y reincidiríamos en la práctica argentina, o más bien dicho criolla, de hacer líneas improductivas a las empresas extranjeras, invirtiendo dineros nacionales en esa nueva construcción ferroviaria¹⁰³.

Según es sabido, las compañías británicas de ferrocarriles solamente se extendieron sobre «tierras productivas» vinculadas al puerto y carecieron de todo interés por desarrollar económicamente las regiones marginales. Por ese hecho diversos gobiernos nacionales, algunos del «Régimen» y otros de la «Causa», se propusieron fomentar líneas férreas estatales a fin de ayudar a restablecer el equilibrio y promover económicamente las zonas abandonadas. El doctor Justo no podía ignorar que los ferrocarriles ingleses no iban a invertir dinero en zonas improductivas: pero se oponía a que lo hiciera el capital estatal.

De tal manera, toda su política coincidía con la política de la oligarquía en mantener un Litoral productivo y un interior paralizado. Sus argumentos eran, naturalmente, la «eficacia» o la «corrupción».

Los discípulos que dejó han hecho honor a su precursor. De Juan B. Justo deriva el «anticapitalismo» abstracto, el internacionalismo cosmopolita y el antiindustrialismo enmascarado de ultraizquierdismo. Todas las variedades del cipayo contemporáneo se reconocen en él.

Los cuervos sobre Sáenz Peña

En uno de sus últimos actos gubernamentales, el Presidente Sáenz Peña, refiriéndose a la importancia de encontrar petróleo argentino a orillas del mar, envía un telegrama a su ministro Mujica aludiendo a la importancia de ese hecho, que permitiría emanciparse del tributo extranjero, y distribuirlo en las

*regiones productoras acrecentando su potencialidad, mover la escuadra, los ferrocarriles y las marinas mercantes, crear un estado industrial nuevo y una independencia económica real y propulsora*¹⁰⁴.

Pero la salud del presidente estaba quebrantada por una enfermedad fatal. Comenzó a pedir reiteradas licencias al Senado para alejarse de la Capital y reposar, por breves períodos. Las sucesivas prórrogas solicitadas por Sáenz Peña reanimaron los problemas políticos que habían quedado soterrados después de la reforma electoral. Las fuerzas oligárquicas advirtieron la gravedad de su mal. Maniobraron con el fin de que el Poder pasase legalmente a manos del vicepresidente Victorino de la Plaza, en quien confiaban más que en el presidente reformador. Al concluir el año 1913, Sáenz Peña se vio obligado a solicitar una prórroga de dos meses más. Con ese motivo, el debate que acompañó en el Senado el pedido, desnudó un plan oligárquico para obligarlo a renunciar. Un grupo de senadores del antiguo régimen lanzó una feroz campaña destinada a doblegar la voluntad del enfermo. El discurso más característico pronunciado en el Senado por esta tendencia, fue el del senador Echagüe, que dijo lo siguiente:

*Yo no tendría ningún inconveniente en favor de la licencia solicitada, si en verdad el doctor Sáenz Peña necesitara diez días para restablecer su salud, pero la enfermedad es de esas que avanzan, lenta o precipitadamente, siempre minando el organismo, que arrastran al espíritu a esta conclusión humanitaria y piadosa: Ya que no puede vivir para la Patria, al menos que se conserve para su familia... El doctor Sáenz Peña no puede ni podrá ejercer las funciones de gobierno y en esta convicción este pedido de licencia me hace pensar que el mal puede llegar a su apogeo y me hace dudar de la impuntualidad de las actitudes del doctor Sáenz Peña para tomar una resolución propia, meditada y consciente ...*¹⁰⁵.

Diversos senadores se expresaron en el mismo sentido. Sólo el Senador socialista Enrique Del Valle Iberlucea sostuvo que debía otorgarse sin discusión la licencia al presidente. El grupo de conspiradores deseaba otorgar al doctor de la Plaza la plena responsabilidad de una nueva política. En el fondo de esta maniobra

se buscaba impedir la aplicación real de la ley Sáenz Peña. Con su falsa indignación y su malignidad crónica, el diario «La Prensa» a través del senador Adolfo Dávila, su director, decía:

Creo que para que el doctor Sáenz Peña pueda recuperar su salud es necesario que se cumpla la receta de los médicos: el reposo moral absoluto que le llevaría el ministerio, presentándole, amigos y consejeros, su decisión.

El diario «La Nación» participaba en esta campaña infame, como lo había hecho siempre, contra los intereses del país y de los derechos democráticos en ciernes. El 7 de diciembre decía en un editorial:

El Ejecutivo se encuentra sometido a una perplejidad irresoluble, trabado para acelerar y establecer normas propias. Este mínimo obligado de acción gubernamental no puede prolongarse por largo plazo y sería peligroso implantarlo como sistema por tiempo indefinido.

El 6 de febrero la hoja de los Mitre mostraba todo su rostro:

Ante situaciones como ésta la renuncia es el arbitrio lógico para conjurar todas las dificultades.

El doctor Sáenz Peña renovó su pedido de licencia, esta vez sin término. En lugar de votar la prórroga de licencia como la solicitaba el Presidente, el Senado la limitó a dos meses, esperando obligar a Sáenz Peña a renunciar. En Diputados, donde se encontraban ya numerosos parlamentarios radicales y socialistas, la licencia fue votada sin término. Al regresar a la Alta Cámara, el Presidente del cuerpo, doctor Villanueva, desempató a favor de la última tesis. Inmediatamente los ministros de Sáenz Peña renunciaron y el doctor Victorino de la Plaza nombró un nuevo gabinete¹⁰⁶.

A las dos de la madrugada del 9 de agosto de 1914 fallecía el doctor Sáenz Peña. Ocho días antes había comenzado la primera guerra imperialista. El arrogante mundo europeo concluía así su bella época. En la Argentina se disponían a tomar el poder clases sociales nuevas.

NOTAS

- 1 CROUZET, *ob. cit.*, p. 19.
- 2 STEFAN ZWEIG, *El mundo de ayer*, p. 322, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1953. «*Antes de 1914, el mundo había pertenecido a todos los hombres. Cada cual iba adonde le placía y permanecía allí mientras le gustaba. No se conocían permisos ni prohibiciones, y siempre me causa gracia el asombro de la gente joven, cuando cuento que antes de 1914 viajaba a la India y a Estados Unidos sin poseer pasaporte ni haber visto jamás semejante instrumento*». Es difícil que en la India coincidieran con el europeo Zweig, de que «el mundo pertenecía a todos los hombres», en las colonias se tenía más bien la impresión de que el mundo pertenecía a ciertos hombres.
- 3 MICHEL DECAUDIN, XXe. siècle français. *Les Temps Modernes*, p. 20, Editions Seghers, París, 1964.
- 4 F. FELS, *De fin de siglo a 1914*, p. 47, Barcelona, 1954.
- 5 ANDRÉ MAUROIS, *Historia de Inglaterra*, p. 3 11, Ed. Ercilla, 13ª Ed., Santiago de Chile, 1960.
- 6 LENIN, *ob. cit.*, p. 297.
- 7 MARX Y ENGELS, *Correspondencia*, p. 414, Ed. Problemas, Buenos Aires, 1947. Que las tendencias conservadoras del proletariado británico no constituirían una sorpresa para Engels, lo demostrará su vaticinio de 1858, en una carta a Marx: «*El proletariado inglés está aburguesándose cada vez más, de manera tal que ésta, la más burguesa de las naciones, aparentemente tiende a poseer una aristocracia burguesa y un proletariado burgués, además de una burguesía, Para una nación que explota a todo el mundo esto se justifica, naturalmente hasta cierto punto*» (*ob. cit.*, p. 133).
- 8 E. TARLÉ, *Historia de Europa*, p. 17, Ed. Futuro, Buenos Aires, 1960.
- 9 *Ibíd.*, p. 17.
- 10 RAMOS OLIVERA, *ob. cit.*, p. 97.
- 11 BERTRAND RUSSELL, *Retratos de memoria y otros ensayos*, p. 49, Ed. M. Aguilar, Madrid, 1962.
- 12 GEORGE ORWELL, *Ensayos críticos*, Ed. Sur, Buenos Aires, 1948.
- 13 JOHN STRACHEY, *El fin del Imperio*, p. 248, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1962.
- 14 GEORGES CLEMENCEAU, *Notas de viaje por la América del Sur*, p. 132, Cabaut y Cía. Editores, Buenos Aires, 1911.
- 15 GEORGE KENT, *Selecciones del Reader's Digest*, p. 11, enero, 1944.
- 16 CLEMENCEAU, *ob. cit.*, p. 104.
- 16 bis ALEXIS DE TOCQUEVILLE, *De la démocratie en Amérique*, p. 142, Union General d'Éditions, París, 1963.
- 17 LUIS DE ORLEANS BRAGANCE, *Sous la Croix-du-Sud*, p. 95, 4Ed., Librairie Plon, Paris, 1912.
- 18 *Ibíd.*, p. 45.
- 19 JOAQUÍN BELDA, *El compadrito*, p. 184, Biblioteca Hispania, Madrid, 1919.
- 20 RICARDO SÁENZ HAYES, *Ramón J. Cárcano*, p. 283 Ed. Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, 1960.
- 21 Cfr. MANUEL LIZONDO BORDA, *Temas argentinos del siglo XIX*, p. 100, Ed. Junta Conservadora del Archivo Histórico, Tucumán, 1959.
- 22 Cfr. SBARRA, *ob. cit.*, p. 44.
- 23 COLUMBA, *ob. cit.*, p. 7 1, Tomo I.
- 24 *Ibíd.*
- 25 V. JULIO IRAZUSTA, *Tomás de Anchorena*, p. 10, Ed. La Voz del Plata, Buenos Aires, 1950.
- 26 SANTIAGO RUSIÑOL. *Un viaje al Plata*, p. 212. Prieto y Cía. Editores, Madrid 1911. «Y todo porque -hablaba el criollo- dicen que eso nos enriquece. ¿Y qué nos tiene que enriquecer, canejo? A

quien enriquece es a los estancieros. Y los estancieros de todas partes, si no son gringos, por lo menos gringuean...» Esto ya no es nuestra tierra, es una fábrica de trigo, para enviarlo a la gringuería. ¡ Los gauchos, a morirse!

27 MIGUEL ANGEL CÁRCANO, *Ensayo histórico sobre la Presidencia de Roque Sáenz Peña*, p. 136, Tomo II, *Historia Argentina Contemporánea*, Academia Nacional de la Historia, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1964.

28 JAMES BRYCE, *La América del Sur, Observaciones e impresiones*, p. 271, Ed. The Mac Millan Company, Nueva York 1914.

29 BAGU, *ob. cit.*, p. 32.

30 HURET, *ob. cit.*, p. 10 y ss. Huret añade estas palabras significativas: «Uno de los propietarios más ricos de hoy es nieto de un gallego analfabeto que, allá por el año de 1840 seguía al Ejército de Rosas vendiendo telas de algodón compradas a factorías inglesas. Rosas le decía con frecuencia:

– Compre campos compadre, compre campos.

– ¿Y qué haré con ellos? le preguntaba el mercader ambulante.

– *Consérvelos- respondía el tirano, clarividente y perspicaz.*

El mercader siguió esos consejos y compró muchas tierras, tantas que la fortuna de sus nietos se cifra hoy en cientos de miles de hectáreas». Con respecto al papel de los intelectuales señalaba Huret: «Un hecho indiscutible para el observador extranjero... es el puesto secundario que los intelectuales, los sabios y los hombres de talento abnegado ocupan en la sociedad y es que se está aquí en el período de la conquista económica, en la fiebre del enriquecimiento y todo lo que no parece contribuir al enriquecimiento material del país pasa a último término».

31 V. MARÍA ROSA OLIVER, *Mundo, mi casa*, Ed. Falbo Librero, Buenos Aires, 1965.

32 HURET, *ob. cit.* p. 430.

33 DAMIÁN M. TORINO, *Estudios económicos*, p. 57 y ss., Buenos Aires, 1914.

34 HURET, *ob. cit.*, p. 503.

35 VIALE, *ob. cit.*, p. 27.

36 RUBÉN DARÍO, *Obras poéticas completas*, p. 768, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1953.

37 *Ibíd.*, p. 845.

38 LEONARDO CASTELLANI, *Lugones*, p. 51, Ed. Theoría, Buenos Aires, 1964.

39 LEOPOLDO LUGONES, *Odas seculares*, p. 119, *Antología de Carlos Obligado*, Ed. Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1946.

40 EVARISTO CARRIEGO, *Poesías Completas*, p. 81, Ed. Renacimiento, Buenos Aires, 1950.

41 FRANCISCO GARCÍA GIMÉNEZ, *El Tango, historia de medio siglo*, p. 13, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1964

42 Felipe Amadeo Lastra, un hombre de esos tiempos, lo deplora: «*En homenaje a la verdad, lamentamos tener que decir que los argentinos de la alta sociedad porteña, descubren el tango en París después del Centenario y es entonces cuando a su regreso, lo introducen en los salones de la 'creme'; llevando elementos, cuyos antecedentes desconocía, como el Cachafaz y el Lecherito (Casimiro Ain) en calidad de maestros de baile de nuestras niñas bien, personajes estos que se vanagloriaban de ello.*» (*Ob. cit.*, p.46.)

43 RAMÓN J. CÁRCANO, *ob. cit.* p. 260.

44 *Ibíd.*

45 *Ibíd.*, p. 264. *Ibíd.*

46 *Ibíd.*

47 *Cit.* por REYNALDO A. PASTOR, *La verdad conservadora*, p. 78, Ed Club Nicolás Avellaneda, Buenos Aires, 1961.

48 SÁENZ HAYES, *ob. cit.*, p. 307.

49 *Ibíd.*, p 287.

- 50 MIGUEL ANGEL CÁRCANO, *ob. cit.*, p. 157, y GÁLVEZ, *ob. cit.*, p. 137.
- 51 *Ibíd.*, p. 163.
- 52 *Ibíd.*
- 53 DEL MAZO, *ob. cit.*, p. 115.
- 54 FEDERICO PINEDO, *En tiempos de la República*, 127, Ed. Mundo Forense, Tomo I, 1945.
- 55 AMADEO, *ob. cit.*, p. 103.
- 56 INDALECIO GÓMEZ, *Discursos*, p 346 y ss, Tomo II. Ed. Kraft, Buenos Aires, 1950.
- 57 MIGUEL ANGEL CÁRCANO. *ob. cit.*, p. 196.
- 58 GÓMEZ, *ob. cit.*, p. 360.
- 59 *Ibíd.*
- 60 *Ibíd.*
- 61 MIGUEL ANGEL CÁRCANO, *ob. cit.*, p. 201.
- 62 VIALE, *ob. cit.*, p. 253.
- 63 Desde 1955 el movimiento político mayoritario del país se ve impedido de presentarse sin trabas a los comicios y de elegir a los candidatos de su preferencia, en especial, a su notorio inspirador.
- 64 COLUMBA, *ob. cit.*, p. 58.
- 65 *Ibíd.*
- 66 CABALLERO, *ob. cit.*, p. 186.
- 67 *Ibíd.*
- 68 *Ibíd.*
- 69 LUNA, *ob. cit.*, p. 202.
- 70 COLUMBA, *ob. cit.*, p. 60.
- 71 SÁENZ HAYES, *ob. cit.*, p. 312.
- 72 La Prensa, 27 de octubre de 1912, cit. por LUNA, *ob. cit.*, p. 206.
- 73 LUNA, *ob. cit.*, p. 207, y DARDO OLGUÍN, LENCINAS, 228 y 232. Ed. Ediciones Vendimiador, Mendoza, 1961.
- 74 Sesión N° 3 de la Cámara de Diputados, junio 1° de 1912, cit., en EDGARDO L. AMARAL, *Lisandro de la Torre y la política de la reforma electoral de Sáenz Peña*, p. 94 y ss., Buenos Aires, 1961.
- 75 *Ibíd.*
- 76 GASTÓN GORI, *El pan nuestro*, p. 91, Ed. Galatea, Buenos Aires, 1958.
- 77 *Ibíd.*
- 78 *Ibíd.*
- 79 JOSÉ BOGLICH, *La cuestión agraria*, p. 204, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1937.
- 80 PLÁCIDO GRELA, *El grito de Alcorta*, p. 58, Ed. Tierra Nuestra, Rosario, 1958.
- 81 BOGLICH, *ob. cit.*, p. 206.
- 82 *Ibíd.*
- 83 TORINO, *ob. cit.*, p. 35.
- 84 ADOLFO DORFMAN, *Evolución de la economía industrial argentina*, p. 122, Ed. Colegio Libre de Estudios Superiores, Buenos Aires, 1938.
- 85 *Ibíd.*
- 86 RICARDO M. ORTIZ, *ob. cit.*, p.207 y ss., Tomo II.
- 87 TORINO, *ob.cit.*, p 57
- 88 RAÚL SCALABRINI ORTIZ; *Historia de los Ferrocarriles argentinos*, p. 237, Ed. Plus Ultra,

Buenos Aires, 1964.

89 ROBERTO F. GIUSTI, *Momentos y aspectos de la cultura argentina*, p. 92. Ed. Raigal, Buenos Aires, 1954.

90 RUSIÑOL, *ob. cit.* p. 92.

91 Es justamente lo contrario: no combatió a los caudillos del interior, sino que se propuso llegar a un acuerdo con ellos; en consecuencia, es falso que ‘saluó a Buenos Aires de la anarquía’ es falso que su gloria sea la ‘paz con el Brasil’, que le fuera impuesta después del triunfo de Ituzaingó por la diplomacia inglesa, cortándole los recursos financieros del gobierno, por medio del Banco «Nacional», manejado por Gran Bretaña; para colmo, es de una falsedad trágica que se le atribuya el título de «fundador de la nacionalidad uruguaya»: El Ministro García, Rivadavia y sobre todo Canning establecieron la separación de la Banda Oriental de las Provincias del Sur. Fue un triunfo británico y una derrota oriental y argentina, tiro de gracia al artiguismo. Nada dice la infame leyenda de la muerte de Dorrego: lo fusiló el porteño Lavalle. Después del crimen, la burla y la falsificación cínicas. Véase el Tomo I de esta obra, Capítulo Los hombres de casaca negra.

92 Escribo Groussac: «Después he oído con resignación, dos o tres fragmentos de prosa gerundiana de cierto mamotreto públicamente aplaudido por los que apenas lo han abierto». Y no seguía leyendo dicha obra:»ateniéndome por ahora a los sumarios e índices de aquella copiosa historia de lo que, orgánicamente, nunca existió». Excelente método crítico el empleado por este juez rumiador que condena una obra de ocho tomos por la somera lectura distraída de «dos o tres fragmentos». Que un francés desdeñoso con el país fuera el supremo catador de las letras nacionales en esa época dice bastante sobre ella. Cit. por GIUSTI, *Visto y vivido*, p. 172, Ed. Losada, Buenos Aires, 1965.

93 LEOPOLDO LUGONES, *El Payador*, P- 23 1, Ed. Centurión, Buenos Aires, 1944.

94 V. JORGE ABELARDO RAMOS, *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, 2a edición, Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1961.

95 ARTURO JAURETCHE, *Política nacional y revisionismo histórico*, p. 20 y 21, Ed. Peña Lillo, Buenos Aires, 1959.

96 *Ibíd.*

97 *Un Argentino, Manuel Ugarte y el Partido Socialista*, p. 27, Ed. Unión Editorial Hispano-Americana, Buenos Aires, 1914.

98 *Ibíd.*, p. 33

99 *Ibíd.*, p. 23.

100 REPETTO, *ob. cit.*, p. 130.

101 JUAN B. JUSTO, *La obra parlamentaria*, p. 100, Ed. Prometeo Valencia.

102 *Ibíd.*, p. 107.

103 *Ibíd.*, p. 108.

104 MIGUEL ANGEL CÁRCANO, *ob. cit.*, p. 182.

105 IBARGUREN, *ob. cit.*, p. 265.

106 La presión de los conservadores sobre De la Plaza hacía pensar en este momento que el nuevo gabinete contrariaría la política de Sáenz Peña en materia electoral. De la Plaza, sin embargo, si cambió los ministros, mantuvo la perspectiva trazada por el Presidente enfermo. Dice Cárcano: «La evolución política y la reorganización de los partidos estaba en marcha y nadie podría detener la extensión y libertad del sufragio. La burguesía, la clase media, los artesanos, los pequeños agricultores y obreros golpeaban las puertas de la Casa Rosada para disputar el gobierno a los viejos partidos oficiales» (*ob. cit.*, p. 252).

EL NUEVO PAÍS

El doctor Victorino de la Plaza era un lacónico salteño de modesto origen. Había estudiado en el Colegio de Concepción del Uruguay; condiscípulo de Roca, de Andrade y de Eduardo Wilde, trabajó luego como empleado del doctor Vélez Sarsfield: puso en limpio los borradores del Código Civil.

«El Código nació en sus manos», lo que no constituye un elogio. Ministro de Avellaneda y de Roca, vivió luego en Europa más de diez años, radicado en Londres. Allí se operó una curiosa identificación entre su calma salteña y la flema británica.

Anglómano con veinte años de residencia en Londres y la opacidad que les seduce a los ingleses para el puesto público, nunca habrá expresado entusiasmo –ni reprobación– por la Ley Sáenz Peña¹.

Se decía que hablaba el castellano con acento inglés y el inglés con su tonada salteña. Iburguren lo escuchó un día: «Very well, pues, míster...».

Aunque tenga el rostro de un coya viejo –ha nacido en los límites con Bolivia y lleva sangre indígena en sus venas –escribe Gálvez– es espiritualmente un inglés².

Los acontecimientos internacionales darán ocasión para demostrar que De la Plaza sabe respetar a las grandes potencias. Mientras aún ejercía la presidencia Sáenz Peña, el gobierno argentino recibió un mensaje confidencial del Presidente Wilson, donde se informaba que se vería obligado a intervenir en México «anarquizado por una revolución»³. Naturalmente, esta intervención estaba dirigida a salvar la democracia y el orden. Sáenz Peña se reunió con sus ministros y resolvió

comunicar al gobierno norteamericano que la Argentina no podía estar conforme con la intervención de los Estados Unidos en Méjico,

porque su política invariable había sido la de condenar la injerencia no solicitada de un país en las decisiones internas de otro.

Resuelta la cuestión, Sáenz Peña agregó en consejo de ministros, irónicamente, que podría sugerirse al presidente Wilson que a quien

debería consultarse el proyecto de intervención sería a los propios mejicanos⁴.

Fallecido Sáenz Peña y reemplazado por el doctor de la Plaza, la intervención norteamericana pasó del estado de proyecto y se transformó en un desembarco en Veracruz, donde murieron doscientos mejicanos. Instantáneamente de la Plaza se vio enredado en una maniobra norteamericana destinada a cubrir las espaldas de los Estados Unidos y permitirle salir del callejón sin salida donde se había metido, situación que es una de las más persistentes tradiciones diplomáticas de ese país. Bajo la influencia norteamericana, el ABC –Argentina, Brasil y Chile– iniciaron una «mediación»: el general Victoriano Huerta se vio obligado a aceptar esta gestión interesada, tras la que se veía abiertamente la torpe mano del Departamento de Estado. Mientras los mediadores del ABC hacían el papel de árbitros independientes de los Estados Unidos, reunidos en Niágara Falls, el general norteamericano Funston, por orden de Wilson

se declaraba gobernador militar de Veracruz y sus tropas tomaban posesión de la tesorería general de la Aduana, los Tribunales, el Correo y demás edificios públicos⁵.

Esa fue una de las primeras acciones «panamericanas» donde la Argentina ayudó a sacar las castañas del fuego al bandido del norte; quien lo hizo era un notorio amigo de Inglaterra, el doctor Victorino de la Plaza.

Dos diarios defienden con ardor el ABC: «La Nación», cuyo redactor José Luis Murature es el canciller argentino y «La Vanguardia», inspirada por Juan B. Justo⁶.

El estallido de la guerra mundial enfrentaba a la Argentina a una compleja situación. El gobierno prohibió la exportación de oro metálico y la exportación de trigo y harina hasta recoger la cosecha del año siguiente. Al mismo tiempo, se declaró un feriado bancario de una semana y se dispuso el cierre de la Caja de Conversión.

Se acordó una moratoria de treinta días para el cumplimiento de las obligaciones en dinero. Comienzan los incidentes marítimos derivados de la guerra naval. El vapor argentino «Presidente Mitre» es detenido por la escuadra británica y arriada su bandera:

El gobierno del anglófilo de la Plaza reclama por la devolución del barco, pero no por la ofensa al pabellón nacional... Mientras tanto nadie protesta por la floja conducta del gobierno. Ni chillan los diarios ni se organizan manifestaciones callejeras. Es evidente que las naciones aliadas y los representantes del capitalismo entre nosotros no tienen interés en molestar al gobierno del anglófilo de la Plaza⁷.

La situación política era inquietante. Las diversas fuerzas conservadoras presionaban con todos los medios a su alcance al Presidente con el objeto de obligarlo a modificar la Ley Sáenz Peña o a derogarla.

Pero la ambigüedad presidencial despertaba recelos en unos y otros. A fines de 1914 se realizaron elecciones de diputados nacionales. En la Capital Federal, característico centro de influencia cosmopolita, obtuvo la mayoría el Partido Socialista con más de 45.000 votos, «apoyado por la opinión independiente». El radicalismo formuló una declaración señalando que ese resultado era una «confabulación tramada en el ministerio del Interior contra la más gloriosa de las reivindicaciones humanas, y que el triunfo había sido con el voto de inmigrantes sin arraigo»⁸. Sin embargo, los ciudadanos naturalizados en la Capital sólo llegaban a 14.000 inscriptos, es preciso suponer, en consecuencia, que se verificaba en esa elección un desplazamiento de los sectores, ocultos bajo el eufemismo de la «opinión independiente». El terror a un triunfo radical se acrecentaba día por día. Raúl Oyhanarte hace su ingreso a la Cámara con un discurso que dura cuatro sesiones. El «estilo radical» en su primera oración parlamentaria es señalado burlescamente por un historiador:

La patria, sobre cuyos campos paladearon los buitres el sabor de la sangre patricia en los cadáveres abnegados e insepultos. Maga de esta parte de América, que junto a todas las audacias y el desin-

terés de todos los altruismos y para que en las cumbres andinas supieron encender en la noche de sus destinos al faro de sus picachos para alumbrarle el dolorido derrotero...⁹

Retórica aparte, la aparición de los radicales en las Cámaras indicaba mutaciones profundas en la sociedad argentina que no habrían de suscitar precisamente las sonrisas de los elegantes. En noviembre de 1914, ante el peligro yrigoyenista, se reúnen en un nuevo partido ocho agrupaciones provinciales: el partido Liberal y Autonomista de Corrientes, el Popular de Mendoza, la concentración de Catamarca, la Unión Conservadora de Entre Ríos, la Liga del Sur de Santa Fe. Nace así el Partido Demócrata Progresista. El que lanza la iniciativa de fundar la democracia progresista es nada menos que el señor feudal de Salta, Robustiano Patrón Costas¹⁰. Por lo demás, la victoria socialista en la Capital Federal había alarmado a los sectores reaccionarios, que se veían así jaqueados por un doble peligro: o la marea yrigoyenista o la posibilidad de un auge de los «partidos extremos». La fundación del Partido Demócrata Progresista obedecía a la tentativa conservadora de reorganizar todas las fuerzas oligárquicas del país y elegir un jefe aceptable, «liberal», antiyrigoyenista y «democrático». Debían encontrar ese jefe en la persona de don Lisandro de la Torre¹¹. Este aceptó

el proyecto de constituir un gran partido nacional... empujado principalmente para evitar la posibilidad de un gobierno del partido radical, necesariamente malo y precursor del retroceso y la guerra civil,

según afirmó en un documento¹².

La fundación del Partido Demócrata Progresista

Formaban parte de las juntas directivas del nuevo partido los doctores Indalecio Gómez, Norberto Quirno Costa, Joaquín V. González, José María Rosa, el general José Félix Uriburu, Carlos Rodríguez Larreta, Julio A. Roca, Mariano Demaría (padre), Benito Villanueva y otros muchos prohombres del extinguido roquismo y mitrismo, trasmutados ahora en sólidos puntales del orden oligárquico. El nuevo partido encomendó a una comisión la tarea de formular una doctrina. Uno de sus redactores recuerda que los jefes del partido designaban a la comisión como los de «la banda de música», que ellos seguían incrédulos, esperando atraer

con nuestra música masas de ciudadanos que dieran a su concentración conservadora potencia popular.¹³ El programa de la agrupación integrada por las fracciones conservadoras de todo el país, era excelente; pero carecía de todo valor, pues debía ser enarbolado por fuerzas que en modo alguno estaban dispuestas a aplicarlo, cosa muy frecuente en nuestra historia política. Sin embargo, y a pesar de todos los esfuerzos, la conjunción de los elementos que concurrían a la formación del Partido Demócrata Progresista se descompuso rápidamente.

Marcelino Ugarte, desde la Provincia de Buenos Aires, pugnaba por desplazar a De la Torre como candidato oficial del nuevo partido. Algunos sectores provinciales rompieron con De la Torre y proclamaron la candidatura presidencial del doctor Luis Güemes para presidente.¹⁴ Otro núcleo, acaudillado por el senador correntino Vidal, se separa asimismo, declarando:

No podemos romper los viejos moldes del personalismo y por eso no creemos viable una agrupación que representa sólo una tendencia y levanta un programa en lugar de levantar un nombre¹⁵.

Pese a todas las dificultades, en diciembre de 1915 es proclamada la fórmula Lisandro de la Torre-Alejandro Carbó. Pero el conjunto de las fuerzas que los sostienen sigue trabajado por hondas divisiones y antagonismos. Grupos mitristas de la denominada Unión Cívica, con la dirección de Guillermo Udaondo, se mantienen aparte del Partido Demócrata Progresista; muchos de sus miembros, antiguos mitristas, se incorporarán al radicalismo¹⁶.

Por su parte el movimiento de Yrigoyen se va integrando con nuevas fuerzas: entre 1914 y 1915 se incorporan al radicalismo dos núcleos del Partido Liberal en Corrientes. Era una agrupación de origen mitrista. El Partido Constitucional de Santa Fe se pliega al radicalismo en 1914. En Santiago del Estero, en el mismo año, la Concentración Popular ingresa en su mayoría al radicalismo. En 1916, en fin, con la fórmula Eufrasio Losa-Julio C. Borda, el radicalismo triunfa en la provincia de Córdoba¹⁷. En la Capital Federal, único distrito de la República donde el Partido Socialista tenía cierto arrastre electoral los conservadores timentan a los socialistas de Justo. Con motivo de un debate sobre los diplomas en Buenos Aires, en mayo de 1914 el diputado conservador Julio A. Costa intenta llevar a la reflexión a Palacios, que impugnaba los diplomas bonaerenses:

El Partido Socialista no es nuestro adversario electoral, y los más de nosotros estamos conformes con él en las más de sus reivindicacio-

nes. El adversario que tiene el socialismo es el Partido Radical, que le pisa los talones en la Capital de la República... El socialismo sabrá lo que hace en la emergencia parlamentaria en que nos encontramos...¹⁸.

En estas palabras insinuantes se expresaba toda la política oligárquica; es preciso admitir que el Partido Socialista de Justo supo comprenderla. Ante la inminencia de las elecciones presidenciales de 1916, había tendencia predispuesta en el Partido Socialista a apoyar la candidatura de Lisandro de la Torre para oponerse al yrigoyenismo¹⁹. Un índice sugestivo de esta situación lo ofrece el hecho de que en la Capital el Partido Demócrata Progresista

se abstuvo de elegir candidatos propios a diputados resolviendo, por pedido de De la Torre, que se sufragara por los socialistas, a lo que yo me opuse sin éxito²⁰,

escribe Iburguren.

El Partido Conservador de la Provincia de Buenos Aires, encabezado tiránicamente por el célebre petiso orejudo, don Marcelino Ugarte, no había querido incorporarse al nucleamiento que originó el Partido Demócrata Progresista. Pero seguía con toda atención la obstinada decisión de De la Torre de encabezar la fórmula de la conjunción conservadora contra Yrigoyen. El petiso orejudo acariciaba de mucho tiempo atrás la ambición de alcanzar la Primera Magistratura; pero advirtió de modo realista la dificultad de imponer su nombre. Inició, en diciembre de 1915, diversas tentativas para llegar a un entendimiento con el Partido Demócrata Progresista. Propuso un acuerdo para designar al candidato a la presidencia en los siguientes términos:

Que los dirigentes del Partido Demócrata Progresista, o su convención electoral presentara una lista de seis ciudadanos de entre los cuales el Partido Conservador optaría por uno, designando libremente, de su seno, el candidato a Vicepresidente. Para el caso de que el Partido Demócrata lo prefiriese, el Partido Conservador declaraba aceptar la misma fórmula a la inversa²¹.

Al juzgar el sentido de esta alianza, el discípulo de Marcelino Ugarte, José Arce, observa que los conservadores de Buenos Aires resolvían esa actitud «en

homenaje a las circunstancias y a la necesidad de vincular en una sola aspiración a todas las fuerzas conservadoras²².

Sin embargo, ese acuerdo no prosperó, y el sector conservador dirigido por Marcelino Ugarte levantó la fórmula Rojas-Serú, con lo que destruyó las posibilidades electorales de Lisandro de la Torre.

Juzgarnos útil mencionar estos detalles preliminares de las elecciones de 1916, a los efectos de ilustrar sobre los orígenes políticos de Lisandro de la Torre y del Partido Demócrata Progresista, que en la década del treinta alcanzara celebridad de «líder anti-imperialista», promovida por el frente populismo stalinista.

Las intrigas de Ugarte contra Lisandro de la Torre estaban destinadas a restarle amigos y a obligar a un reagrupamiento alrededor de su figura o de su partido bonaerense. Del mismo modo, la resistencia del Presidente de la Plaza a volcar el favor oficial hacia ninguna candidatura (aunque de la Plaza no ocultaba en sus mensajes al Congreso la preocupación que le causaba observar la división de los partidos moderados) llevó al espíritu de De la Torre la convicción de que el triunfo de Yrigoyen era inevitable. Por lo demás, la hostilidad de los conservadores hacia un liberal como De la Torre era inocultable. El político santafesino dirá en esos días tumultuosos que la responsabilidad de todo lo que sucedía se debía a «ese coya hipócrita y traidor por naturaleza, que, movido por rencores seniles, atizaba todas las intrigas», refiriéndose al Presidente de la Plaza²³. Aseguró a sus amigos, días antes de la elección, que

Yrigoyen triunfará. Y ése será el resultado de que la suerte de los opositores esté en manos de un mestizo hipócrita como Plaza, y de un amoral como Ugarte²⁴.

Conservador, pero liberal, socializante y hostil al criollaje rural, obrerista y con un marcado racismo blanco, hijo del Litoral inmigratorio y desdeñoso de la multitud «inorgánica», Lisandro de la Torre no era aceptable ni para el Partido Conservador, ni para las masas populares. Tal fue su trágico destino político.

El triunfo de Hipólito Yrigoyen

El 2 de abril de 1916 se realizan elecciones en todo el país. Concurrieron los radicales con su fórmula Yrigoyen-Luna; el partido Demócrata Progresista con

De la Torre-Carbó; el socialismo con Juan B. Justo-Repetto; por su parte, el Partido Conservador bonaerense de Marcelino Ugarte y sus aliados, no proclaman candidatos a Presidente, del mismo modo que el radicalismo disidente de Santa Fe. Estos últimos darán lugar a una característica demostración de la firmeza yrigoyenista y de las intrigas conservadoras para arrebatar en el Colegio Electoral la decisión popular formulada en las urnas.

La llamada «disidencia de Santa Fe» se originó en una lucha interna del radicalismo de esa provincia que se había dividido entre las candidaturas a gobernador de los doctores Mosca y Lehman. El Comité Nacional yrigoyenista apoyó desde Buenos Aires el nombre de Mosca; sin embargo, el radicalismo de Santa Fe en su inmensa mayoría, se plegó a la organización encabezada por el doctor Lehman y Ricardo Caballero. De hecho, la mayoría del radicalismo santafesino quedó excluida del Partido, justamente en las vísperas de las elecciones de 1916. Yrigoyen se negó a negociar con los disidentes y la convención de la Unión Cívica Radical de Santa Fe, reunida en enero de 1916, proclamó la fórmula a Gobernador, Rodolfo Lehman-Francisco Elizalde, frente a la del Comité Nacional que sostenía los nombres de los doctores Mosca-Ferraroti²⁵.

Al mismo tiempo, la Convención proclamó una lista propia de electores nacionales a Presidente y Vice de la República, aunque sin designar fórmula presidencial. A causa de estos acontecimientos las opiniones entre los disidentes estaban divididas: unos sostenían que los electores de ese partido provincial recientemente constituido debían votar en los Colegios Electorales la fórmula Yrigoyen-Luna; otros se negaban a hacerlo. Se llegó a una solución de transacción, mediante la cual la convención ordenaba a los electores del Partido disidente votar la fórmula Yrigoyen-Luna

siempre que el voto de los 19 electores de la Unión Cívica Radical de Santa Fe, en caso de triunfar en la provincia, fuera indispensable para la victoria de la fórmula Yrigoyen-Luna²⁶.

Verificado el escrutinio, las elecciones nacionales arrojaron los siguientes resultados: Radicalismo yrigoyenista 339.332 votos; Partido Demócrata Progresista 123.637 votos; Partido Conservador y aliados, 153.406 votos; Partido Socialista 52.895 votos; disidentes de Santa Fe 28.267 votos.

Estas cifras se tradujeron en el siguiente número de electores: Yrigoyen, 133 electores; Lisandro de la Torre, 20 electores; Angel D. Rojas (candidato conservador), 104 electores; Juan B. Justo, 14 electores; los disidentes de Santa Fe, 19 electores.²⁷

Con 133 electores, Yrigoyen estaba muy lejos de obtener la mayoría absoluta de 151 sufragios de electores establecidos por la ley para imponer la fórmula. En tales circunstancias, hubiera correspondido al Congreso resolver, como supremo juez, a quién correspondía la victoria. Integrado en su mayoría por fuerzas hostiles al radicalismo los conservadores luchaban después de las elecciones por derivar hacia el ámbito parlamentario la resolución del problema. Al mismo tiempo, Ugarte tendió sus líneas para corromper a los disidentes santafesinos. Envió a José Arce a Santa Fe, quien se puso en contacto con los doctores Lehman y Elizalde,

ofreciéndoles, a cambio de algunos electores que éstos pudieran conseguir, uno de los términos de la fórmula presidencial que se tramitaba... El propósito de los conservadores era impedir la consagración del doctor Yrigoyen. En conferencias posteriores los representantes conservadores fueron más al grano colocando el nombre de Roberto Lehman a la cabeza de la fórmula²⁸.

Ricardo Caballero, radical disidente de Santa Fe, aunque muy vinculado a Yrigoyen, señala en sus «Memorias» la tarea de seducción empleada por los conservadores ante cada uno de los electores santafesinos que podía decidir la elección presidencial.

A don Marcos Brown, de San Cristóbal, se le ofreció y se le dio un cheque en blanco con una firma muy responsable, completamente responsable, para que no votara la fórmula radical²⁹.

Parecidas insinuaciones se hicieron ante los restantes electores de Santa Fe.

Ante la crisis, Yrigoyen fue inflexible: rehusó negociar con los disidentes santafesinos, ni siquiera recibir a los delegados que intentaban llegar a un acuerdo con el caudillo. A este fin se recluyó en su estancia de Micheo; ordenó a su personal negar el acceso al establecimiento.

Tampoco recibe correspondencia ni escribe cartas, salvo un breve telegrama al Presidente del Comité Nacional, en el que expresa terminantemente su resolución de no conversar con nadie sobre el tema que en ese momento apasiona a todo el país³⁰.

La intransigencia de Yrigoyen somete a una guerra de nervios a todos los partidos, sumidos en la incertidumbre. El gobernador electo Lehman se entrega a raras combinaciones y especulaciones sobre su porvenir político. Por su parte, Lisandro de la Torre no pierde el tiempo. El escrupuloso demócrata comisiona a su amigo Camilo Aldao para que ofrezca al anciano líder del Partido mitrista de Buenos Aires, don Guillermo Udaondo, el primer término de la fórmula presidencial. Lisandro de la Torre, en efecto, con el objeto de frustrar la victoria de Yrigoyen, negociaba con los radicales disidentes de Santa Fe, buscando una solución «patriótica» para romper la opción conservadora exigida por Ugarte.

Camilo Aldao escribe a Udaondo:

Por pedido de Lisandro de la Torre estoy tramitando un arreglo con los radicales disidentes para solucionar la cuestión presidencial. He tenido anoche en mi biblioteca una larga conferencia con mi amigo Elizalde vicegobernador, y con este dirigente hemos sentado las primeras bases. Elizalde, de acuerdo con Lehman, hará fracasar la fórmula Yrigoyen-Luna, negándole los votos de sus 19 electores; pero piden para dar ese grave paso político que se levante una gran fórmula que importe una verdadera solución nacional y exigen que el binomio sea formado con su nombre en el primer término... Necesito saber si usted aceptaría la Presidencia de la República en estas condiciones para llevar adelante los trabajos iniciados. Preveo las resistencias de Ugarte y de los mismos demócratas, pero los radicales disidentes exigen que los conservadores, demócratas y los socialistas hagan una declaración pública antes de fin del mes corriente, que votarán su nombre el 8 de junio, y recién entonces, ellos por intermedio de su Convención darán igualmente su declaración adhiriéndose a su candidatura... Espero pues su contestación con sumo interés. Le prevengo que este asunto se lleva con absoluta reserva y que sólo están en su conocimiento Lisandro, Elizalde, Lehman y yo, que soy un simple commis voyageur³¹.

De este modo, los conservadores oligárquicos de Buenos Aires de origen autonomista se proponían arrebatar el triunfo de Yrigoyen por medio del radical Lehman; y Lisandro de la Torre, el conservador liberal, se proponía lo mismo, pero entregándole la Presidencia al porteño mitrista Udaondo.

De la Torre atribuía a las «intrigas» del Presidente De la Plaza y a la corrupción de Ugarte el triunfo de Yrigoyen. Escribirá luego a Demaría:

En las provincias, ayudando públicamente a los radicales como en Salta, Mendoza y Santa Fe, sobornándonos un partido entero como en La Rioja (usted sabe que los partidos nacional y autonomista de La Rioja adheridos al Partido Demócrata Progresista se vendieron a Ugarte por \$30.000) o complotándose con grupos sueltos como en Córdoba, San Luis, Tucumán, etc., con el fin de anarquizarnos.

A pesar de estas maniobras de Ugarte, y en la esperanza de contar a último momento con sus votos en los Colegios Electorales, De la Torre confiesa en la misma carta que

aún entonces dispuse que muchos afiliados demócratas que vivían en la Provincia de Buenos Aires, votaran por los electores del Partido Conservador³².

¡Aún entonces!

Todas estas combinaciones –donde la sutileza páfida se unía a la corrupción más degradada– se hundieron sin remedio cuando los 19 electores de Santa Fe, desoyendo la sugerencia de Lehman, votaron en los Colegios Electorales la fórmula Yrigoyen-Luna. El viejo caudillo había triunfado y el «*demos*» irrumpía.

La noche sobre Europa

Un torrente de fuego y de hierro se precipitó sobre aquella brillante civilización europea. En el viejo continente, donde parecían cosas del pasado los odios nacionalistas, superados al parecer por la hegemonía europea sobre el resto del mundo, las fronteras históricas hacían su aparición y vomitaban metralla y muerte. Los signos más alarmantes habían sido desdeñados por las clases dominantes sumidas en el placer de una existencia sin peligros. En el movimiento obrero europeo la catástrofe fue peor aún. Las vísperas de la primera guerra mundial habían sido oscurecidas por las más sombrías aprehensiones. En 1903 la socialdemocracia alemana celebró un Congreso en Dresde donde se mencionó por primera vez la huelga general revolucionaria en caso de guerra. El tema se reiteró en 1904, en Bremen; en 1905, en Jena; en 1906, en Mannheim; en 1911, nuevamente en Jena,

y en 1912 en Magdeburgo. En estos debates intervenían Rosa Luxemburgo, Mehring, Parvus, Víctor Adler, Hilferding, Kautski, Carlos Liebknecht. La practicabilidad de una huelga general para impedir la guerra sumía en la duda a todos los participantes.

La segunda Internacional en sus Congresos, a su vez, retomaba el tema y salía de él con vagas declaraciones, que aumentaban la inquietud. El gigantismo de las organizaciones socialistas en Europa, su carácter burocrático, su eficacia, sus ministros, sus diputados y sus diarios, no daban, paradójicamente, mayores seguridades en caso de conflicto; se suponía, con acierto, en las «alas izquierdas» de la socialdemocracia, que el movimiento socialista estaba demasiado insertado en el sistema de la sociedad burguesa como para rebelarse contra él en la hora decisiva. Kautski decía:

*Fortalezcamos nuestras organizaciones. Eduquemos al proletariado. Derrotemos a la burguesía con la táctica del agotamiento*³³.

En Francia, los hombres del sindicalismo revolucionario veían nacer el drama:

*Nos encontramos en las vísperas de un gran conflicto europeo. Las naciones marchan hacia el mismo a grandes pasos; se preparan para él febrilmente*³⁴

«La guerra angloalemana sería «una guerra de negocios». La Oficina Socialista Internacional se reunía en 1912 en Basilea declarando que

*el temor que la clase gobernante tenía a la revolución proletaria había sido una garantía esencial para la paz*³⁵.

En todos los Congresos, Jean Jaurés, jefe del Partido Socialista Francés, exigía medidas inmediatas para alejar el peligro de guerra. A su vez el laborismo británico estaba hundido en un sopor indestructible. Y detrás de los jefes socialistas o de los jefes sindicalistas que proclamaban la guerra platónica a la guerra imperialista, la clase obrera europea en su conjunto seguía el ejemplo británico. El inmenso botín colonial se había derramado generosamente sobre toda la civilización europea, incluyendo a su proletariado, inoculándole prejuicios imperialistas e ilusiones conservadoras. Los sindicalistas revolucionarios de Francia advertían que el movimiento obrero atravesaba hacia 1912-1913

*una crisis que se traduce por un hundimiento de la conciencia obrera, por un desaliento de los militantes, una ausencia de fe y de confianza*³⁶.

La clase obrera francesa vivía sumida en la indiferencia más completa.

*Un proletariado ignorante que no sabe leer que no quiere leer o que lee suciedades. Militantes que juegan interminables partidas de naipes con los camaradas en los bodegones. Un periodismo obrero podrido como el otro*³⁷.

El militante sindicalista Pierre Monatte no veía las cosas con mejores ojos:

*Una gran pereza espiritual... casi todos, en todos los grados, estábamos atacados del mismo mal. En nuestros medios no se sabía de la alegría que dan las lecturas serias y la fuerza de un pensamiento firme y concentrado. No se sabía leer. Se bebía el jornal y el semanario bastaba para la sed intelectual de entonces*³⁸.

Los obreros joyeros, los peluqueros, los camareros, concurrían a las carreras de caballos. Los trabajadores del puerto estaban hundidos en el alcoholismo.

*Un proletariado podrido de codicias que conserva todavía el instinto de su clase, pero que pierde cada vez más el espíritu*³⁹.

Los ideales de Marx y Engels constituían la fórmula de un ideal postergado para un impreciso porvenir. Bernstein y su adaptación a la sociedad burguesa triunfaban en toda la línea. El capital imperialista había establecido una enorme distancia entre el nivel de vida y el régimen político de una Europa exclusiva, y el infierno social de las colonias y semicolonias que explotaba.

Jaurés veía la inminencia de la guerra. El 25 de Julio de 1914 pronunciaba un discurso: «Jamás, desde hace cuarenta años, ha estado Europa en una situación más amenazante y más trágica... Cada pueblo aparece a través de las calles de Europa con su pequeña antorcha en la mano, y he aquí ahora el incendio... Digo que en la hora actual tenemos contra nosotros, contra la paz, contra la vida de los hombres, perspectivas terribles, contra ellas será preciso que los proletarios de Europa ensayen los esfuerzos de solidaridad suprema que puedan intentar»⁴⁰

Había desesperanza en estas palabras. Todavía el 30 de Julio, en París, se mantiene en pie la última ilusión. El jefe de la socialdemocracia alemana, Haase, firma junto con los socialistas franceses un manifiesto contra la guerra. El belga Vandervelde recuerda:

Y veo aún, volveré a ver toda mi vida, inclinado sobre ese documento, a Haase, con el brazo alrededor del hombro de Jaurés, renovando por ese gesto la alianza contra la guerra que habían hecho pública en la reunión de la víspera⁴¹.

Al día siguiente Jaurés pronuncia un discurso:

Y he aquí por qué, aún cuando la nube de la tempestad está ya sobre nosotros, quiero esperar todavía que el crimen no se realice.

El asesinato de Jean Jaures

En la tarde de ese mismo día, Jaurés intenta vanamente entrevistar al Presidente del Consejo; pero es recibido por el subsecretario de Estado, Abel Ferry. El alto funcionario pregunta a Jaurés sobre sus intenciones. La respuesta de Jaurés es: «*Continuar nuestra campaña contra la guerra*». Ferry le replica:

Lo que no os atreveréis a hacer porque seríais asesinado en la primera esquina de la calle⁴².

Esa noche, mientras cena con un grupo de compañeros de l'Humanité en un restaurante de la Rue Monmartre, el patriotero Villiaín le dispara dos balazos a través de la ventana abierta del local. Jaurés cae fulminado. A la mañana siguiente, 1 de agosto, Alemania declara la guerra a Rusia y comienza la hecatombe. Los socialistas alemanes, con Haase a la cabeza, discuten su posición ante el pedido del gobierno del Kaiser de votar un crédito de 5.000 millones de marcos para la guerra. La fracción socialdemócrata alemana vota los créditos con Haase, que

ayer todavía abrazaba simbólicamente a Jaurés. Sólo un diputado se opone; es Carlos Lieknecht. El antiguo socialista francés Millerand resume su traición:

*No hay más derechos obreros, no hay más leyes sociales: no hay más que la guerra*⁴³.

La socialdemocracia europea salta en pedazos. Cada uno de los partidos socialistas se pliega a su propio capitalismo y ordena marchar al frente. Con la ayuda de la socialdemocracia los bandidos imperialistas de cada uno de los Estados europeos conduce a su pueblo al matadero. Un frenesí patriótico domina los primeros meses de la guerra; a los rebeldes les espera un claro destino. El Ministro de Guerra francés, Mesimy, declara en la sesión del Consejo:

*Dejadme la guillotina y garantizo la victoria. Que esas gentes (los militantes sindicalistas) no se imaginen que serán simplemente encerrados en la cárcel. Es menester que sepan que los enviaremos a las primeras líneas de fuego: si no marchan, pues bien, recibirán balas por delante y por detrás. Después de lo cual nos habremos desembarazado de ellos*⁴⁴.

En pocas semanas las fuerzas desencadenadas del imperialismo reducen a los internacionalistas de Europa a un puñado de hombres, intransigente y solitario. El socialista austríaco Federico Adler, estupefacto, decía:

*Los que no necesitan empuñar las armas están muy contentos. Además, todos los exaltados y los locos se lanzan ahora a la calle pues ha llegado su hora. El asesinato de Jaures no es más que el comienzo. La guerra desencadena todos los instintos del hombre y todas las formas de la demencia*⁴⁵.

Trotsky se refugiaba en Suiza. Cuando Lenín recibió el número del Vorwaerts, órgano oficial de la socialdemocracia alemana, en el que se informaba la aprobación socialista de los créditos de guerra, rehusó creer en ese acto. Estaba convencido de que se trataba de una edición falsificada por el Estado Mayor alemán para sembrar la confusión entre sus enemigos. Al persuadirse de lo contrario declaró que la Segunda Internacional había muerto.

Pero en ese año no solamente había muerto la Segunda Internacional. También nacía una esperanza. «La movilización y la declaración de guerra parecen haber borrado del país, por un momento, todos los antagonismos sociales y de raza. Pero esto no es más que un respiro histórico, una especie de moratoria política, por decirlo así. Las circunstancias han cambiado la fecha del vencimiento de la letra, pero ya llegará la hora de ponerla al cobro»⁴⁶. El lugar de Jaurés lo ocupa Maurras. El apologista de la monarquía y de la reacción en toda la línea, asume la defensa del Imperio y brega para que suba «al poder un hombre fuerte, capaz de conducir el país a la victoria». Y se convirtió en uno de los artífices del ascenso de Clemenceau al gobierno, nada menos que su viejo y encarnizado adversario de los tiempos del affaire Dreyfus. Para Maurras no había nada superior al interés imperialista de Francia. Luchó también por la sanción de leyes draconianas que reforzaran el poderío militar y moral de su país. León Daudet asumió la función de «fiscal del rey», como decía Maurras, «esto es, la del cazador sin miedo y sin fatigas de todos aquellos oscuros elementos que pululaban en las esferas oficiales francesas ejerciendo menesteres de espionaje y traición»⁴⁷. El curioso colonialista Maurras sería el maestro inimitable del nacionalismo cavernícola en la Argentina posterior a 1930. La Europa imperialista entraba en la noche.

Don Hipólito en el poder

El 12 de octubre de 1916 el antiguo comisario de Balvanera, hijo de vasco y criolla, nieto de mazorquero, antimitrista de ribetes federales, de estampa aindiada y criolla, el hombre que jamás había pronunciado un discurso en público y sin embargo había hablado con elocuencia singular a decenas de miles de argentinos, uno por uno, hasta formar un gigantesco movimiento nacional, entraba a la sede del poder ante la expectativa de toda la República. Leyó su mensaje ante las Cámaras vestido de frac. Salvo un puñado de íntimos, pocos lo conocían en el país: jamás se había dejado retratar ni había pronunciado un discurso en la plaza pública.

Detrás de él venía el torrente radical: hijos de la inmigración y nietos de próceres, alguien había dicho. La fórmula era incompleta. Los nietos de próceres escaseaban, pero abundaban oscuros hijos del país de lejano arraigo. Y este hombre era la síntesis de las corrientes sanguíneas y de fuerzas sociales diferentes que se instalaban en el poder, no mediante la patriada revolucionaria, como el caudillo había pretendido en sus años, sino por medios pacíficos. Los resultados

se verían. Pero Yrigoyen en la Casa de Gobierno constituiría una verdadera conmoción. Al abandonar el Congreso se advierte un

espectáculo sensacional. Las cien mil personas que llenan la doble Plaza del Congreso, las azoteas, los balcones, prorrumpen en una enorme algarabía de vítores y de aplausos. Las mujeres en los balcones saludan con sus pañuelos. Hay lágrimas en muchos ojos. Entre la emoción unánime y la frenética gritería, va bajando la escalinata serenamente el nieto del fusilado de la Concepción, el ex comisario de Balvanera, el desterrado del 93, el Apóstol de la democracia. ¡Nunca se ha visto un entusiasmo igual en Buenos Aires!⁴⁸.

La muchedumbre se abalanza sobre el carruaje, desengancha los caballos y arrastra el coche a lo largo de la Avenida de Mayo. Es una apoteosis. Era el triunfo del «César pardo», como sentenciará luego el despecho oligárquico.

El anuncio de su primer gabinete definirá el estilo del nuevo régimen. En los dos ministerios militares designa a dos ministros civiles. El doctor Salinas, maestro provinciano y también abogado, es un hombre sencillo que dirigirá el Ministerio de Instrucción Pública; se convertirá al poco tiempo en el favorito de las crónicas sarcásticas de la oposición. Es designado Ministro de Hacienda un consignatario en la compraventa de ganado. La prensa paquidérmica y los hombres desalojados del régimen se disponen a satirizar al nuevo gobierno. El asombro no puede ser mayor cuando advierten que en numerosas reparticiones públicas y subsecretarías de estado figuran no sólo desconocidos sino asimismo hombres muy jóvenes. Yrigoyen promueve a la juventud pequeño burguesa recién salida de las Universidades a los cargos públicos más altos.

Las escenas a que da lugar su instalación serán inolvidables para algunos testigos. El más simbólico de ellos era el doctor Benigno Ocampo, Secretario del Senado desde hacía muchos años, encarnación misma del dandy porteño. El doctor Ocampo se distinguía como émulo de Quintana por su indumentaria exquisita. Jaquet, pantalón de corte perfecto, guantes y galera, abrigos escrupulosamente elaborados, todo lo importaba por medio de su comisionista. Lincoln and Bennett eran sus proveedores de sombreros; Derooy, de Regent Street, le enviaba su calzado y Poole and Co., sus prendas interiores: en Londres estaban sus medidas y él se vestía y pensaba a la manera de Londres. Era un hombre encantador. Con un larguísimo cuello postizo, que merecía los honores de los dibujantes humorísticos,

su verba se prodigaba más elocuentemente en francés o inglés que en castellano. Había vivido en los tiempos de oro de la oligarquía, desde su juvenil iniciación como secretario de Avellaneda. Sus gustos eran sutiles: sólo bebía el té que le enviaban directamente desde Ceylán en pequeños fardos de estera⁴⁹.

El infausto día que presencié la llegada de Yrigoyen al Congreso Nacional para leer su primer Mensaje, el frágil secretario del Senado oligárquico vive el fin de una época.

*Su cuello alto, altísimo, no está planchado para resistir tales estrujones de la multitud irreverente, ni sus zapatos finos, los pisotones de Flores, Barracas, Boedo, Balvanera... Y sus oídos, afinados para la ópera o para el Odeón, no se acomodan al grito estridente de la calle: «¡Viva Hipólito Yrigoyen...! ¡Viva...!» Al anochecer de aquella tarde, humedecidos sus grandes ojos claros, de chispeante indignación le oigo decir con nervioso tartamudeo:
–...escupieron las alfombras...descolgaron las cortinas en el empeño de verlo... en la calle reemplazaron a los caballos y empujaron el coche...⁵⁰.*

Sus amigos predilectos vieron llegar a don Benigno Ocampo horas después a la confitería Blas Mango, en la calle Florida, completamente transfigurado.

Gotas de sudor le perlaban la frente, las venas de las sienas estaban pletóricas y los labios convulsos le temblaban sin sosiego⁵¹.

Apenas pudo recuperar el habla comentó:

–Fue muy desagradable... Han desenganchado los caballos y han arrastrado la carroza presidencial por las calles, vociferando injurias y lanzando vivas. Parecía el carnaval de los negros... Hemos calzado el escarpín de baile durante tanto tiempo y ahora dejamos que se nos metan en el salón con bota de potro⁵².

Con don Benigno Ocampo hablaba la oligarquía aunque, efectivamente, la era del escarpín había terminado.

Los hombres del club, los políticos liberales y la servidumbre periodística se disponían a reír. ¡Esa prosa de Yrigoyen! Pues se leía con delectación y comentarios irónicos, una página del Presidente Yrigoyen aparecida el mismo día de asumir el poder en una revista insignificante titulada Proteo.

Asumir la contienda reparadora, desde el llano a la cumbre, renunciando a todas las posiciones y resguardos del medio ambiente para remontar la abrupta montaña a pura orientación del pensamiento, a puro vigor de virtudes y a pura entereza de carácter y llegar a la cima pasando por sobre las murallas de todos los poderes oficiales y las conjuraciones conniventes, es empresa que no conciben los mediocres ni alcanzan los pigmeos y que ni siquiera fueron realizadas por el genio de la revolución, sentidas por el alma nacional y cumplidas con admirable excelcitud en una trayectoria de sucesos y de acontecimientos que culminaron todas las glorias de la patria⁵³

El fin de Marcelino Ugarte

¿Qué peligro podía existir en este fantástico apostólico, en este estilista detestable? Sin embargo, todas las dudas se disiparon al difundirse una nota redactada por la misma mano, en la que podía leerse lo siguiente:

Las autonomías provinciales son de los pueblos y para los pueblos y no para los gobiernos⁵⁴.

En el lenguaje de los hechos, esto significaba que Yrigoyen se disponía a intervenir todas las provincias que permanecían en manos de los gobernantes oligárquicos. Que un pensamiento tan claro estuviese envuelto en una prosa tan difusa, no sería la única sorpresa que el misterioso gobernante ofrecería a sus adversarios.

En abril de 1917 intervenía la Provincia de Buenos Aires: así ponía fin para siempre a la carrera política del «petiso orejudo», el temible y cínico amo de la provincia⁵⁵. Después sigue con la intervención a Mendoza, a Corrientes, a La

Rioja, a Catamarca y a Salta. En mayo de 1919 interviene por decreto la Legislatura de San Luis; luego, por ley del Congreso, la totalidad de sus poderes. En el mismo año interviene Santiago del Estero y San Juan. En noviembre de 1920 decreta la intervención de Tucumán. Sea por decreto o por ley del Congreso, restablece la soberanía popular en los bastiones tradicionales del régimen. El recurso de la hilaridad se desvanecía en los labios de la oligarquía. Algunos de sus hombres tienen ocasión de visitar el despacho presidencial en estos primeros años de su gobierno. He aquí el testimonio de Carlos Ibarguren:

El espectáculo que presentaba la Casa de Gobierno, a la que yo no iba desde hacía varios años y que observé al pasar por salas y pasillos, era pintoresco y bullicioso; como en un hormiguero la gente, en su mayoría mal trajeada, entraba y salía hablando y gesticulando con fuerza; diríase que esa algarabía era más propia de comité en vísperas electorales que de la sede del gobierno. Un ordenanza me condujo a una sala de espera cuya puerta cerrada con llave abrió para darme entrada y volvió a clausurar herméticamente; vi allí un conjunto de personas de las más distintas cataduras: una mujer de humilde condición con un chiquillo en los brazos, un mulato en camiseta, calzado con alpargatas, que fumaba y escupía sin cesar, un señor de edad que parecía funcionario jubilado, dos jóvenes radicales que conversaban con vehemencia de política con un criollo medio viejo de tez curtida al parecer campesino por su indumentaria y su acento⁵⁶.

Los ordenanzas de librea francesa de los tiempos de Sáenz Peña habían desaparecido sin dejar rastros. Un historiador de filiación oligárquica, poco amable, juzgará, por su parte, los cambios en el elenco parlamentario del Congreso Nacional:

Ya por entonces el Congreso estaba lleno de chusma y guarangos inauditos. Se había cambiado el lenguaje parlamentario usual, por el habla soez de los suburbios y los comités radicales. Las palabras que soltaban de sus bocas esos animales no habrían podido ser dichas nunca ni en una asamblea salvaje del Africa o del Asia. En el Congreso ya no se pronunciaba solamente discursos, sino que se rebuznaba. La barra brava, secundaba los actos de sus amigos⁵⁷.

Como se ve, también la oposición perdía su estilo. Se respiraba en todo el país una sensación de cambios inminentes. El pobrerío postergado y olvidado, el chinerío, como dirá en los corrillos la antigua camarilla, la pequeña burguesía universitaria, profesional, comercial o industrial, sin padres argentinos (sin padres conocidos, injuriará la prensa frondista) se incorporaba a los diversos estamentos de la burocracia nacional, provincial o municipal, a los cuerpos diplomáticos, al Parlamento, al periodismo adicto, y ocupaba la escena cambiando el lenguaje, las aspiraciones y las perspectivas.

Estructura agraria y política Yrigoyenista

La vieja oligarquía no se conformaba con ejercer su dominio sobre la estructura económica nacional: deseaba perpetuarse en la dirección política. Su ceguera era tan completa que rechazaba el acertado juicio formulado por el estanciero Enrique Larreta a su amigo Jorge Mitre antes del triunfo radical:

¿Por qué el empeño de los conservadores en obstruir el acceso a los radicales, cuando representan igualmente nuestros principios y bases económicas? Debe dejarse al pueblo que satisfaga su preferencia, pues al contrariarlo se corre el riesgo de que se incline a los partidos realmente avanzados⁵⁸.

Pues las transformaciones llevadas a cabo por el radicalismo yrigoyenista durante su primera presidencia se dirigían a la superestructura del aparato gubernamental, y no alteraban la base misma del sistema oligárquico. Encarnaba un nacionalismo agrario fundado en los presupuestos mismos del país agropecuario y exportador heredado del siglo anterior. Pero el desenvolvimiento social y económico de la República, al modelar nuevas clases sociales intermedias, no podía concebirse sin el otorgamiento de sus derechos políticos. El peligro consistía en impedir ese acceso a la vida pública de los nuevos sectores. Yrigoyen buscaba tan sólo redistribuir la renta agraria, fruto de la condición semicolonial del país, en un sentido democrático. No se propuso alterar los fundamentos agrarios del país, sino mejorar las condiciones de vida de aquellos que hasta ese momento habían estado excluidos de los derechos cívicos y de las ventajas económicas que podía facilitar una política nacional.

De ahí que en el radicalismo se sintieran interpretados desde los ganaderos menores vinculados al mercado interno hasta los peones despojados de todo derecho; los hijos de extranjeros y los criollos nativos, la pequeña burguesía urbana que buscaba un lugar bajo el sol, y los universitarios sin porvenir en una Universidad gobernada por camarillas exclusivas, los obreros que no se sentían atraídos por la prédica del partido Socialista porteño, los olvidados trabajadores del nordeste, del norte, del centro y de Cuyo. Esa heterogeneidad encontraba su reflejo en la personalidad del caudillo. Pero su política fue inequívoca. Su nacionalismo agrario se entroncaba con la tradición nacional y latinoamericana así como creaba las condiciones preliminares necesarias para una industrialización que Yrigoyen jamás concibió como un programa propio. En las distintas provincias argentinas, ya con gobernantes radicales, se manifestaban las tendencias contradictorias del movimiento yrigoyenista.

El gaucho Lencinas, uno de los grandes caudillos regionales, decía en Cuyo:

*Las montañas se suben en alpargatas*⁵⁹

y enfrentaba a los grandes bodegueros en nombre de los pequeños productores y peones. En Mendoza, los opositores acusaban a Lencinas de haber triunfado con el apoyo del roquista Civit, lo que era cierto, pues al lencinismo se incorporan los sectores populares del viejo roquismo mendocino.

Después de los testimonios de Caballero sobre las relaciones entre el general Richieri, hombre de Roca, con Yrigoyen, se confirma la vinculación entre el roquismo y el yrigoyenismo a través de una interesante carta de don Diógenes Aguirre, Presidente del radicalismo de Mendoza, al doctor Horacio Oyhanarte en febrero de 1916:

Querido compañero:

Sabiendo que usted está terminando un libro de actualidad política, me siento inducido a comunicarle dos referencias de ese orden de que tengo conocimiento personal y son las siguientes: Como usted sabe, mantengo una amistad antigua y cordial con el doctor Emilio Civit y en una de nuestras entrevistas, hace meses, me enteré de que un mes más o menos antes de fallecer el general Roca, en una conversación que tuvieron le manifestó que era su opinión y convencimiento de que la Unión Cívica Radical tendría una pre-

ponderancia fatal e inevitable en los destinos del país y que a su juicio eso era lo mejor que pudiera ocurrir para garantía del porvenir y tranquilidad de la Nación. Si los radicales gobiernan mal –continuaba el dos veces Presidente de la República al dos veces gobernador de Mendoza– sería una justificación de los gobiernos anteriores. Y si lo hicieran bien, lo que él creía sobre todo si tenían el buen tino de llevar a la primera magistratura al doctor Hipólito Yrigoyen, sería una suerte para todos, lo que por otra parte era de esperar tratándose de un hombre público de larga actuación, lleno de prestigios ganados en momentos difíciles y reconocido sin distinción de colores políticos por eminentes hombres públicos de notoria significación y por la opinión sana de todos los argentinos. Su autoridad indiscutida, su integridad y patriotismo, recalca el general Roca, serán para el país en todo tiempo, prenda de seguridad y de confianza. Yo miro sin sobresaltos, añadía, la evolución política que se está operando a impulso de un partido con nobles aspiraciones y que tiene a su frente un hombre ampliamente probado⁶⁰.

En Córdoba aparecen los «radicales rojos», que proponían medidas audaces de mejoramiento social. El gobernador de Jujuy se interesa por primera vez por las comunidades indígenas de la puna, de los valles y cañaverales.⁶¹ Lo mismo ocurre en Tucumán, donde el gobernador radical asume la defensa de los cañeros y trabajadores de los surcos frente a la soberbia oligarquía azucarera. Las diferentes clases y profesiones y grupos que incluía el movimiento nacional yrigoyenista pugnaban en el seno del gobierno para satisfacer los contradictorios intereses que se revelaban con el triunfo radical.

Sin embargo, la limitación esencial de Yrigoyen, admitida por los propios historiadores del radicalismo, consistirá en que si bien intervenía las provincias facilitando el acceso al poder de gobernadores y legislaturas populares, respetó al Congreso y al Poder Judicial. Su actitud legalista lo condenó a la impotencia. En la Cámara de Diputados había 45 legisladores radicales y 70 opositores; en el Senado 4 radicales y 25 opositores⁶². El Poder Judicial era una institución petrificada durante décadas. Allí se había refugiado la nobleza de la toga, tan hostil para los intereses nacionales y populares como diestra para servirse a sí misma y al sistema oligárquico que la había moldeado. La hipocresía jurídica monstruosa que prevalecía en los tiempos de Yrigoyen, ha resultado uno de los caracteres inmodificables del Poder Judicial a lo largo de toda su historia.

Uno de sus antiguos miembros nos ofrece el más autorizado testimonio de la astucia enana característica de la Suprema Corte. Al enfrentarse Figueroa Alcorta con la mayoría opositora del Congreso roquista, dio por terminadas sus sesiones, prorrogando por decreto el presupuesto del año anterior. La Suprema Corte recibió un oficio del Ministro de Hacienda en el que se comunicaba a la Secretaría el decreto que fijaba el presupuesto. Dice el Secretario de la Corte de aquella época en sus «Memorias»:

Dí cuenta a los miembros de la Corte, reunidos en Acuerdo, de ese oficio ministerial que se me había remitido. Se planteó un delicado problema constitucional: si la Corte en una resolución reconocía legal al decreto, se pronunciaba abiertamente en contra de lo preceptuado por nuestra Carta Magna: si lo desconocía, el Poder Judicial no podía funcionar sin recursos ni sueldos, y tal decisión, si bien se ajustaría estrictamente a las prescripciones constitucionales, implicaría además un apoyo a la enconada oposición política contra la actitud del presidente. En tan difícil emergencia el Tribunal zanjó la cuestión astutamente en el sentido menos perjudicial y más práctico, contemplando el asunto así, los miembros de la Corte ignoran oficialmente el decreto porque no han recibido ningún mensaje al respecto del Poder Ejecutivo; no se ha planteado formalmente la cuestión para un pronunciamiento del Tribunal. La Secretaría, a la que el Ministro de Hacienda le ha comunicado dicho decreto, debe darle el curso que corresponda sin declaración judicial alguna⁶³.

De esta manera, el alto tribunal seguía cobrando sus sueldos y no corría peligro de destitución por parte del Poder Ejecutivo, tampoco afrontaba el riesgo de un juicio político por el Congreso: aseguraba así su pitanza y su sobrevivencia sin comprometerse con nadie. Este episodio constituye una brillante página de estilo curialesco en la tradición de la Corte. Al dejar en su sitio a los probos magistrados y a los parlamentarios unidos por el fraude, Hipólito Yrigoyen se entregó maniatado a las instituciones sobrevivientes del Régimen. No se trataba de un error, puesto que si Yrigoyen organizaba levantamientos, no era un revolucionario sino un reformador. No solamente dejó en pie las instituciones que habrían de voltearlo, sino que garantizó la libertad de prensa a las grandes empresas vinculadas al capital extranjero. Se envolvió en un soberbio aislamiento y entregó a la prensa oligárquica el derecho a la licencia. Esta trabajó libremente sobre la

pequeña burguesía impresionable, agigantó en una escala monstruosa los errores reales del gobierno radical, inventó otros supuestos y desfiguró sus grandes medidas.

Neutralistas y rupturistas

Los dos años de gobierno del doctor Victorino de la Plaza habían discurrido plácidamente en medio de una guerra mundial sangrienta. De la Plaza había declarado la neutralidad y el país la aceptó: las simpatías estaban divididas, como siempre. Pero la neutralidad de De la Plaza no suscitó ninguna campaña del bando rupturista. Se podría atribuir esta calma al carácter anglófilo del Presidente o al hecho de que Inglaterra no miraba con malos ojos una neutralidad argentina que convenía a sus intereses. Sea como fuere, la oligarquía tenía su propia política. Cuando Yrigoyen ratifica la neutralidad ante el conflicto, en cambio, el país presencia una desaforada campaña que se prolonga a lo largo de toda la guerra contra el neutralismo oficial practicado por el presidente.

En esta oposición torrencial nadie se excluye: desde la gran prensa mercantil hasta los prohombres de los partidos tradicionales y de izquierda, como el Partido Socialista, numerosos radicales, las «fuerzas vivas» en pleno, la magistratura y el profesorado universitario, los estudiantes y los intelectuales. El país se polariza en dos bandos: los rupturistas y los neutralistas. A los neutralistas se los llamaba por lo común «germanófilos»; quienes lo hacían, eran sin duda, y orgullosamente así lo confesaban, aliadófilos. Pero aunque había sin duda germanófilos entre los neutralistas, la inmensa mayoría no lo era. Las grandes multitudes estaban contra la guerra imperialista. Sobre todo, contra el designio de las grandes potencias que dominaban la Argentina de introducir al país en su propia contienda. Era notorio que el clero católico era asimismo neutralista, como los anarquistas, salvo alguno que otro poeta melencólico vinculado a los círculos literarios y, en consecuencia, rindiendo tributo al cipayaje de esos círculos. Los socialistas, en cambio, eran rupturistas del mismo modo que los disidentes radicales, todo el conservadurismo y el poderoso peso de las colectividades italiana, francesa, belga, inglesa o norteamericana, apoyadas por el inmenso aparato cultural y periodístico del imperialismo. Esas fuerzas movilizaban en grandes manifestaciones a los rupturistas. Por el contrario, la importante colectividad española, en abierto antagonismo con los italianos, con los franceses y con los ingleses, y en relación directa con la posición de España en el conflicto, era asimismo neutralista. El cronista Félix Luna

comentaba jocosamente las divergencias «nacionales» de las distintas colectividades residentes en la Argentina: tan populares eran las expresiones «boches» y «franchutes», gallegos germanófilos y tanos, johnies y fritz⁶⁴. El diario radical *La Epoca* era neutralista. A su voz se agregó *La Unión*, diario que dirigía Belisario Roldán y que estaba financiado por la colectividad alemana. En el diario «La Unión» escribían Juan P. Ramos, Nicolás Coronado, Manuel Gálvez y el general José F. Uriburu.

Los discursos de Roldán, melosos y enfáticos, eran atravesados por alusiones antibritánicas y reminiscencias de las Islas Malvinas.⁶⁵ Pero la «*flor de la canela*», como correspondía a la factoría británica, estaba del otro bando. El que sería luego radical Ricardo Rojas; el nacionalista Leopoldo Lugones, el estanciero Enrique Larreta, el socialista Alfredo Palacios; el futuro maurrasiano y mitrista Alfonso de Lafrere, el director de «La Fronda», Francisco Uriburu, el escritor Alvaro Melián Lafinur y muchos otros amasaban la pestilente retórica rupturista en grandes concentraciones que pedían la guerra. Ricardo Rojas, con los ojos en blanco, desoía las voces telúricas y su simbología incaica bajo la presión de las grandes potencias:

creemos, decía en un acto rupturista, que después de la nota inamistosa por la cual nos comunicó Alemania que hundiría nuestros barcos, nuestra bandera, nuestros compatriotas, nuestros cargamentos, si se hacían a la mar, aunque fuese con rumbo a puertos neutrales, y después de la ejecución de tan brutal amenaza, no cabe sino interrumpir las relaciones diplomáticas y posesionarse de sus barcos internados en nuestros puertos como indemnización o garantía de los hundimientos que se realicen. Esto no es aún la guerra, según se sabe: ni debe serlo hasta no haber limpiado el país de todos los peligros del espionaje o conspiración que ha organizado aquí la previsión germánica y hasta no haber reunido un congreso panamericano que dé formas concretas a nuestra solidaridad continental frente a los actuales peligros y hasta no haber adoctrinado plenamente al pueblo sobre nuestra verdadera posición en el conflicto, mostrando las posibilidades adversas o propicias que el final de la guerra pueda depararnos⁶⁶.

Los diarios «La Nación» y «La Prensa» bendecían desde el altar de su caja registradora la oratoria lugoniana; las parrafadas neoclásicas de Alfredo Palacios cubrían largas columnas. Yrigoyen se había transformado en el «Peludo», mote que le aplicó el

rupturista Francisco Uriburu, director de «La Fronda» y primo del famoso general. Los «empujadores» de todas las épocas querían ver correr sangre argentina en los campos de Francia.

Así se formó en 1915 el Comité de la Juventud, dirigido por viejos artríticos, que engrasaban fusiles con artilugios verbales para que fueran a morir otros. Un grupo de aliadófilos contempla un desfile neutralista por la calle Florida, «En mi vida he visto una multitud más abigarrada que aquélla. Iban allí, entremezclados, hombres de muchas razas y de los credos más opuestos: alemanes cogotudos y de pecho taurino, vieneses rubios con aires de músicos de orquesta, radicales yrigoyenistas, entre los cuales abundaban las mujeres tocadas con la clásica boina blanca, obreros vociferantes de pies silenciosos porque todavía se usaba mucho la alpargata, grandes grupos de anarquistas, a los que podía identificarse por sus chalinas y pañuelos negros al cuello, y, por fin, un apretado contingente de sacerdotes que con sus sotanas ponían un manchón negro en medio de la muchedumbre de feligreses que les hacía marco»⁶⁷.

La extorsión imperialista

El gobierno del presidente Wilson invitaba a los neutrales americanos a una acción conjunta con los Estados Unidos. En los diarios de París «Le Temps» y «Le Figaro» se acusaba al gobierno argentino de confabularse contra los aliados y rechazar el pedido de Wilson:

No hay duda alguna, Buenos Aires es ahora el centro de la intriga alemana, que intenta crear un obstáculo en la América del Sur a la acción de Wilson y destruir la entente del ABC para hacer el juego a Alemania y a la paz alemana ⁶⁸.

El Senado se pronunciaba por la suspensión de relaciones con Alemania. Alvear, ministro argentino en París, protestaba contra la actitud inquebrantable del presidente Yrigoyen. El escritor Alberto Gerchunof decía: «Si nuestro gobierno no nos coloca del lado de la civilización... habrá llegado el momento de hacer algo en el país que pruebe que somos dignos no de la misericordia actual, sino de la amistad y del respeto de las naciones empeñadas grandiosamente contra la barbarie de Prusia»⁶⁹. Solemnemente, en pantuflas y junto a la chimenea, Ricardo Rojas hablaba de «templar el alma argentina, ennobleciéndola en la experiencia de un ideal heroico»⁷⁰ y «La Nación» con lacayuna malicia, publicaba un reportaje al

ministro inglés en la Argentina, Sir Reginald Tower. El insolente diplomático, respondiendo a la pregunta del diario «native» acerca de si los gobiernos de la Entente enviarían sus buques mercantes solamente hasta Montevideo para mantener a la Argentina al margen de su movimiento comercial, declaró carecer de información oficial o extraoficial con respecto a ese tema, pero añadió

que demostraríamos preferencias por aquellos que mejor nos demuestren su amistad», añadiendo que los legisladores de la Argentina «habían puesto de relieve con suficiente claridad las ventajas e inconvenientes de las actuales orientaciones de la política de su país⁷¹.

El presidente Yrigoyen convocó a su despacho inmediatamente al inglés deslenguado. Le preguntó si había formulado las declaraciones en su carácter de diplomático, porque en ese caso le entregaría de inmediato sus pasaportes. La claridad estilística del Presidente fue en este caso inobjetable para todo el mundo. El ministro aclaró que había carecido de todo propósito de emitir ningún juicio inamistoso, y que lamentaba la interpretación dada por el artículo de «La Nación». Al mismo tiempo el ministro argentino en Washington, Rómulo S. Naón, renunciaba a su cargo por considerar

que nuestra actitud debiera definirse en una resolución de franca simpatía en favor de los aliados⁷².

Los rupturistas estaban metidos en el aparato mismo del gobierno de Yrigoyen. Estanislao Zeballos, por su parte, apoyaba la política exterior de Yrigoyen. Las intrigas que practicaba en los asuntos internos de México el Intelligence Service británico se estrellaban en la Argentina contra la firmeza de Yrigoyen⁷³. Ni las provocaciones marítimas de los alemanes ni el incidente del conde de Luxbourg haría variar la posición yrigoyenista⁷⁴.

Un diario acusa a Yrigoyen de sufrir una crisis aguda de petulancia y engreimiento a la manera de Rosas o de «estar en plena inconciencia, ajeno a sus responsabilidades...» En las calles se canta la Marsellesa, se apedrea a un diario neutralista, y se intenta incendiar la imprenta de un periódico alemán⁷⁵.

Las listas negras excluyen a los comerciantes de los Imperios Centrales de toda relación comercial o profesional. Los afrancesados están en éxtasis, las damas cantan las canciones de guerra de París o de Londres. En 1914 el espectáculo era nuevo; lo veremos 30 años después, con los mismos personajes, y los mismos cantos. Aunque habían envejecido, los farsantes no habían cambiado.

Era la *guerra para terminar con todas las guerras*, era la contraposición de la «barbarie prusiana» a la «civilización». El «país entero» estaba con los aliados y contra el César mestizo, germanófilo y bárbaro. Pero en marzo de 1918 se realizaron elecciones nacionales para renovar la Cámara de Diputados. Yrigoyen recibió 349.820 votos, contra 120.510 del Partido Conservador, 82.584 del Partido Demócrata Progresista, 66.323 del Partido Socialista. ¡Tal era la opinión de los argentinos que no hablaban!

Si en el interior el país callaba, en la Buenos Aires cosmopolita bullían las rivalidades de la inmigración, incluyendo en esta última a los inmigrantes de anteaños que se creían señores de la tierra y tenían palacetes en el barrio Norte.

*¿Quién no vio el sainete con sólo aproximarse a las pizarras de los diarios, cuando la guerra del 14, en esas discusiones epilógadas a golpes entre ‘gallegos’ germanófilos y neutralistas, y tanos aliadófilos y belicistas? O más lejos aún, en aquella guerra italo-turca que despertó simpatías musulmanas en todos los ‘gaitas’, y cuando se decoraban los salones de lustrar con los coloridos cromos donde los emplumados ‘bersaglieri’ avanzaban siempre, y siempre al trote. ¿Se recuerda ahora cómo se celebró en la Boca el desastre español en Annual, en Marruecos, y la recíproca con aquel banquete que los ‘gallegos’ changadores de estación Sola celebraron la derrota italiana en Caporeto?*⁷⁶

En 1916 Manuel Ugarte editaba el diario «La Patria» para defender la industrialización argentina y la neutralidad frente a la guerra europea.

No me dejé desviar –decía– por un drama dentro del cual nuestro continente sólo podía jugar un papel de subordinado o de víctima; y lejos de creer como muchos, que con la victoria de uno de los bandos se acabaría la injusticia en el mundo, me enclaustré en la

neutralidad, renunciando a fáciles popularidades para pensar sólo en nuestra situación después del conflicto»⁷⁷. Añadía: «nos opon-dremos venga de donde viniere a todo acto de carácter imperialista que pueda lastimar los derechos de las Repúblicas hermanas. Aprovechando la situación especial que determina la guerra debemos hacer todo lo posible para crear los resortes que nos faltan y no pasar de la importación europea a la importación norteamericana, como un cuerpo muerto que no puede moverse por sí mismo y siempre tiene que estar empujado por alguien... El proteccionismo existe entre nosotros para la industria extranjera y el prohibicionismo para la industria nacional. Si queremos favorecer no sólo los intereses de los habitantes de nuestro territorio, sino las exigencias superiores de la Patria, si deseamos trabajar para el presente y para el porvenir, tendremos que prestar atención a lo que descuidamos ahora. Se abre en el umbral del siglo un dilema: la Argentina será industrial o no cumplirá sus destinos»⁷⁸.

El diario «La Patria» sólo vivió tres meses.

Raíces económicas de la neutralidad

Las hormiguitas teóricas de la izquierda cipaya de ayer o de hoy, consagrarán muchas vigili-as a explicar que la neutralidad de Yrigoyen en la guerra de 1914 como la de Castillo o la de Perón en la segunda guerra imperialista, tenía un carácter «anglófilo». Los cipayos anglófilos por su parte consideraban que Yrigoyen era un germanófilo o, como se dirá luego, un nazi. La neutralidad de Yrigoyen obedecía a causas muy claras. La burguesía de los países débiles establece generalmente esa política, cuando tiene cierta fuerza para sostenerla. Soslaya de ese modo a los compromisos financieros, económicos y militares que necesariamente implican una intervención en los conflictos de las grandes potencias. A esto se añade que la neutralidad en países exportadores de materias primas como la Argentina, les permite beneficiarse de los altos precios de sus productos al ampliar su mercado interno por el nacimiento y expansión de nuevas industrias, aflojan su dependencia general de las metrópolis, incapaces en estos períodos de lucha a muerte de presionar con sus importaciones industriales a las semicolonias.

Que la neutralidad es una fuente de enriquecimiento es algo que prueba toda la historia económica, no sólo de la Argentina sino, cosa mucho más instructiva, la de los Estados Unidos anteriores a su etapa imperialista. Ya a fines del siglo XVIII John Adams, en nombre del gobierno norteamericano, mantenía un diálogo esclarecedor con Oswald, representante británico.

Usted teme –dice míster Oswald– que los conviertan en instrumento de las potencias de Europa.» «Ciertamente, lo temo –digo yo–. Es evidente que todas las potencias maniobrarán continuamente con nosotros para hacernos intervenir en sus equilibrios de poder reales o imaginarios. Todas ellas desearán hacer de nosotros un contrapeso mientras ellas pesan sus libras... Pero yo creo que debe ser nuestra regla no entrometernos⁷⁹.

La misma opinión tenía George Washington, que había percibido claramente

que la neutralidad en cualquier guerra europea debía ser la clave de la política estadounidense⁸⁰.

Un autor norteamericano contemporáneo, Dexter Perkins, al juzgar la personalidad de Thomas Jefferson, que en 1793 era Secretario de Estado de Washington y autor de la declaración de la independencia norteamericana, opina que

era el hombre menos capaz del mundo de envolver a los Estados Unidos en una guerra extranjera por propósitos nebulosos o altruistas, o por amor a otra nación. Insinuar semejante cosa constituye una calumnia a su memoria⁸¹.

El nacionalismo norteamericano del siglo XVIII practicaba la misma política que el nacionalismo yrigoyenista del siglo XX; para los cipayos de derecha, la política norteamericana de todas las épocas ha sido siempre justa. Para los cipayos de izquierda, la política yrigoyenista o peronista ha sido siempre la expresión de una influencia extranjera. Pero los dos cipayajes se entienden y sirven, aunque no se lo propongan, idénticos fines. En la misma época Jefferson escribía:

Si se produjese la guerra, y si fuese general como amenaza serlo, nuestra neutralidad debe proporcionarnos grandes ventajas...⁸².

Cuando efectivamente esa guerra prevista por Jefferson se produjo, comentó lo siguiente:

Puesto que así lo ha decretado el destino, sólo nos resta rogar que sus soldados puedan comer mucho⁸³.

La guerra europea debía originar gran consumo de alimentos. La burguesía norteamericana encontraría en ella grandes ventajas a condición de mantener su neutralidad. Perkins comenta esta observación:

El hombre que podía escribir eso no era un sentimental pálido propenso a sacrificar los intereses norteamericanos a ideas abstractas de democracia o de regeneración mundial⁸⁴.

Hipólito Yrigoyen tampoco era un «sentimental pálido» sino un verdadero patriota de un país atrasado, rodeado de vendepatrias semicultos, intelectuales europeizados y abogados de compañías extranjeras. Seguramente Yrigoyen no había leído el discurso de despedida de Washington en 1796. De haberlo conocido hubiera suscripto sus juiciosas reflexiones:

¿Por qué hemos de renunciar a las ventajas de una situación tan peculiar? ¿Por qué hemos de abandonar lo nuestro para colocarnos en un terreno extraño? ¿Por qué, entrelazando nuestro destino con el de cualquier parte de Europa hemos de enredar nuestra paz y nuestra prosperidad en las redes de la ambición, la rivalidad, el interés y el humor o capricho europeos?⁸⁵

El realismo político del padre de la nación norteamericana no dejaba nada que desear. El de Yrigoyen tampoco. Los norteamericanos habían olvidado ya su propia historia y suponían que los países latinoamericanos carecían de honor: una escuadra norteamericana mandada por el almirante Caperton se aproxima al Río de la Plata y el embajador de los Estados Unidos informa a nuestro gobierno que dicha escuadra entrará en el puerto de Buenos Aires «*incondicionalmente*»⁸⁶.

Yrigoyen llama al embajador norteamericano y le exige el retiro de esa palabra. El embajador rehúsa hacerlo porque ha procedido según instrucciones de Washington. A esta actitud el Presidente responde que prohibirá la entrada de los barcos a nuestro puerto. El embajador consulta con el gobierno de Washington. Este lo instruye para que solicite la entrada de los barcos «como visita de cortesía». Al mismo tiempo, de la importante colonia alemana residente en el sur de Brasil llegan rumores de que los Imperios Centrales abrigarían el proyecto de invadir la República del Uruguay y crear una cabecera de puente en el Río de la Plata. Consultado Yrigoyen por el gobierno uruguayo, que ha roto sus relaciones con Berlín, Yrigoyen contesta:

Si por desgracia el Uruguay viera invadido su territorio, tenga la más absoluta seguridad el pueblo amigo de que mi gobierno no le vendería armas, sino que el Ejército argentino cruzaría el Río de la Plata para defender la tierra uruguaya⁸⁷.

Al mismo tiempo, ante las dificultades del Paraguay para amortizar la cuantiosa deuda que la infame Triple Alianza de Mitre impuso al pueblo hermano después de la guerra de 1865, Yrigoyen condona esa deuda; el viejo antimitrista rompe con la tradición oligárquica⁸⁸.

Asimismo solicita al Congreso ayuda para el pueblo soviético que se debatía en ese momento en catorce frentes contra la agresión imperialista en medio de una inaudita penuria de recursos. Solicita 5.000.000 de pesos que la República Soviética devolverá sin intereses cuando pueda hacerlo⁸⁹.

Yrigoyen saluda la bandera dominicana

Toda la política internacional de Yrigoyen reviste ese mismo carácter, como lo demuestra su actitud ante la bandera de Santo Domingo⁹⁰ y su convocatoria a un congreso americano de neutrales, excluidos los Estados Unidos, para

salvar la personería propia de las repúblicas latinas... pues de lo contrario, cuando en el próximo Congreso de la Paz se modelen por medio siglo los destinos del mundo, se dispondrá de nosotros como de los mercados africanos⁹¹.

En enero de 1919 la República dominicana estaba ocupada por fuerzas de Estados Unidos. El comandante del acorazado argentino «9 de Julio», que regresaba de México, consultó al Ministro de Marina acerca de si debía tocar puertos de Santo Domingo y, si en ese caso, debía saludar a la bandera norteamericana. El Presidente Yrigoyen le ordenó que entrara a Santo Domingo y sólo saludara la bandera dominicana. El acorazado argentino izó al tope de sus mástiles la bandera de Santo Domingo y la saludó con una salva. Patriotas dominicanos se lanzaron a las calles e izaron una bandera de su tierra en un torreón de una vieja fortaleza: el barco argentino disparó veintiún cañonazos saludando a la enseña. Grandes manifestaciones populares desfilaron por Santo Domingo vitoreando a la Argentina y a Yrigoyen. ¡Lejanos tiempos en que los marinos argentinos desafiaban a los Imperios y los Presidentes ordenaban hacer fuego hacia afuera!

La arrogancia del Presidente argentino no reconocía límites, según sus adversarios, y en cierto sentido no les faltaba razón, si se considera el inmenso poderío del capital extranjero y de la oligarquía en la segunda década del siglo. Fogosos oradores de su propio partido hablaban en mitines calificando la política exterior del Presidente como insensata.

El pueblo argentino no era neutral en esa primera guerra mundial, como no lo fue en la segunda; pero el gobierno argentino fue neutral en aquella como en ésta, no sólo en el comienzo, cuando esa actitud resultaba explicable y hasta lógica, sino también cuando ya no era explicable ni lógica», escribe Federico Pinedo el famoso abogado proinglés⁹².

En el Congreso Nacional resonaba la tempestad contra Yrigoyen. Joaquín V. González, el sabio filósofo de Samay Huasi, el dulce ministro riojano del General Roca, proponía la ruptura de relaciones con el Imperio Alemán. El 21 de septiembre de 1917, el alto Cuerpo votaba esa medida por 23 votos contra 1. Entre los votos de la mayoría figuraban senadores radicales, como el doctor Leopoldo Melo. En la Cámara de Diputados, el doctor Le Breton, que sería luego ministro de Alvear, votó por la ruptura, lo mismo que el diputado demócrata progresista Correa. La votación de la Cámara de Diputados arrojó 53 votos a favor de la ruptura. Sólo 18 se pronunciaron en la posición adversa. Yrigoyen permaneció inmovible. Escribe Pinedo:

Me inclino a creer que fueron actos atribuibles al desmedido engreimiento presidencial, combinado en él con un engreimiento

*nacional no menos desmedido. La noción de la medida, de la relatividad de nuestra significación en el concierto mundial faltó totalmente a Yrigoyen en ese momento y siempre*⁹³.

La corte de lacayos del Imperio británico, de izquierda a derecha, sólo quería un país chiquito, girando como satélite alrededor de potentes astros. De su propio oficio extraían una regla de conducta. Cuando el llamado tigre Clemenceau (que más que tigre pareció, sobre todo en Versalles, un perro de presa) impuso con la ayuda de Lloyd George el canallesco tratado a la Alemania vencida y nació la Liga de las Naciones, Yrigoyen la llamó Liga de Naciones subrayando repetidas veces esta fórmula. La delegación argentina en Ginebra estará presidida por su ministro de Relaciones Exteriores, el doctor Honorio Pueyrredón. La integrará el embajador argentino en París, el viejo amigo y sportman Marcelo de Alvear. Las instrucciones de Yrigoyen a la delegación argentina son terminantes: como cuestión previa y fundamental, antes de incorporarse a la Liga, la Argentina exige de la Asamblea de las Naciones allí reunidas la admisión de todos los Estados soberanos, fueran vencedores o vencidos en la pasada contienda, y la elección de los miembros del Consejo Ejecutivo por la Asamblea de acuerdo con el principio de la igualdad de los Estados. En caso de que la Asamblea de Ginebra no acepte la posición argentina, la delegación de nuestro país se retirará en el acto de la misma y no formará parte de dicha Liga.

*¿Cómo la Argentina, un país de tercera o cuarta categoría, sin grandes prestigios, y que ha sido neutral durante la guerra, puede pretender imponer su criterio a Inglaterra y Francia?.. ¿Y cómo insinuar siquiera que el Consejo ejecutivo sea elegido por el voto democrático de la mayoría? ¿No sabe Yrigoyen que allí mandan Inglaterra y Francia, que estas dos naciones son las dueñas del mundo?*⁹⁴.

La exigencia argentina causa asombro; los delegados de Yrigoyen vacilan, agobiados bajo la presión de Ginebra, que Lenin llamará «cueva de bandidos». No se deciden a cumplir al pie de la letra las instrucciones de su Presidente. Yrigoyen insiste todos los días, telegrama tras telegrama. Finalmente, Pueyrredón pronuncia un discurso en el que expone los lineamientos de la posición argentina y la Asamblea decide enviar la moción argentina a comisión. Cuando Yrigoyen amenaza a sus delegados con desautorizarlos públicamente y ordena redactar un

decreto reemplazando al Ministro de Relaciones Exteriores, Pueyrredón y Alvear acatan la autoridad del Presidente y se retiran de la Liga de las Naciones. Con ese acto, no solamente no participaba el país de la farsa diplomática que sucedía a la farsa sangrienta, sino que tampoco aprobaba el tratado de Versalles que, mediante una maniobra de Clemenceau, había sido jurídicamente enlazado a la constitución de la Sociedad de las Naciones. La presión que se había ejercido sobre Yrigoyen por la ruptura había sido inmensa. Una tarde, al retirarse de su despacho acompañado de don Delfor del Valle, le dijo:

*Siento la carga de responsabilidades enormes... me pesan las espaldas como si fueran de plomo*⁹⁵.

En esos días, bajo los balcones de la Casa de Gobierno desfilaba una de las tantas manifestaciones rupturistas, pidiendo el ingreso de la Argentina en la guerra. Yrigoyen, tras los visillos, contemplaba la manifestación. Serenamente comentó con la persona que estaba a su lado:

*Esta gente no sabe lo que quiere, pero yo, en cambio, sé lo que no quiere. ¿Y qué es lo que no quiere? inquirió el acompañante Lo que no quiere, respondió el presidente, es movilizarse para ir a la guerra. Sabe que, porque no corresponde, yo no la voy a llevar. Por eso alardean y gritan, pero ese no es el pueblo argentino, tenga usted la más completa seguridad*⁹⁶.

El movimiento obrero y la política económica

La técnica del coronel Falcón de dialogar con el movimiento obrero sable en mano y a descarga cerrada, había constituido hasta la llegada de Yrigoyen al poder y salvo el frustrado intento de Roca de establecer el Código de Trabajo, la única política obrera de la oligarquía. La conmoción que se deriva del ascenso radical al gobierno cambia la situación:

En todo el país surgen movimientos reivindicatorios.

Numerosos dirigentes radicales aparecen al frente de este movimiento espontáneo de las masas. Los de Jujuy por ejemplo, llaman al pueblo a

*arrojar a la puna a todos los latifundistas usurpadores de nuestras tierras*⁹⁷

Las condiciones de reanimación industrial que origina la guerra europea promueven grandes movimientos huelguísticos. Si en 1916 se contabilizaron 80 huelgas, llegan a 300 en 1919. El número de huelguistas asciende de 25.000 a 300.000⁹⁸. La actitud de Yrigoyen ante estos movimientos despertará en la oposición oligárquica no menos furia que su independencia en la política exterior. La prensa de la oposición, que era toda la prensa, encuentra en la agitación obrera nuevos motivos para abrumar al gobierno con su odio: se pone de moda hablar del «caos social». Un ejemplo característico de la política de Yrigoyen lo constituye el estallido de la huelga ferroviaria de 1917.

Los delegados de la Bolsa de Comercio y de la Industria solicitaron una audiencia a Yrigoyen. En ella expusieron que ese movimiento afectaba gravemente a la economía del país: a raíz de que las cargas se demoraban, el ganado traído a la exposición Rural

*empezaba a enflaquecer por falta de forrajes o por las dificultades que ofrecía el transporte*⁹⁹.

Yrigoyen preguntó qué solución ofrecían para terminar con el conflicto.

*Se miraron en silencio, tardaron un rato en responder, pero al fin alguien dijo que el Gobierno debía desembarcar los marineros, los maquinistas y foguistas de la escuadra y ponerlos en las máquinas para manejar los trenes y terminar con el conflicto*¹⁰⁰.

¿Es esa la solución que traen ustedes al Gobierno de su país, les contestó Yrigoyen, es esa la medida que vienen ustedes a proponer al gobierno que ha surgido de la entraña misma de la democracia, después de treinta años de predominios y privilegios? Entiendan, señores, que los privilegios han concluido en el país, y de hoy en más, las fuerzas armadas de la Nación no se moverán sino en defensa del honor y de su integridad. No irá el gobierno a destruir por la fuerza esa huelga que significa la reclamación de dolores inescuchados. Cuando ustedes me hablaron de que

enflaquecían los toros en la Exposición Rural, yo pensaba en la vida de los señaleros, obligados a permanecer 24 y 36 horas manejando los semáforos, para que los que viajan, para que las familias puedan llegar tranquilas y sin peligros a los hogares felices, pensaba en la vida, en el régimen de trabajo de los camareros, de los conductores de trenes, a quienes ustedes me aconsejan reducir por la fuerza del ejército, obligados a peregrinar a través de dilatadas llanuras, en viajes de 50 horas sin descanso, sin hogar¹⁰¹.

En una actitud sin precedentes, el gobierno argentino envió sus delegados a la Conferencia del Trabajo de Washington y de Génova, celebrando tratados internacionales sobre el derecho obrero con varios países europeos. Los salarios ascendieron de un promedio de \$ 3,50 en 1916 a \$ 7 en 1922; la jornada de trabajo bajó de un promedio de 9 horas y aún 10, a 8 horas en 1919. Las indemnizaciones de trabajo pasaron de 300.000 pesos en 1916 a 1.300.000 en 1921. La nueva política facilitó la organización gremial, que elevó sus cotizantes de 40.000 en 1916 a 700.000 en 1920¹⁰².

A partir de 1917 Yrigoyen dio vigoroso impulso a la Dirección General de Petróleo, transformada más tarde en YPF bajo la dirección del general Mosconi. Dirigió luego un mensaje al Congreso para crear la Flota Mercante Nacional, mensaje que debió reiterar ocho veces sin resultado, pues el Congreso dominado por sectores conservadores y socialistas reprobaba la política estatal en la materia. A fines de 1916, el Poder Ejecutivo compró ad referendum de la aprobación parlamentaria el barco «Fluminense»; debió desistirse de la operación por la negativa parlamentaria a aprobarla¹⁰³. A pesar de esta resistencia del Congreso, Yrigoyen creó la Flota Mercante Nacional mediante un pequeño núcleo de unidades de buques abandonados por la Armada y transformados en buques mercantes; de tal manera la bandera argentina pudo flamear por primera vez en naves propias. Ya nos hemos referido al ferrocarril Huaytiquina, saboteado por la oposición parlamentaria y que se intenta transformar en una sociedad mixta en 1920. Yrigoyen veta la ley reafirmando

el principio del dominio de los Ferrocarriles del Estado y de la extensión de sus líneas¹⁰⁴.

El diseño yrigoyenista consistía en revincular a las regiones argentinas aniquiladas por la estructura ferroviaria inglesa con nuevos lazos de comunicación

que revitalizaran el comercio con Chile y las poblaciones de Salta y Antofagasta. Se trataba de llegar al Pacífico, rompiendo en parte la esclavitud colonial del Atlántico europeo. Los historiadores radicales, en particular Gabriel del Mazo, han reunido una ingente cantidad de documentación probatoria de los proyectos de Yrigoyen que se estrellaron contra la impasibilidad del Congreso. Casi todo el programa del radicalismo se frustró por ese hecho, pero se impone señalar que Yrigoyen había rehusado disolver el Congreso oligárquico⁰⁵.

Según podrá observarse, la orientación nacional indiscutible de Yrigoyen discurría los cauces de una política agrarista argentina tendiente a democratizar el régimen económico heredado. No se propuso jamás emancipar al país por las vías de una industrialización que rompiera las ataduras semicoloniales características de la época. Su célebre espiritualismo, su antiindustrialismo manifiesto, reflejaba tanto al ganadero que era Yrigoyen como al pequeño productor rural, pecuario o agrícola, expoliado o relegado por la oligarquía del Puerto. Pero esa política se manifestaba en el interior de la vieja estructura. Si implicaba sin duda un gran avance, en la naturaleza social de sus fuerzas residía el límite histórico de su programa y de su realización. La pequeña burguesía urbana y rural, y los sectores marginalizados de los centros urbanos capitalistas, a los que representó en última instancia Yrigoyen, encerraban en la prosa apocalíptica del caudillo sus confusas aspiraciones. Pero en su política práctica se medía cuanto podía obtener.

La revolución rusa

Europa desfallece bajo el diluvio de sangre. Los alemanes atacaban a Verdún y moría olvidado en Nicaragua Rubén Darío. Un telegrama anuncia que el asesino de Jean Jaurés pide ser enviado ante la Corte o que se le conceda la libertad para ir al frente de batalla. Sir Hiram Maxim, el inventor de la ametralladora, muere satisfecho de su obra. Clemenceau exige mano de hierro para triunfar; forma su gabinete en Francia. Pocos recuerdan en Buenos Aires, sacudida por las huelgas y los gritos contra el «peludo», quien había sido ese suave poeta de barbas blancas que había fallecido anoche: Carlos Guido y Spano. Y en medio de la jornada interminable de horror, brotó al fin una luz vivísima que ilumina la escena del mundo: en febrero de 1917 el pueblo de San Petersburgo y de Moscú se amotina; lo acompañan las tropas y cae como un fruto podrido el último autócrata de todas las Rusias. Había estallado la Revolución Rusa. Lenin, que vivía en Ginebra consagrado a preparar una enciclopedia pedagógica y veía el porvenir socialista

muy lejano, envía un lacónico telegrama a su hermana el 15 de abril: «Llegamos lunes 11, noche. Avisad Pravda. Ulianov»¹⁰⁶

La historia del mundo cambiaba bruscamente su curso. De la guerra había brotado la revolución. En Buenos Aires, el efecto fue electrizante. El difuso mañana de los himnos socialistas había llegado al fin. Una ola de irresistible entusiasmo y de esperanzas anegó por un momento las viejas disputas entre sindicalistas, anarquistas y socialistas. Fue una hora de éxtasis donde los oprimidos y explotados del mundo entero se sentían invadidos por el sentimiento de la victoria. Entre febrero y octubre de 1917, entre Kerenski y Lenin, entre el Gobierno Provisional y el primer Consejo de Comisarios del pueblo, se habían planteado y resuelto los problemas capitales de la revolución y se habían confrontado en la fragua misma de los hechos las viejas teorías. El reformismo bersteiniano, el centrismo kautskista, todas las vacilaciones y todas las dudas de los métodos y los fines del marxismo habían sufrido un golpe irreparable. Los obreros y campesinos del Imperio zarista habían tomado el poder y fijaban un nuevo punto de partida para el drama del siglo XX. Esa poderosa corriente ideológica nacida en el siglo XIX probaría sus derechos a la victoria «no en las páginas del capital, sino en una arena económica que constituye la sexta parte de la superficie del globo; no en el lenguaje de la dialéctica, sino en el del hierro, del cemento y de la electricidad»¹⁰⁷. Trotski organiza el Ejército Rojo y pone en pie de guerra a cinco millones de hombres enfrentando a la coalición imperialista de todas las potencias que, después de haber desangrado a sus propios pueblos, querían sofocar en su cuna a la revolución naciente. En el movimiento obrero, en los partidos socialistas, aparecen los «minimalistas» y los «maximalistas». La cuestión de la guerra y de la posición ante ella comienza a definir las nuevas tendencias en el movimiento obrero.

Los socialistas y la guerra

La impudicia del Partido Socialista, férreamente sometido a la férula del grupo de Justo, su reformismo amarillo y su acuerdismo con la oligarquía, sólo persuadían a los obreros extranjeros mejor pagados, aburguesados en el empleo de los servicios públicos. Al gozar de las ventajas sociales de que estaban excluidas las grandes masas nativas, sólo tenían para la política argentina una indiferencia glacial. Su acción era puramente municipal, urbana, doméstica. Su ideología y ese «realismo ingenuo» de que se enorgullecía Juan B. Justo, no significaban sino la afirmación de la serenidad del tendero frente al edificio de la cooperativa, porvenir

lineal y estable para cuyo sostén le sobraba con el sentido común, la suma y la resta.

Los grandes cambios revolucionarios del mundo, la sorprendente aparición del radicalismo, las luchas violentas, las mutaciones y los choques de las clases y de los pueblos se les antojaban a estos artesanos calificados, falsamente cultos, a estos abogados y médicos socialistas imbuidos de una seguridad soberana sobre la marcha del progreso, una invención maligna de los extremistas. Sin embargo, después de la Revolución Rusa no sólo agonizaba el siglo XIX y el desarrollo capitalista ininterrumpido que había sido el padre del más putrefacto reformismo, sino todas las ilusiones positivistas. El mundo ingresaba a la era de los cambios y de las catástrofes. Los cuáqueros porteños se habían burlado de la dialéctica hasta que su mano de acero los tomó por el cuello. Ya en 1912, como reflejo de la polémica internacional entre revolucionarios y reformistas, se había formado en el seno del Partido Socialista de Juan B. Justo el «Comité de Estudios Carlos Marx» que nucleó a los elementos jóvenes de dicho partido contra la dirección reformista. Teóricamente justa esta oposición, sin embargo, aparecía como reflejo de un debate de carácter internacional; no nacía de una divergencia con respecto a la interpretación crítica de la sociedad argentina¹⁰⁸.

En el movimiento sindical, la antigua lucha entre anarquistas y socialistas, entre partidarios de la acción directa y de la acción gradual, se había transformado; ahora se trataba de juzgar críticamente el carácter de la Revolución Rusa. En uno y en otro bando había partidarios o adversarios que dirimían apasionadamente en las asambleas obreras sus puntos de vista. Los acontecimientos de 1917 enfrentaron a su vez, agudamente, las tendencias antagónicas dentro del Partido Socialista. El punto de arranque ya se había manifestado en la Argentina con motivo del estallido de la guerra mundial. El doctor Justo y sus discípulos en el Parlamento eran abiertamente rupturistas, junto con los partidos conservadores y los radicales liberales.

Durante la primera guerra mundial, escribe Repetto, el grupo parlamentario socialista estuvo casi íntegramente a favor de los países aliados, que aparecían como los defensores de la libertad y la democracia frente al imperialismo alemán¹⁰⁹.

Esto era notorio en las Cámaras, en los pasillos parlamentarios, en los comentarios de la prensa y en los discursos incontrolados que en todas partes pronunciaban los diputados socialistas, los que gozaban de un «status» especial

en relación a los afiliados comunes del Partido. Sin embargo, la mayoría del partido Socialista no era aliadófila. Los horrores de la guerra de trincheras, la insanía del largo conflicto que amenazaba no terminar nunca, las primeras llamaradas de la Revolución Rusa, habían ejercido un profundo efecto en la juventud del Partido Socialista. El núcleo dirigente como se verá luego, contaba con la mayoría del Comité Ejecutivo; era, no obstante, minoría en el Congreso Nacional del Partido. Enfeudado a la oligarquía conservadora y enfermo de antiyrigoyenismo, juzgaba a la guerra como una «lucha entre los pueblos democráticos y el militarismo prusiano, entre el capitalismo democrático inglés y norteamericano y el capitalismo totalitario germánico», según las palabras de Dickmann.¹¹⁰ Al comenzar la guerra submarina, los alemanes torpedearon algunos barcos de bandera argentina. Esto fue aprovechado inmediatamente por los rupturistas de todos los colores y en particular por los socialistas de derecha.

El grupo parlamentario socialista dio a conocer el 17 de abril de 1917 la siguiente declaración:

El grupo socialista parlamentario, en presencia de los actos de la guerra submarina que afecta a los intereses de la Nación, cree que el gobierno debe adoptar todas las medidas necesarias para hacer efectivo, tan ampliamente como sea posible, el comercio argentino en buques de cualquier bandera, inclusive los buques alemanes y austríacos refugiados en los puertos, que serían utilizados por el Gobierno para el servicio de intercambio a fines de carácter militar. Dentro de estos conceptos el grupo socialista parlamentario ajustará su conducta en el Congreso de la Nación¹¹¹.

Bajo este lenguaje puramente mercantil, que argumentaba en medio del caos bélico la necesidad de no interrumpir las relaciones comerciales con Europa, se escondía la decisión de llegar a la ruptura de relaciones con Alemania. Al mismo tiempo, el Comité Ejecutivo resolvía que «La Vanguardia» como órgano oficial del Partido y hasta la celebración del próximo Congreso Extraordinario convocado al efecto, *encuadre su conducta en la defensa de la efectividad de nuestro comercio internacional, sin el cual se paralizaría la vida económica del país, de la libertad de los mares y de los ideales políticos que persigue la democracia socialista¹¹².*

Los lacayos socialistas de Inglaterra agotaban sus últimos recursos. Para coronar esta política, el mismo Comité Ejecutivo elevaba al Congreso Extraordinario del Partido Socialista un proyecto en el que se afirmaba que

*el ataque a cualquier buque mercante, sin más limitación que la voluntad arbitraria del beligerante que lo lleve a cabo, importa hacer la guerra de hecho contra todos los neutrales. Esa nueva forma de guerra implica la suspensión total de la libertad de comercio y de la libertad de los mares, indispensable a la civilización. Manifestar que aceptaría en principio cualquier medida de orden diplomático, portuario o de empleo de la Armada, que los poderes públicos decreten o aprueben por sus órganos pertinentes y que pueda servir para garantizar la efectividad de nuestro comercio exterior...*¹¹³

La proposición de la minoría sostenía «que la guerra europea... es una consecuencia de las relaciones económicas actuales fundadas en la propiedad privada y en la producción mercantil... Que el derecho y la justicia proclamados como finalidad de la guerra son concepciones engañosas... Que el Partido y la dirección de ‘La Vanguardia’ orienten su acción en sentido resueltamente contrario a toda intervención del país en la guerra»¹¹⁴. El Tercer Congreso Socialista Extraordinario se celebró en la Sociedad Verdi, en la Boca, los días 28 y 29 de abril de 1917. Enrique Dickmann hizo la defensa de la política rupturista. Comenzó diciendo que el Partido Socialista de la Argentina, por razones múltiples

*tiene una doctrina y una acción superiores a muchos partidos del Viejo Continente. Y esto sucede porque no tenemos aquí tradición de ninguna clase, ni siquiera socialista (hemos nacido a la vida política en un país de falta absoluta de toda tradición y nos hemos desarrollado en un ambiente que calificó bien Justo en la Internacional); han colaborado en la elaboración de nuestra doctrina y método de acción todas las mentalidades y todos los sentimientos y por eso somos más capaces que muchos socialistas europeos o norteamericanos*¹¹⁵.

¡Un país sin tradición! ¡Un Partido Socialista más capaz que los europeos! Estos dos juicios eran suficientes para medir la inepta arrogancia del grupo dirigente

y su desarraigo del país que, por otra parte, los rechazaba. El mismo orador observaba con asombro: «Yo he oído decir una vez a mi buen compañero Rodríguez, internacionalista furioso y delegado por Ituzaingó:

‘Los parlamentarios socialistas no entienden nada de zapatos (porque él es zapatero y los diputados no); ustedes debieran votar el impuesto a la importación de calzado porque eso favorecería la industria nacional’. Yo pienso que se puede ser internacionalista y no votar un impuesto a los botines¹¹⁶.

Una vez más tendría razón el zapatero contra el envanecido diputado. Con aire suficiente y paternal Dickmann comentaba:

Esto se debe a una gran confusión en la cabeza de muchos ciudadanos y es necesario explicar bien la cuestión: el mercado tiene dos aspectos; en el mercado no solamente se vende, sino que también se compra. Son los dos aspectos inseparables del comercio, y los argentinos necesitamos comprar tanto como vender. Si nosotros necesitamos comprar del mundo entero, necesitamos vender al mundo entero. Es la única forma de hacer el intercambio internacional... Para mí, ciudadanos, lo único material y positivo que ahora hay –aun en tiempos de guerra, de internacionalismo en el mundo–, es el comercio internacional, es el cambio de cosas a través de todos los continentes y fronteras, trabadas todavía por las aduanas que los socialistas combatimos¹¹⁷.

La escisión socialista

Después de estas digresiones sobre el tema favorito del cretinismo librecambista, Dickmann abordó directamente el pensamiento del Comité Ejecutivo:

Nadie –y óiganme bien, porque lo digo con el corazón en la mano– nadie en este momento es neutral: por unos o por otros... (interrupciones). Nadie es neutral en el fondo; los pretendidos neutrales son los germanófilos vergonzantes; simpati-

zamos con uno o con otro de los beligerantes; y yo pregunto, con la absoluta sinceridad de siempre –y reflexionen bien antes de contestar– ¿quiénes son los neutrales en el mundo? Es el Vaticano; el Papa es el primer neutral; el rey de España; los frailes y los jesuitas de todos los países, la seudodemocracia cristiana; y muchos militares; hace poco, y no sé a propósito de qué, un contraalmirante me ha dicho que él es neutral (interrupciones). Nadie es neutral... el militarismo prusiano no se para ahora en medios en el mundo y debemos defendernos; el derecho a la vida, y a la legítima defensa, que nadie se atreverá a negarnos¹¹⁸.

Los debates alcanzaron gran violencia ante el cinismo imperialista de la dirección del Partido Socialista. Puesta a votación la resolución contra la guerra se aprobó por 4.219 votos contra 3.577 votos de los rupturistas. Ante estos resultados el grupo parlamentario socialista presentó su renuncia colectiva al partido. La educación ultraparlamentaria surtió entonces un efecto más allá de todas las cuestiones de doctrina. El Partido Socialista canjeó sus puntos de vista sobre la guerra por la permanencia en sus bancas de un puñado de diputados cipayos. En la renuncia del grupo parlamentario socialista redactada por el heroico doctor Justo se leía:

¿Hemos de ignorar, o mirar indiferentes, el conflicto de principios políticos y morales que caracterizan a la actual guerra? ¿No continúa en la lucha la Rusia Revolucionaria? ¿No ha entrado en la contienda la gran democracia norteamericana, para combatir en nombre de la libertad y la paz, al lado de la Inglaterra sin Papa y sin Aduanas y de la República Francesa?¹¹⁹

Rechazada la renuncia del grupo parlamentario socialista por el voto general de los afiliados, los diputados, «La Vanguardia» y el comité Ejecutivo prosiguieron impasiblemente su lucha por la guerra. En la estrategia general de los partidos oligárquicos contra el presidente Yrigoyen, el tema de la ruptura de relaciones con Alemania llevó a la Cámara a discutir largamente el asunto, a iniciativa del diputado socialista Antonio Di Tomaso (quien luego sería ministro del gabinete del tristemente célebre general Justo) y del diputado conservador doctor José Arce; la Cámara de Diputados aprobó la siguiente declaración, con el voto favorable del Partido Socialista:

*La Cámara de Diputados de la Nación declara que procede de inmediato la suspensión de relaciones diplomáticas entre el gobierno argentino y el gobierno alemán*¹²⁰.

La impoluta dirección del Partido Socialista transgredía así, a la vista de todo el mundo, el mandato adverso del Tercer Congreso. Brota así una escisión que da origen a la formación del Partido Socialista internacional, llamado luego Partido Comunista.

El arte de la injuria

El conjunto de su política –su «obrerismo», sus manifestaciones de independencia ante los grandes imperios respetados por los vasallos nativos, la democratización general del aparato del Estado, la irrupción de los desconocidos en la función pública– multiplica el odio oligárquico contra Yrigoyen. Reina una completa libertad de prensa para la injuria, que modela la opinión pública e inventa motes denigrantes para el presidente y sus amigos. Yrigoyen es el «*Peludo*»; su casa de la calle Brasil es la «cueva del peludo». Un diario lo llama «el peludo llorón y espiritista». Se le atribuye toda suerte de aventuras galantes: las hojas opositoras lo llaman «el terror de los zaguanes de Balvanera»¹²¹. Es la misma resaca periodística venal que injuriará treinta años después a Perón, como lo había hecho antes con todos los gobernantes populares argentinos. Se lo quiere aniquilar por el ridículo

El jefe de la tribu reparte el pan y la carne, santifica matrimonios, da la absolución de los pecados, castiga a los malos, premia a los buenos y vela por el rebaño.

En la Universidad, en las redacciones de los diarios, en los círculos aristocráticos, en los corrillos parlamentarios, se difunden versiones que le atribuyen un estado avanzado de locura senil.

*Si alguna duda existiera respecto del estado de las facultades mentales del señor Yrigoyen, escribe un diario, la parte política del Mensaje remitida ayer al Congreso vendría a disiparlas*¹²².

Es un enfermo delirante... Su estudio corresponde a la psiquiatría... En cualquier nación culta lo habrían llevado a la casa de orates.» En los países verdaderamente civilizados de Europa gobiernan estadistas responsables, no «dioses arrabaleros perfumados y perseguidos»¹²³.

Se constituye toda una literatura satírica destinada a dañar la reputación intelectual del Presidente. La oposición utiliza algunas de las palabras y neologismos empleados por Yrigoyen para ridiculizarlo.

Se escriben burlescas cartas y discursos en 'estilo yrigoyenista~'. Los términos 'cuspidear', 'homenajear' y otros entran en el vocabulario habitual. Al dinero, algunos le llaman 'efectividades conducentes'. Y los propios términos de Yrigoyen se los aplican a él, así le llaman 'el peludo magno y magnánimo'¹²⁴.

Yrigoyen jamás responde. Tampoco contesta a la multitud de acusaciones que las hormiguitas socialistas y los honrados conservadores dirigen contra su probidad personal y la de sus ministros. Al Ministro de Hacienda Domingo Salaberry se le organiza una Comisión Investigadora para demostrar que ha robado caudales públicos y medrado en sus negocios privados, aprovechando su posición oficial. Salaberry pretende defenderse e Yrigoyen se lo prohíbe terminantemente. Al concluir el mandato de Yrigoyen en 1922, Salaberry, que ha quedado ante la opinión pública como un ladrón, se suicida. Posteriormente se probará que toda la campaña moralizadora de los Repetto y compañía había sido una pura difamación. El moralismo oligárquico, con sus mucamos de izquierda, actúa en el Congreso durante años. Pero nada podía originar un mayor asombro en la oposición que la actitud asumida por Yrigoyen ante un nuevo problema. Se trata de la Reforma Universitaria de Córdoba.

La revolución universitaria

El 21 de junio de 1918 los estudiantes de la capital mediterránea lanzan un manifiesto que se volverá célebre:

*La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sudamérica*¹²⁵.

Comenzaba diciendo:

Hombres de una República libre, acabamos de romper la última cadena que en pleno siglo XX nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica. Hemos resuelto llamar a todas las cosas por el nombre que tienen. Córdoba se redime. Desde hoy contamos para el país una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que quedan son las libertades que faltan. Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando una revolución, estamos viviendo una hora americana. La rebeldía estalla ahora en Córdoba y es violenta porque aquí los tiranos se habían ensoberbecido y era necesario borrar para siempre el recuerdo de los contrarrevolucionarios de Mayo. Las Universidades han sido hasta aquí el refugio secular de los mediocres, y – lo que es peor aún–, el lugar en donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron la cátedra que las dictara. Las Universidades han llegado a ser así fiel reflejo de esas sociedades decadentes que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad senil. Por ello es que la ciencia, frente a estas casas mudas y cerradas, pasa silenciosa o entra mutilada y grotesca al servicio burocrático.» El Manifiesto concluía con las siguientes palabras: «La juventud universitaria de Córdoba, por intermedio de su Federación saluda a los compañeros de la América toda y les incita a colaborar en la hora de libertad que inicia»¹²⁶.

Más de mil estudiantes habían tomado la antigua Casa de Trejo, en la Córdoba conventual y secular. Sobre «*el mismo pupitre rectoral*», habían firmado la declaración de huelga. ¿Qué había ocurrido en Córdoba, y dónde se encerraba el secreto de ese movimiento que se expandió irresistiblemente por todas las Universidades argentinas, triunfando al mismo tiempo en toda América Latina?

Córdoba en 1918

La tradición histórica era más fuerte y genuina en Córdoba que en Buenos Aires. El país antiguo subsistía allí, con todo su ceremonial ingenuo y rancio,

entrelazado a las nuevas sangres que una inmigración impetuosa llevó, sin dominar el viejo núcleo, hasta la provincia del Centro. Los criollos, pese a los cuidados de linaje que las viejas familias conservaban como un mandato colonial, constituían la base del pueblo y por las sutiles mezclas de los tiempos revueltos, hasta se percibía su rastro en las clases principales. Los antiguos pobladores que prestigiaban su abolengo español sin tacha no lograron del todo perpetuar esa pureza; más bien perduró bajo la forma de principios tradicionales, sostenidos no pocas veces por familias donde algún remoto aborigen florecía en alguna mirada o algún pómulo. Se recordaba todavía hacia el Centenario, la indignación del vecindario y Cabildantes del siglo XVIII ante el espectáculo intolerable de alguna mulata vestida de «señora» que con su chinita y alfombra concurría a misa en la Catedral. Aun el preclaro hijo de Córdoba y temible embrollón Dalmacio Vélez Sarsfield debió probar la «limpieza de su stirpe» para obtener las preciadas «borlas de doctor en la ilustre Casa de Trejo»¹²⁷.

En la sociedad de Córdoba perduraban en 1918 algunos caracteres sobrevividos de la comunidad aldeana y orgullosa del siglo anterior. Ajena a las turbulencias cosmopolitas de Buenos Aires, encerrada en sí misma y comunicada al mismo tiempo con las restantes provincias argentinas, Córdoba venía a ser una síntesis equilibrante de conservatismo y modernismo, de furia y ponderación, donde el drama nacional, polarizado un día no lejano entre el Interior y el Puerto, encontraba un valle sereno para disolverse o armonizarse. Todavía subsistía la antigua clase letrada que junto al clero instruido y a los funcionarios políticos ejerciera el dominio espiritual de la Provincia en '*tiempos de la patria*'. En la segunda década del siglo XX la ciudad no había logrado emanciparse del todo de aquellos venerables espectros:

*los Doctores, Licenciados, Maestros y Bachilleres de la 'Casa de Trejo' constituían una aristocracia libre y universalmente acatada, aparatosa y formulista, culta y devota, empapada del honor del título y prevalida de su notoria superioridad sobre el común de las gentes. La aureola de que la rodeara la colonia resistió a las niveladoras conmociones de la Independencia*¹²⁸.

Los severos claustros de la Universidad de Córdoba ya habían visto atravesar a la generación revolucionaria del 80. Desde Córdoba, Juárez Celman, Cárcano y sus jóvenes amigos habían enfrentado al espíritu ultramontano con «las ideas nuevas»; Córdoba había sido el cuartel político general del ejército roquista en la

lucha contra Buenos Aires; Córdoba había iniciado el movimiento de modernización de la legislación civil y parte de su clero había respondido con la Contrarreforma que hace crisis al publicarse la Pastoral del Obispo Clara y la expulsión del Nuncio en 1884; de sus sierras había bajado el joven Lugones, con sus «Montañas de oro» en el bolsillo, para admirar a la Buenos Aires mercantil con sus alejandrinos deslumbrantes. Pues en Córdoba, entre borlas y teólogos, viejos federales y nuevos radicales se disputaban la primogenitura espiritual de la provincia y del país, la «gente decente», beata y formal, y el país nuevo que pugnaba por incorporarse. La reforma de 1918 no es una explosión inesperada; es una continuación, lo que ignorarán siempre los «reformistas» posteriores.

La sociedad tradicional de estancieros, doctores y clérigos se había transformado profundamente: el Dique San Roque había sido el poderoso anuncio de esa metamorfosis. En 1910 había 95.000 extranjeros en la provincia: 150 extranjeros por cada 1.000 hijos del país. Los hijos y nietos de italianos, españoles, franceses, austríacos, alemanes, suizos y belgas, en orden de importancia, se habían fundido con la naciente clase media de Córdoba, cuando no mezclado con la clase tradicional, al enriquecerse en el ciclo exportador, purificado el linaje por medio de sólidos caudales. Pero aquellos rasgos virreinales de una sociedad exclusiva y altanera, aferrada al pasado y desconfiada de herejes y extraños, subsistían como una superestructura tenaz en la sociedad agraria, opulenta y activa de la Córdoba de 1918.

La Universidad era su orgullo y la prueba de los blasones; el Arzobispado, el supremo juez de las costumbres en un país conmovido por modas irreverentes y forasteras. Si el liberalismo juarista había dominado la vida política de la provincia, las mujeres de los liberales mostraban que la vieja Córdoba gobernaba fieramente en el hogar sagrado. El marido liberal y la esposa devota sería un símbolo de la Córdoba de 1918, y aun después, la perpetua dualidad de la gran provincia. La judicatura era una hechura de esa Universidad, y la coexistencia más o menos pacífica en sus aulas de católicos y liberales, una de sus características más perdurables.

Ni siquiera podría ensayarse una interpretación de la Reforma de 1918, sin observar que el rasgo anticlerical de sus comienzos se fundaba en la naturaleza de su enseñanza, que no admitía paralelos con las restantes casas de estudios. Existía una Cátedra de Derecho Público Eclesiástico, desempeñada por el Padre Liberatore, donde se rechazaba la facultad del Estado para el ejercicio del Patronato, del mismo modo que la autoridad nacional para imponer el matrimonio civil sobre el religioso. En el programa de Filosofía del Derecho figuraba este tema: *deberes para con los siervos*¹²⁹. Los cursos de Medicina se realizaban por

medio del arte oratorio: ni hombres vivos o muertos. ni siquiera animales; la Patología se impartía sin enfermos. La Casa de Trejo era la idea absoluta de una edad perdida, pero al lado de ella crecía una sociedad en transformación.

De ahí el carácter anticlerical que inviste la revolución universitaria de Córdoba y Santa Fe; por el contrario, el movimiento en La Plata, en Buenos Aires o en Tucumán se dirige contra las camarillas profesoras de la oligarquía liberal, que predominaban en esas casas de estudios. De este modo, la Reforma Universitaria es al mismo tiempo anticlerical y antiliberal; puesto que de sus entrañas surgía un evidente sentido nacional. Era nacional porque proclamaba la inserción de una nueva clase en la sociedad argentina, a la que propendía a modernizar: la pequeña burguesía; y porque repudiaba la Universidad muda y sorda a los requerimientos del país, así como su actitud tributaria hacia las formas culturales europeas más envejecidas. Se impone recordar que la cultura argentina, que alcanza su mayor florecimiento con la irrupción de la generación provinciana del 80, en coincidencia con el desarrollo impetuoso del capitalismo agrario y de la moderna legislación civil, había caído en una completa postración, de la que ya no logran arrancarla los brillantes jóvenes del 900.

La generación del 80 había desaparecido y estaba olvidada. Aquellos que la siguieron, los intelectuales del 900 como el cordobés Lugones, el santafesino Gálvez o el porteño Ugarte, encontraron un país estancado y fenicio. Las letras y las artes, el pensamiento político y la reflexión intelectual se polarizaban entre un positivismo estéril y racista y un neoacademicismo obscurantista no menos infecundo. El tradicionalismo católico reaccionario o el preciosismo europeo más sofisticado se distribuían las luces y sombras del cuadro. La masa inmigratoria, que se fusionaba lentamente con la sociedad criolla, apenas lograba expresarse políticamente a través del radicalismo, que arrastrará siempre la indigencia intelectual de la amalgama social y nacional que fue su peculiar origen. En tales circunstancias, la Reforma de 1918 debía proclamar, sin comprenderla por entero, y sin lograr realizarla nunca, su confusa aspiración a una «cultura americana» o a una «cultura nacional». Pero esa intuición probaba que nacía en búsqueda de la historia, y que deseaba ardorosamente barrer de su camino a las instituciones muertas.

La reforma en América Latina

En la primera hora de su estallido, cosa reveladora, la Reforma Universitaria no mira hacia Buenos Aires, sino hacia América Latina. Tal era el segundo rasgo de su independencia inicial. Habla a «la América toda». Lo más sorprendente

todavía, es que esa «América toda» responde de inmediato al llamado y entra firmemente en la lucha. La revolución universitaria abraza bien pronto el continente hispanoportugués; de Córdoba la llama se extiende a Lima, Cuzco, Trujillo, Santiago de Chile, Guayaquil, Quito, La Habana, México, Asunción, Río de Janeiro, Bahía, Recife, San Pablo y sube al Altiplano para llamar a los nuevos tiempos desde La Paz y Sucre¹³⁰.

¡Como en la Revolución de Mayo! exclaman los jóvenes de la revuelta. Pero esa onda irresistible que unificaba a la Patria Grande, en un Segundo Ayacucho del «espíritu», era también el canto del cisne de la pequeña burguesía que demostrará muy luego, sea por el radicalismo o el aprismo, su fracaso en realizar la revolución nacional.

A comienzos del siglo XX las fronteras provisionales de la Nación Latinoamericana balcanizada parecían un hecho definitivo. El imperialismo inglés primero y el imperialismo yanqui luego habían vencido en su tentativa de consolidar veinte estados aislados entre sí. Su transformación en exportadores unilaterales de materias primas los convirtió en importadores abiertos de todos los productos industriales del imperialismo. Mediante la íntima alianza de las oligarquías y el capital extranjero, brotaban «focos de civilización» en los grandes litorales marítimos. Allí asentaba su poder una clase intermediaria que usufructuaba la insularización y hacía las veces de policía interna. En el Río de la Plata ese «foco de civilización» estaba constituido por la ciudad de Buenos Aires y su Puerto. Su parasitismo había extirpado la posibilidad de una cultura nacional, reemplazándola por los productos exquisitos que la vieja Europa enviaba para un núcleo reducido de consumidores.

La revolución política que significó el acceso del yrigoyenismo al poder no había encontrado su correlativa manifestación en una política cultural. La «reparación» yrigoyenista de la pequeña burguesía había nacido frustrada; la oligarquía despojada del poder político mantuvo intacta su dominación en las esferas fundamentales de la economía y de la cultura expresada por las viejas Universidades. Pero la conmoción del radicalismo había sido tan profunda, tales esperanzas había despertado, y abierto tantos caminos para la clase media, que debía encontrar su necesaria repercusión en el fuero universitario. El estallido y triunfo de la Revolución Rusa robusteció esa ambición de la pequeña burguesía de entrar en «los tiempos nuevos», como decía el utopismo literario en boga. La guerra imperialista de 1914, a su vez, había trastocado el universo inmóvil del apogeo imperialista del siglo anterior.

La contradicción entre la democracia política impuesta por la Ley Sáenz Peña con la perpetuación de la oligarquía universitaria era demasiado grande para

no llamar al combate a la juventud universitaria. Los hijos de la pequeña burguesía llegaban a la Universidad, procedentes de la inmigración o de las familias criollas relegadas de tierra adentro, para caer de bruces ante una enseñanza vetusta, impartida por un profesorado esclerosado y cerril. La crisis era tan inevitable como la proyección latinoamericana del movimiento. Al no existir bases económicas suficientes para emprender una lucha política unificadora en América Latina, por el carácter atrasado de las fuerzas productivas (la naturaleza agrarista del yrigoyenismo lo demostraba), la lucha por la revolución nacional latinoamericana debía tener necesariamente una formulación «espiritual»; su centro específico debía encontrarlo en la Universidad. La ideología latinoamericanista de la Reforma expresaba por boca de la pequeña burguesía de Córdoba la ambición de una unidad política que sólo podía alcanzarse por el frente común con la clase obrera, por la implantación de la justicia social, por la creación de un «mundo nuevo».

Las campañas militares de Artigas, San Martín y Bolívar por la unificación de las antiguas colonias españolas en América se cumplieron en el siglo de las nacionalidades: en los cien años que transcurren desde la emancipación de América del Norte y la unidad nacional italiana y alemana, el problema cardinal de la época había sido la constitución del Estado burgués moderno. El proceso reflejaba la triunfal evolución del capitalismo, que buscaba las fronteras idiomáticas para establecer los límites de su mercado interno. La orgánica debilidad de América Latina acarrea el fracaso de la unidad por medio de las armas. La cuestión nacional latinoamericana pierde su rastro hasta en la tradición. Los pensadores políticos capitulan ante la balcanización, se habla de la «argentinidad», la «chilenidad», la «peruanidad». Hasta Panamá se erige en «Nación». A comienzos del siglo XX, se replantea la cuestión por boca de sus escritores, como Manuel Ugarte; pero ya no como expresión política del desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo, sino como una directa manifestación de la crisis general del sistema. El imperialismo, al acentuar las condiciones de la dependencia económica y política de las colonias, origina la aparición convulsa de movimientos nacionales, como una contrarréplica defensiva de aquéllas, que luchan por su sobrevivencia. Pero si en la época del ascenso de la burguesía los movimientos nacionales debían forzosamente encontrar sus formulaciones teóricas en la ideología clásica del liberalismo burgués, en la edad de la crisis capitalista sólo el proletariado podía ofrecer las armas teóricas de la liberación. De este modo, y a pesar de la debilidad extrema de la clase obrera en la Argentina de 1918, la pequeña burguesía de la Reforma no sólo emprende ideológicamente la «unidad latinoamericana», sino que llama en su ayuda a los obreros y adopta un lenguaje socializante, el único compatible con el programa que abrazaba. Esta tendencia se acentuará en el Perú, donde la generación del 18

echa las bases de un movimiento político original, que antes de declinar y corromperse, elabora los más notables jalones teóricos de la revolución latinoamericana: el aprismo. Aunque necesariamente limitadas por su carácter pequeño burgués, las ideas apristas constituyen el punto de partida para un verdadero pensamiento marxista en América Latina. Tal fue la enorme importancia de la Reforma Universitaria de 1918. Haya de la Torre la definirá luego como

la revolución latinoamericana por la autonomía espiritual.

Si la Reforma Universitaria formaba parte de la oleada revolucionaria que encontró su cima más alta en la Revolución Rusa, el reflujó internacional de la revolución la despojará de todo su contenido: sus enemigos la admitirán y sus amigos la traicionarán.

Yrigoyen institucionaliza la reforma

La lucha entre el Consejo Superior de la Universidad de Córdoba y los estudiantes, va asumiendo caracteres más críticos. Toda la ciudad se divide entre reformistas y clericales. Se constituye un Comité pro reforma que pide al presidente Yrigoyen la intervención de la Universidad. Este accede y designa al doctor José Nicolás Matienzo como interventor de la misma. Ya se había constituido una entidad con el nombre de Federación Universitaria Argentina.¹³¹ Bajo el nuevo Interventor Nacional se realizan reformas en los estatutos universitarios. Al elegirse un nuevo rector, triunfa el candidato reaccionario, doctor Antonio Nores, resultando derrotado el doctor Enrique Martínez Paz, candidato estudiantil.

Una silbatina ensordecedora, producida con pitos que ex-profeso para esta contingencia prevista llevaban los estudiantes, rompió el silencio con que se esperaba la proclamación del candidato triunfante. Al mismo tiempo saltaban hechos pedazos los cristales de las puertas y las ventanas, se arrancaban los cortinados, crujían las sillas y las poltronas académicas, saltaban al aire papeles y libros, tumbábase las mesas, caían con estrépito los cuadros de Trejo y toda la corte de frailes que cubría las paredes, estallaban petardos en las galerías y un torbellino humano, incontenible y devastador, hacía retremblar el recinto con un solo y crujiente rugido, en el que se confundían gritos, silbidos, insultos e imprecaciones. Por los ventanales desnudos, saltaban a la calle restos de muebles, marcos de

cuadros y todo lo que tenía cabida por ellos. Mientras tanto, los consejeros se escurrían de la sala huyendo de la furia de los tumultuarios, convencidos ya de que había terminado el período de las palabras. Algunos de ellos, sabiendo el ascendiente que uno de los caudillos estudiantiles tenía sobre sus compañeros, le pidieron que les hablara para contenerlos. Aparentando acceder, se elevó sobre lo que pudo y cuando hubo menguado un tanto la algarabía con su presencia, comenzó diciendo con voz ronca y estentórea:

— ¡No voy a pedir calma!... No necesitó decir más. Mientras esto sucedía en el salón de grados, en todo el edificio de la Universidad se producían escenas semejantes. En el patio central, que encuadran largas galerías conventuales, la estatua de bronce de Fray Trejo y Sanabria, sufría las irreverencias de que la hacían objeto con marcada saña los revoltosos. Unos la regaban con mangueras, otros que la habían enlazado, forcejeaban desesperada pero inútilmente por derribarla, y por fin se contentaban con llenar su pedestal con letreros alusivos¹³².

La huelga general se extendió desde Córdoba hasta la Universidad de Tucumán, la de La Plata, la de Buenos Aires y Santa Fe. La revuelta había transformado el clima plácido de Córdoba. El Obispo Fray Zenón Bustos y Ferreyra expidió una pastoral en la que repudiaba la acción de los estudiantes:

Habéis visto que nuestros adversarios de pocos se han hecho un crecido número: de débiles, sumando sus fuerzas, se han hecho una potencia para amenazar con la destrucción de lo que más ama nuestro corazón. Tomad de ellos esta soberana enseñanza. Concertad el plan de defensa, estrechad los claros: dejad de lado la sacrílega apatía en estas horas de manifiestos peligros y uníos con estrecha disciplina para la defensa de vuestros dogmas y de vuestro clero¹³³.

Masones y liberales de todos los matices antiyrigoyenistas, apoyaron la Reforma de Córdoba por el carácter anticlerical que asumía, por los desórdenes que ella suscitaba y en la esperanza de que Yrigoyen se viera obligado a reprimirla. Finalmente, después de una manifestación católica por las calles, que enfrentó a los estudiantes «reformistas», la Federación Universitaria de Córdoba ocupó

solemnemente la Casa de Trejo. Designó Decanos de cada una de las Facultades a tres estudiantes de las respectivas carreras, degradó al Prosecretario general de la Universidad designándolo Mayordomo y constituyó mesas examinadoras

*donde rindieron sus pruebas finales gran número de alumnos, y contra todo lo que pudiera imaginarse, hubo más de uno aplazado con el fatídico cero*¹³⁴.

La noticia de la ocupación de la Casa de Trejo corrió por la ciudad. Inmediatamente fue enviada una compañía del Regimiento 13 de Infantería y luego otra del 4 de Ingenieros, con un total de 110 soldados armados a máuser, mientras el Gobernador de la Provincia ordenaba a un contingente policial que asediara la Universidad y rindiera por hambre a los estudiantes. Sin embargo, desde el local de la Federación Universitaria, situado en frente de la Casa de Trejo, empezaron a caer

*por vía aérea, una lluvia de panes, cajas de conservas y toda clase de víveres*¹³⁵.

La astucia de guerra de los estudiantes determinó a las fuerzas militares a ocupar directamente la Casa de Trejo. Los 83 alumnos que ocupaban la Universidad fueron detenidos en el Regimiento 4 de Artillería, a disposición del juez Federal. Finalmente, llegó a Córdoba el Ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor José S. Salinas: la juventud le tributó un recibimiento triunfal.

La reforma estatutaria que llevó a cabo el Ministro de Yrigoyen fue profunda y satisfizo las aspiraciones de los estudiantes. Producida la renuncia en masa del cuerpo de profesores y autoridades de la Universidad, fueron declarados en comisión. Posteriormente se procedió a una selección de acuerdo a las exigencias de la Federación Universitaria de Córdoba. En las reformas establecidas por Salinas se incluía la representación estudiantil en el Gobierno de la Universidad. En un solemne acto se dio posesión a las nuevas autoridades del gobierno universitario. Salinas dijo en su discurso:

Vuestro viejo legendario instituto, rehabilitado así a la plenitud de sus prestigios, de su autoridad y de sus merecidos respetos, figurará desde ahora, sin duda alguna, como un verdadero monumento de progreso institucional y científico, no sólo de la Nación Argentina sino de todo el Continente Sudamericano... Quedáis en

*posesión de la Universidad de Córdoba, reconstruida. Os la entrego en nombre de aquel patricio, que elaborando diariamente en el yunque del trabajo, ausculta las grandes necesidades públicas, del gran ciudadano, que con clarividencia de apóstol, dirige los destinos de las Provincias Unidas del Sur*¹³⁶.

El vilipendiado ministro Salinas se había convertido en un ídolo del estudiantado de Córdoba. Invitado a concurrir al local de la Federación Universitaria, firmó el libro de adherentes entre las aclamaciones de la concurrencia

*que deliraba de entusiasmo ante esta inusitada y significativa actitud del Interventor*¹³⁷.

La crisis de la reforma

Todos los documentos posteriores de la Reforma señalaban claramente el *vínculo íntimo de compañerismo de los estudiantes con la clase obrera*. La decadencia posterior de la Reforma y de los reformistas destruye esta alianza inicial al mismo tiempo que la ola revolucionaria del mundo que había engendrado a la Reforma universitaria del 18 es sucedida por una contramarea de reacción que abarca cerca de 30 años. La descomposición del radicalismo y el fracaso de sus dos presidencias se manifiestan en la desmoralización de las generaciones universitarias posteriores, que transforman a la Reforma Universitaria en una pura forma, vaciada de su contenido original. Las ilusiones que contenía el Manifiesto original del 18 serán destruidas. La revolución latinoamericana ya no logrará triunfar. El yrigoyenismo caerá derrotado con la ayuda de los mismos estudiantes reformistas que habían encontrado en Yrigoyen a su enérgico defensor. La FUA se lanzará a la huelga en 1930, no ya contra la oligarquía universitaria, sino junto a la oligarquía y contra el gobierno de don Hipólito Yrigoyen.

*Los estudiantes de 1918, faltos del apoyo de una nación continental en marcha, debieron transformarse en burócratas, venderse a las empresas imperialistas como técnicos o vegetar en la oscuridad más completa*¹³⁸.

El carácter particularmente dramático del destino ulterior de la Reforma residió en que el radicalismo agotaría sus posibilidades históricas en sus dos primeras presidencias, quitando así a la Reforma su base política y social. En segundo término la indignancia ideológica del radicalismo pequeño burgués asumía tal magnitud, que la pequeña burguesía universitaria reformista debió imbuir a la Reforma Universitaria del 18, después de 1930, de otro contenido. Este no podía serle ofrecido sino por las corrientes de izquierda que predominaban en la «Universidad reformista» desde la caída de Yrigoyen. La pequeña burguesía universitaria ya había obtenido su famoso tercio de representantes estudiantiles y las demás reformas estatutarias o técnicas que había exigido años antes. Pero el sentido latinoamericano, nacional, democrático y anti-imperialista de la Reforma había desaparecido con el radicalismo. El latinoamericanismo socializante de los orígenes, había sido sustituido en el campo reformista por los elementos socialistas y stalinistas que se enquistaron en el nuevo aparato reformista de la Universidad Nacional. Se tendrá presente que el Partido Socialista de Justo y Repetto se opuso ásperamente a la Reforma Universitaria. Sólo en las vísperas del 30 la aceptaron a regañadientes, cuando el reformismo universitario se había vuelto antiyrigoyenista. En cuanto a Alfredo Palacios, que apoyó la Reforma en 1918, estaba expulsado del Partido Socialista desde 1915. Lo mismo puede decirse del stalinismo, que calificaba en 1929 a la Reforma del 18 como «el peor enemigo»^{138bis}.

Los socialistas, con su mentalidad porteña y estrecha sólo veían en la Reforma Universitaria sus aspectos anticlericales. Los stalinistas, por su lado subrayarían este ángulo y explotarían en ella un «democratismo liberal» que no tuvo jamás, despojándola de todo su contenido nacional, popular y latinoamericano. Así fue como los portavoces de la Reforma a lo largo de 30 años estuvieron frecuentemente sostenidos por un stalinismo antinacional y contrarrevolucionario. Unido a los liberales cipayos, a los anticlericales de oficio y a los liberales oligárquicos, el stalinismo utilizó a la Reforma Universitaria como escudo para luchar contra todas las tentativas nacionales del pueblo argentino por elegir su propio camino desde 1930 hasta hoy. La ruta recorrida por la Reforma Universitaria puede estimarse en toda su tragedia si se considera que nació en 1918 de la lucha contra la oligarquía para concluir en 1945 al servicio del embajador Braden.

La oposición y la semana trágica

La actitud de Yrigoyen ante la Reforma Universitaria debía suscitar las iras de toda la oposición, que no desdeñaba pretexto alguno para su lucha. Durante la

primera Presidencia del caudillo, el personaje más característico de la oposición conservadora sería el doctor Matías Sánchez Sorondo. Reaparecerá más tarde en la política argentina como senador de la década infame este discípulo dilecto de Marcelino Ugarte, civilista reputado y orador mordiente, cuyo rico ingenio sarcástico lo convertirá en el principal acusador y burlador del nuevo régimen en la Cámara de Diputados. Elegante y provocativo, cliente de las bombonerías de lujo, despectivo y suficiente, respetuoso del capital extranjero, antigringo y antiobrero, mitrista y admirador del Duce. Comendador de la Orden del Imperio Británico, señor del fraude patriótico y clubmen, Sánchez Sorondo será un porteño simbólico.

Ningún elogio alcanza a igualar la grandeza de este nombre,

dirá al fundar un homenaje a Mitre en la Cámara.¹³⁹ Mitre había sabido cumplir con su deber:

Era necesario hacer de la letra muerta de los pactos hasta entonces ensartados en la lanza de la montonera, una realidad práctica y vivida... demostrar en los hechos que había pasado la época del mandón; crear el capital moral del gobierno. Mitre opera el milagro... y esto en medio de una sociedad conmovida, recelosa, sin tradición ni disciplina, sin cohesión política, levadura de caudillos y fermentadora de anarquía, comprometida en la guerra extranjera amenazada con la lucha intestina, fresca la sangre y resonante todavía el ¡ay! de los mazorqueados¹⁴⁰

Mientras abrumba de invectivas al Presidente Yrigoyen, exalta en la Cámara el separatismo mitrista durante el debate en la Legislatura de Buenos Aires sobre el Acuerdo de San Nicolás:

La Capital, al decir de Del Valle, hervía con el calor de una ciudad griega en los días de la guerra del Peloponeso¹⁴¹.

Pero cuando Yrigoyen ordena la intervención de la Universidad de Córdoba el acento de Sánchez Sorondo cambia.

*Los hechos que se desarrollaron en aquella ciudad, destruyeron el organismo que la ley 1.597 había creado para esa Universidad, a consecuencia de una asonada estudiantil de todos conocida... ¿Acaso los señores diputados pueden desconocer que esta intervención del Poder Ejecutivo no estaba fundada en ley?*¹⁴²

Tomando a su cargo la ejecución parlamentaria del ministro Salinas, con motivo de un incidente, Sánchez Sorondo dice:

*Pero había de intervenir un hombre que parece designado para despertar en su actuación pública, a propósito de todas las cosas, así las más sencillas como las más complicadas, las más triviales como las más elevadas, una carcajada inextinguible; un hombre que de vivir en la Antigüedad se le habría señalado como encargado por los dioses para mantener en la ciudad la risa higiénica: me refiero al señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Salinas. El señor ministro, que ha leído con cierto provecho los autores latinos del Petit Larousse; que se nos había revelado como un cultor del estilo pintoresco y como un pensador agresivo cuando emitió su célebre frase: a cada escuela que se abre es un hospital que se derrumba, Y que probablemente en su horror radical por el régimen lo extendía hasta el régimen de las preposiciones, se nos apareció en este instante bajo una nueva faz, bajo la faz de constitucionalista y de penalista...*¹⁴³

Todo lo que podían incubar de estéril y de ingenioso las tardes de póker en el Círculo de Armas, se derramaba por la boca elocuente de Sánchez Sorondo. Satirizaba al maestro provinciano que con su deficiente gramática, acababa de introducir a la Universidad de Córdoba en los tiempos modernos; el nombre de Salinas perdurará sin duda alguna cuando se haya perdido en el polvoriento olvido de los Diarios de Sesiones la dialéctica sangrienta del opulento Senador. Volviendo su crítica del Ministro al Presidente agregaba:

Es el Presidente de la República el único culpable: no hace sino seguir su política de menosprecio del Poder Legislativo, pretendiendo manosear nuestros fueros; apóstol, personaje bíblico, queriendo hacer cosas estupendas con instrumentos ordinarios, ins-

pirándose acaso en aquel pasaje de las Sagradas Escrituras en que Sansón aparece hiriendo a mil filisteos con una quijada de asno, como se lee en el Libro de los Jueces¹⁴⁴.

En esta observación la imagen literaria lleva a Sánchez Sorondo más allá de lo que habría querido ir si hubiera tirado de las riendas a su elocuencia: Yrigoyen era el Apóstol, naturalmente, el doctor Salinas era el asno; pero, sin duda, el orador era uno de los mil filisteos.

Un radical principista, ciego antiyrigoyenista, que será gobernador de Jujuy y diputado nacional, el doctor Benjamín Villafañe, juzgaba así a Yrigoyen:

Los que estudian la personalidad del señor Yrigoyen, creen, unos, que se trata de un hombre orgánicamente perverso; otros lo consideran un caso patológico, digno de toda la atención del alienista. No tomo en cuenta a los que lo pintan como un héroe, porque tales elogios no salen del corazón ni del cerebro, sino del estómago. Refiriéndome pues a aquellos que lo estudian, libres de la pasión, del interés o del odio, debo decir que para mí, el señor Yrigoyen no es ni loco ni perverso: sino un ser primitivo, poco evolucionado¹⁴⁵.

Añadía el feroz jujeño lo siguiente:

Pero donde culmina la mala escuela que amenaza destruir al país, es en su último engendro: en don Hipólito Yrigoyen, que, dígase lo que se quiera, es el postrer vástago de la progenie de dictadores, cultos y bárbaros que principian con el General Roca¹⁴⁶.

Mientras soporta impasiblemente este fuego oratorio, Yrigoyen enfrenta perturbadores acontecimientos que amenazan derribarlo del poder. El 2 de diciembre de 1918 se produce un conflicto en el taller metalúrgico de Pedro Vasena (hoy Tamet) que empleaba alrededor de 2.500 obreros. El conflicto revestía un carácter puramente gremial de solidaridad con algunos obreros despedidos anteriormente por la empresa. Durante dos semanas la situación se prolongó sin variantes hasta que Vasena empleó un crecido número de crumiros para quebrar la huelga, a los que facultó para armarse. Los piquetes de huelga, al intentar impedir el acceso al taller de los crumiros, fueron agredidos a tiros. El 2 de enero caían

varios heridos, lo que obligó a los huelguistas a armarse para su defensa. A partir del 7 de enero fue sitiada la fábrica. Intervino la FORA, mientras que la empresa obtenía el apoyo de los bomberos y de piquetes de soldados del escuadrón policial. Es significativo que el abogado de Vasena fuera el senador radical por Entre Ríos, doctor Leopoldo Melo, futuro antipersonalista.

Crumiros y policías recibieron un valioso auxiliar en la represión que comenzó inmediatamente, con la aparición de brigadas de asesinos voluntarios dirigidas por el doctor Joaquín S. de Anchorena, vástago de una familia que el lector de esta obra conoce bien: Anchorena había constituido una denominada «Asociación del Trabajo» integrada, como es natural, por gente que no había trabajado nunca y que recibía una subvención patronal con el objeto de perseguir obreros huelguistas, aterrorizar a la población y defender la «libertad del trabajo». El Secretario de esta amable entidad era el doctor Atilio Dell' Oro Maini, más tarde funcionario del fraudulento general Justo en 1955, prohombre de la revolución libertadora, luego funcionario de la Unesco, una especie de Burócrata Magno.

En el centro naval se organizan bandas

El recuerdo, trágico aún, de la represión del Centenario movilizó a su vez a otras fuerzas antiobreras. En el Centro Naval de la calle Córdoba y Florida, un millar de «defensores del orden» entre los que se encontraban los «niños bien» más parásitos de la sociedad argentina, fueron entrenados por los valientes contraalmirantes Domecq García y O'Connor con el fin de dar una buena lección a los «rusos» a los que se identificaba con el comunismo del mismo origen y a los «catalanes», los que debían ser todos, indudablemente de filiación anarquista. Además, se constituyó un «Comité pro argentinidad», que engendró la piadosa idea de formar una «guardia cívica» transformada más tarde en la Liga Patriótica Argentina, presidida por un vejete movedizo y locuaz, ducho en oraciones patrióticas llamado Manuel Carlés¹⁴⁷.

Los propietarios de barracas y depósitos contrataban para rompehuelgas a numerosos correntinos y paraguayos sin trabajo. Bajo el temor de salir a la calle después de trabajar en los días de huelga, los crumiros dormían en las barracas, entre los fardos de mercaderías consignadas. Ante el horror y desesperación de los patrones, los correntinos, en las largas noches, descubrieron fardos conteniendo caviar ruso y cajones de champagne francés, que paladearon golosamente, por

primera y última vez en su vida. Así ocurrió en la Barraca Sido. Y de este modo inesperado, los hijos de las orillas supieron por sí mismos por qué la oligarquía defendía tan ferozmente sus prerrogativas. En cuanto al Contraalmirante Domecq García, se trata de un personaje bien curioso. Paraguayo de origen, impuso en la Armada de los tiempos de Alvear los modales aristocráticos y el espíritu de casta más tajante entre la oficialidad; el tratamiento de «señor», de norma entre los marinos, procede de este arribista galoneado; luego, en la década infame participó en compañías marítimas de capital extranjero, que entablaron en su momento juicios contra el estado. ¡Un verdadero patriota!

Un ex comisario de policía que participó en la represión de la Semana Trágica, escribe lo siguiente:

La Liga Patriótica del doctor Carlés, en su origen, pareció responder a honrados y exclusivos propósitos de combatir a los extremistas... y de tal creencia pareció participar el mismo gobierno radical, que no sólo autorizó al personal policial a integrar como afiliados a esta Liga, sino que también permitió que sus secciones (se refiere a las secciones de la Liga) se reunieran en las respectivas comisarías)¹⁴⁸.

La policía procedió a reprimir la huelga con un salvajismo que sólo encontraba precedentes en los acontecimientos análogos del Centenario. Esta actitud policial debía desempeñar un papel objetivo de gran valor para las tentativas oligárquicas de derribar al Presidente Yrigoyen aprovechando el caos. Los cuadros policiales se encontraban disgustados con el Presidente. A raíz de un paro realizado por los estibadores del Puerto de la Capital, la Guardia de Seguridad de Caballería los había atropellado con su violencia habitual, hiriendo a algunos de los manifestantes.

Enterado el presidente Yrigoyen de esa incidencia, dispuso la inmediata suspensión de sus funciones del oficial a cargo de las fuerzas, al que ordenó se le aplicara un severo castigo disciplinario. Estas enérgicas medidas adoptadas por el Presidente Yrigoyen en resguardo de derechos obreros, por lo sorprendentes e inusitadas produjeron estupor y desconcierto en la institución, cuyos componentes, acostumbrados a los procedimientos expeditivos con los huelguistas, las comentaron con acritud y severidad», escribe el comisario Romariz¹⁴⁹.

La brutalidad policial en la Semana de Enero debía encontrar alguna explicación en el hecho mencionado anteriormente.

Los acontecimientos se sucedieron vertiginosamente. Mientras la FORA y los anarquistas declaraban la huelga general revolucionaria, los tiroteos abrazaban bien pronto toda la ciudad. El piquete de tropas que custodiaba la fábrica intervenía contra los huelguistas a tiros de máuser; los obreros a su vez, arrojaban latas de nafta contra las puertas del establecimiento, tratando de incendiarlo.

El tiroteo se intensifica en toda la ciudad. La gente asalta las armerías para proveerse de medios de defensa¹⁵⁰.

Ante la gravedad de la situación, el Ministro de Guerra, don Elpidio González, se hace cargo de la Jefatura de Policía de la Capital. El titular de esa repartición, general Dellepiane, es designado por el Presidente Yrigoyen Gobernador Militar de la ciudad. El 9 de enero las organizaciones obreras se disponen a sepultar los restos de cuatro víctimas caídas bajo el plomo policial. Precedida por banderas rojas, una enorme manifestación marcha hacia la Chacarita. Mientras se procede al sepelio, un batallón dispara sobre el grupo, cayendo varios muertos en el mismo cementerio. Los comercios y las fábricas cierran sus puertas. La ciudad está paralizada. Se entregan ametralladoras a los soldados de infantería.

Los anarquistas, a su vez, se colocan a la cabeza del movimiento e intentan impulsarlo más allá de sus límites. En un boletín del diario «La Protesta» que lanza a la calle sus ediciones cotidianas, entre 13.000 y 15.000 ejemplares diarios, puede leerse lo siguiente:

El pueblo está para la Revolución. Lo ha demostrado ayer al hacer causa común con los huelguistas de los talleres Vasena. El trabajo se paralizó en la ciudad y barrios suburbanos. Ni un solo proletario traicionó la causa de sus hermanos de dolor. Entre los diversos incidentes desarrollados en la tarde de ayer, citamos los que siguen: El auto del jefe de policía fue incendiado en San Juan y 24 de Noviembre. Los talleres Vasena fueron incendiados por la muchedumbre. En la manifestación a la Chacarita fue desarmado un oficial de policía... En San Juan y Matheu fue asaltada y desvalijada una armería. En Perú y Cochabamba se levantó una barricada con tranvías y carros dados vuelta, ayudando a los obreros quince marinos. En Boedo y Carlos Calvo fue asaltada otra

armería... Los manifestantes obligaron a las ambulancias de la Asistencia Pública a llevar banderita roja... A la tarde fueron quemados completamente dos coches de la compañía Lacroze. Se arrojaron los cables al suelo. Aquí también un soldado colaboró con el pueblo, después de tirar la chaquetilla... Por la calle Rivadavia el pueblo marcha armado con revólveres, escopetas y máuseres. En Cochabamba y Rioja fue volcada una chata cargada de mercaderías y repartida entre el pueblo... En las calles San Juan y 24 de Noviembre un grupo de obreros atajó e incendió el automóvil del comisario de la sección 20... La policía tira con balas dum-dum, Buenos Aires se ha convertido en un campo de batalla¹⁵¹.

La oligarquía organiza «pogroms»

Los patriotas entraron en acción. La guardia de seguridad de infantería entregó revólveres Colt y proyectiles a los jóvenes elegantes, extasiados en el nuevo deporte de matar obreros. La insospechable fuente citada, el comisario Romariz, escribe:

La conducta del doctor Carlés y de los afiliados a su entidad fue evidentemente equívoca y se prestó en muchas oportunidades, no sé si con razón o sin ella, a que se les creyera por parte de los obreros, empeñados en destruir sus organismos, sabotear sus huelgas, atacar a sus dirigentes, fueran o no izquierdistas¹⁵².

Un hombre del viejo régimen, don Estanislao S. Zeballos, adversario de Yrigoyen, censura, sin embargo

el espectáculo de los sportmen que se lanzaron a las calles, movidos de noble patriotismo, a realizar la defensa social... Los abusos a que estos hechos se prestan en todas partes, han tenido también lugar entre nosotros, donde la propiedad y las personas han sufrido vejaciones injustificadas¹⁵³.

Las bandas de la canalla patriótica y patronal se lanzaron los días 8 y 9 a atacar los barrios judíos de la ciudad. ¡Eran liberales, demócratas oligárquicos del

Barrio Norte, los mismos que serán antiyrigoyenistas y antiperonistas, los que realizaron el primer pogrom en la vida argentina!

Un testigo nacionalista describe la escena:

Produjéronse manifestaciones bajo la advocación de la enseña patria, y grupos de vecinos y de jóvenes voluntarios se dieron a la tarea de promover la apertura de los comercios y el restablecimiento del tráfico. Uno de los hombres que supieron aunar, en aquellos momentos, voluntades y esfuerzos, fue Manuel Carlés, prestigioso ya por su actuación parlamentaria y sus elevadas dotes de jurista y orador. Agrupóse, a su alrededor una falange de argentinos entusiastas que llevarían luego el nombre de Liga Patriótica Argentina... Oí decir que estaban incendiando el barrio judío y hacia allá dirigí mis pasos. Caminé por las calles Junín, Uruburu y Azcuénaga, al principio sin hallar signos patentes de disturbios, salvo la presencia en puertas y esquinas de grupos de hombres, mujeres y niños en actitud expectante. Fue al llegar a Viamonte, a la altura de la Facultad de Medicina, que me tocó presenciar lo que podría denominarse el primer pogrom en la Argentina.

En medio de la calle ardían piras formadas con libros y trastos viejos, entre los cuales podían reconocerse sillas, mesas y otros enseres domésticos, y las llamas iluminaban tétricamente la noche destacando con rojizo resplandor los rostros de una multitud gesticulante y estremecida. Me abrí camino y pude ver que a pocos pasos de allí se luchaba dentro y fuera de los edificios. Inquirí y supe que se trataba de un comerciante judío al que se culpaba de hacer propaganda comunista. Me pareció, sin embargo, que el cruel castigo se hacía extensivo a otros hogares hebreos. El ruido de muebles y cajones violentamente arrojados a la calle, se mezclaban con gritos «de mueran los judíos, mueran los maximalistas...» De tanto en tanto pasaban a mi vera viejos barbudos y mujeres desgredadas. Nunca olvidaré el rostro cárdeno y la mirada suplicante de uno de ellos al que arrastraban un par de mozalbetes, así como el de un niño sollozante que se aferraba a la vieja levita negra, ya desgarrada, de otro de aquellos pobres diablos. Aparté, no sin repugnancia, mi mirada de aquel cuadro chocante, pero fue solamente para fijarla en otros del mismo jaez, pues el disturbio

*provocado por el ataque a los negocios y hogares hebreos se había propagado a varias manzanas a la redonda*¹⁵⁴.

Tal es el origen del nacionalismo oligárquico formado por los contraalmirantes en el Centro Naval de la calle Florida para matar obreros y judíos. Es muy instructivo ese origen a la luz de la Argentina contemporánea. En esos momentos críticos Yrigoyen envió a parlamentar al Jefe de Policía, Elpidio González, con los huelguistas de la casa Vasena. El estado de exasperación era de tal naturaleza que los huelguistas incendiaron el auto de Elpidio González en su presencia. Los provocadores patronales y patriotereros pululaban; los anarquistas de la FORA advierten que manos extrañas se mueven con fines inconfesables. El Ministro del Interior cita a la Casa de Gobierno a los delegados obreros y a Vasena. Este último acepta la proposición de la FORA. El gobierno se compromete a ordenar la libertad de los detenidos, conceder la libertad a todos los obreros condenados con anterioridad al movimiento, mantener su prescindencia en el conflicto marítimo y no tomar represalias con los obreros y empleados del Estado que actuaron en la huelga¹⁵⁵.

Concluye la huelga general

La huelga general se levanta el 13 de enero, después que los delegados de la FORA conversan con Yrigoyen historiando el origen de la huelga general en todas sus etapas. Mil quinientos presos recuperan su libertad, se retiran las tropas de la Capital y se reabren los locales obreros. El escritor radical Félix Luna estima los muertos en 60 o 65 civiles y 4 de las fuerzas armadas. El comisario Romariz hace una evaluación semejante; Oddone calcula alrededor de 700 muertos.

El general Dellepiane declarará posteriormente

*En esa oportunidad, enemigos del Presidente Yrigoyen me pidieron intentara su derrocamiento*¹⁵⁶

Una interpretación ecuánime de los acontecimientos de la Semana Trágica aconseja valorar estos hechos: un simple conflicto gremial se transforma, por la provocación de Vasena que contrata crumiros armados, en una serie de incidentes sangrientos. La policía, educada en la escuela de Figueroa Alcorta y de los

escuadrones cosacos, despechada por las sanciones disciplinarias impuestas en su seno por el presidente Yrigoyen poco tiempo antes, acentúa la represión. Los anarquistas, que dominan el movimiento obrero, toman la ocasión al vuelo y amplían la naturaleza del conflicto hasta convertirlo en episodios de guerra civil con asaltos a armerías, iglesias, barricadas y una profusa propaganda llamando a la Revolución Social. Los agentes políticos de la oligarquía, a su vez, intervienen como una cuña venenosa en el movimiento, multiplicando el caos, realizando pogroms antijudíos, gangrenando así toda posibilidad de acuerdo con el gobierno. Yrigoyen, por su lado, intenta negociar con los huelguistas y con Vasena mientras los tiroteos se propagan. La oligarquía rodea a Dellepiane y le señala el espectáculo de «disolución social».

Al permanecer Dellepiane leal al presidente constitucional y al presionar Yrigoyen a Vasena a aceptar el pliego de reivindicaciones obreras, la FORA se ve obligada a levantar la huelga general; el acuerdo despoja de justificación al conflicto. Yrigoyen adoptará, al concluir las siniestras jornadas, la misma abstención y negativa a investigar a sus responsables que distinguirá su acción en los sucesos de la Patagonia. El santo hombre no quiere culpables sino extender un piadoso velo de olvido.

Masacre en la patagonia inglesa

Entre 1921 y 1922, obreros rurales de Santa Cruz formularon reclamaciones gremiales en relación a sus condiciones de trabajo: se ocuparon algunas estancias sin mayores consecuencias. El teniente coronel Varela negoció con los obreros y llegó a un acuerdo provisional. «A fines de 1921 ocurrió que el precio de la lana bajó verticalmente, y las empresas se encontraron con gran stock almacenado y la próxima esquila casi encima. Para evitarla provocaron ellas mismas un alzamiento obrero, haciendo detener algunos dirigentes sindicales y enviando agentes que consiguieron levantar nuevamente en armas a los trabajadores previa formación de sus guardias blancas. Los obreros organizaron un verdadero ejército y ocuparon varias estancias con la misma moderación que en la anterior oportunidad: se hacían firmar recibos por las reses que consumían y por los productos de almacén que tomaban. Un establecimiento incendiado, se supo más tarde que lo había sido por su dueño –un inglés, Paterson para cobrar un jugoso seguro... Muchos pequeños propietarios se adhirieron a la huelga por considerarla justa»¹⁵⁷.

Ante esta situación, la Sociedad Rural de Santa Cruz obtuvo la ayuda de dos regimientos de caballería para reprimir el movimiento. El Teniente Coronel Varela ganó merecidamente su fama de «hiena de la Patagonia»; declaró la ley marcial en el territorio, dictó una resolución en cuya virtud «cualquier persona a quien se pillase con armas encima será fusilada sin formalidad alguna» y dirigió personalmente la represión. Centenares de obreros fueron ejecutados sin formación de causa; muchos de ellos fueron obligados a cavar su propia fosa y luego incinerados los cadáveres. En el cañadón de La Yegua Quemada, hoy llamado el cañadón de Los Muertos, se encontraron luego centenares de cadáveres:

Las empresas... aprovecharon para liquidar de esta suerte a peones y pequeños propietarios a quienes debían dinero o cuyos campos ambicionaban. Además, abultaban los recibos firmados por los obreros para hacerse pagar por la Nación los supuestos daños causados por la huelga¹⁵⁸.

El juez federal de Río Gallegos, doctor Ismael P. Viñas, entrevistó personalmente a Yrigoyen para inducirlo a que realizara una investigación a fondo y adoptara las medidas correspondientes¹⁵⁹. El Presidente permaneció inmovible. El Apóstol del Credo, el Monje Laico de la Causa con sus ojos glaucos, como lo ve Caballero, y su frente nimbada de profusos vapores místicos, según la hagiografía radical no dio un solo paso para investigar y castigar a los criminales. El Santo Varón no era un demente, como argüía la pérfida prensa oligárquica, o un místico, según sus fieles. Era un político de un descarnado realismo; conocía exactamente el punto preciso más allá del cual su enfrentamiento con el ejército o con la oligarquía se volvía decisivo. Pues no se trata tan sólo, como se argumenta regularmente en la bibliografía del género, de que Yrigoyen no deseó investigar la masacre de la Patagonia porque *no quería conflictos con el ejército*.

Nunca se supo quién dio la orden de enviar dos regimientos de caballería a Chubut. De todos modos, la responsabilidad personal del Teniente Coronel Varela era indiscutible. Sin embargo, pese a la gravedad de la cuestión, no se agotaban allí las responsabilidades del caso. Era la Sociedad Rural de Santa Cruz, o en otra palabra, los estancieros ingleses y anglo-chileno-argentinos de la Patagonia, verdaderos amos del sur, quienes debían ser asimismo investigados y juzgados. Era la clase ganadera y terrateniente ovina y bovina la que iría a estar en el banquillo de los acusados. Había que desnudar de un

solo golpe, después del baño de sangre, el carácter extraterritorial de que gozaban y de que gozan en el sur los latifundios inmensos en esa Irlanda Argentina. Allí se detuvo Yrigoyen.

José Ingenieros e Yrigoyen

Sin embargo, es sugerente consignar para una mejor comprensión de sus ambigüedades políticas, y al mismo tiempo de la independencia de criterio con que se desplazaba en ese período tormentoso de la vida nacional, el episodio de sus relaciones con José Ingenieros. En abril de 1919 Yrigoyen, por intermedio de un amigo personal, el ingeniero Claps, invitó a Ingenieros a entrevistarse con él. Habían transcurrido muy pocos meses de la semana trágica y estaban vivas todas las pasiones que los sangrientos incidentes habían despertado. Por lo demás, José Ingenieros desvinculado del Partido Socialista desde 1906, no había ocultado sus cálidas simpatías hacia la Revolución Rusa. En una conferencia del Teatro Nuevo sobre el «Significado histórico del movimiento maximalista» había declarado su adhesión al régimen social instaurado recientemente en Rusia. El escándalo que esta sonada conferencia ocasionó entre los círculos católicos y conservadores fue muy considerable; el nombre de Ingenieros corría en esos días mezclado con el de los «agitadores» internacionales que la derecha del radicalismo y toda la prensa oligárquica consideraba como responsables de la Semana Trágica.

Es en tales circunstancias que el Presidente Yrigoyen desea celebrar una conversación con el temible agitador

para pedirle –dice el ingeniero Claps en su entrevista con Ingenieros– una información concreta sobre el movimiento obrero que se agitaba en el país... conocida la orientación del movimiento deseaba pedir. sus puntos de vista, para determinar medidas de gobierno tendientes a satisfacer las demandas obreras y conformar el espíritu de la legislación a las conquistas sociales que se estaban gestando en el mundo¹⁶⁰.

Ingenieros señaló al ingeniero Claps que creía imprudente hablar con Yrigoyen,

*pues se sabría y sería en su exclusivo perjuicio, dada la atmósfera de 'extremista' que me habían formado los clericales y conservadores*¹⁶¹.

Entre las opiniones que habría formulado Ingenieros a la consulta de Yrigoyen y que luego dio a conocer en una carta publicada en «La Vanguardia», desmintiendo infundios del maligno órgano socialista, figuraban las siguientes:

*Primero, ponerse en favor de la clase obrera, renunciando a toda pretensión de favorecer al mismo tiempo a los capitalistas extranjeros y a los trabajadores argentinos. Segundo, destituir de su Ministerio a todos los que no tengan esas ideas y defiendan al capitalismo acaparador. Tercero, clausurar el Senado y la Cámara de Diputados, que desde hace muchos años obstruyeron sistemáticamente toda legislación favorable a los trabajadores, reemplazando esos cuerpos por un Consejo Económico por el estilo del que ha publicado y proyectado el senador Del Valle Iberlucea. Cuarto. Intervenir de inmediato todas las subsistencias de primera necesidad (cereales, carne, azúcar, vivienda, etc.). Sexto, nacionalización progresiva de los medios de transporte y de producción, bajo el contralor de las más altas capacidades técnicas. Séptimo, contralor del Consejo Económico sobre las importaciones y las exportaciones. Noveno, reanudación de las relaciones diplomáticas con la República Socialista Rusa y denuncia de la adhesión a la Liga de las Naciones constituida por los gobiernos capitalistas. Décimo, suspensión provisoria de los servicios de deudas públicas al capitalismo extranjero, reafirmación de la doctrina Drago contra el cobro compulsivo de las deudas y adhesión a la doctrina Chicherin sobre extinción de las mismas. Undécimo, utilización de todos los técnicos militares y navales en obras favorables al desenvolvimiento económico del pueblo argentino*¹⁶².

El veto a la constitución laica en Santa Fe

Estas consultas de Yrigoyen con Ingenieros no le impidieron, en 1921, dar otra muestra de benevolencia hacia la jerarquía eclesiástica de la Iglesia Católica con motivo

de elegirse democráticamente en la provincia de Santa Fe una Convención Reformadora de la Constitución que sanciona una Carta nueva. En su articulado se establecían los derechos cívicos de la mujer, electora y elegible para los cargos municipales, organizaba democráticamente las administraciones de los municipios, establecía la jornada de ocho horas, suprimía el juramento religioso al tomar su cargo el Gobernador y Vicegobernador y prohibía que la Legislatura dictara leyes que restringieran o protegieran culto alguno. Es una Constitución Laica. Yrigoyen le envía un telegrama al gobernador de la provincia, doctor Mosca donde afirma que

*las luchas religiosas que dividieron a la Humanidad pertenecen ya a una época remota... renovar su discusión podría parecer inusitado... Ha contribuido al bienestar del pueblo argentino no verse hondamente dividido por causas de esta índole... Las leyes no generan ni extinguen las creencias en las almas, y entre tanto la pública discusión de sus resultados y preceptos crea siempre antagonismos...*¹⁶³

El 27 de agosto de 1927 el gobernador Mosca da a publicidad un decreto en el cual

*No se reconoce valor alguno a los actos realizados por la Convención constituyente con posterioridad a la fecha en que... terminó su mandato*¹⁶⁴.

Por su parte el Obispo Bonneo aclara:

*Los artículos de la reforma, relativos al culto católico, son nulos, de insanable nulidad, con o sin el veto del Poder Ejecutivo*¹⁶⁵.

El Presidente de la Convención doctor Manuel J. Menchaca, de filiación radical declara:

*La presión viene de Buenos Aires, donde se cree que los santafesinos andamos con taparrabos y somos tan ignorantes como algunos altos funcionarios del gobierno*¹⁶⁶.

En esta actitud violatoria de una Convención constituyente y soberana no actuó Yrigoyen por convicciones religiosas. Era un antiguo masón; pero había echado sus cuentas sobre la importancia política de la jerarquía católica en la materia. No tomaría la iniciativa de la enseñanza religiosa: aceptaba la tradición como venía. Pero rechazaba la iniciativa de modernizar la legislación civil. Igual actitud tuvo frente a un proyecto de divorcio. Era un empírico. Su prosa verdadera se lee en sus actos. Su prosa literaria y semimística la abandonaba a la sátira oligárquica, mientras él seguía su camino.

La industria y la guerra

El estanciero Yrigoyen no ha percibido los curiosos fenómenos que originaba la guerra imperialista en la economía argentina. Si la crisis de 1873 y la crisis del 90 se habían traducido en penuria para el sector agrario, el desarrollo industrial encontró en ellas su más enérgico resorte. La guerra de 1914 operó prodigios en la materia. Las Importaciones procedentes de Gran Bretaña, que alcanzaban al 34% del total, en 1914, descienden al 10 % en 1918; las de Francia, bajan del 9 % al 4%; el 17 % de las importaciones alemanas desaparece por completo hacia el fin de la guerra. Por el contrario, aumentan las importaciones de Estados Unidos. El bloqueo marítimo establecía una muralla protectora como no la habían soñado nunca los industriales del país, en su mayor parte extranjeros, por lo demás. No sólo se desarrolla una industria de combustible vegetal, a falta del carbón inglés, sino que aparecen fábricas de aceite, talleres metalúrgicos, establecimientos textiles, fábricas de vidrio. Según un cálculo de Bunge, el aumento de capital patrimonial de la industria creció en un 17,5%; y en un 22,5% en caso de agregarse los nuevos establecimientos. El personal empleado aumenta en un 25 %¹⁶⁷.

La industria siderúrgica producía gran parte de los artículos de ferretería y maquinaria agrícola que se introducían del extranjero por valor de 400 millones de pesos¹⁶⁸.

El enorme impulso que la guerra imprime a las actividades internas de un país clásicamente orientado hacia el comercio exterior, proporcionaba una ancha base para consolidar después del conflicto lo obtenido. Pero Yrigoyen permanece indiferente ante los peligros de una competencia renovada después de 1918 por

las viejas potencias industriales. Ocurrirá lo previsible. Gran parte de las industrias nacidas durante la guerra cerrarán sus puertas; otras reducirán su producción. «En cuanto las circunstancias adversas dejan de actuar -dice Ortiz.- la industria europea retoma sus posiciones y ello se traduce por un decrecimiento experimentado por las industrias típicamente nacionales»¹⁶⁹.

Se abre la aduana a los aceites de España e Italia, a los tejidos británicos, a las manufacturas europeas en general. Ingresa nuevamente libre de derechos la maquinaria agrícola, y se gravan los elementos necesarios para la industria nacional que produce esas maquinarias. Los industriales se convierten en importadores.

El hombre de París

Al aproximarse el fin de su mandato, el radicalismo de todas las provincias es un hervidero de conjeturas. ¿Quién será el sucesor del caudillo inescrutable? A lo largo de seis años la composición del Parlamento ha ido cambiando. Si bien conserva siempre el Senado hostil (7 senadores radicales contra 17 opositores) en la Cámara de Diputados ya hay 90 bancas radicales contra 67 opositoras: 26 conservadores, 20 demócratas progresistas, 11 socialistas y 10 radicales disidentes. El radicalismo ha extendido su influencia en todas las provincias excepto Córdoba y Corrientes¹⁷⁰. Sin duda, la futura presidencia será radical. El senador Leopoldo Melo, que será muy pronto inspirador del antipersonalismo y que pertenecía al núcleo «azul» del radicalismo, era postulado por algunos sectores como candidato a suceder a Yrigoyen. Pero todavía se reiteraba en los círculos yrigoyenistas la amarga profecía que formulara antes de morir el caudillo Lencinas:

*Doctor Melo, radical de la mesa servida y de la gloria barata,
usted no será Presidente*¹⁷¹.

Otros grupos radicales postulaban el nombre del doctor Fernando Saguier o del Ministro del Interior, el doctor Ramón Gómez, a quien alternativamente la oposición oligárquica, según las circunstancias, llamaba «el doctor Gómez» o «el tuerto Gómez». Asimismo, la candidatura del doctor Honorio Pueyrredón fue lanzada, sin éxito. Era un mitrista que le había prestado el doctor Udaondo a Yrigoyen, frase atribuida al caudillo.

La última palabra, sin duda, iba a pronunciarla Yrigoyen. Su elección recayó en Marcelo de Alvear. Y de todos los hechos que prueban la sagacidad política de Yrigoyen esta designación es muy corroborativa. Alvear integraba en el radicalismo uno de los términos de la dualidad que Yrigoyen nunca intentó superar: oligarquía y revolución nacional. Su nombre otorgaba a los enemigos de los radicales seis años de descanso. Con Alvear en el Gobierno Yrigoyen tranquilizaba el país después de su tormentoso período. Alvear como presidente haría olvidar durante años que Yrigoyen había gobernado; las heridas, quizás, cicatrizarían. A mayor abundamiento, Alvear era un favorito del partido o, mejor dicho, de Yrigoyen, que había pasado casi toda su vida en Europa gozando de la bella época y enterándose por correspondencia de las vicisitudes del país. Era un afrancesado, heredero de un nombre histórico y de varias estancias. No había un radical que lo siguiera; carecía de dotes de organizador y de predilección por la cocina política en la que Yrigoyen era un artesano eximio. Era un calavera y un haragán. No había trabajado nunca; le hastiaba la política menuda. Cliente de la Opera, era un dandy de la vida social. Al margen de las intrigas partidarias Alvear gozaba en París de la Embajada que le había brindado su amigo Hipólito. Ahora iría a premiar su lealtad personal y sus dotes de caballero con la Presidencia de la República.

Era un préstamo, en cierto modo. Tácitamente se suponía que por lo menos no iba a hacer objeciones serias en la hora de las devoluciones. Mientras tanto, Yrigoyen tomaba sus precauciones y establecía un reaseguro: el vicepresidente sería Elpidio González, un hombre opaco, hipnotizado por el caudillo, diligente y modesto, que vigilaría desde la Presidencia del Senado los intereses del movimiento. Por lo demás, el partido estaba instalado en el poder. Alvear sería el firmante de los decretos y el poseedor de las insignias formales de la Primera Magistratura. Todo ocurrió como lo había supuesto Yrigoyen. El agraciado aceptó desde París la sorprendente candidatura. La campaña se desarrolló en calma perfecta, de manera simbólica. El 2 de abril de 1922 las elecciones arrojaban los siguientes resultados: Alvear obtenía 450.000 sufragios sobre 200.000 de la Concentración Nacional, 73.000 del Partido Demócrata Progresista, y 73.000 del Partido Socialista¹⁷². El 12 de octubre de 1922 «La Nación» de los Mitre resumía su balance del gobierno de Yrigoyen:

Se entregó en cuerpo y alma a cultivar el favor de las masas menos educadas en la vida democrática, en desmedro y con exclusión deliberada y despectiva de las zonas superiores de la sociedad y de su propio partido; y aun dentro de otras clases sociales, con el único objetivo de la conquista de votos...

La gentil tribuna de doctrina concluía condenando

estos connubios con las multitudes inferiores.

«La Prensa» de los Paz no difería en su juicio:

Desgraciadamente este período de gobierno marcó evolución regresiva, dentro de evolución la progresista que inició la presidencia de Sáenz Peña.

En cuanto al doctor Alvear, feliz premiado, merecía otro juicio del diario «La Nación» en su editorial del 13 de junio de 1922:

Debemos felicitarnos por la designación del doctor Alvear, cuyas condiciones personales son una garantía anticipada de un gobierno recto y ecuánime, llamado a restablecer el imperio del régimen constitucional y de la libertad política, después del eclipse que han sufrido bajo el providencialismo de los últimos años.

De la tormenta a la paz, la turba reparadora cedía el paso. El Presidente del Jockey Club en 1912, era ahora Presidente de la Nación y aceptaba el cargo con la misma indiferencia. Para Don Marcelo toda época había sido bella.

Notas

¹ SÁENZ HAYES, ob. cit., p. 326.

² GÁLVEZ, ob. cit., p. 142.

³ IBARGUREN, ob. cit., p. 289.

⁴ *Ibíd.*, p. 290.

⁵ *Ibíd.*, p. 291.

⁶ JORGE MITRE, *La presidencia de Victorino de la Plaza*, p. 225, *Historia Argentina Contemporánea, Academia Nacional de la Historia*, Ed. El Ateneo, Tomo II, Buenos Aires, 1963

⁷ GÁLVEZ, ob. cit., p. 142. Sin embargo, no puede llevarse muy lejos la «anglofilia» de De la Plaza. Como todos los hombres del viejo régimen y por un vital instinto defensivo, asumía posiciones nacionales en las situaciones críticas. La primera guerra imperialista fue una de ellas. «Así no asombra, aunque sorprende agradablemente, la espontaneidad insofisticada con que el sucesor de Sáenz Peña deduce de las circunstancias que apremiaron al país durante la guerra, poniéndolo en la necesidad de valerse de sus propios recursos, todo un programa nacionalista: marina mercante, empleo de materia prima nacional en los arsenales, urgencia de la industrialización para producir lo que antes importábamos, con lo que no sólo ganaría la economía, sino que llegaríamos a producir los materiales necesarios a la defensa nacional; intensificación de la producción petrolífera, no para que el Estado aumentara su renta, sino para fomentar el desarrollo, con una industria basada en el combustible propio, necesidad de una conciencia inversora en los capitalistas nacionales» (Mensajes de apertura, Buenos Aires 1916). V. JULIO IRAZUSTA, *Influencia económica británica en el Río de la Plata*, p. 88, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1963.

⁸ Miguel Angel Cárcano, ob. cit., p. 175.

⁹ *Ibíd.*

¹⁰ LISANDRO DE LA TORRE, *Obras completas*, Tomo V, p. 86, Ed. Hemisferio, Buenos Aires, 1954.

¹¹ «El padre del doctor de la Torre era propietario de una estancia en las nacientes del arroyo del Sauce, jurisdicción de Santa Fe. En vísperas de la batalla de Pavón fue apresado por orden del General Juan Saá, inculcado de hacer señales luminosas a las tropas porteñas desde el mirador de la estancia, a retaguardia del ejército de la Confederación. La llegada de Mr. Jatteman al campamento de Urquiza se debió, al menos aparentemente, a un pedido en favor del preso de D. Rufino de Elizalde, Marcos P. Rivas. Medio siglo de historia nacional, revista «Mayoría», Buenos Aires, 1959, p. 7. Mitrista por tradición familiar, De la Torre, desde su participación juvenil en la revolución conservadora y mitrista del 90 y su posterior predilección por Alem, jamás desmentiría esa orientación.

¹² IBARGUREN. ob. cit., p. 300.

¹³ *Ibíd.*

¹⁴ LISANDRO DE LA TORRE, *Cartas íntimas*, p. 27, Ed. Futuro, Buenos Aires 1952. Sin embargo, aunque ya acosado por las intrigas anudadas por Ugarte, De la Torre no perdía la esperanza de obtener sus votos: «*No hay términos posibles para un arreglo: el triunfo radical por más atenuado que se suponga implicaría siempre el aniquilamiento de Ugarte y sus amigos en Buenos Aires, ¿y entonces, qué otra cosa puede hacer Ugarte, sino votar la fórmula demócrata progresista en contra de la fórmula radical?*» *ob. cit.*, p.27.

¹⁵ ROBERTO ETCHEPAREBORDA, *Aspectos políticos de la crisis de 1930*, p. 10, Revista de Historia, Nº 3, Buenos Aires, 1958.

¹⁶ *Ibíd.*

¹⁷ LUNA, *ob. cit.*, p. 218.

¹⁸ ETCHEPAREBORDA, *ob. cit.*, p. 11.

¹⁹ PINEDO, *ob. cit.*, p 27.

²⁰ IBARGUREN, *ob. cit.*, p. 311.

²¹ JOSÉ ARCE, *Marcelino Ugarte*, p. 46. Buenos Aires, 1959.

²² *Ibíd.*

²³ OLGUÍN, *ob. cit.*, p. 225.

²⁴ DE LA TORRE, *Obras completas*, Tomo V, p. 98, carta al doctor Mariano Demaría (h.). De la Torre imputaba al doctor De la Plaza su prescindencia electoral en una respuesta polémica al senador Benito Villanueva: «*El doctor Sáenz Peña por razones políticas respetables, sólo porque eran transitorias, relajó los vínculos partidarios y borró las distancias entre amigos y adversarios políticos. Le tocaba al doctor De la Plaza reaccionar de esa política una vez conquistada la libertad electoral, pero en vez de hacerlo rompió la solidaridad de su gobierno conservador con las fuerzas conservadoras del país, entregando el Ministerio del Interior a un radical. Puedo estar equivocado, pero ha sido ese, a mi juicio, un error del que la historia habrá de tomarle cuenta. Y agravó todavía ese concepto integrando su gabinete con ministros extraños a la política o no vinculados a los partidos políticos*». *Ob. cit.*, p. 28.

²⁵ CABALLERO. *ob. cit.*, p. 241.

²⁶ *Ibíd.*

²⁷ MITRE. *ob. cit.*, p. 238.

²⁸ CABALLERO, *ob. cit.*, p. 245.

²⁹ *Ibíd.*

³⁰ Luna, ob. cit., p.228.

³¹ Mitre, ob. cit., p. 239 y ss. .

³² Ob. cit., p. 103.

³³ Ramos-Oliveira, ob cit., p. 94.

³⁴ Edouard Dolleans, Historia del movimiento obrero, p. 169, Tomo 11, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1961.

³⁵ G. D. H. Cole, Historia del pensamiento socialista, p. 95, Tomo 111, Fondo de C. Económica, México, 1961.

³⁶ Dolleans, ob. cit., D. 186.

³⁷ *Ibíd.*

³⁸ *Ibíd.*

³⁹ *Ibíd.*

⁴⁰ *Ibíd.*

⁴¹ *Ibíd.*

⁴² *Ibíd.*

⁴³ *Ibíd.* La burguesía francesa acoge en su seno a los renegados del socialismo. Dice Poincaré en sus «Memorias»: «*La burguesía perdona de buen grado a los que la han amenazado cuando los cree capaces de defenderla*». Y Paul Cambón: «*Es curioso que nuestra única esperanza esté en los viejos apóstoles del socialismo como Briand o Millerand Su inteligencia es la que les ha permitido llegar a ser hombres de gobierno, no se han encerrado en una doctrina y no tienen espíritu sectario y, por tanto, son capaces de evolucionar*». V. Schnerb, ob. cit., p. 618.

⁴⁴ Dolleans, ob. cit., p. 198.

⁴⁵ León Trotsky, Mi Vida, Tomo 1, Ed. Colón, México. 1948.

⁴⁶ *Ibíd.*

⁴⁷ ENRIQUE ZULETA ALVAREZ, Introducción a Maurras, p. 62, Ed. Huemul, Buenos Aires, 1965.

⁴⁸ GÁLVEZ, ob. cit, p. 150.

⁴⁹ LUSARRETA, ob. cit. p. 223.

⁵⁰ COLUMBA, ob. cit., p. 52.

⁵¹ LUSAARRETA, ob. cit., p. 226.

⁵² *Ibíd.*

⁵³ El pensamiento escrito de Yrigoyen, p. 73, compilación y prólogo de Gabriel del Mazo, 2ª edición, Buenos Aires, 1945.

⁵⁴ Del Mazo, ob. cit., p. 142.

⁵⁵ «*Al día siguiente de haber sido desalojado del gobierno de la provincia, por la intervención, Ugarte fue entrevistado por un amigo íntimo en su casa de la calle Paraguay. —¿ Cómo estás, Marcelino?— Como me ves ... Así me ha dejado Hipólito— fue la rápida contestación del agudo e irónico ex gobernador platense, que en ese momento salía del baño, en camisón, tal como se había levantado de la cama.*» Columba, ob. cit., p. 44.

⁵⁶ IBARGUREN, ob. cit., p. 319.

⁵⁷ MARIANO G. BOSCH, *Historia del partido Radical* p. 214, Buenos Aires, 1931.

⁵⁸ MITRE, ob. cit., p. 241.

⁵⁹ DEL MAZO. ob. cit.. p. 146.

⁶⁰ OLGUÍN, ob. cit., p. 235.

⁶¹ DEL MAZO, ob. cit., p. 146.

⁶² LUNA, ob. cit., p. 241.

⁶³ IBARGUREN. ob. cit., p. 191.

⁶⁴ CARULLA, ob. cit., p. 150.

⁶⁵ BELISARIO ROLDÁN, *Discursos*, p 360, Ed. Estrada, Buenos Aires, 1951.

⁶⁶ RICARDO ROJAS, *Ensayo de crítica histórica sobre episodios de la vida internacional argentina*, p. 149, Ed. Raigal, Buenos Aires, 1951.

⁶⁷ CARULLA, ob. cit., p. 151.

⁶⁸ HIPÓLITO YRIGROYEN, *Pueblo y Gobierno*, Tomo IV, p. 95 Volumen II, Neutralidad, Buenos Aires, Ed. Raigal, 1953

⁶⁹ *Ibíd.*

⁷⁰ *Ibíd.*

⁷¹ *Ibíd.*

⁷² *Ibíd.*

⁷³ *Ibíd.*

⁷⁴ En una de las notas enviadas a su gobierno por el conde Luxburg, este diplomático calificaba al ministro de Relaciones Exteriores, doctor Honorio Pueyrredón, de «*notorio asno anglófilo*».

⁷⁵ GÁLVEZ, ob. cit., p. 225.

⁷⁶ ARTURO JAURETCHÉ, *Prosa de hacha y tiza*, p. 41, Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1960.

⁷⁷ JORGE ABELARDO RAMOS, *Manuel Ugarte y la revolución latinoamericana*, p. 43, Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1961.

⁷⁸ MANUEL UGARTE, *La Patria Grande*, p. 228, Ed. Editorial Internacional, Madrid, 1924

⁷⁹ DEXTER PERKINS, *Historia de la Doctrina Monroe*, p. 17, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1964.

⁸⁰ *Ibíd.*

⁸¹ *Ibíd.*

⁸² *Ibíd.*

⁸³ *Ibíd.*

⁸⁴ *Ibíd.*

⁸⁵ *Ibíd.*

⁸⁶ GÁLVEZ, ob. cit., p. 228.

⁸⁷ *Ibíd.*

⁸⁸ *Ibíd.*

⁸⁹ *Ibíd.*

⁹⁰ DEL MAZO, ob. cit., p. 280

⁹¹ *Ibíd.*

⁹² PINEDO, ob. cit., p. 46.

⁹³ *Ibíd.*

⁹⁴ GÁLVEZ, ob. cit., p. 257.

⁹⁵ DEL MAZO, ob. cit., p. 240.

⁹⁶ *Ibíd.*

⁹⁷ JORGE E. SPILIMBERGO, DE YRIGROYEN A FRONDISI, PÁGINA 31, ED. AMERINDIA, BUENOS AIRES, 1959.

⁹⁸ PALACIO, ob. cit., p. 346, Tomo II.

⁹⁹ DEL MAZO, ob. cit., p. 187.

¹⁰⁰ *Ibíd.*

¹⁰¹ *Ibíd.*

¹⁰² *Ibíd* «*Los decretos y proyectos de ley, dictados, prohijados o estimulados durante esta presidencia comprenden todos los aspectos de la vida de los trabajadores del país. Entre otros, la institución de las 8 horas de trabajo, sueldo y salario mínimo, abaratamiento de los artículos de primera necesidad, pago en moneda nacional, cumplimiento del descanso dominical, contrato colectivo de trabajo*» (Ob. cit., p. 192). «*Los empleados ferroviarios, los de tranvías, teléfonos, telégrafos, gas, electricidad y radiotelegrafía gozan de los beneficios de las leyes de jubilaciones y pensiones recientemente sancionadas.*» *Ibíd.*

¹⁰³ *Ibíd.*

- ¹⁰⁴ *Ibíd.*
- ¹⁰⁵ LUNA, ob. cit. p. 245.
- ¹⁰⁶ V. I. LENIN, *Cartas-íntimas*, p. 303, Ed. Calomino La Plata, 1946.
- ¹⁰⁷ LEÓN TROTSKY, *La revolución traicionada*, p. 15, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1938.
- ¹⁰⁸ RODOLFO PUIGGRÓS, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, p. 168, Ed. Argumentos, Buenos Aires 1956.
- ¹⁰⁹ REPETTO, ob. cit., p. 216
- ¹¹⁰ DICKMANN, ob. cit., p. 212.
- ¹¹¹ REPETTO, ob. cit., p. 217
- ¹¹² DICKMANN, ob. cit., p. 213 y ss.
- ¹¹³ *Ibíd.*
- ¹¹⁴ *Ibíd.*
- ¹¹⁵ *Ibíd.*
- ¹¹⁶ *Ibíd.*
- ¹¹⁷ *Ibíd.*
- ¹¹⁸ *Ibíd.*
- ¹¹⁹ *Ibíd.*
- ¹²⁰ REPETTO ob. cit., p. 219. El doctor Justo soslayaba la importancia de esa actitud con una ambigüedad deliberada: «*No tiene mayor significación declarar rotas esas relaciones y sin atribuir mucha importancia a nuestro voto, votaríamos eso como una resolución más o menos indiferente por razones de mera comodidad o cortesía con los ciudadanos que parecen anhelar su declaración como un gran hecho*».
- ¹²¹ GÁLVEZ, ob. cit. p. 270.
- ¹²² *Ibíd.*
- ¹²³ *Ibíd.*
- ¹²⁴ *Ibíd.*
- ¹²⁵ La Reforma Universitaria, p. 23, Ed. Federación Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1959.
- ¹²⁶ *Ibíd.*
- ¹²⁷ MANUEL E. RÍO, Córdoba, 1810-1919, p. 12, Revista de la Junta Provincial de Historia de Córdoba, Córdoba, 1960.
- ¹²⁸ *Ibíd.*
- ¹²⁹ ALFREDO L. PALACIOS, *La Universidad Nueva*, p. 73, Ed. M. Gleizer, Buenos Aires, 1957.
- ¹³⁰ Programación americana, p. 65 y ss., Tomo II de La reforma Universitaria (1918-1940), compilación de Gabriel del Mazo, Ed. del Centro de Estudiantes de Ingeniería, La Plata, 1941.
- ¹³¹ JULIO V. GONZÁLEZ, La Universidad, Teoría y acción de la Reforma, p. 30, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1945.
- ¹³² *Ibíd.*
- ¹³³ *Ibíd.*
- ¹³⁴ *Ibíd.*
- ¹³⁵ *Ibíd.*
- ¹³⁶ *Ibíd.*
- ¹³⁷ *Ibíd.*
- ¹³⁸ RAMOS, ob. cit., p. 48.
- ^{138bis} RAMOS, *Historia del stalinismo en la Argentina*, p. 78, Ed. del Mar Dulce, 2ª edición, Buenos Aires, 1969.

- ¹³⁹ MATÍAS G. SÁNCHEZ SORONDO *Historia de seis años*, p. 5, Agencia General de Librería, Buenos Aires, 1923
- ¹⁴⁰ *Ibíd.* p. 6.
- ¹⁴¹ *Ibíd.* p. 7.
- ¹⁴² *Ibíd.*, p. 30
- ¹⁴³ *Ibíd.*, p. 31
- ¹⁴⁴ *Ibíd.*, p. 34
- ¹⁴⁵ BENJAMÍN VILLAFANE, *Yrigoyen, El último dictador*, p. 132, Ed. Moro, Tello y Cía., Buenos Aires, 1922.
- ¹⁴⁶ *Ibíd.*
- ¹⁴⁷ DELIA KAMIA, *Entre Yrigoyen e Ingenieros, un episodio de la historia argentina contemporánea*, p. 69, Ed. Meridion, Buenos Aires, 1957.
- ¹⁴⁸ JOSÉ RAMÓN ROMARIZ *La Semana trágica*, p 171, Ed. Hemisferio, Buenos Aires, 1952.
- ¹⁴⁹ *Ibíd.*
- ¹⁵⁰ ODDONE. ob. cit., p. 289.
- ¹⁵¹ SANTILLÁN, La FORA, ob. cit., p. 259.
- ¹⁵² ROMARIZ, ob. cit., p. 17 1.
- ¹⁵³ KAMIA, ob. cit., p. 71.
- ¹⁵⁴ CARULLA, ob. cit., p. 159.
- ¹⁵⁵ MAROTTA, ob. cit., p. 244.
- ¹⁵⁶ NICOLÁS BABINI, Enero de 1919 *Los hechos y los hombres en la Semana Trágica*, p. 60, Ed. SEPA, Buenos Aires, 1956.
- ¹⁵⁷ LUNA, ob. cit., p. 258.
- ¹⁵⁸ *Ibíd.*
- ¹⁵⁹ *Ibíd.*
- ¹⁶⁰ KAMIA, ob. cit., p. 105.
- ¹⁶¹ *Ibíd.*
- ¹⁶² *Ibíd.*
- ¹⁶³ Esteban F. Rondanina, *Liberalismo, masonería y socialismo*, p. 267, Ed. Libera, Buenos Aires. 1965.
- ¹⁶⁴ *Ibíd.*
- ¹⁶⁵ *Ibíd.*
- ¹⁶⁶ *Ibíd.*
- ¹⁶⁷ ORTIZ, ob. cit., p. 213, Tomo III.
- ¹⁶⁸ EDUARDO B. ASTESANO, *Historia de la Independencia económica* p. 258, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1949.
- ¹⁶⁹ *Ortiz*, ob. cit., p. 218.
- ¹⁷⁰ LUNA, ob. cit., p. 355.
- ¹⁷¹ *Ibíd.*
- ¹⁷² ETCHEPAREBORDA, ob. cit., p. 21.

INDICE

| | |
|---|-----|
| INTRODUCCIÓN AL SIGLO | 13 |
| El reparto de las colonias | 14 |
| Las rivalidades imperialistas | 15 |
| De Hobson a Lenin | 17 |
| La formación del capital financiero | 20 |
| Los estados rentistas | 22 |
| Las colonias “invierten capital” en la metrópolis | 25 |
| Argentina, el sexto dominio británico | 27 |
| Orígenes de la propiedad territorial | 29 |
| La valorización de la tierra | 31 |
| Inmigración y “pampa gringa” | 34 |
| Las divergencias interiores de los ganaderos | 35 |
| El capital extranjero | 36 |
| Parasitismo oligárquico y fertilidad pampeana | 38 |
| Oligarquía y renta diferencial | 39 |
| Influencia Argentina en la agricultura europea | 41 |
| La estructura de clases | 43 |
| LA FACTORÍA PAMPEANA | 51 |
| Un dandy en la presidencia | 53 |
| De Pellegrini al “Petiso Orejudo” | 56 |
| Sangre obrera en Buenos Aires | 58 |
| La revolución de 1905 | 59 |
| Inmigrantes y federales | 61 |
| Los hombres de la patriada radical | 63 |
| Los vencidos de Yrigoyen y Saravia | 66 |
| El anticriollismo del Doctor Justo | 67 |
| Miseria y derroche | 70 |
| Los salarios en el Norte | 72 |
| “El reglamento soy yo” | 74 |
| El apogeo de la F.O.R.A. | 75 |
| La edad heroica del anarquismo | 78 |
| Inmigración y cultura nacional | 81 |
| Juan B. Justo y las “razas inferiores” | 83 |
| Figueroa Alcorta: el fin del roquismo | 86 |
| Se clausura el Congreso Nacional | 88 |
| La candidatura de Sáenz Peña | 90 |
| Conversaciones de Figueroa Alcorta e Yrigoyen | 91 |
| Fraude electoral, lucha por el atrio, venalidad e inmigración | 93 |
| La Argentina en 1910 | 95 |
| La primera semana trágica | 97 |
| El socialismo cipayo y la represión | 100 |
| El obstinado Hipólito Yrigoyen | 103 |
| Comienza la disidencia antipersonalista | 105 |
| Política y estilo | 108 |

| | |
|--|------------|
| Roca brinda su apoyo a Yrigoyen | 109 |
| La condición obrera | 111 |
| Cómo se festeja una revolución | 113 |
| Indios “bien” y patoteros | 115 |
| El “nacionalismo clasista” de la oligarquía | 117 |
| LA BELLA ÉPOCA | 129 |
| Proletariado burgués en las naciones imperialistas | 131 |
| El Nirvana de 1910 | 134 |
| De Tocqueville a Clemenceau | 136 |
| Anchorena o el sapo de oro | 139 |
| La oligarquía relincha de placer | 143 |
| Las cifras del despilfarro | 145 |
| Los poetas cortesanos | 147 |
| Roque Sáenz Peña en el poder | 150 |
| Los juaristas hacen la ley Sáenz Peña | 153 |
| La oligarquía contra Sáenz Peña | 156 |
| Las elecciones de 1912 | 158 |
| ¡E' viva Garibaldi! | 160 |
| El grito de Alcorta | 164 |
| La situación económica en vísperas de 1914 | 167 |
| La pérdida de la tradición histórica argentina | 169 |
| Descubrimiento y falsificación de “Martín Fierro” | 172 |
| Verdad oral y fábula escrita | 174 |
| La ruptura de Ugarte con el partido socialista | 176 |
| Los ferrocarriles del Estado y Juan B. Justo | 177 |
| Los cuervos sobre Sáenz Peña | 179 |
| EL NUEVO PAÍS | 187 |
| La fundación del Partido Demócrata Progresista | 190 |
| El triunfo de Hipólito Yrigoyen | 193 |
| La noche sobre Europa | 197 |
| El asesinato de Jean Jaurés | 200 |
| Don Hipólito en el poder | 202 |
| El fin de Marcelino Ugarte | 205 |
| Estructura agraria y política yrigoyenista | 207 |
| Neutralistas y rupturistas | 211 |
| La extorsión imperialista | 213 |
| Raíces económicas de la neutralidad | 216 |
| Yrigoyen saluda la bandera dominicana | 219 |
| El movimiento obrero y la política económica | 222 |
| La revolución rusa | 225 |
| Los socialistas y la guerra | 226 |
| La escisión socialista | 230 |
| El arte de la injuria | 232 |
| La revolución universitaria | 233 |
| Córdoba en 1918 | 234 |
| La reforma en América Latina | 237 |
| Yrigoyen institucionaliza la reforma | 240 |

| | |
|---|-----|
| La crisis de la reforma | 243 |
| La oposición y la semana trágica | 244 |
| En el centro naval se organizan bandas | 248 |
| La oligarquía organiza pogroms | 251 |
| Concluye la huelga general | 253 |
| Masacre en la Patagonia inglesa | 254 |
| José Ingenieros e Yrigoyen | 256 |
| El veto a la Constitución laica en Santa Fe | 257 |
| La industria y la guerra | 259 |
| El hombre de París | 260 |

